

Jorge Saavedra Utman  
[AUTOR]



# COMUNICACIÓN, COMUNES Y MOVIMIENTOS SOCIALES

*Mediaciones de Base contra  
la Política Neoliberal*

Documento No. 18 - FES - C3

# **COMUNICACIÓN, COMUNES Y MOVIMIENTOS SOCIALES**

Mediaciones de Base contra la Política Neoliberal

Friedrich Ebert Stiftung  
FES COMUNICACIÓN

Autor:

Jorge Saavedra Utman

Revisión editorial:

Daniela Bohórquez

Esta publicación corresponde a una traducción autorizada del libro “The Media Commons and Social Movements. Grassroots Mediations Against Neoliberal Politics”, escrito por Jorge Saavedra Utman, Routledge, Nueva York, 2019. Todos los derechos reservados. Su traducción al español ha sido autorizada por Routledge, miembro de Taylor & Francis Group LLC.

Ciudad:

Bogotá, 2021

Diseño:

Nelson Mora Murcia

Impresión:

Linotipia Martínez

Producción:

Centro de Competencia en Comunicación  
para América Latina, C3 FES, [www.fesmedia-latin-america.org/](http://www.fesmedia-latin-america.org/)

ISBN 978-958-8677-46-0

© 2020 Friedrich–Ebert–Stiftung FES (Fundación Friedrich Ebert)

La Fundación Friedrich Ebert no comparte necesariamente las opiniones vertidas por los autores y las autoras. Este texto puede ser reproducido con previa autorización de la Fundación Friedrich Ebert (FES) si es con un objetivo educativo y sin ánimo de lucro.

# [ CONTENIDO ]

<b>AGRADEDIMIENTOS</b> .....	5
INTRODUCCIÓN	
CHILE, 2011, Y EL <b>MOVIMIENTO ESTUDIANTIL</b> .....	7
<b>Capítulo 1</b>	
LA LUCHA POR LA VOZ EN TIEMPOS <b>DE DEMOCRACIA Y NEOLIBERALISMO</b> .....	25
<b>Capítulo 2</b>	
LA GENTE Y SU DESALOJO <b>DEL ESPACIO PÚBLICO</b> .....	59
<b>Capítulo 3</b>	
TEJIENDO LO COMÚN: SUSURROS Y <b>CONFIANZA EN LA INTIMIDAD AMURALLADA</b> .....	95
<b>Capítulo 4</b>	
ENCARNANDO LOS COMUNES: <b>OCUPAR LO URBANO</b> .....	123
<b>Capítulo 5</b>	
IMAGINANDO LOS COMUNES: <b>ARTICULANDO EL “NOSOTROS” EN LOS MEDIOS</b> .....	153
<b>Capítulo 6</b>	
LA EXPLOSIÓN DE LOS BIENES COMUNES: <b>INTERNET Y LA CORTA VIDA DE LA SOLIDARIDAD</b> .....	183
<b>Conclusión</b>	
LA BÚSQUEDA COMUNICACIONAL (Y POLÍTICA) <b>DE UNA DEMOCRACIA SIGNIFICATIVA</b> .....	211
<b>Siglas</b> .....	229



## Agradecimientos

Al ser esta publicación la versión en español del libro *The Media Commons and Social Movements, Grassroots Mediations Against Neoliberal Politics*, publicado originalmente en 2019 por la editorial Routledge, mi primer agradecimiento va para la fundación Friedrich-Ebert-Stiftung (FES) y en especial para FES Comunicación por permitirme publicar este libro en español y hacerlo de una manera en que su alcance sea amplio y sin costo para sus lectoras y lectores. En especial, mi agradecimiento va dirigido a Omar Rincón, a Daniela María Bohórquez, y a Nelson Mora Murcia por su noble y excelente trabajo. En labores de traducción para esta edición, mi reconocimiento va para la ayuda prestada por Alexis de Ponson du Terrail.

Como este es un trabajo que existe en buena parte gracias a decenas de participantes que entregaron sus testimonios, en segundo lugar, me gustaría expresar mi gratitud a las y los estudiantes y personas ligadas a la movilización estudiantil de 2011 en Chile que amablemente me permitieron acceder a parte de su historia y compartir minutos y horas de su vida. Quizás ese simple acto sea una muestra de lo que este libro trata (pero no del todo, como leerán en las próximas páginas, no se apresuren a sacar conclusiones). Espero que para ellos y ellas, así como para todas las personas que lean este trabajo, sus páginas no solo sean de interés por lo que ocurrió en 2011 en Chile, sino en la América Latina de los últimos 30 años, en el convulso Chile de hoy, y en toda democracia de baja intensidad subsumida bajo lógicas neoliberales y opresivas.

En tercer lugar, quiero agradecer a un gran grupo de académicas y académicos que, desde distintas regiones del mundo, aportaron su experiencia, reflexiones y apoyo crítico a la elaboración de las siguientes páginas. De esta lista, me gustaría destacar la sabiduría y estatura académica de Natalie Fenton como piedra angular en todo el proceso, y de Rodrigo Araya, Toby Miller, Des Freedman, Veronica Barassi, Gholam Khiabany, Anastasia Kavada, Dan Mercea, Mario Poblete, Ella McPherson, Abeyamí Ortega, David Lehmann, e Irving Huerta. Todas y todos ellos fueron una tremenda guía al aportar ideas, perspectivas y preguntas que me permitieron construir este libro. Va mi gratitud también a la gentileza de Álvaro Hoppe, Juan José Toro y Diego Reyes Vielma por permitirme utilizar algunas de sus fotografías para este libro.

Finalmente, quiero agradecer a mis padres, hermanos y amigos que ayudaron en más de una forma y, en especial, a dos personas cuya inspiración permanente fue fundamental para dar vida tanto a este libro en su versión en inglés como en su publicación en castellano: la maravillosa Joselyne Contreras y el pequeño Antonio, el niño del pelo alborotado y sonrisa incombustible.



## INTRODUCCIÓN: CHILE, 2011, Y EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL

En una metáfora que volverá a surgir a lo largo de este libro, el sociólogo chileno Tomás Moulián (2002) comparó la democracia chilena con una jaula de hierro, como aquellas donde un pájaro ve atrofiado su vuelo. La metáfora de Moulián, escrita en un libro publicado originalmente en 1997, ofrecía una gráfica instantánea de Chile tras el fin de la dictadura del general Augusto Pinochet (1973-1990) y el inicio de las administraciones democráticas. El pájaro, o cualquier cuerpo encerrado, representaba la democracia y, aunque podía volar, no podía ir más allá de las limitaciones impuestas por el cerco de hierro: el neoliberalismo. En otras palabras, la democracia chilena estaba acordonada por las restricciones establecidas en la Constitución de la República redactada en tiempos de Pinochet y por el proceso de neoliberalización iniciado a finales de los años 70, continuado tras el Consenso de Washington (Panizza, 2009). La consecuencia de esta fusión de neoliberalismo y democracia hizo que organismos internacionales como el Fondo Monetario Internacional (FMI) o el Banco Mundial elogiaran a Chile como un país próspero y estable (Silva, 2009). Pero hubo otras consecuencias: la democracia institucional perdió relevancia para quienes percibían que no se escuchaba la voz del pueblo (PNUD, 2002); no abordaba los problemas relacionados con los derechos básicos, como el acceso al agua o el derecho a la educación pública; y era incapaz de cambiar la inequitativa distribución del ingreso que hace de Chile el país más desigual dentro de las naciones de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) (Larrabure y Torchia, 2014).

Para decirlo sin rodeos, desde el restablecimiento de la democracia creció la percepción de que las instituciones democráticas habían dejado de ofrecer canales significativos de voz y participación (Garcés, 2012) y que, como mostró el informe del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) de 2012 sobre Chile, la razón más básica de las variadas y ubicuas expresiones de disenso en el país austral ha sido la desigualdad (PNUD, 2012). Varios movimientos contestatarios en los últimos treinta años han explicitado la necesidad que tiene dicho país por construir caminos alternativos para ser escuchados. El más relevante de todos, hasta octubre de 2019, fue el movimiento estudiantil de 2011 (Bellei, Cabalín y Orellana, 2014).

Entre mayo y noviembre de 2011 la nación sudamericana vivió una ola de protestas que expresaron su deseo de poner fin al sistema educativo segregador, privatizado

y orientado al mercado (Fleet y Guzmán-Concha, 2017), implantado durante la dictadura militar chilena (1973-1990) y profundizado de la mano de sucesivas administraciones socialdemócratas y de derechas (1990-2011) (Cabalín, 2014). Con escasas posibilidades desde el principio de tener voz y ser escuchado en el marco institucional de la democracia chilena, o a través de los medios de comunicación tradicionales, el movimiento chileno empleó un repertorio diverso en el que los medios y las prácticas comunicacionales jugaron un papel fundamental.

Constituido por expresiones innovadoras como *flashmobs*<sup>1</sup> de personas disfrazadas bailando al ritmo de *Thriller* de Michael Jackson, y repertorios clásicos como grandes marchas realizadas en varias ciudades al mismo tiempo, el movimiento adquirió una presencia considerable en todo el país: desde el ámbito local hasta el nacional; desde las aulas hasta la calle; desde las conversaciones a la hora de la cena en casa hasta las rondas de diálogo con el gobierno; desde los asados de fin de semana hasta las pantallas de los computadores y televisores. En una escala sin precedentes, el movimiento chileno contribuyó a la emergencia, exhibición, confrontación y trabajo colaborativo de una gran cantidad de personas involucradas que, por medio de sus acciones en la vida cotidiana, fueron encontrando una forma significativa de hablar, obtener visibilidad y estar presentes como actores políticos que intervienen en el curso del Estado-nación.

Pero ¿cómo y por qué ocurrió de esa manera? Esta pregunta estuvo en los albores de la investigación que dio forma a este libro y surgió básicamente de la sorpresa ante una movilización tan resonante, masiva y extendida como no se había presenciado en los años posteriores al fin del régimen de Pinochet. Su atractivo provino de la mano de las formas en que la gente expresaba sus reivindicaciones, las formas y el número de personas que participaban en las manifestaciones; y, sobre todo, de tratar de entender por qué la gente tenía que vestirse con trajes de Michael Jackson (y bailar como un zombi) para percibir que se le escuchaba, que alguien le atendía y que algo, tal vez, podría cambiar realizando ese tipo de acciones. De diversas maneras, el panorama chileno en 2011 apuntaba a la crisis de una democracia que funcionaba bajo lineamientos neoliberales y a la voluntad de la gente de darle otra forma al país en la primavera de sus vidas. Hablando con Sebastián Vicencio, un estudiante de la ciudad de Valparaíso que tuvo una activa participación en la movilización de 2011, este panorama era bastante claro para los estudiantes de la época:

Una de las victorias de la dictadura es esa victoria cultural de imponer un sistema, un modelo sumamente individualista de desarticular lo social, lo político, de dejar la política solamente en manos de unos pocos, con

<sup>1</sup> Por *flashmobs* se entienden eventos desplegados en el espacio urbano, de carácter sorpresivo para los transeúntes, pero organizados y coreografiados con el fin de manifestarse frente a una realidad específica pero de manera lúdica (Molnár, 2013).

puertas cerradas, sin mayores profundizaciones y cambios. Pero esas formas también se agarran de otros elementos, como los poderes fácticos, los medios de comunicación, incluso los militares que rondan por ahí, los poderes económicos, las corporaciones que tienen intereses, y eso va marcando ciertos parámetros, ciertos grados de límite en dónde uno debe moverse. Por ejemplo, hoy día para algunas personas es impensado hablar de cómo el socialismo puede existir en Chile... hoy en Chile está naturalizada la existencia de un sistema económico, político y social que no se pone en cuestión, salvo por el movimiento estudiantil y otros elementos más.

Con la conciencia de vivir en un país en el que se había naturalizado la privatización de los recursos naturales, como el agua, y la normalidad para pagar por la salud, la educación y la previsión social (Baer, 2014), era difícil para las personas que querían cambiar el estado de cosas pensar en medios viables para llevar a cabo una movilización exitosa sobre, precisamente, el derecho a la educación gratuita, pública y de calidad. También percibieron que los medios de comunicación no iban a estar de su lado. De hecho, en la memoria de Vicencio la habitual cobertura de los medios de comunicación no les hacía ningún favor y era un gran problema para sus intereses de movilización.

Al terminar la marcha nos sacaban la cresta en la calle con lacrimógenas, le pegaban a nuestros compañeros, nos desalojaban de las tomas y en los medios de comunicación decían “oye los estudiantes son violentistas” y trataban de dividirnos en el interior del movimiento estudiantil generando estas figuras de no hablar de nuestras demandas pero sí de hablar de cosas accesorias como la violencia, la representatividad y una infinidad de factores que terminaron poniendo un manto de duda, un humo que trataba de sacarle el foco al tema más importante que era lo que estábamos discutiendo con la crítica estructural a la educación.

Entonces, cómo en este contexto la movilización ocurrió de todos modos y cuál fue el papel de las prácticas mediáticas y comunicacionales del movimiento en su emergencia. La respuesta, como se verá más adelante, se sitúa en un punto de confluencia donde perspectivas provenientes de la economía (Linebaugh, 2014; Ostrom, 2011); la política (Mouffe, 2005; Rancière, 2004); los medios y las comunicaciones (Couldry, 2010; Fenton, 2016; Martín-Barbero, 1987); y los movimientos sociales (Melucci, 1985, 1995, 1996) permiten encontrar y entender formas en que las fuerzas fuera de la política institucional pueden socavar las barreras a la participación en regímenes dominados por los cercos neoliberales y llevar a cabo o mejorar la calidad de las prácticas y los sistemas democráticos. Teniendo en cuenta la gran cantidad de estudios sobre movimientos contemporáneos como *Occupy*, la Primavera Árabe y el movimiento 15-M en España (Castells, 2012; Graeber, 2013; Juris, 2012; Mason, 2013; Sitrin y Azzellini, 2014), este libro añade una perspectiva desde una región menos observada, para el mundo anglosajón al menos, y por medio

de su especificidad geográfica y temporal pretende contribuir a un debate global más diverso, tanto contextual como teórico.

Tomando el caso específico del movimiento estudiantil de 2011 en Chile, este libro espera contribuir a una discusión que va más allá de las fronteras de Chile para explorar el valor de las prácticas comunicacionales en paisajes donde los rasgos dialógicos de la democracia han sido subsumidos por la tecnocracia de los partidos políticos y los expertos; donde prevalece la instalación de hegemonías neoliberales; y donde la discusión sobre “una vida en común” está cerrada a todos, excepto a unos pocos actores. El caso de Chile, como el primer país en el que se implementaron políticas económicas neoliberales en la década de 1970 (Harvey, 2005; Klein, 2007), ofrece un punto de vista único para analizar cómo los tres elementos mencionados más arriba han sido combatidos desde posiciones de base por medio de prácticas comunicativas que han intentado forzar la apertura de la política institucional, crear ecologías comunicativas en las que todas y todos puedan participar, y derribar la idea de que los desafíos políticos y sociales centrales del país –no aquellos meramente técnicos– pueden ser conquistados dentro de los marcos del neoliberalismo. Ese es el objetivo de este libro.

## UN CIERRE POLÍTICO

Las prácticas mediáticas y comunicativas del movimiento estudiantil aparecen, así, como parte de un acto de apertura que sigue a un acto de cierre. Tomando la metáfora de Moulián de la jaula, la primera parte de este libro observa el tipo de cierre que han engendrado las relaciones profundas entre el neoliberalismo y la democracia. La idea que subyace a este enfoque es que solo comprendiendo mejor cómo operan dichas relaciones es posible entender plenamente las prácticas comunicativas y mediáticas emprendidas en 2011, y calibrar la relevancia de aquellas para *lo político* en la actualidad.

Mediante una valoración crítica sobre democracia, movimientos sociales y estudios sobre medios y comunicación, la primera parte sostiene que la falta de voz es producto y fundamento de la democracia neoliberal. La voz se entiende como el proceso en el que las personas dan cuenta de su vida y hacen de esa narración un elemento constitutivo de la democracia (Couldry, 2010), más que como el acto de la ciudadanía de hacer llegar información y peticiones a las autoridades de la política institucional (Schlozman, Verba y Brady, 2012). Así, entre todas las expropiaciones que el neoliberalismo realiza de los recursos comunes para vivir, como el agua y la tierra, la voz surge como una expropiación ante la cual ni las posiciones democráticas liberales ni las representativas han podido hacer frente. Esto último aparece como más complejo en América Latina, debido a la forma en que la modernidad ha silenciado violentamente la voz de quienes quiso marginar de la historia –indígenas, mestizos, mujeres, personas sin el conocimiento apropiado (Mignolo, 2011)– y a la forma en

que se instalaron y perpetuaron las políticas neoliberales en el continente (Calcagno y Calcagno, 2015). Lo que se sugiere aquí es que en las democracias neoliberales la voz es uno de esos bienes comunes que, aunque pertenece “al pueblo como una cuestión de necesidad vital” (Mattei, 2014: 37), ha sido expropiada con consecuencias como la percepción entre la gente de que la democracia no escucha lo que tiene que decir (PNUD, 2012) y la necesidad de hablar mediante la movilización social para reclamar derechos básicos, como la educación (Jackson, 2013).

El concepto de bienes comunes –o simplemente comunes– y la vida en común es un asunto central que volverá a aparecer y se discutirá en detalle en los siguientes capítulos. Por ahora, los bienes comunes deben entenderse en términos de recursos y relaciones. Como recursos, los comunes se refieren a aquellos elementos –agua, aire– que son fundamentales para la vida y que, en consecuencia, deberían estar abiertos, disponibles y accesibles a todas las personas (Ostrom, 2011), sin que nadie pueda reclamarlos como su propiedad privada (Dolcerocca y Coriat, 2015). En términos de relaciones, los bienes comunes se refieren al cultivo, la preservación y la distribución de esos recursos de una manera colectiva y cooperativa que es, ciertamente, política, en tanto es una relación que considera el conflicto. Como recurso y como relación, los bienes comunes se oponen al neoliberalismo.

El neoliberalismo se sitúa así en el centro de este libro como una doctrina económica y política que, asentada como ideología, ha llegado a las estructuras macroeconómicas y a la vida cotidiana de las personas. Sin duda, este alcance se ha visto favorecido por el hecho de que las políticas neoliberales se implantaron por primera vez en Chile, bajo el régimen militar de Augusto Pinochet, a finales de los años 70, y posteriormente en otros países latinoamericanos. Elaborado en la Universidad de Chicago por el economista Milton Friedman, quien creía en la reducción del Estado y la construcción de condiciones estructurales para el *laissez-faire* de la empresa privada –dejando espacio para la privatización y la llegada de capital extranjero (Calcagno y Calcagno, 2015)– como la forma de alcanzar el bienestar humano (Harvey, 2005: 2), el neoliberalismo aterrizó en Chile ejerciendo cambios dramáticos. Se desreguló el mercado y se privatizaron los bienes públicos; se redujeron los aranceles de importación; se abrieron a la explotación privada recursos naturales como la pesca y los bosques; se introdujeron nuevos sistemas privados de pensiones y de salud; y se implementó una política de puertas abiertas a la inversión extranjera (Cannon, 2016; Solimano, 2012).

Implantado posteriormente en otras regiones del mundo, generalmente a la fuerza (Prashad, 2014), el neoliberalismo conllevó una doctrina ideológica que promovía valores como el individualismo por sobre lo colectivo; la libertad como desarrollo desregulado de los mercados; la desigualdad como algo natural e inevitable; el modo de producción capitalista como motor de la historia; la intervención del Estado como perturbadora del orden y la paz social; y la lógica del estar disponible 24/7 (o de por

vida) como una postura positiva hacia el trabajo (Brown, 2005; Garretón, 2012). Desde la perspectiva de quienes investigan los bienes comunes, el neoliberalismo es la causa de la destrucción de las condiciones de vida en el planeta y de la destrucción de los seres humanos por los seres humanos (Dardot y Laval, 2014).

Al confrontar al neoliberalismo de esta manera, la mirada sobre y desde los bienes comunes permite contribuir a la discusión sobre voz y democracia en los paisajes neoliberales contemporáneos de tres maneras. La primera es considerando la voz como un bien común político –en términos de un recurso que es un pilar de lo político– que ha sido expropiado en los entornos neoliberales dentro y fuera de la política institucional, afectando a la autodeterminación de las naciones (Calcagno y Calcagno, 2015), pero también a la forma en que las personas se sienten y toman parte de un colectivo en su vida cotidiana (Martín-Barbero, 1987). Esta contribución cuestiona las teorías democráticas y de los movimientos sociales que abordan la falta de voz, ya sea de forma más institucional (Schlozman, Verba y Brady, 2012) o desde una perspectiva más del ciudadano de a pie (Couldry, 2010). Este libro sugiere que estas perspectivas, especialmente en el contexto de América Latina, no son capaces de proporcionar respuestas adecuadas a la preocupación fundamental de cómo superar la falta de democracia en contextos neoliberales y empoderar la voz de la gente. El problema, desde la perspectiva de este libro, no es solo que la gente no sea escuchada por sus gobiernos, sino también la idea de que hablar se ha convertido en algo inútil, irrelevante, incongruente con la forma en que se gestionan las democracias y, por tanto, expropiado de aquello propio de la gente, del pueblo, de las personas.

Una segunda contribución se relaciona con las mediaciones de la voz dentro de los escenarios contemporáneos. Esta última viene motivada por una pregunta que surge una vez establecida la idea de la expropiación de la voz, como recurso común. Esta pregunta es: ¿qué ocurre en los lugares donde la voz es perseguida y negada? El origen de esta pregunta surge de la premisa de que la voz se sitúa en paisajes reales dentro y fuera de las arenas formales de la democracia institucional. Con el fin de observar los amplios escenarios en los que se despliega, este libro explora los principales debates sobre el espacio público. Este repaso encuentra que existe un carácter selectivo y excluyente en las diferentes nociones del espacio público, cuando se comparan con la noción griega de espacio público (Fraser, 1992) o en perspectivas más contemporáneas sobre la materia, como el “nuevo espacio público” de Dominique Wolton (1998). En todos los casos, las nociones de espacio público consideran que una masa de personas no puede hablar por sí misma y no es considerada en la distribución de oportunidades para hablar (Martín-Barbero, 1987) por razones como la virtud, la riqueza, la clase o la mediación a gran escala.

En el relato de los cierres de lo político, la voz aparece no solo como un recurso expropiado, sino también sin un espacio para desplegarse. Frente a esta expropiación

de recurso y de la posibilidad de relación en espacios supuestamente abiertos, el libro cuestiona cuatro perspectivas mediáticas y comunicativas respecto a su potencial para superar la expropiación de la voz: analizando las contribuciones de la investigación latinoamericana en comunicación; las perspectivas más cercanas a una comprensión liberal de la prensa; los usos de Internet; y los estudios sobre las mediaciones de base, se llega a la conclusión de que antes de que podamos preguntarnos sobre los espacios donde se despliega o no se despliega la voz, debemos ocuparnos de otra expropiación: el pueblo y su derecho a tener voz. En otras palabras, no se trata solo de que la gente no tenga voz o un lugar donde hacerla realidad. La cuestión principal es una expropiación más fundamental: el derecho de las personas a tener voz, en primer lugar.

Este hallazgo aporta una tercera contribución al debate sobre voz, democracia y neoliberalismo, basada en tres factores. En primer lugar, pasa a situar la superación de la falta de voz de un ámbito técnico a uno ideológico que, sin embargo, está arraigado y afecta a las personas en su vida diaria. En segundo lugar, y derivado de la necesidad de ir más allá de una visión tecnocéntrica, la cuestión sobre la superación de la falta de voz debe mirar más allá del ámbito de la política institucional y considerar aquellos ámbitos de la vida cotidiana y la cultura popular donde se impugna la ideología neoliberal y la ausencia de democracia. En tercer lugar, pone de manifiesto una falla a la hora de abordar la pregunta respecto a cómo producir voz cuando las personas no se perciben como legítimas portadoras de habla y viven en condiciones de opresión. En este sentido, la idea del “grito” de John Holloway (2002) sirve como metáfora de la reconstitución de la voz desde abajo, desde situaciones de opresión, desde ese lugar en el que aun en las condiciones más precarias de vida, la gente puede al menos murmurar su derecho a existir, y donde encontramos el tejido más delicado de la sociabilidad y la existencia humana.

Este libro concluye su sección inicial centrada en los cierres de lo político con una certeza y con una pregunta. La certeza se refiere a la pertinencia de observar el cruce entre medios y comunicación; política; movimientos sociales y cultura cotidiana, donde es posible hallar intentos de oponerse a la hegemonía del neoliberalismo por medio de formatos ya conocidos y otros más recientes. Estos intentos deben ser analizados cuidadosamente, sobre todo porque no representan necesariamente un asalto al Estado, sino que ofrecen nuevas formas de concebir la democracia, como en las asambleas urbanas de *Occupy* (Juris, 2012) o en los mismos procesos de toma de decisiones de los Indignados en España (Castells, 2012). La pregunta es, en realidad, un cúmulo de interrogantes sobre ¿cómo suena y parece ese grito? ¿Dónde está ocurriendo y hacia dónde lleva, si es que va a alguna parte? Al anclar estas preguntas y situarlas en un territorio real, llega la hora de adentrarse en las aperturas que este libro ofrece.

## Abrir caminos

El acto de apertura de este libro surge del interés por abordar las cuestiones planteadas con anterioridad mediante la indagación en la movilización chilena de 2011 como parte de un fenómeno más amplio que no solo afecta al país sudamericano. El interés se centra en un amplio abanico de medios y prácticas comunicativas que parecían capaces de alimentar el derecho a sentirse digno de tener voz en las decisiones colectivas; de llevar el sentimiento de pertenencia y colaborar con otras y otros; de desafiar a los actores políticos dominantes y a las culturas políticas largamente establecidas, haciéndolo de forma estratégica; y de abordar la difusión/deliberación/colaboración por medio de formas que no tenían precedentes en Chile.

Las percepciones y el análisis de estas prácticas provienen de un proyecto de investigación que se llevó a cabo entre 2014 y 2015, realizando entrevistas y grupos focales con activistas que se involucraron en los sucesos de 2011, obteniendo confianza y acceso a sus testimonios, recuerdos, interacciones y reflexiones. Más de ochenta personas, de distintas regiones del país y entre las que se encontraban dirigentes estudiantiles, responsables de comunicación, simpatizantes de base e incluso padres de estudiantes, fueron parte de estas conversaciones. La revisión del material de archivo, en parte proporcionado por las y los activistas, aportó más fuentes para una mejor comprensión de los diferentes argumentos, etapas, facciones, emociones, actores y ámbitos de la revuelta de 2011. La inmersión continua en los relatos de cada una y uno de quienes participaron en cada conversación, sus reflexiones, los documentos y los rasgos emergentes procedentes de este proceso, dieron paso a patrones claros y, posteriormente, a la necesidad de preguntas más precisas. La vieja indagación primaria y general sobre los medios y las acciones comunicativas y su papel en la movilización se agudizó para entender cómo estas prácticas contribuyeron a construir un bien común que permitió la existencia de lo político en una democracia que funciona bajo pautas neoliberales. Guiado por el alcance de esta cuestión, dos preguntas más orientaron la especificidad que quiso buscar el libro en los eventos de 2011: cómo las prácticas mediáticas y comunicacionales del movimiento contribuyeron al surgimiento de algo que se aproxima a los bienes comunes, tanto en los espacios denominados públicos como en los medios de comunicación tradicionales; y cuáles fueron los tipos y las formas de organización implicados en las prácticas mediáticas y comunicacionales en la creación de lo común.

Así, esta apertura ofrece cuatro capítulos que muestran un bien común emergente que encuentra un primer piso en el cual erguirse en la intimidad de los hogares y las escuelas, nutriéndose de círculos de confianza y afecto. Es a partir de esta posición donde el derecho a ser dignos de tener voz se mueve a una escala urbana entre congregaciones humanas y la conciencia de representarse a sí mismos ante otras y otros. El sentido progresivo de un “nosotros” y un “ellos” crece y se desarrolla en una manera que en este libro se vincula a un comunes imaginado, el cual funciona estratégicamente en las

plataformas de los medios de comunicación, pero que decae en su posibilidad política cuando se sitúa en el ámbito colaborativo/deliberativo de Internet.

De ahí que los bienes comunes aparezcan en este libro como un concepto clave para entender el malestar social unido a la perspectiva de imaginar futuros emancipadores. Lo hace como medio para interrogar el vínculo político entre los apartados por las relaciones contemporáneas entre democracia y neoliberalismo; como forma de lograr la emancipación de una determinada condición de subalternidad; y como reconstitución del vínculo político mediante el reconocimiento de una contraparte política, un adversario que puede hacer renacer a los sujetos políticos abandonados por la noción de ciudadanía de la democracia liberal. Así, la construcción de los bienes comunes –proceso que en este libro se denomina *puesta en común*– plantea un desafío ante democracias liberales débiles; con bajos niveles de participación; donde los derechos sociales no están garantizados; donde la voz solo existe en un sistema de medios de comunicación gobernado por empresas privadas sin voluntad de servicio público; y donde el neoliberalismo ha tendido a promover una sociabilidad individualista diciéndole a la gente que se salve sola, que se ocupe de sus propios asuntos y que no moleste a las y los demás con sus problemas.

La investigación expresada en este libro está, por tanto, motivada por el deseo de reconsiderar las formas de abrir la jaula de Moulián (2002); de encontrar una forma de reclamar la vida en común y de dejar de decirle a la gente que esa vida en común no es asunto suyo. Si los bienes comunes se basan en “prácticas de interacción, cuidado y cohabitación en un mundo común” (Hardt y Negri, 2009: viii), entonces la producción de instancias sociales de comunicación más allá del Estado y el mercado aparecen no solo como la “forma más básica y necesaria de resistencia” (Gilbert, 2014: 177), sino también como una forma de dar una oportunidad a lo político de existir. De esta manera, la motivación última de este libro es contribuir a abordar de una mejor manera los reverses de la democracia liberal, el aumento de las lógicas neoliberales de la existencia y la falta de voz para un pueblo desesperado por salir de la jaula.

## **2011: BREVE HISTORIA DE LA MAYOR MOVILIZACIÓN EN TREINTA AÑOS**

La movilización estudiantil en Chile empezó en otoño de 2011 con la convocatoria a un paro nacional y una marcha en las principales ciudades del país el 12 de mayo. La convocatoria fue realizada por la Confederación Nacional de Estudiantes Universitarios de Chile (Confech), asociación que en 2011 reunía a veinticinco federaciones estudiantiles de universidades estatales y privadas pertenecientes al llamado Consejo de Rectores de las Universidades Chilenas (Cruch). El motivo de la convocatoria fue denunciar la crisis general de la educación superior y, específicamente, reclamar más apoyo financiero para las universidades; la inclusión de estudiantes de familias de

bajos ingresos que no tenían la oportunidad o los medios para pagar altos aranceles; y una mayor participación de las y los estudiantes en los gobiernos universitarios y los procesos de toma de decisiones (Figueroa, 2012). Junto con lo anterior, la Confech acusó al ministro de Educación, Joaquín Lavín, de crear un plan para permitir el lucro en las universidades y exigió el fin inmediato de cualquier política que se inclinara en esa dirección (Salinas y Fraser, 2012).

El movimiento de 2011, sin embargo, no fue del todo inesperado. Antes de los sucesos de ese año, las protestas estudiantiles ya eran parte del panorama social y político debido al malestar permanente contra las condiciones precarias de la educación pública escolar y el aumento de los aranceles universitarios. El antecedente más directo de las protestas de 2011 se produjo en 2006 con la llamada “Revolución de los Pingüinos”. Se trató de una movilización liderada por estudiantes secundarios (usualmente llamados “pingüinos” por su uniforme) (Bellei, Cabalín y Orellana, 2014), que duró desde abril hasta junio y ocupó varios edificios escolares en las principales ciudades de Chile, realizando concentraciones y marchas en centros urbanos de norte a sur. El objetivo principal de ese movimiento fue acabar con la precariedad de la educación pública y la “neoliberalización general de la educación en su país” (Chovanec y Benítez, 2008: 39). Antes del inicio de las movilizaciones estudiantiles en 2011 hubo también otras dos situaciones importantes que contribuyeron a sentir y pensar la necesidad de movilizarse en Chile. Una fue el terremoto de febrero de 2010, y la otra la protesta para detener la construcción de represas en la Patagonia durante los primeros meses de 2011. En ambos casos hubo expresiones de solidaridad popular, protestas pacíficas y alegres, que hicieron que la gente –como se mencionará en capítulos posteriores en relación con el terremoto– se diera cuenta de su poder para hacer cosas sin la intervención del Estado y hacerlas de manera urgente. Un último elemento, pero no menos importante, que forma parte de los antecedentes del movimiento estudiantil es el hecho de que a la cabeza del gobierno estaba, por primera vez en veintiún años, una administración de derechas liderada por el empresario/político Sebastián Piñera (2010-2014). En su gabinete había fuertes partidarios de la dictadura de Augusto Pinochet y personas que participaron activamente en la aplicación de políticas neoliberales en los años ochenta. Uno de ellos fue, de hecho, el ministro de Educación y excandidato presidencial, Joaquín Lavín. Extender el modelo de educación orientado al mercado estaba, entonces, enraizado en el *ethos* y en el plan real del gobierno que manejaba los hilos de Chile en 2011.

Precisamente por eso, en las dos primeras semanas después de la marcha del 12 de mayo, las demandas de los estudiantes pasaron de ser un asunto que concernía a las y los estudiantes de educación superior, a una cuestión en la que también se involucraron estudiantes de secundaria, representados por la Asamblea Coordinadora de Estudiantes Secundarios (Aces) y la Coordinadora Nacional de Estudiantes Secundarios (Cones). El Sindicato Nacional de Profesores, rectores del Consejo de Rectores de las Universidades

Chilenas (Cruch) e incluso las federaciones de padres y apoderados se unieron al estudiantado, creando una amplia coalición para la reforma del sistema educativo. Las expresiones más notorias de este creciente movimiento fueron las concentraciones y marchas en las principales ciudades del país, congregando un gran número de personas más allá de las y los habituales activistas presentes en cada manifestación (Barrionuevo, 2011). Esta vez hubo estudiantes, pero también profesores, padres, abuelos, simpatizantes de base y hasta rectores de universidades estatales.

En junio, el objetivo de la movilización estaba claro: demandar una educación pública, gratuita y de calidad en todos los niveles. En pos de este objetivo las y los estudiantes ocuparon cientos de edificios de universidades y escuelas secundarias, negándose a abandonarlas hasta que se cumplieran sus peticiones. El gobierno respondió de diferentes maneras. En primer lugar, “trató de desacreditar el movimiento estudiantil” (Cabalín, 2014: 485) centrándose en rechazar públicamente los paros, las ocupaciones o tomas de edificios y utilizando la fuerza policial en las marchas. Una vez que el movimiento fue ganando adherentes, el gobierno propuso una solución al conflicto denominada “Gran Acuerdo Nacional por la Educación”. La propuesta tenía cuatro agendas principales: inyectar más recursos a las escuelas y universidades por medio de un fondo de educación; aumentar las becas, los préstamos y bajar las tasas de interés de las deudas contraídas por las familias de las y los estudiantes; elevar los estándares de acreditación de la educación superior; y, finalmente, crear la Superintendencia de Educación Superior (Siavelis, 2012). Con este paquete el gobierno esperaba calmar el reclamo estudiantil y llevarles de vuelta a las aulas para retomar el curso normal del año lectivo, pero tras consultar las propuestas en sus asambleas, la comunidad estudiantil rechazó cada una de ellas por “dejar intacta la orientación de la política de mercado y por no abordar las demandas clave de los estudiantes, incluyendo la prohibición de la práctica ilegal del lucro por parte de las instituciones de educación superior” (Salinas y Fraser, 2012: 22). En consecuencia, el movimiento convocó a una marcha nacional para el 14 de julio con el fin de exponer su rechazo a la oferta del gobierno (Bellei, Cabalín y Orellana, 2014), reuniendo a 200 mil personas en todo el país.

En el período comprendido entre mayo y noviembre, catorce marchas nacionales –más un sinnúmero de marchas locales– ocuparon las avenidas de distintas ciudades de norte a sur, congregando el mayor número de personas en las calles desde la recuperación de la democracia en 1990, como la realizada en el parque O’Higgins el 21 de agosto, donde la organización estimó una asistencia de un millón de personas. Estas concentraciones se caracterizaron por sus impresionantes dimensiones; el estilo carnavalesco de los grupos y colectivos estudiantiles; el enfrentamiento entre manifestantes y policías; y por el creciente número de participantes concentración tras concentración, que superó las expectativas del gobierno y de las convocatorias. No obstante, los mítines no fueron el único método que utilizó el movimiento

para difundir su mensaje: la ocupación de canales de televisión, el uso de las redes sociales, la creación de videos virales, las coreografías callejeras masivas, los maratones alrededor de la casa de gobierno, fueron otras vías utilizadas durante la movilización. El movimiento parecía estar en todas partes, ganando empatía y reclutando a una población más amplia en sus reivindicaciones. En algún momento dejó de ser el movimiento estudiantil para convertirse en una movilización nacional por la reforma educativa.

En el mismo período –mayo a noviembre– se realizaron reuniones entre estudiantes, rectores, profesores y el ministro de Educación; una de ellas con la presencia del presidente Sebastián Piñera. Tras estas reuniones se introdujeron algunas mejoras en los asuntos estudiantiles relacionados con préstamos y deudas, pero nada que fuera considerado suficientemente sustancial por los estudiantes movilizados. Joaquín Lavín, ministro de Educación, dimitió en junio y fue sustituido por Felipe Bulnes. En octubre se estableció una ronda de negociaciones, llamada “mesa de diálogo”, entre los representantes estudiantiles y el gobierno, con el fin de encontrar una solución a los meses de paros y tomas en liceos, colegios y universidades. La “mesa de diálogo” terminó abruptamente con el abandono de las negociaciones por parte de las y los estudiantes, quienes alegaron que, como el gobierno no estaba dispuesto a discutir la gratuidad de la educación, no había nada que discutir.

Tras el fin de la “mesa de diálogo” gobierno y estudiantes tomaron caminos distintos. Por un lado, el gobierno creó una comisión de “expertos en educación” compuesta por ingenieros y un representante del Banco Mundial para realizar un estudio de todo lo que necesitaba Chile para modificar su sistema educativo (*El Mostrador*, 2012). Por otro, las y los estudiantes acudieron al Congreso Nacional en un intento de ejercer cierta influencia en la discusión del presupuesto nacional de 2012 en materia de educación. Fueron invitados a participar en una comisión parlamentaria especial para indagar sobre el lucro en las universidades privadas. A finales de 2011, el movimiento se debilitó y decidió poner fin a paros y tomas, y volver a clases para no perder ese año académico.

A pesar del nivel de concientización e interés en el asunto, el tipo de reforma que finalmente se hizo en Chile recayó principalmente en la educación superior, con la entrada en vigor en 2018 de la Ley 21.091 que, en su punto más cercano a las demandas estudiantiles, garantizó la gratuidad en la educación para estudiantes del 60% de la población con menores ingresos familiares. Al ir dirigidos estos dineros a cada estudiante, las universidades estatales se vieron obligadas a “competir” por alumnas y alumnos, competencia que se ha tornado más feroz debido a la disminución de los aportes de base que el Estado hace a las universidades estatales y a aquellas privadas tradicionales que cumplen un rol público desde antes de las reformas de Pinochet (Sanhueza, 2020). En este sentido, lo que consiguió el movimiento estudiantil se situó muy por debajo de sus aspiraciones (Montero Barriga, 2018).

Es más, en el ámbito escolar no hubo ningún cambio significativo y la brecha de calidad entre escuelas públicas, particulares subvencionadas por el Estado y privadas no ha cesado (Falabella e Ilabaca, 2020). A tal nivel llegó esa desigualdad percibida que en octubre de 2019, en el llamado estallido social chileno, fueron estudiantes de secundaria quienes saltaron los torniquetes de las estaciones de metro (Somma et al., 2020), en un acto que marcó el inicio de una movilización que remeció los cimientos de la institucionalidad chilena, con consecuencias ciertas, como el cambio de la Constitución de 1980, y otras aún por conocerse.

## RESUMEN DEL LIBRO

Como se mencionó, este libro revela las limitaciones de lo político en contextos de neoliberalismo y democracia, y los intentos de abrirlo mediante movilizaciones como la que planteó el pueblo chileno en 2011. En ese proceso, el primer capítulo comienza a abordar las limitaciones, al plantear que el acto de hablar y ser escuchado es parte de un bien común que es vital para que lo político exista, y que esa acción y ese bien común pueden ser definidos por la palabra “voz”. Para ubicar el concepto, el capítulo revisa primero diferentes enfoques de los bienes comunes y cómo se refieren a los fundamentos básicos de un tipo de relación más igualitaria, horizontal y participativa. A continuación, revisa cómo se concibe la voz en dos perspectivas predominantes de la democracia y en las principales ramas de la investigación sobre movimientos sociales. Teniendo en cuenta que este libro está ambientado en América Latina, luego se aborda cómo la voz presenta un serio problema en la región. Haciendo un recorrido sobre la forma en que se instaló la modernidad y cómo se profundizó la subalternidad del sujeto latinoamericano de la mano del neoliberalismo, el capítulo explica cómo la voz es un bien común expropiado como recurso que, mediante su ausencia, socava la oportunidad de hablar e intervenir en las decisiones que conciernen a la vida en común.

Dado que la voz “no es una práctica de individuos aislados” (Couldry, 2010: 7) y, por tanto, requiere paisajes de mediación y relación, el capítulo 2 subraya cómo los enfoques más reconocidos del espacio público no son ajenos a la tendencia general de estrechar los ámbitos de participación y disenso. Tomando cuatro líneas del estudio en medios, comunicación y movimientos sociales, cuyas búsquedas han estado ligadas a romper las condiciones que impiden desplegar la voz socialmente, esta sección concluye que la voz no solo ha sido expropiada como recurso sino también –al carecer de espacios para su posibilidad de existir– como relación. Esto último lleva a una tercera expropiación: la legitimidad de las personas a tener voz de una manera más igualitaria, horizontal y participativa. A la luz de esta última expropiación, el capítulo sugiere que cualquier intento de tener voz tendría que basarse en la reconstrucción de esta legitimidad y que los medios y la comunicación desempeñan un papel en este intento. Pero ¿en qué y cómo contribuyen a esa tarea?

¿A qué se enfrentan en esta misión, a quién involucran? Estas preguntas se responden en los cuatro siguientes capítulos, en los que se describen y analizan cuatro ámbitos y tipos de prácticas que desempeñaron diferentes papeles en la construcción del bien común de la voz, en el marco de la movilización estudiantil de 2011 en Chile.

El capítulo tres se centra en lo que se denomina “prácticas de intimidad amurallada”. Compuestas por conversaciones en casa con familia y amistades, con compañeros de clase en los edificios ocupados o ‘en toma’, y entre estudiantes y representantes estudiantiles en las asambleas locales y nacionales, las prácticas de intimidad amurallada marcan un proceso de emergencia del bien común de la voz sobre la base de redes de confianza. En este surgimiento se destacan tres elementos clave: la relevancia de la cercanía y la confianza para vencer el miedo y el individualismo para movilizarse; la redefinición del tiempo y el espacio para tener condiciones de discutir a un ritmo propio; y la importancia de los mecanismos participativos para llegar a acuerdos colectivos. Al final, el capítulo subraya que para los estudiantes no hubo oportunidad de establecer diálogos y discusiones sin romper y subvertir las lógicas neoliberales del tiempo y el espacio como medios necesarios para compartir y debatir las preocupaciones comunes; y no hubo manera de avanzar como colectivo sin considerar lo que cada persona involucrada tenía que decir.

El paso de la intimidad de los muros a los ámbitos urbanos donde el cuerpo se desplegó en eventos de protesta y encuentro se expresa en el capítulo cuatro. Las prácticas que se denominan de “encarnación urbana” incluyeron encuentros informativos cara a cara en las calles; intervenciones artísticas, *flashmobs* y otros repertorios tradicionales pero renovados; y marchas y concentraciones en las principales avenidas de las ciudades chilenas. El capítulo plantea que estas acciones tuvieron un componente performativo y representativo. En referencia a las intervenciones artísticas, en tanto reflejo de un aspecto performativo del despliegue urbano, las retrata como una colaboración encarnada que invitó a la gente a tomar conciencia de una vida común y una convivencia más comprometida con otras y otros. En cuanto a su vertiente representativa, el movimiento tuvo una experiencia viva de un colectivo que permitió a la gente ver y formar parte de algo más grande que el individuo, con una conciencia creciente del poder de un cuerpo social y político en aumento. El capítulo concluye sosteniendo que intervenir en la ciudad e interrumpir su lógica 24/7 a través de los cuerpos de las y los estudiantes y activistas, conllevó una voluntad de colaboración que, junto con la representación de un “nosotros”, aportó la oportunidad de sentir que, como cuerpo, la gente finalmente estaba interpelando a un adversario político.

La cuestión de qué hacer con los medios de comunicación tradicionales, cuando su propiedad está en manos de unas pocas corporaciones con una agenda pro-neoliberal, es materia del capítulo 5. La movilización de 2011 se enfrentó a los medios de comunicación intentando optimizar su relación con ellos mediante una

estrategia que buscó instalarles en los espacios mediáticos, debatiendo, argumentando y expresando una imagen clara del “nosotros”, que se entiende en este capítulo como la formación de los ‘comunes imaginados’, con dos objetivos. En primer lugar, desarticular el discurso neoliberal sobre la educación, y la educación de mercado, como “la” única forma de ser del sistema educativo chileno, y desarticular la idea de que solo los actores institucionales de la democracia chilena pueden intervenir en los debates políticos. En segundo lugar, articular la idea de que la educación pública, gratuita y de calidad era posible de alcanzar, y que cualquiera –ciertamente las y los estudiantes– eran actores válidos para discutir sobre educación. Al final de este capítulo se expresa que el estudiantado logró significar, en términos sencillos, el problema de la educación chilena, y contribuyó a la creación de los comunes imaginados, una idea que permitió al habitante común percibir que era sujeto de habla, que su voz era escuchada. No obstante, este capítulo culmina apuntando a que en este crecimiento del bien común de la voz el movimiento estaba limitado por la propiedad de los medios de comunicación tradicionales y su sesgo pro-mercado, y por el hecho de que transmitir y profundizar en un movimiento social excede lo que es posible a través de dichos medios.

El capítulo seis explora la oportunidad de participar en una mediación más autónoma y a gran escala gracias a Internet. En 2011 Internet fue relevante para una amplia gama de acciones que se observan en este capítulo, divididas en dos grupos: las que fomentaron una relación más vertical y las que permitieron una lógica más horizontal. Dentro de estas acciones estuvo la creación y el uso de sitios web, de redes sociales –especialmente Facebook más que Twitter o cualquier otra plataforma–, la coordinación de acciones concertadas en la red, y también el uso de Internet como ámbito de diálogo y discusión. Tras observar estas acciones, el capítulo afirma que los usos de la web favorecieron un tipo de participación más agregativa e individualista, muy patente en la difusión de información. Sin embargo, es en el tipo de participación colaborativa y más horizontal donde Internet tuvo menos éxito, debido a una tendencia de usuarios y usuarias de hablar más que escuchar, de tratar la diferencia como sinónimo de amenaza y, en definitiva, de reducir el espectro de personas con quienes vincularse para hablar solo con aquellas con quienes se compartían las mismas creencias y posturas. En consecuencia, el capítulo concluye que el uso de Internet pasó de sostener una voluntad de solidaridad, de activismo, de llegar a otras y otros; a una posición de cultivar guetos de identidades políticas incapaces de hablar entre sí, de lastimar a otras y otros, y de imposibilitar la discusión y la colaboración entre diferentes. En consecuencia, los usos de Internet para las prácticas comunicativas aparecen, en este capítulo, como el desencadenante de un proceso de descomposición que hizo estallar el surgimiento de los comunes en pedazos, trayendo un nuevo acto de cierre a la voz, esta vez desde las propias partes involucradas en su crecimiento.

Al final del proceso de cierre/apertura/cierre descrito en los capítulos anteriores, llega el capítulo final de este libro sosteniendo que el movimiento chileno abrió lo político de manera que permitió a un sujeto silenciado hablar y entrar en una discusión y debate antagónico. Sostiene que esto fue posible, en gran medida, gracias a las prácticas comunicativas y mediadas que remendaron el tejido social en ámbitos de confianza; creando espacios para estar juntos y hacer una representación del “nosotros”; ganando reconocimiento como actores políticos y logrando la creación de los comunes imaginados; y, finalmente, expandiendo la participación y la imagen del “nosotros” a una escala web más amplia que, aunque disruptiva para un modo de vida neoliberal, no pudo sostener relaciones deliberativas y colaborativas a largo plazo. En otras palabras, la conclusión de este libro sostiene que el movimiento construyó el bien común de la voz con capacidad para que lo político existiera en la neoliberalizada democracia chilena, pero solo a corto plazo, debido a su incapacidad para subvertir las lógicas neoliberales de comunicación en el tiempo. De este modo, el libro termina reflexionando sobre la pertinencia y el aporte teórico del uso y desarrollo de la noción de los bienes comunes en los estudios de medios y comunicación –por la oportunidad que brinda de superar marcos obsoletos de la democracia liberal, como el de la esfera pública– y dando pautas para proyectar caminos políticos y democráticos que impugnen las ecologías mediáticas y comunicativas de las democracias neoliberalizadas.

## Referencias

- Baer, M. (2014) ‘Private Water, Public Good: Water Privatization and State Capacity in Chile’, *Studies in Comparative International Development*, 49 (2): 141-167.
- Barrionuevo, A. (2011) ‘With Kiss-Ins and Dances, Young Chileans Push for Reform’, *nytimes.com*, 4 de agosto. En línea. Disponible en HTTP: <<https://www.nytimes.com/2011/08/05/world/americas/05chile.html>> (Revisado el 26 de noviembre de 2013).
- Bellei, C., Cabalín, C. y Orellana, V. (2014) ‘The 2011 Chilean Student Movement Against Neoliberal Educational Policies’, *Studies in Higher Education*, 39 (3): 426-440.
- Brown, W. (2005) *Edgework. Critical Essays on Knowledge and Politics*, Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Cabalín, C. (2014) ‘The Conservative Response to the 2011 Chilean Student Movement: Neoliberal Education and Media’, *Discourse: Studies in the Cultural Politics of Education*, 35 (4): 485-498.
- Calcagno, A. E. y Calcagno, A. F. (2015) *El universo neoliberal. Recuento de sus lugares comunes*, Madrid: Akal.
- Cannon, B. (2016) *The Right in Latin America. Elite Power, Hegemony and the Struggle for the State*, London: Routledge.
- Castells, M. (2012) *Networks of Outrage and Hope. Social Movements in the Internet Age*, Cambridge: Polity.
- Chovanec, D. y Benítez, A. (2008) ‘The Penguin Revolution in Chile: Exploring Intergenerational Learning in Social Movements’, *Journal of Contemporary Issues in Education*, 3 (1): 40-57.
- Couldry, N. (2010) *Why Voice Matters: Culture and Politics After Neoliberalism*, London: Sage.
- Dardot, P. y Laval, C. (2014) *Commun. Essai sur la révolution au XXI<sup>e</sup> siècle*, Paris: La Découverte.

- Dolcerocca, A. y Coriat, B. (2015) 'Commons and the Public Domain: A Review Article and a Tentative Research Agenda', *Review of Radical Political Economics*, 48 (1): 127-139.
- Falabella, A. e Ilabaca, T. (2020) 'Cómo terminar con el lugar privilegiado de la educación privada en Chile', *ciperchile.cl*, 26 de diciembre. En línea. Disponible en HTTP: <<https://www.ciperchile.cl/2020/12/26/como-terminar-con-el-lugar-privilegiado-de-la-educacion-privada-en-chile/>> (Revisado el 7 de abril de 2020).
- Fenton, N. (2016) *Digital, Radical, Political*, London: Polity.
- Figueroa, F. (2012) *Llegamos para quedarnos. Crónicas de la revuelta estudiantil*, Santiago de Chile: LOM.
- Fleet, N. y Guzmán-Concha, C. (2017) 'Mass Higher Education and the 2011 Student Movement in Chile: Material and Ideological Implications', *Bulletin of Latin American Research*, 36 (2): 160-176.
- Fraser, N. (1992) 'Rethinking the Public Sphere: A Contribution to the Critique of Actually Existing Democracy', en C. Calhoun (ed.) *Habermas and the Public Sphere*, Cambridge: The MIT Press, 109-142.
- Garcés, M. (2012) *El despertar de la sociedad. Los movimientos sociales de América Latina y Chile*, Santiago de Chile: LOM.
- Garretón, M. A. (2012) *Neoliberalismo corregido y progresismo limitado. Los gobiernos de la Concertación en Chile*, Santiago de Chile: Arcis, Clacso.
- Gilbert, J. (2014) *Common Ground. Democracy and Collectivity in an Age of Individualism*, New York, NY: Pluto Press.
- Graeber, D. (2013) *The Democracy Project. A History, a Crisis, a Movement*, London: Penguin.
- Hardt, M. y Negri, A. (2009) *Commonwealth*, Cambridge, MA: The Belknap Press of Harvard University Press.
- Harvey, D. (2005) *A Brief History of Neoliberalism*, Oxford: Oxford University Press.
- Holloway, J. (2002) *Change the World without Taking Power. The Meaning of Revolution Today*, London: Pluto Press.
- Jackson, G. (2013) *El país que soñamos*, Santiago de Chile: Debate.
- Juris, J. (2012) 'Reflections On #Occupy Everywhere: Social Media, Public Space, and Emerging Logics of Aggregation', *American Ethnologist*, 39 (2): 259-279.
- Klein, N. (2007) *The Shock Doctrine. The Rise of Disaster Capitalism*, London: Penguin.
- Larrabure, M. y Torchia, C. (2014) 'The 2011 Chilean Student Movement and the Struggle for a New Left', *Latin American Perspectives*, 42: 248-268.
- Linebaugh, P. (2014) *Stop, Thief! The commons, enclosures, and resistance*, Oakland, CA: PM Press.
- Martín-Barbero, J. (1987) *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*, Barcelona: Gustavo Gili.
- Mason, P. (2013) *Why It's Still Kicking off Everywhere. The New Global Revolutions*, London: Verso.
- Mattei, U. (2014) 'First Thoughts of a Phenomenology of the Commons', en D. Bollier y S. Helfrich (eds.) *The Wealth of the Commons. A World Beyond Market and State*, Amherst, MA: Levelers Press, 37-44.
- Melucci, A. (1996) *Challenging Codes*, Cambridge: The Press Syndicate of the University of Cambridge.
- Melucci, A. (1995) 'The New Social Movements Revisited: Reflections on a Sociological Misunderstanding', en L. Maheu (ed.) *Social Movements and Social Classes. The Future of Collective Action*, London: Sage, 107-119.
- Melucci, A. (1985) 'The Symbolic Challenge of Contemporary Movements', *Social Research*, 52 (4): 789-816.
- Mignolo, W. (2011) *The Darker Side of Western Modernity: Global Futures, Decolonial Options*, Durham, NC: Duke University Press.
- Molnár, V. (2013) 'Reframing public space through digital mobilization: Flash mobs and contemporary urban youth culture', *Space and Culture*, 17(1): 43-58.

*El Mostrador* (2012) 'Comisión de "expertos" rechaza gratuidad para educación y Confech responde con anuncio de movilizaciones', *elmostrador.cl*, 28 de marzo. En línea. Disponible en HTTP: <<http://www.elmostrador.cl/noticias/pais/2012/03/28/comision-de-expertos-rechaza-gratuidad-para-educacion-y-confech-responde-con-anuncio-de-movilizacion/>> (Revisado el 16 de noviembre de 2013).

Montero Barriga, V. (2018) 'Movimientos sociales y consecuencias político institucionales. Del movimiento universitario 2011 a la Reforma en educación superior en Chile', *Persona y Sociedad*, 32 (2): 46-68.

Mouffe, Ch. (2005) *On the Political*, New York, NY: Routledge.

Moulián, T. (2002) *Chile actual. Anatomía de un mito* (tercera edición), Santiago de Chile: LOM.

O'Boyle, B. (2016) 'Free College in Chile! So What Are Students So Mad About?', *americasquarterly.org*, 28 de enero. En línea. Disponible en HTTP: <<http://www.americasquarterly.org/content/free-education-frustration-chiles-student-activists>> (Revisado el 5 de marzo de 2017).

Ostrom, E. (2011) *Governing the Commons. The Evolution of Institutions for Collective Action*, Cambridge: Cambridge University Press.

Panizza, F. (2009) *Contemporary Latin America. Development and Democracy beyond the Washington Consensus*, New York, NY: Zed Books.

PNUD, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2012) *Bienestar subjetivo: el desafío de repensar el desarrollo*, Santiago de Chile: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

PNUD, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2002) *Nosotros los chilenos: un desafío cultural*, Santiago: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

Prashad, V. (2014) *The Poorer Nations. A Possible History of the Global South*, London: Verso.

Rancière, J. (2004) *Disagreement*, Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.

Salinas, D. y Fraser, P. (2012) 'Educational Opportunity and Contentious Politics: The 2011 Chilean Student Movement', *Berkeley Review of Education*, 3 (1): 17-47.

Sanhueza, P. (2020) 'No debilitemos a las universidades ni a las ciencias', *elmostrador.cl*, 26 de noviembre. Online. Disponible en HTTP: <<https://www.elmostrador.cl/noticias/opinion/2020/11/26/no-debilitemos-a-las-universidades-ni-a-las-ciencias/>> (Revisado el 7 de abril de 2020).

Schlozman, K. L., Verba, S. y Brady, H. E. (2012) *The Unheavenly Chorus. Unequal Political Voice and the Broken Promise of American Democracy*, Princeton, NJ: Princeton University Press.

Siavelis, P. (2012) 'Chile's Student Protests: The Original Sin of Educational Policy', *ReVista: Harvard Review of Latin America*, 12 (1): 74-76.

Silva, P. (2009) *In the Name of Reason. Technocrats and Politics in Chile*, Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press.

Sitrin, M. y Azzellini, D. (2014) *They Can't Represent Us. Reinventing Democracy from Greece to Occupy*, London: Verso.

Solimano, A. (2012) *Chile and the Neoliberal Trap. The Post-Pinochet Era*, New York, NY: Cambridge University Press.

Somma, N., Bargsted, M., Disi Pavlic, R. y Medel, R. (2020) 'No water in the oasis: The Chilean Spring of 2019-2020', *Social Movement Studies*, doi: 10.1080/14742837.2020.1727737

Wolton, D. (1998) 'La comunicación política: construcción de un modelo', en J. M. Ferry y D. Wolton (eds.) *El nuevo espacio público*, Barcelona: Gedisa, 28-44.

## Capítulo 1

# LA LUCHA POR LA VOZ EN TIEMPOS DE DEMOCRACIA Y NEOLIBERALISMO

### INTRODUCCIÓN

En 2011, el movimiento estudiantil chileno expresó su voluntad de acabar con el sistema educativo desigual, privatizado y gobernado por una lógica de mercado, implantado durante la dictadura militar (1973-1990) y profundizado de la mano de los sucesivos gobiernos socialdemócratas y de derecha (1990-2011). Los acontecimientos de 2011 fueron una expresión de su determinación de luchar por lo que muchas personas consideran como el derecho humano inalienable a una educación pública, gratuita y de calidad, independiente del origen étnico de cada persona, de los ingresos de su hogar o su ubicación geográfica.

Esta movilización tuvo lugar en un país con una democracia representativa formal, gobernada por partidos políticos tecnocráticos proclives a políticas neoliberales (Garretón, 2003; Feres, 2009), a los que se acusa de desalentar la participación política más allá del voto en las elecciones, y donde el sistema de medios de comunicación, en manos de unas pocas corporaciones pro-neoliberales, criminalizó sistemáticamente la movilización social. En esta democracia, por lo tanto, las personas que pedían una educación pública, gratuita y de calidad, un derecho básico del que se consideraban privadas, exigían ser escuchadas y demandaban al gobierno hacerse responsable en la materia. En este sentido, la educación se consideró un bien común expropiado. Si bien la noción de bien común será explicada más adelante, por ahora es necesario aclarar que con dicho término me refiero a los recursos que pertenecen a la colectividad “como una cuestión de necesidad vital” (Mattei, 2012: 37). Ahora bien, el reclamo por los bienes comunes en el contexto de esta movilización, ¿se limitó solo a la demanda sobre educación? Si el análisis va más allá de la petición principal de la movilización estudiantil y se observa el variado repertorio de medios y prácticas comunicativas del movimiento estudiantil 2011, en cuanto a sus diferentes aspectos y sus diversas intenciones, la respuesta es negativa.

La resistencia por medios simbólicos y prácticas comunicativas ha sido parte de lo que han estado estudiando en las últimas décadas las investigaciones sobre movimientos

sociales, comunicación y ciencia política (Della Porta y Diani, 2006; Melucci, 1996). Dicho tema de estudio es particularmente significativo en el caso chileno, donde la democracia ha sido cada vez más un asunto apropiado por las élites (Delamaza, 2013) y donde el neoliberalismo ha privatizado muchos aspectos de la vida, como el agua, la educación, el sistema de salud y las pensiones. En este contexto, la superación del silencio y la falta de participación han tenido que ver más con una apertura de “lo político”<sup>1</sup>, entendido como la dimensión conflictiva y antagónica de las sociedades humanas, que con hacer llegar peticiones a una autoridad determinada por los canales administrativos-institucionales.

A partir de esta premisa, la naturaleza del problema parece ser más elemental, relacionada con los fundamentos básicos de la participación política: la posibilidad de hablar y ser escuchado cuando se discuten los asuntos que nos conciernen a todos y todas, la vida en común, más allá de las limitaciones del individualismo y de las restricciones que imponen la privatización y la desregulación en democracias moldeadas por directrices neoliberales. Las preguntas que surgen, en consecuencia, son: ¿cuál es la naturaleza del problema de no poder ejercer la propia ciudadanía y participar en el debate político en el contexto de una democracia enclaustrada en los marcos neoliberales?, y ¿cómo se puede superar esta situación desde posiciones de base, como la que tenían y tienen las y los estudiantes de Chile, para reclamar una educación pública, gratuita y de calidad?

Para abordar estas materias este capítulo parte del entendimiento de que la oportunidad de hablar y ser escuchado es un bien común elemental para que exista lo político, y denomino a ese bien común como “voz”. Para conectar estos conceptos, en primer lugar, me aproximo a la noción primitiva y más contemporánea de los bienes comunes, o simplemente *comunes*, y a su pertinencia para indagar más allá de los límites conceptuales que establece el debate político dominante, así como a su relevancia para entender los fundamentos mínimos de una sociedad política más igualitaria, horizontal y participativa. En segundo lugar, abordo las formas en que la literatura sobre democracia y movimientos sociales entienden la noción de voz, identificando dos patrones principales: la voz como canal para transmitir peticiones hacia las vías administrativas-institucionales, y la voz como forma de dar vida a lo político mediante la discusión y el desacuerdo. Mientras ambas condiciones comunicativas sigan sin cumplirse y continúe la imposibilidad de romper los cerrojos

<sup>1</sup> En este capítulo y en el libro se utilizan los términos “política” y “lo político” de diferentes maneras. Estos usos pretenden reflejar una diferencia cuantitativa y cualitativa en la forma en que Jacques Rancière (2004) y Chantal Mouffe (2005, 2013) los definen críticamente. En este sentido, “lo político” se refiere a la dimensión conflictiva y antagónica de las sociedades humanas, mientras que “la política” se entiende como “el conjunto de prácticas e instituciones a través de las cuales se crea un orden, organizando la convivencia humana en el contexto de conflictividad que proporciona lo político” (Mouffe, 2005: 9).

a la participación política en los marcos de una democracia neoliberalizada, lo que sostiene este capítulo es que lo que ocurre en casos como el chileno es la expropiación de la voz como bien común político.

Dado que el caso chileno se sitúa en un lugar específico, en la segunda parte de este capítulo avanzo la discusión para descubrir cómo esta expropiación se relaciona específicamente con América Latina. Observando los fundamentos político-culturales y las subsiguientes búsquedas de independencia, emancipación y liberación en el territorio, concluyo que la expropiación de la voz encuentra un terreno fértil en América Latina, especialmente en Chile, donde ocurre de una manera que resulta políticamente importante para la región. La política dominante, en este sentido, parece incapaz de dar respuestas que derroten la falta de voz. Sin embargo, los movimientos sociales sí parecen aportar ideas que van más allá de las limitaciones del ámbito institucional, al dar relevancia a actores no convencionales y subrayar el objetivo principal de aquellas y aquellos a quienes no se les permite tener voz: superar los patrones culturales en los que su voz se ve disminuida o inutilizada.

El capítulo finaliza con la afirmación de que el bien común de la voz ha sido expropiado en las democracias neoliberales, que esta expropiación está profundamente arraigada en América Latina, y que una voz expropiada socava la posibilidad de una participación ciudadana activa, una democracia más dialógica, y alcanzar derechos políticos básicos. En este sentido, el capítulo da un paso hacia la idea de que superar esta expropiación implica superar una hegemonía cultural que va más allá de los límites de la política institucional. El siguiente capítulo continuará este camino abierto, por medio de una investigación de los espacios en los que la voz, como un bien común que implica recursos, relaciones y lugares donde ocurran dichas relaciones, ha sido aceptada, impugnada y desafiada. Sostengo que solo cuando se ha observado y comprendido esto último es posible entender la naturaleza del problema y lo que se necesita para generar los recursos y relaciones mínimas que requiere un bien común político. Pero empezamos por la idea de la voz como bien común.

## **LA VOZ COMO BIEN COMÚN: HABLAR Y SER ESCUCHADO MÁS ALLÁ DE LA POLÍTICA INSTITUCIONAL**

¿Por qué hablamos de los bienes comunes y de qué hablamos cuando nos referimos a ellos? La noción de los bienes comunes ha ido ganando popularidad entre activistas e intelectuales (Ostrom, 2011; Mattei, 2012; Dardot y Laval, 2014) sobre todo desde la emergencia continua de movimientos sociales tras las protestas de 1999 en Seattle contra la Organización Mundial del Comercio (OMC), y las manifestaciones posteriores reclamando “otro mundo es posible”, tal como expresó el Foro Social Mundial desde sus primeras reuniones en Porto Alegre, Brasil (2001, 2002, 2003). Sin embargo, los bienes comunes están lejos de ser un concepto nuevo. Es una forma nueva de expresar una vieja idea: que algunos recursos elementales para la vida nos

pertenecen a todos y que deben ser accesibles y estar abiertos a todos, sin que nadie pueda reclamarlos como su propiedad individual (Dolcerocca y Coriat, 2015).

Esta definición de los bienes comunes se ha ampliado en los últimos treinta años. Originalmente centrada en la propiedad de la tierra, los recursos naturales y la gestión de la tierra, hoy se aplica a diversas cuestiones como la gestión colectiva de los recursos (Ostrom, 2011); la sobreexplotación de los recursos naturales (Linebaugh, 2014; Amin y Howell, 2016); la creación, el uso y la distribución del conocimiento y la información contra las barreras legales y técnicas que limitan la libre circulación de la creatividad (Lessig, 2001); las nuevas formas de organización política colectiva y horizontal (Hardt y Negri, 2009); la crítica a los recintos privados en los espacios urbanos (Stavrides, 2016); y los intentos revolucionarios que impugnan la globalización neoliberal (Dardot y Laval, 2014).

En este sentido, el resurgimiento de los bienes comunes está vinculado a la conciencia de habitar un mundo común donde las condiciones de vida se han empobrecido y las personas perciben cada vez más su falta de poder de decisión sobre la vida colectiva por medio de los procesos políticos institucionales establecidos (PNUD, 2010). Esto es bastante evidente en el caso de Chile, como lo expresó el informe del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) de 2004. Dicho documento observó que mientras la distancia entre partidos políticos y la ciudadanía crecía, y las elecciones despertaban menos interés en la población, la política tradicional no respondía de manera adecuada a las demandas de la gente, haciendo precisamente crecer la distancia entre deliberación pública, ciudadanía y las decisiones de la política institucional. En resumen, el informe puso de manifiesto que hay:

(...) una tensión creciente entre la demanda de autonomía y poder personales y la creciente autorreferencia y tecnocratización del poder de sistemas e instituciones. Mientras las personas quieren ser sujetos de sus vidas, los sistemas les exigen adaptarse a decisiones tomadas cada vez más lejos de la deliberación pública (PNUD, 2004: 268).

En estas condiciones, la cuestión de los bienes comunes se refiere no solo a los recursos básicos para la supervivencia física, sino también a aquellos mínimos para desarrollar una relación más igualitaria y un compromiso colectivo en el que todos puedan participar en el proceso de discusión y toma de decisiones sobre la vida en común (Linebaugh, 2008, 2014). En esta búsqueda, la voz aparece como un recurso fundacional y como una relación básica, hablar y ser escuchado, que los y las estudiantes y las personas que viven en Chile han tratado de ejercer por medios no institucionales. Tal y como explicó Camila Vallejo, vocera de la Confederación de Estudiantes de Chile (Confech) en 2011 y una de las líderes más destacadas del movimiento de ese año, los mecanismos de presión como las marchas y las ocupaciones fueron la única forma de ser escuchados por el gobierno y otras instituciones políticas (Vallejo, 2012).

Para comprender por qué la voz se entiende como un bien común, analizaré la evolución de los bienes comunes como un concepto relacionado con los recursos y, a continuación, estableceré la comprensión actual de los bienes comunes como un tipo de compromiso político colectivo, horizontal e inclusivo.

El origen de los bienes comunes como concepto se remonta a las discusiones sobre la propiedad de la tierra y la gestión de los bienes procedentes de ella (Linebaugh, 2008). En esta discusión ha habido dos perspectivas divergentes: la de los partidarios de la propiedad individual y privada, y la de quienes promueven la propiedad comunal. La causa de la propiedad privada tiene sus orígenes en el siglo IV a. C., con la creencia de Aristóteles de que los bienes y propiedades que se poseen en común reciben menos cuidados que aquellos que están en manos de una sola persona. En consecuencia, para Aristóteles, el predominio de la propiedad privada no era solo un asunto racional sino también una condición natural: “La gente es mucho más cuidadosa con sus posesiones personales que con las de propiedad común; ejerce el cuidado sobre la propiedad común solo en la medida en que se ve afectada personalmente” (Aristóteles, 1981: 108).

Las principales civilizaciones en lo que se conoce como América, como los aztecas (en territorios donde hoy encontramos México y Guatemala) y los incas (en una región donde hoy tenemos Ecuador, Perú, Bolivia, Argentina y Chile) creían lo contrario. Si bien había cierto nivel de propiedad privada en manos de quienes estaban en la cima de las jerarquías de los imperios, la mayor parte de la tierra era comunal (Wall, 2014). Los *calpullis* y los *ayllus*, en las culturas azteca e inca, respectivamente, eran propiedades comunales en las que se asentaban las comunidades para vivir de la tierra. La tierra, sin embargo, no solo servía para recolectar bienes para sobrevivir, sino que era la sede de un sistema económico, social, político y religioso. Cada *ayllu* o *calpulli* era un pequeño estado que, junto con otros estados, formaban una confederación (Martínez Estrada, 1990). En este sentido, la tierra estaba vinculada a la provisión de recursos para la alimentación y la vivienda, pero también para la existencia política. La conquista española, sin embargo, cambió la lógica anterior y, en nombre de la corona española, distribuyó en forma individual las tierras por medio de mercedes de tierras y encomiendas, que concedieron crecientemente acceso a la tierra y sus bienes a un puñado de señores de origen español. Esta práctica continuó después de la independencia de Chile, de manera que las tierras comunales nativas fueron desapareciendo para crear *haciendas*, regímenes económicos y políticos similares a los sistemas feudales europeos.

Esta lógica de *lords* que poseen la tierra y conceden diferentes grados de acceso a sus bienes estaba presente en Europa por medio de los sistemas feudales de gobierno. Durante los siglos XII y XIV, la tierra común se convirtió en un territorio privado en el que vecinos y agricultores tenían derechos comunes solo para ciertos usos de esa tierra (Wall, 2014). Ya desde el siglo XV hasta el XIX, las tierras comunes

inglesas fueron cercadas y “la tierra que antes era común se convirtió simplemente en propiedad privada, generalmente controlada por un solo terrateniente” (Boyle, 2008: 43). En estos espacios cercados, un cierto número de personas, los plebeyos, tenían derecho a acceder, utilizar y/o explotar los recursos dentro de ellos, pero la propiedad seguía siendo privada. Como subraya Silvia Federici, “en el siglo XVI, “cercamiento” era un término técnico que indicaba el conjunto de estrategias que usaban los lores y los campesinos ricos ingleses para eliminar la propiedad comunal de la tierra y expandir sus propiedades” (Federici, 2009: 69). Un partidario clave de esta privatización progresiva fue el pensador liberal inglés John Locke (1632-1704). Adoptando una posición similar a la de Aristóteles, Locke creía firmemente que el tipo de ocupación y explotación de la tierra más racional era la propiedad privada. En una de sus declaraciones más destacadas al respecto, dijo lo siguiente:

Dios ha dado a los hombres el mundo en común; pero como se lo dio para su beneficio y para que sacaran de él lo que más les conviniera para su vida, no podemos suponer que fuese la intención de Dios dejar que el mundo permaneciese siendo terreno comunal y sin cultivar. Ha dado el mundo para que el hombre trabajador y racional lo use; y es el trabajo lo que da derecho a la propiedad, y no los delirios y la avaricia de los revoltosos y pendencieros (Locke, 2006: 39).

De este modo, el enfoque liberal moderno supuso un punto de inflexión para los bienes comunes: puso la tierra y sus recursos al servicio de una explotación privada intensiva. En un mundo capitalista y más poblado, esta idea de disponer de aquellas tierras sin explotar chocó con concepciones alternativas, como las de los aztecas, los incas y los nativos al norte del río Grande. Sin embargo, esta tendencia a la privatización no se limitó a América o a Inglaterra, y el pensamiento liberal continuó rechazando los cercamientos comunes incluso en un grado marginal (Dardot y Laval, 2014). En consecuencia, y más aún en un contexto capitalista, las ideas sobre la propiedad común y el uso común de la tierra pasaron a ser consideradas ineficaces, irresponsables y anticuadas.

Un ejemplo de esta posición, en pleno siglo XX, la marcó el artículo de Garrett Hardin ‘The Tragedy of the Commons’ [‘La tragedia de los Comunes’] (1968). Continuando con la defensa de la propiedad individual de Aristóteles y Locke, Hardin criticó el concepto de los recintos comunes como empresas económicas viables. Su desprecio por los bienes comunes se basaba en la suposición de que las personas, como parte de su condición humana, perseguirían el beneficio personal en una espiral sin control que iba en perjuicio de la explotación de la tierra a largo plazo, pues los usuarios, buscando satisfacer sus necesidades, agotarían los recursos de la tierra. El resultado más probable de una administración común era, desde esta mirada, desastroso para la productividad de la tierra y, en última instancia, para la vida humana. Por esta razón, Hardin y sus partidarios consideraban que la propiedad privada era “preferible a la “ruina total” impuesta por los bienes comunes” (Murdock, 2013: 159).

La posición de Hardin en 1968 produjo el impacto necesario para generar un debate histórico sobre la naturaleza, la propiedad y la gestión común de los recursos naturales, especialmente entre quienes defendían la propiedad privada (Borch y Kornberger, 2015). Al centrar la discusión en la mejor forma de administración de la tierra, la posición de Hardin rechazó todo lo que no fuera propiedad y explotación privada de la tierra y sus recursos. Su posición, en este sentido, podría considerarse como un argumento preneoliberal, pero también como un lugar desde el que, por oposición, comenzaron a crecer los nuevos enfoques sobre los bienes comunes.

El más relevante de estos nuevos enfoques provino de la mano de la economista Elinor Ostrom y su libro *El gobierno de los bienes comunes* [*Governing the Commons. The Evolution of Institutions for Collective Action*], publicado originalmente en 1990. Tras la desaparición de la mayoría los socialismos de Estado y el triunfo del capitalismo, Ostrom desencadenó un renovado interés por los bienes comunes, abriendo una nueva alternativa después de que los socialismos reales ya no estuvieran en condiciones de desafiar al capitalismo. Lo hizo demostrando que los recursos comunes podían ser productivos a largo plazo, enfrentándose con hechos y datos a la idea de que los bienes comunes suponían una tragedia, como planteaba Hardin, y que la privatización era la única forma posible de gestionarlos (Rogers, 2010). Ostrom rechazó también una idea más cercana a los socialismos reales: aquella que plantea un Estado centralizado, poderoso y controlador como la vía para impedir la sobreexplotación de la tierra comunal y salvar los bienes comunes de la tragedia pronosticada por Hardin. De este modo, demostró que era posible una gestión del medio ambiente sostenible a largo plazo, mediante la acción colectiva basada en determinados principios<sup>2</sup>.

<sup>2</sup> Basándose en su investigación sobre casos prácticos de recursos de uso común (RUC) y consciente de las peculiaridades de cada caso, Elinor Ostrom definió ocho principios de los bienes comunes sostenibles gobernados por la comunidad. Estos principios implican, en primer lugar, la definición de fronteras claras sobre límites y limitaciones de un bien común. La razón de esta definición es que “mientras los límites del recurso y/o los individuos que pueden utilizarlo sigan siendo inciertos, nadie sabe qué está gestionando ni para quién” (Ostrom, 1994: 37). Un segundo principio es la congruencia entre el uso de un recurso y la disponibilidad del mismo, para no agotar ese recurso. El tercero dice que la mayoría de los afectados por las reglas de los RUC pueden participar en la modificación de esas reglas. El cuarto y quinto se refieren al control del comportamiento de los miembros y a las sanciones para quienes infringen las normas. El sexto dice que quienes comparten el recurso común deben disponer de mecanismos accesibles y de bajo costo para resolver conflictos, mientras que el séptimo busca asegurar que los derechos elaborados por los usuarios de un RUC sean respetados por las autoridades externas. Un último principio resume todos los principios mencionados y las acciones relacionadas con la “apropiación, la provisión, el control, la aplicación, la resolución de conflictos y la gobernanza” (Ostrom, 1994: 41), estableciendo que estas deben habilitarse “en múltiples capas de empresas anidadas” (41).

El planteamiento de Ostrom, que en 2009 obtuvo el premio Nobel de economía por su contribución en estas materias, abrió el concepto de bienes comunes en dos maneras que se han desarrollado ampliamente en el trabajo reciente de activistas, académicos e investigadores. La primera es el uso de los bienes comunes como un tipo de compromiso político que va más allá de las dicotomías económicas y políticas habituales, como las que plantean Estado frente a mercado. El segundo es la comprensión de los bienes comunes como un compromiso colectivo que necesita recursos y relaciones básicas para su preservación. Ambos son factores clave para entender por qué los bienes comunes aparecen hoy como una alternativa política ante democracias debilitadas y contra la influencia del neoliberalismo en diversos ámbitos de la vida.

Ostrom fue muy clara con la primera de estas observaciones, al subrayar que el Estado y el mercado no tenían “éxito a la hora de permitir a los individuos un uso productivo y a largo plazo de los sistemas de recursos naturales” (Ostrom, 2011: 1). Frente a esta ineficacia, argumentó que los bienes comunes eran una forma viable de gestionar con éxito los recursos durante largos períodos de tiempo. En el contexto de una globalización cada vez más extendida, y ante la pérdida de soberanía y disminución del poder de los Estados-nación, más la expansión agresiva del neoliberalismo, los bienes comunes expresaban una alternativa a viejas dicotomías como la de lo privado frente a lo público. Calificando estas dicotomías como reducidas y reduccionistas, la idea de los bienes comunes representó un paso para considerar dentro de lo político áreas de la vida que antes no se consideraban como parte de la política. Estas áreas, situadas en lo que el académico germano-chileno Norbert Lechner denominó los patios interiores de la democracia (1988), abrió el camino para imaginar alternativas políticas desde aquellas actividades de la vida cotidiana en las que la acción social –no considerada como plenamente política por los enfoques democráticos liberales o los socialismos de Estado y tampoco adscrita a las grandes narrativas políticas– expresa los esfuerzos de personas comunes y corrientes, y con cierto nivel de organización, para construir una vida mejor en común. Una vez que se toma en serio esta contribución de los comunes, “cierta filosofía política republicana o democrática” (Dardot y Laval, 2014: 51) ya no es suficiente para hacer frente a los fenómenos actuales de personas que demandan otra democracia y reconfiguran prácticas y espacios sociopolíticos, como las asambleas de barrio en Argentina, tras el *corralito* de 2001 (Argento, 2015; Pousadela, 2010); las plazas ocupadas en España, en 2011 (Della Porta, 2015); o los diversos espacios donde transcurrió la movilización estudiantil en Chile de 2011, tanto en la intimidad del hogar, como en el espacio urbano, en el trabajo hacia los medios de comunicación y en la movilización por Internet. Es decir, en aquellas instancias donde la discusión y la construcción de la vida en común transcurren en el día a día.

La segunda forma en la que la contribución de Ostrom ayudó a abrir y ampliar la noción de los bienes comunes fue haciendo evidente que el uso y la preservación de

los recursos implicaban un tipo de relación que era colectiva, arraigada en culturas específicas y políticas. Es decir, que contienen una dimensión conflictiva. De este modo, Ostrom trasladó la comprensión exclusiva de los bienes comunes como recursos naturales “a menudo reivindicados como herencia de la humanidad en su conjunto, para ser compartidos conjuntamente” (Hardt y Negri, 2009: viii), a un modo de gobernanza basado en la responsabilidad compartida, la cooperación y la promoción de lógicas cooperativas mediante las cuales es posible garantizar la preservación humana<sup>3</sup>. Al entender los bienes comunes de esta manera, Ostrom abrió la puerta para comprender que los recursos y las relaciones más elementales que se necesitan para generar un bien común son aquellas requeridas para generar ecologías comunicativas de conversación, diálogo, discusión y resolución. En este sentido, la voz, concepto que se desarrollará más adelante, se convierte en un recurso fundamental para avanzar en un proceso de “puesta en común” en el que la vida en común pueda ser discutida en igualdad de condiciones sin seguir ni obedecer el mandato superior de jerarquías verticalistas.

Esta última forma de entender los bienes comunes expresa la relevancia de la comunicación y la mediación en el proceso de generación de bienes comunes. Ahora, un problema no resuelto por Ostrom, y que en realidad es una de las cuestiones en debate en torno al asunto, es cómo avanzar en el proceso de puesta en común en contextos neoliberales en los que las lógicas de diálogo, disenso y cooperación han sido sistemáticamente desalentadas (Crary, 2013; Lazzarato, 2012; Harvey, 2012) y

<sup>3</sup> Los bienes comunes implican un cierto tipo de gobernanza que es democrática porque sigue principios ya explicados, aunque no es una noción totalmente desarrollada cuando se lleva a la práctica. La idea más clara sobre la gobernanza de los bienes comunes proviene de Elinor Ostrom y la noción de recursos de uso común (RUC). Un RUC es un “sistema de recursos naturales o artificiales lo suficientemente grande como para que sea costoso (pero no imposible) excluir a los beneficiarios potenciales de la obtención de beneficios de su uso” (Ostrom, 2011: 30) que siguiendo una serie de principios (mencionados en la nota 2) se convierten en experiencias vivas de autoorganización que ocurren con o sin un vínculo con el Estado. Sin embargo, este tipo de gobernanza se pone en entredicho cuando se pasa de lo local a dimensiones más amplias, como cuando “se organizan, se acuerdan reglas y se hacen cumplir” (Ostrom et al., 1999: 281) a escala global. Cuestiones como la diversidad cultural, la conexión entre diferentes grupos locales, la aceleración de los cambios sociales, económicos y políticos y la necesidad de un acuerdo unánime como norma de elección colectiva forman parte de estos retos. En otras visiones de los bienes comunes, las pautas de gobernanza son menos claras, como en el caso de Dardot y Laval (2014), que ofrecen una descripción general de cómo podría ser la gobernanza de los comunes, pero sin aportar luces respecto a cómo superar las tendencias sociales y políticas que serían perjudiciales para el entorno de los comunes. Este es un problema que reconocen cuando se preguntan “¿cómo hacer común el principio político de la reorganización de toda la sociedad en las condiciones de una pluralidad irreductible de bienes comunes de tamaño y dimensión variables, desde los bienes comunes locales hasta los mundiales?” (Dardot y Laval, 2014: 527).

en los que las personas que viven en democracias formales se sienten cada vez más excluidas de las decisiones que se toman sobre sus propias vidas.

He aquí una respuesta parcial e inicial a la pregunta planteada al inicio de este capítulo: ¿por qué la noción de bienes comunes es relevante para el estudio de una movilización en torno a la educación como la ocurrida en Chile durante 2011? Porque la forma de entrar en la discusión sobre la vida en común en el contexto chileno pasa por reconocer que para la existencia de los bienes comunes se necesita voz, un recurso fundamental y un derecho democrático básico que no otorga el neoliberalismo en Chile. Uno de los estudiosos que adopta esta posición es Jeremy Gilbert (2014). Para Gilbert, las formas más básicas y necesarias de resistencia al neoliberalismo en la actualidad son la creación de foros sociales e instancias de litigio<sup>4</sup>, no en el sentido jurídico sino en términos de un desacuerdo que se pone en marcha instalando el conflicto, marcando la diferencia e incluyendo la presencia de los excluidos de una relación política conflictiva (Rancière, 2004). Ahora bien, para movilizar los actos de hablar, conversar y debatir la vida en común es necesario producir la voz. Antes de explorar cómo se podría producir la voz en los entornos democráticos contemporáneos es necesario entender la voz como un concepto con diferentes significados políticos. La observación de estos significados permitirá comprender mejor la noción de voz como recurso necesario para la reproducción permanente de los bienes comunes.

## LA DEMOCRACIA Y EL SIGNIFICADO DE LA VOZ

El lugar que ocupa la voz en el pensamiento político es una cuestión que puede encontrarse, siguiendo el relato de David Held (2006), en dos modelos predominantes de democracia: la democracia representativa liberal, que circunscribe la voz a la política; y la democracia directa, que entiende la voz como un fundamento de lo político que se ve amenazado debido a la influencia del neoliberalismo en los componentes participativos, dialógicos y conflictivos de la democracia. Ambos modelos son perspectivas generales, con la mirada en un puñado de países europeos y en Estados Unidos, pero ayudan a abarcar dos visiones distintas de la democracia y plantean la cuestión de lo que significa ejercer la voz en contextos neoliberales.

El relato de Robert Dahl (1989, 1998) sobre el modelo representativo liberal identifica la democracia en términos generales como un espacio en el que las instituciones

<sup>4</sup> Utilizo el término litigio no en el sentido jurídico, sino en la forma en que Jacques Rancière (2004) lo usa en su libro sobre el desacuerdo (*El desacuerdo: política y filosofía*, en español). Para Rancière el fundamento de lo político es el desacuerdo, no en términos de un asunto o una cuestión particular, sino sobre lo que es común, cuál es la lógica que define la sociedad y quién tiene derecho a tener voz. El litigio es el desacuerdo en movimiento, lo que permite instalar el conflicto, la diferencia y la presencia de los excluidos de una relación conflictiva y política.

gobernantes son dirigidas por representantes electos por la ciudadanía, en los cuales el pueblo participa en elecciones por períodos lo suficientemente largos como para comprobar el desempeño de sus representantes electos. Para Dahl, la necesidad de elecciones permanentes, la existencia de creencias y una cultura política democrática, y la ausencia de un fuerte control extranjero hostil a la democracia, son elementos esenciales de dicho modelo. Desde su perspectiva, hay otros dos elementos que favorecen este tipo de democracia: una economía y una sociedad de mercado modernas, así como un débil pluralismo subcultural. En la mirada de Dahl, “no podemos eludir la conclusión de que una economía capitalista de mercado, la sociedad que produce y el crecimiento económico que suele engendrar, son condiciones muy favorables para desarrollar y mantener instituciones políticas democráticas” (Dahl, 1998: 159).

En la extensa literatura sobre democracia representativa liberal existen puntos de vista que añaden otros elementos, además de las elecciones, las economías de mercado y la homogeneidad cultural, como condiciones para que el modelo funcione. Estas perspectivas entienden a ciudadanas y ciudadanos como actores más involucrados en los procesos de toma de decisiones. Charles Tilly, por ejemplo, considera que un régimen es democrático cuando “las relaciones políticas entre el Estado y sus ciudadanos se demuestran por medio de consultas amplias, igualitarias, protegidas y mutuamente vinculantes” (Tilly, 2007: 59). Para Tilly, el mejor escenario posible, la consulta mutuamente vinculante, implica una relación basada en redes de confianza que son vínculos dialógicos permanentes arraigados en la vida cotidiana. Así, Tilly introduce un elemento dialógico en el enfoque liberal que va más allá del mero acto de votar.

Planteadas así, la visión liberal representativa de la democracia transmite una definición de voz claramente descrita por Schlozman, Verba y Brady (2012). Para estos autores, la voz política es cualquier actividad llevada a cabo por individuos y organizaciones “que tiene la intención o el efecto de influir en la acción del gobierno –ya sea directamente afectando la elaboración o aplicación de políticas públicas, o indirectamente influyendo en la selección de las personas que hacen esas políticas” (Schlozman, Verba y Brady. 2012: 10).

Para estos autores, la voz transmite dos acciones democráticas: proporcionar información a las autoridades políticas para la toma de decisiones; y proporcionar incentivos a los responsables políticos, con el mismo fin. En consecuencia, desde esta mirada, la voz política corre por los caminos de la democracia institucional. Como señalan explícitamente los autores, esta definición de voz “excluye el debate político” (Schlozman, Verba y Brady, 2012: 13).

El problema de entender la voz de esta manera es su carácter limitado, que se reduce aún más en contextos en los que el mercado no sostiene la democracia y en los que

la voz de las personas no encuentra un lugar para cambiar la lógica con la que los gobiernos manejan sus países bajo un signo neoliberal. Este problema –que algunos influyentes pensadores liberales con una apreciación limitada de la democracia, como Hayek (2001), no considerarían realmente un problema– es abordado en cierta medida por Tilly. Para Tilly, el camino hacia una mejor democracia se enfrenta a graves problemas cuando el Estado se ve subordinado a los poderes autónomos del mercado y a ciertos grados de desigualdad (Tilly, 2007). Sin embargo, una materia en la cual no profundiza es cómo se puede sostener un proceso de democratización dentro de la hegemonía neoliberal. Esta pregunta debe ser respondida cuando el elemento dialógico del modelo de Tilly, la consulta mutuamente vinculante, es precisamente debilitado por una racionalidad basada en la “salud y el crecimiento de la economía” (Brown, 2005: 42), que en las últimas décadas ha afectado a América Latina, en general, y a Chile, en particular, en demandas por derechos tan básicos como el acceso público al agua (Baer, 2014).

En la otra vereda, bajo la noción de democracia directa se encuentran reflexiones críticas marxistas y posmarxistas que expresan su distancia con respecto a las democracias meramente formales, así como con respecto a la influencia del neoliberalismo, basando su crítica en los elementos que la democracia moderna no logra desarrollar o lo hace en forma insatisfactoria. Estos reclamos son, según Norberto Bobbio (1989): la distribución del poder, el ideal de representación política, el fin del dominio del poder oligárquico, el escaso número de espacios de participación, el fracaso de la rendición de cuentas del poder y el desapego de las personas a los principios democráticos formales. El resultado de esta insatisfacción ha sido la demanda por más pluralismo, deliberación y participación, por cuanto se considera a las democracias actuales como sistemas que benefician la acción de oligarquías (entendidas en términos aristotélicos como “los ricos”) y estados que se encuentran en una posición en la que “la política y el gobierno crecientemente vuelven a estar bajo el control de élites privilegiadas de la misma manera que en tiempos predemocráticos” (Crouch, 2004: 6).

En la mayor parte de la literatura contemporánea sobre esta amplia corriente política el neoliberalismo ocupa un lugar central: se le acusa no solo de dañar la democracia en sus aspectos pluralistas, deliberativos y participativos, sino también de definir el espacio en el que se permite la existencia de la democracia. Desde este punto de vista, el neoliberalismo ostenta un estatus hegemónico cercano a un orden autoritario y alejado de la política democrática (Balibar, 2002; Brown, 2005, 2015; Mouffe, 2005) que define la forma actual de la democracia. Al igual que en la metáfora de Moulián expresada en la introducción de este libro, la fusión entre neoliberalismo y democracia conlleva la exclusión de las perspectivas críticas, al reducir las posibilidades de hablar, ser escuchados y participar en instancias reales de deliberación sobre la vida en común, haciendo de la política un asunto de unos pocos. Desde esta perspectiva, la visión reduccionista y tecnocrática de la política

instala la idea de que la vida social no tiene una dimensión conflictiva haciendo, por lo tanto, irrelevante el reconocimiento de lo disidente como parte de la discusión.

Entonces, ¿qué significa tener voz en los enfoques de democracia directa? Una forma sucinta de entender la voz dentro de esta perspectiva es la presentada por Nick Couldry (2010), para quien la voz es el proceso en el que las personas son capaces de dar cuenta de sus vidas, de narrar sus condiciones de vida y de hacer de esa narración una parte valorada y constitutiva de la vida en un colectivo humano. Negar esa posibilidad implica negar una dimensión fundamental de la vida humana (Couldry, 2010). En términos políticos, esta comprensión de la voz aparece como un contravalor y una amenaza para el neoliberalismo, del mismo modo que la lógica del neoliberalismo representa una amenaza para la voz. En este choque de amenazas, sin embargo, todo parece indicar que la voz está perdiendo la batalla y el neoliberalismo la está ganando, mientras no se considere a las personas “relevantes para la distribución de las oportunidades de hablar” (Couldry, 2010: 107) en la construcción de la vida en común. La consecuencia, en este caso, es que no se consigue el estatus político de la voz.

Ya sea por no considerarlo un problema o por no encontrar respuestas claras en el mundo real, ninguna de las dos vertientes teóricas presentadas ofrece alternativas sustantivas para superar la influencia del neoliberalismo en la democracia. Sin embargo, los enfoques de democracia directa, al contrario de lo que ocurre con las perspectivas representativas liberales, dan una pista al reconocer el valor político en ámbitos que no suelen considerarse plenamente políticos. Este reconocimiento es relevante porque da validez política y problematiza la voz en lo que habitualmente se ha denominado la periferia de la política (Tarrow, 1998): los movimientos sociales. Así pues, surge la pregunta sobre cuál es la comprensión política de la voz según las perspectivas centradas en los movimientos sociales, si continúan o rompen las limitaciones de las teorías democráticas anteriores, y si aportan una forma más factible de potenciar la voz y así lograr paisajes políticos más participativos.

## MOVIMIENTOS SOCIALES: DIÁLOGOS Y RUPTURAS

Una primera rama de enfoques teóricos sobre los movimientos sociales, que comprende la teoría de la movilización de recursos y el enfoque del proceso político, se acerca al modelo representativo liberal de la democracia en la forma en que conciben la voz y en el alcance de su acción. La perspectiva de la movilización de recursos se refiere a las tácticas usadas por formas no convencionales de acción política (Della Porta y Diani, 2006), las cuales solo pueden surgir cuando hay suficientes recursos para involucrarse en una movilización (Klandermans, 1984). Entre estos recursos se cuentan elementos morales, culturales, socio-organizativos, humanos y materiales (Edwards y McCarthy, 2004), así como redes y vínculos (Oberschall, 1973) que proporcionan cohesión, independencia y fuerza suficiente para que un determinado

movimiento se alce frente las autoridades políticas. El enfoque del proceso político, en tanto, se ocupa de la relación entre movimientos u organizaciones sociales con actores políticos institucionales (Reese, 2005), especialmente en lo que respecta a las oportunidades que ofrece la estructura política para posicionar sus demandas. Este enfoque considera que los movimientos y organizaciones sociales son actores estratégicos compuestos por personas que desarrollan repertorios para “interactuar en la disputa política” (McAdam, Tarrow y Tilly, 2004: 16). Tanto en la movilización de recursos como en el proceso político, los movimientos sociales son organismos adyacentes a la política institucional; su función es llenar los vacíos a los que la política, por alguna razón, no presta atención. Y esta forma de entender el lugar de los movimientos sociales con respecto a la política tiene una consecuencia en la manera en que se entiende tener voz: someterse a prácticas mediáticas en las que, aun a costa de ser representados de forma selectiva (Halloran, Elliot y Murdock, 1970), los movimientos sociales se vuelcan con el fin de tener presencia y reforzar la posición de quienes apoyan el movimiento dentro del ámbito donde se generan políticas públicas (Kriesi, 2004).

Una segunda rama, bastante diferente, del estudio de los movimientos sociales la encarna el enfoque de los nuevos movimientos sociales (NMS). Nacido a principios de la década de 1980, concentró su atención en las microestructuras de las prácticas culturales y sociales, entendidas como espacios de acción colectiva (Foweraker, 1995). Los teóricos de los nuevos movimientos sociales reconocieron como política el tipo de acción social y de base que ocurría en territorios y organizaciones locales no necesariamente relacionadas con los partidos políticos (Escobar y Álvarez, 1992). En este sentido, los teóricos de los nuevos movimientos sociales se centraron en analizar cómo las identidades, las subjetividades, los espacios de la vida cotidiana y las redes se constituyen como lugares de disputa por reconocimiento frente a representaciones hegemónicas (Habermas, 1981; Touraine, 1985, 2000), en una disputa respecto a normas demarcatorias de qué y quién es normal o anormal, correcto o incorrecto (Melucci, 1985, 1995, 1996; Offe, 1985).

(...) más allá de la modernización, más allá de la innovación cultural, los movimientos interrogan a la sociedad sobre algo “más”: ¿quién decide los códigos? ¿Quién establece las reglas de la normalidad? ¿Cuál es el espacio para la diferencia? ¿Cómo se puede ser reconocido, no por estar incluido, sino por ser aceptado como diferente, no por aumentar la cantidad de intercambios sino por afirmar otro tipo de intercambio? Este es el mensaje más profundo y oculto de los movimientos (Melucci, 1985: 812).

Surgidas en una década en la que los socialismos de Estado estaban en vías de desaparición, las perspectivas de los nuevos movimientos sociales hicieron hincapié en la división entre vieja y nueva política, viejos y nuevos canales de representación, viejos

y nuevos actores en disputa, y viejos y nuevos espacios para la toma de decisiones (Klandermans, 1991). Desde este punto de vista, y marcando una clara diferencia con las perspectivas liberales, el objetivo de las prácticas comunicativas y mediáticas no se limitó a insertar temas en las agendas de representantes políticos, sino que cuestionaron la forma misma en que se representaban la naturaleza y la realidad.

A pesar de sus diferentes objetos y sujetos de estudio, hay una conexión entre las teorías democráticas y las diversas ramas que estudian los movimientos sociales, en específico entre la mirada representativa liberal de la democracia y los enfoques de movilización de recursos y proceso político en los movimientos sociales, por un lado; y el de la democracia directa con las aproximaciones de los nuevos movimientos sociales, por el otro. Dicha conexión está en la forma de entender la relevancia de lo político respecto de los bienes comunes.

En un caso, lo político permanece dentro de las estructuras institucionales de la democracia y, en la actualidad, dentro de las fronteras del neoliberalismo. En el otro, la atención se centra en la constitución política de las democracias más allá de las limitaciones del neoliberalismo. En este contraste, estas dos formas de entender lo político conllevan dos conceptualizaciones completamente diferentes de la voz y del papel que se les asigna a las prácticas comunicativas y mediáticas para intentar que la voz cobre vida. También queda claro que, para las teorías representativas liberales de la democracia y el enfoque de proceso político de los movimientos sociales, el reclamo creciente por más instancias de deliberación y reconocimiento no constituye un problema, siempre y cuando los canales democráticos establecidos entre la ciudadanía y la política institucional sigan funcionando (Schlozman, Verba y Brady, 2012).

Pero la debilidad de esta mirada liberal es la falta de respuestas respecto a qué ocurre y qué hacer cuando las instituciones de la democracia quedan subsumidas bajo la soberanía de las políticas neoliberales (Saad-Filho y Yalman, 2010). Esta debilidad es la que Moulián describe en la introducción de este libro con la metáfora de la jaula: un país libre que no puede volar (2002). También es lo que las personas involucradas en las movilizaciones de 2011 expresaron como dos de las razones para protestar y movilizarse: el hecho de que en el Chile democrático de 1990-2011 las políticas de libre mercado no fueran capaces de dar avances en la calidad e igualdad de la educación (Cabalín, 2014) y la crisis de legitimidad de la democracia representativa chilena (Fleet y Guzmán-Concha, 2017).

Curiosamente, y a pesar de la debilidad de nuestras democracias y su falta de soberanía frente a una economía a escala global, esto no parece mellar los fundamentos democráticos liberales y, en consecuencia, según Schlozman, Verba y Brady (2012), no afecta a la voz entendida desde dicho prisma. La respuesta a tal contradicción parece

recaer en el hecho de que, en la perspectiva neoliberal, la consulta mutuamente vinculante (Tilly, 2007) no es una piedra angular de la democracia:

La democracia liberal enfatizó en las condiciones y procedimientos que resguardasen la libertad individual ligadas a la participación y a la representación política, es decir, el voto y las elecciones. Absolvió al Estado del compromiso con los derechos económicos o sociales sustantivos. El Estado, o mejor dicho, el gobierno, tenía el deber de centrarse en el orden público y en la estabilidad macroeconómica, y en establecer instituciones fuertes, eficientes y legales-rationales que apoyasen los derechos de propiedad privada. La democracia liberal legitimó la economía de libre mercado mediante el proceso electoral (Chan y Scarritt, 2002, citados en Silva, E., 2009: 6).

Si nos ceñimos a la concepción liberal tanto de democracia como de voz establecida por Schlozman, Verba y Brady (2012), es poco probable un cambio sustancial en las condiciones de diálogo, debate y consulta para la población en general dentro de democracias que funcionan bajo lógicas neoliberales. Esto tiene dos consecuencias: desde un enfoque de democracia directa significa que lo político se minimiza cada vez más en la medida en que lo que constituye lo político, el desacuerdo, ha sido eliminado de los paisajes institucionales. Desde la perspectiva de los nuevos movimientos sociales, en tanto, las consecuencias son menos sorprendentes y no son ajenas a lo que originalmente movió a los teóricos a poner su mirada en los movimientos sociales: la idea de que

(...) los conflictos y las contradicciones de la sociedad industrial avanzada ya no pueden resolverse de forma significativa y prometedora por medio del estatismo, la regulación política o la inclusión creciente de más reivindicaciones y cuestiones en la agenda de las autoridades burocráticas (Offe, 1985: 820).

La conclusión, hasta ahora, apunta a que existe un problema en la forma en que la voz podría producirse en los entornos democráticos contemporáneos. La razón de este problema es que, desde la mirada representativa liberal de la democracia y de los enfoques de movilización de recursos y proceso político, el lugar que la voz ocupa en el pensamiento democrático y en los movimientos sociales carece de sentido o es funcional al neoliberalismo, y desde la democracia directa y de los nuevos movimientos sociales la voz ha sido negada a la población en general. La voz aparece, así, como un recurso político expropiado y como una relación expropiada. Sin embargo, las expropiaciones tienen lugar en territorios reales, en paisajes físicos. En este sentido, la observación debe dirigirse a la tierra donde surgió el movimiento estudiantil: Chile y el contexto latinoamericano con su democracia moderna, sus revueltas sociales y sus búsquedas de voz.

## AMÉRICA LATINA: LA MATRIZ POLÍTICO-CULTURAL Y EL LARGO SILENCIO

Un problema para la discusión sobre la voz, los bienes comunes y la democracia en América Latina es determinar si la observación es desde, en o sobre América Latina. Esto no es un asunto baladí, pues históricamente la región ha sido ubicada y retratada desde una perspectiva europea considerada como universal (Mignolo, 2005). Lo anterior refleja, por ende, un primer problema: el locus de enunciación, es decir, el lugar desde el que se narra la historia de América Latina. Un segundo problema es la posibilidad de hablar y pensar sobre esta como una unidad, algo que de acuerdo con Nelly Richard se debe a los “desniveles propios de las matrices latinoamericanas, que integran procesos histórico-culturales desiguales” (Richard, 1993: 156). Por ahora digamos que un locus latinoamericano no puede ser otra cosa que un lugar sincrético, entendiendo el sincretismo como el encuentro de diferentes tradiciones que pasan a formar parte de un sistema. Reconociendo las diferencias entre las distintas regiones de América Latina, es posible también encontrar fuertes puntos en común en lo que podría definirse como la matriz cultural y política latinoamericana. Desde la época de la Conquista española, cuando, como lo pinta Dussel (1994), la modernidad llegó blandiendo la espada, hasta hoy, tres piedras angulares conforman esta matriz: la violencia y la opresión; la raza como una mancha indeleble; y el atraso como un estado permanente.

La modernidad latinoamericana se configuró utilizando la espada como principal herramienta, generando un sujeto moderno que nació desde y con el trauma (Moraña, Dussel y Jáuregui, 2008). Estas son las dos caras de la modernidad latinoamericana: la Ilustración en su cara más brillante y la colonialidad en la más oscura (Mignolo, 2011). El lado más oscuro trajo consigo la devastación territorial, la esclavitud, el genocidio y la explotación, así como una visión del mundo que consideraba a los colonizados como bárbaros (Dussel, 1985, 1994). De esta forma, la violencia fue una acción cometida en nombre de la modernidad, en nombre de Dios (el Dios del catolicismo, religión de la corona española y portuguesa), en nombre del propio bien de los nativos, y cuyo arraigo se grabó en la constitución del sujeto latinoamericano.

De manera similar, la raza fue introducida en el período de transición de los siglos XV al XVI como parte de la dominación europea para “marcar a las poblaciones explotadas” (Schutte, 2009) y para entender el destino de las naciones latinoamericanas de manera fatalista. En efecto, la raza ha sido considerada como el mayor instrumento de dominación social creado en los últimos quinientos años (Quijano, 2000), y durante siglos trató a los colonizados como personas naturalmente equivocadas (Reding, 2007) e “incapaces de realizar actos racionales” (Ortiz, 2000: 50). Curiosamente, tras independizarse del dominio imperial español, del dominio administrativo, en efecto, los líderes de las jóvenes naciones prosiguieron con esa visión de mundo,

sin independizarse de esa matriz ideológica. Figuras consideradas fundadoras y forjadoras de los Estados-nación latinoamericanos, como Domingo Faustino Sarmiento en Argentina, Javier Prado en Perú o José Gil en Venezuela, compartieron la perspectiva europea y creyeron firmemente que la raza era el principal obstáculo para el desarrollo latinoamericano. Desde su perspectiva, la raza era una condición biológica que debía ser corregida en el continente para lograr sociedades sanas y una evolución social (Larraín, 2000).

El tercer elemento de la matriz cultural y política de América Latina es su ubicación en el vagón de cola de la historia. La ilustración europea consideraba a América como un lugar fuera de la historia, en tanto no había “desarrollado las instituciones políticas y el pensamiento filosófico que le hubieran permitido incorporarse al movimiento progresivo hacia la libertad, característico de su Historia Universal” (Castro-Gómez, 2008: 262). Lo que generó este mal reconocimiento fue la suposición de que América tenía que seguir un manual de instrucciones hasta que finalmente se modernizara, a la manera europea y, por lo tanto, se convirtiera en parte del mundo (Dussel, 1993; Gudynas 2010). En otras palabras, los nativos americanos ni siquiera podían vivir sus vidas a su manera porque la diferencia significaba atraso y, en consecuencia, siempre había un camino establecido que seguir, incluyendo la mejor administración de la tierra, como se discutió en la sección anterior sobre tierra, modernidad y pensamiento liberal.

Lo que la instalación de esta matriz político-cultural dejó en suelo latinoamericano fue la base de la colonialidad. Por colonialidad se entiende la continuación del pensamiento dominante colonial pero sin la presencia de los conquistadores. Al carecer de esta importante ruptura epistemológica, la colonialidad se convirtió en el eje que “organizó y organiza la diferencia colonial, la periferia como naturaleza” (Mignolo, 2001: 24). El efecto de esto último hizo que la región nunca pudiera desprenderse de esta matriz, con consecuencias como el dominio permanente de sectores oligárquicos que imponían modelos de vida y excluían culturas, identidades e iniciativas políticas de sectores subalternos. Los siguientes períodos clave de la historia de América Latina ilustran la forma en que los métodos hegemónicos de organización de la vida frenaron las posibilidades de voz y permitieron la existencia de una democracia restringida en tiempos neoliberales.

El primero de estos momentos se produce en los albores de los nuevos Estados-nación, entre mediados del siglo XIX y el inicio de la Segunda Guerra Mundial, cuando el positivismo europeo fue el paradigma abrazado para superar las consecuencias del orden tradicional y romper el “dominio de una mentalidad colonial conservadora” (Martí, 2013: 69). Siguiendo un modelo anglosajón de industrialización capitalista, los jóvenes Estados-nación fomentaron una expansión económica basada en la exportación de recursos naturales e importación de productos manufacturados. Sin

embargo, pronto se dieron cuenta de que los excedentes de las mayores empresas no se canalizaban hacia la inversión productiva local, sino hacia los países imperialistas y las clases dominantes locales (Larraín, 1989, 2000), provocando una ola de indignación ante una relación insatisfactoria y abusiva. Esta indignación no solo vino de quienes formaban parte de las oligarquías democráticas latinoamericanas, sino especialmente de campesinos y trabajadores que se organizaron en incipientes sindicatos y salieron de su invisibilidad para protestar contra las condiciones paupérrimas de fábricas y viviendas (Ziccardi, 2001).

Un segundo momento en la historia independiente de América Latina es lo que Arturo Escobar define como desarrollismo, un discurso construido cuando las administraciones de Estados Unidos “se sintieron cada vez más justificadas para intervenir en los asuntos de América Latina” (1995: 27), a consecuencia de su estatus imperial. En un contexto posterior a la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos actuó en América Latina para ayudar a las naciones a dejar atrás sus sociedades “rurales”, “atrasadas” y “subdesarrolladas” por otras “urbanas”, “desarrolladas” e “industriales”, aunque esta iniciativa no implicó mejores condiciones para la población en general (Larraín, 1989). En este contexto se creó, en 1948, la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal), una institución regional de las Naciones Unidas destinada a producir un enfoque distintivo y estructurado del problema del desarrollo de América Latina. Las investigaciones de la Cepal señalaron que el mayor problema de la región era su relación centro-periferia. Lo cual quería decir que estar en las zonas periféricas significaba estar alejado de las ventajas del progreso técnico (Rodríguez, 1980; Vuskovic, 1990).

Tras el desarrollismo, un tercer momento clave en la evolución de América Latina vino de la mano de los teóricos de la dependencia. Para los pensadores “dependentistas”, la región vivía el capitalismo en una condición de esclavitud mediante la explotación de sus poblaciones indígenas, una economía basada en los asalariados y en el consentimiento de grupos locales que tenían los mismos intereses que los agentes imperialistas (Cardoso y Faletto, 1979). Así, incluso cuando existía una estructura de partidos políticos y elecciones formales, América Latina seguía viviendo al borde de golpes militares, lo que revelaba una debilidad para superar estructuras dominantes y dejar, así, que emergieran los sujetos subalternos. La respuesta de la teoría de la dependencia, sin embargo, quedó bajo el velo de la moderación tras la Revolución cubana de 1959, la Conferencia de obispos latinoamericanos de 1968, en Medellín, y el conocimiento obtenido tras años de intervención imperialista en la zona. Todos estos elementos ayudaron al fin de la relación centro-periferia (Mendieta, 2005; Scannone, 2009) como clave para entender América Latina.

En este cambio, la palabra “liberación” se superpuso a la noción de dependencia por medio de tres aportaciones teóricas: la teología de la liberación, la pedagogía del

oprimido y la filosofía de la liberación<sup>5</sup>. Surgidas en la década de los 70, estos tres enfoques revelaron una postura política que se asemeja al caso chileno de 2011 en el valor asignado a la voz de las personas que habitan un territorio y a la educación. Autores como el educador y filósofo brasileño Paulo Freire afirmaban que para avanzar hacia un empeño revolucionario era necesario que aquellas personas consideradas oprimidas obtuvieran la libertad de hablar con su propia voz. Para Freire, la voz era un recurso humano básico que conllevaba un tipo de relación específica cercana a la noción de bienes comunes expuesta anteriormente en este capítulo. “Existir humanamente es pronunciar el mundo, es transformarlo”, dijo Freire (1972: 104) de una manera poética que hacía referencia a la noción de autodeterminación para aquellos y aquellas cuyas vidas transcurrían en medio de circunstancias opresivas. Desde dicha mirada, solo cuando esta voz se liberara de las cadenas sociales, culturales y políticas, sería posible pasar a “prácticas de gobernanza popular (no populista) y, en última instancia, al advenimiento de una sólida cultura de la política democrática real (en oposición a la democracia formal legalista)” (Grosfoguel, 2008: 307).

El principal énfasis de las mencionadas teorías de la liberación era crear otro tipo de democracia basada en la cooperación, el diálogo y la comunicación entre las personas. Es decir, en la realidad cultural de las personas y no en las recetas políticas y económicas impuestas. Para ello Freire y otros teóricos de la liberación consideraban fundamental la tarea de la educación. Y si bien su definición de educación tenía un tipo de pedagogía particular, el argumento de que la educación era un derecho básico y la clave para salir de una condición opresiva se mantuvo en el tiempo, como lo demuestra la movilización chilena por la educación en 2011. Curiosamente, años antes de que surgiera el movimiento de 2011, el informe del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo de 2004 destacaba la relevancia del acceso a la educación para el pueblo chileno. Entre otras cosas, el informe subrayó que para chilenas y chilenos la educación representaba una fuente de dignidad. También era una oportunidad para adquirir la capacidad de “comprender e interpretar los mensajes y argumentos que se esgrimen en las deliberaciones públicas sobre los temas que inciden en los destinos de la sociedad o de sus propias vidas” (PNUD,

<sup>5</sup> La teología de la liberación tuvo como centro de interés la pobreza y la opresión (Boff, 1984) y su principal objetivo estuvo en la abolición de la injusticia y la construcción de una sociedad más libre y humana (Gutiérrez, 1971). De forma similar, la pedagogía del oprimido fue un cuerpo de conocimiento principalmente enraizado en la obra de Paulo Freire. Para Freire, la educación en América Latina funcionaba bajo una relación en la que el educado era concebido como un receptor de información para encajar en un mundo en el que no tenía voz (Freire, 1972). En la misma línea, la filosofía de la liberación de Enrique Dussel (1985) pretendía crear un pensamiento emancipador desde el suelo latinoamericano. Conectado con el interés de Foucault por el conocimiento como poder disciplinario, Dussel entendió como una urgencia el uso de la intersubjetividad y la alteridad como punto de vista para reconstruir la sociedad (González, 2007) y construir la soberanía desde abajo.

2004: 131), fortaleciendo la autoestima de las personas y la confianza en sus propias capacidades. El informe reconoció que, en el caso chileno, el sistema educativo estaba en conflicto por cuestiones relacionadas con el acceso desigual y segregado a la educación y por la diferencia en la calidad entre las escuelas privadas y las públicas. Establecía las raíces de estas fallas en los albores de la década del 80. Es decir, en plena instalación del proyecto neoliberal.

Las décadas de 1970 y 1980 significaron en Chile el momento en que aportes intelectuales, sociales y políticos como los planteados por los liberacionistas fueron violentamente quebrantados como consecuencia de la intervención e influencia directa de la doctrina de seguridad nacional de Estados Unidos (Salazar, 2009; Míguez, 2013). Las administraciones de izquierda y progresistas en varios países latinoamericanos, como en el caso de Brasil, Uruguay, Argentina, Chile y Paraguay, fueron reemplazadas por dictaduras cívico-militares que, bajo la influencia de Estados Unidos, fueron el prólogo, y en algunos casos el inicio, de la instalación de un modelo económico neoliberal que debilitó al Estado y cambió el rostro de América Latina en sus ámbitos social, cultural, político y económico. En términos educativos, Chile se convirtió en un laboratorio continental para la aplicación de reformas (Fleet y Guzmán-Concha, 2017) que desde la década de los 80 mercantilizó todo el sistema educativo, haciendo a las familias responsables de la educación de sus hijos, mientras que el Estado se ubicó en un papel subsidiario (Cabalín, 2012)<sup>6</sup>.

Con estos antecedentes, en la década de 1990 América Latina enfrentó la colisión entre la democracia recién recuperada, las imposiciones neoliberales posteriores al Consenso de Washington, como el pago de su deuda externa, y la inserción de las economías en los mercados globales. Esa colisión entre democracia y neoliberalismo

<sup>6</sup> Entre otros cambios, la reforma chilena descentralizó el control del gobierno sobre las instituciones educativas primarias y secundarias otorgando ese papel a los municipios locales (Burton, 2014). Pero en lugar de financiar a las escuelas o a los municipios, la reforma financió a las y los estudiantes, cuyas familias tenían la opción de enviar a sus hijas e hijos a una escuela pública con pocos recursos o a una escuela privada cara. Para resolver esta dicotomía que dejaba sin reales opciones a las familias de menos recursos e incluso de capas medias, la dictadura de Pinochet abrió la posibilidad de que “instituciones con ánimo de lucro establecieran escuelas de educación primaria y secundaria que también compitieran por la matrícula de estudiantes” (Taylor, 2003: 33). La reforma también permitió la creación de universidades privadas, cambió las condiciones contractuales de los profesores y perjudicó gravemente el derecho de los trabajadores de la educación a sindicarse. Intervino asimismo los contenidos en las aulas y los libros de texto. En las escuelas primarias y secundarias los contenidos reflejaron “la doctrina de seguridad nacional predicada por el régimen” (Taylor, 2003: 32), mientras que la educación superior “fue reformulada para promover estudios funcionales a las nuevas estructuras productivas de la sociedad chilena, mientras que los estudios tradicionales de artes y humanidades fueron desalentados” (Taylor, 2003: 32).

modeló las economías latinoamericanas a partir de márgenes estrechos y afectando el rango de acción de la democracia (Panizza, 2009). Las propuestas para mejorar la democracia dentro de ese espacio restringido se dieron en dos variantes principales, similares a las mencionadas previamente respecto a democracia y movimientos sociales. Por un lado, una variante cercana a la democracia liberal y representativa se centró en las macroestructuras de la política y la economía; y, por el otro, una variante próxima a los ámbitos de la agencia humana y la política de base, creyendo que allí se albergaba la posibilidad de reconstituir lo político más allá de los cierres propios de democracias constreñidas.

El aporte del politólogo argentino Guillermo O'Donnel refleja la primera rama de estas dos variantes. O'Donnel consideró como fundamental el papel de las instituciones en el fortalecimiento de las democracias posdictadura, previniendo prácticas como el clientelismo, el patrimonialismo y la corrupción (O'Donnel, 1994) para evitar caer nuevamente en dictaduras militares. Sin embargo, su análisis dejó de lado los problemas de la distribución desigual de la riqueza y el poder (Mujica y Rincón, 2006; Reygadas, 2006; PNUD, 2010), y la participación de la gente en los procesos de toma de decisiones, más allá de las elecciones (Max-Neef, 1991). Lo anterior tiene relación directa con el caso chileno, pues el funcionamiento real de la democracia chilena, con sus marcos normativos de representación y participación, ha sido afectado y sometido por las lógicas del neoliberalismo, dañando los propios principios que la democracia liberal conlleva. Como subraya Della Porta (2013) respecto a la división entre democracias reales frente a sus versiones normativas, las concepciones liberales de la democracia son cuestionadas desde un tipo de democracia participativa que va más allá del mero acto de votar en una elección, y desde una dimensión comunicativa de la democracia, en la cual las decisiones no se toman mediante el conteo de votos sino, “por medio del proceso más complejo en el que se forman las opiniones” (Della Porta, 2013: 9-10). Es precisamente en esta vertiente comunicativa donde los bienes comunes y la voz política emergen con sentido en las grietas de un modelo democrático no logrado, y que cuando se pone en práctica ni siquiera puede lograr sus fundamentos normativos.

Por otra parte, una serie de teorías han profundizado en las microestructuras políticas como medio de observar los “patios interiores de la democracia” (Lechner, 1988). La metáfora de los patios interiores de la democracia se refiere a la actividad de grupos no inmersos en los modos clásicos de organización, como partidos políticos o sindicatos, y no necesariamente apegados a marcos ideológicos, sino más bien a posiciones éticas. En este nuevo espacio que emerge, el de los patios traseros, cobra protagonismo un sujeto que, al igual que los movilizados en 2011, privilegia los movimientos sociales y las acciones de base en lugar de ver la participación como algo exclusivo de las estructuras dominantes. Esta nueva forma de hacer política parece así, en palabras de Hopenhayn (2004), menos interferida por partidos y sus

prácticas clientelares y más enfocada en las determinaciones culturales de sus actores. Para investigadores e investigadoras como Hopenhayn (2004) y Reguillo (2000), lo que estos nuevos actores han expresado en distintos rincones de América Latina, y en particular en Chile, es la voluntad de cultivar una cultura democrática más allá del voto o de la remoción de un gobierno mayoritariamente electo. En este sentido, el aporte más importante de esta perspectiva ha sido reconocer a los actores no mayoritarios como actores políticos. Sin embargo, estas perspectivas no han abordado la cuestión de cómo estos actores podrían pasar de las microestructuras de poder a la capacidad de influir en las macroestructuras de la sociedad.

## DESAFIAR LA HEGEMONÍA CULTURAL

La observación de la matriz político-cultural latinoamericana, así como de sus intentos de emancipación y liberación, aporta elementos para calibrar cómo los planteamientos teóricos sobre democracia y movimientos sociales se relacionan con la democracia latinoamericana, sus revueltas sociales y su búsqueda de voz. También aporta elementos para sopesar cómo las fallas de los enfoques liberales de la democracia representativa y directa se incrementan e intensifican cuando se enfrentan a la influencia del neoliberalismo en América Latina. Asimismo, arroja luz sobre las formas en que las teorías de los movimientos sociales abren caminos para impugnar esa influencia, y hasta qué punto estos enfoques ofrecen respuestas que van en esa dirección.

Las perspectivas liberales representativas encuentran tres debilidades que les impiden sustentarse en el caso latinoamericano y, específicamente, en el chileno. La primera se refiere a la forma en que los proyectos latinoamericanos de emancipación fueron destrozados y sustituidos por administraciones que se rigen por estrictas directrices neoliberales. Incluso cuando pensadores pro-mercado como Adam Przeworski (1991) y Kurt Weyland (2004) defienden el neoliberalismo por impulsar “la sostenibilidad de la democracia en América Latina, tanto por exponer más a la región a presiones externas para mantener un gobierno civil competitivo como por prevenir los desafíos internos a su supervivencia” (Weyland, 2004: 141), los hechos expresan lo contrario. Dos razones apoyan esta afirmación. En primer lugar, en Chile, el neoliberalismo se introdujo bajo un régimen militar apoyado por Estados Unidos, privatizando y mercantilizando los recursos naturales y los derechos sociales (Harvey, 2005; Collier y Sater, 2005). Y aunque la comunidad internacional contribuyó más tarde a la restauración de la democracia, también respaldó las políticas neoliberales que profundizaron la privatización de bienes comunes básicos por medio del Consenso de Washington, como el sistema educativo en Chile (Cabalín, 2012; Taylor, 2003). En segundo lugar, solo entre 2000 y 2012 existieron cinco intentos de golpe de Estado en el continente, todos ellos contra administraciones que buscaban alternativas al neoliberalismo. Mientras que en Venezuela (2002), Bolivia (2008) y Ecuador (2010)

las intervenciones fueron controladas después de días y semanas, en Honduras (2009) y Paraguay (2012) administraciones no democráticas y proneoliberales lograron tomar el poder. Tras 2012, la tónica no ha cambiado.

En la medida en que el mercado ha alcanzado una posición dominante que desafía el carácter soberano de los Estados, sus instituciones y la ciudadanía, surge una segunda debilidad y una evidente contradicción. Uno de los pilares de la democracia, según Dahl, está en la ausencia de un fuerte control extranjero que sea hostil a la democracia. Sin embargo, este punto está cada vez más ausente en un mundo global en el que se ha reducido el margen de acción de los Estados-naciones. Curiosamente, para los herederos de este enfoque político liberal, el reducido rango de acción que tiene el Estado y la ciudadanía es simplemente el precio que hay que pagar por la democracia: “tanto los efectos externos como internos del neoliberalismo disminuyen el rango de elección política, pero precisamente de esta manera, contribuyen a la persistencia de la propia democracia”, arguye Weyland (2004: 151). El debilitamiento y desaparición de los sindicatos es, desde esta perspectiva, un indicio saludable de la fuerza de las democracias por “poner a las élites económicas y políticas en una posición más cómoda” (2004: 143). Esta última afirmación contradice las nociones básicas de pluralidad y derechos humanos, como el derecho de trabajadores y trabajadoras a organizarse, dando forma a un tipo de democracia pseudo-totalitaria en la que la gente no tiene voz. Debido a esta estrechez democrática, quienes impulsaron y participaron del movimiento chileno no vieron otra posibilidad que ocupar escuelas, colegios, liceos y edificios universitarios, como se expresa en el capítulo 3; o subir a la locomoción colectiva para hablarle a los pasajeros sobre la crisis de la educación y el proceso de movilización, como se verá en el capítulo 4.

Una tercera debilidad de los enfoques liberales de la democracia representativa está en la forma en que concibe las identidades culturales. Para Dahl, el “pluralismo subcultural” (Dahl, 1989: 145) es un problema para el funcionamiento del Estado-nación en democracia. Como lugar en el que han coexistido de forma muy compleja diferentes orígenes culturales y en el que la violencia hacia la diversidad cultural ha sido permanente, hablo de Chile y América Latina, la crítica de Dahl a las identidades culturales es, como mínimo, problemática. La historia reciente de Bolivia, por ejemplo, representa un reto para esa crítica al pluralismo cultural. El país andino pasó de ser un Estado uninacional a un Estado constitucionalmente plurinacional. La Constitución de 2009 reconoció la pluralidad de las culturas bolivianas en diferentes aspectos de su vida, por ejemplo, en el sistema sanitario. De hecho, el Estado boliviano asumió como su responsabilidad “promover y garantizar el respeto, uso, investigación y práctica de la medicina tradicional, rescatando los conocimientos y prácticas ancestrales desde el pensamiento y valores de todas las naciones y pueblos indígena originario campesinos” (Ministerio de la Presidencia, Estado Plurinacional de Bolivia, 2009: 19). Sin embargo, el argumento de Dahl no solo es débil en lo

que respecta a las identidades culturales, sino también porque el desacuerdo y la diferencia se establecen como cargas que hay que eliminar, y no como elementos positivos y sustanciales de la democracia. En este sentido, la voz del pueblo solo debería ser permitida dentro de ciertos tipos de cultura e identidad política.

En cuanto a los enfoques de democracia directa, por otro lado, América Latina revela dos diferencias importantes si se compara con las llamadas democracias occidentales. En primer lugar, se trata de un continente que pasó de una época en la que los partidos eran el vehículo natural a través del cual convertirse en actor social (Garretón y Villanueva, 1999) en los años 60, a una en la que los partidos políticos fueron prohibidos y, finalmente, reinstalados en democracias formales que operaron como tecnocracias neoliberales que encerraron en sus fueros a los principales partidos políticos (Silva, P., 2009). La esperanza de que, junto con la recuperación de las democracias en los años 80 y 90, los movimientos sociales pudieran relacionarse con la política dominante para participar en las discusiones sobre alternativas de desarrollo o formar parte de un espacio formal de resolución de conflictos no cayó en terreno fértil (Calderón, Piscitelli y Reyna, 1992), como consecuencia de lo que Néstor García Canclini llamó la hegemonía del neoliberalismo como pensamiento único (2010). En efecto, para los estudiantes y las personas involucradas en el movimiento de 2011, la mayoría de los partidos políticos, el gobierno y los grandes medios de comunicación representaron un adversario que iba a utilizar diferentes medios para socavar su validez como actores políticos y bloquear su participación en la transformación del sistema educativo chileno, como se explica en el capítulo 5. En palabras de Sebastián Farfán, uno de los estudiantes entrevistados para este libro, los actores mencionados más arriba, “siempre trataron de mostrarnos como delincuentes, como tipos violentos”.

La segunda diferencia se refiere a las tensiones y motivos de los levantamientos populares en América Latina. Desde el río Grande, en el norte, hasta las costas australes de Chile y Argentina, en el sur, la movilización social se ha caracterizado por apelar a necesidades y derechos humanos básicos, como las demandas por tierra, educación, alimentación y el fin de la explotación. Ejemplos de ello son la rebelión armada zapatista de 1994 en México; el levantamiento mapuche de 1997 en Chile; el movimiento cocalero en Bolivia durante los años 90; las ocupaciones de 2001 en Argentina tras el colapso del sistema político-económico; el movimiento “Sem Terra” en Brasil, o la lucha contemporánea por el acceso al agua en varias partes del continente (Terhorst, Olivera y Dwinell, 2013). En este sentido, en un momento en el que no hay acuerdo para definir si la región es premoderna, moderna o posmoderna, las principales luchas de América Latina siguen dirigidas a obtener el acceso a recursos básicos que no están garantizados para sus habitantes. Giorgio Jackson, uno de los líderes de la movilización en Chile durante 2011, resumió este tipo de reivindicaciones, planteando que sus demandas eran “en el fondo, por la

dignidad, por lo básico (...)” (Jackson, 2013: 75). En otras palabras, estas demandas en América Latina siguen volviendo a elementos considerados como bienes comunes elementales expropiados del control y uso por parte de las personas.

A diferencia de los enfoques generales sobre la democracia, es posible hallar cierta coincidencia en el encuentro entre la investigación sobre movimientos sociales y la búsqueda de democracia en América Latina. Esta concordancia permite abordar de manera más adecuada las preguntas sobre la subalternidad latinoamericana y la relación entre democracia y neoliberalismo, aunque deja vacíos que son necesarios considerar al explorar la pregunta sobre la naturaleza del problema de no poder ejercer la ciudadanía y participar en el debate político en el contexto de una democracia dentro de marcos neoliberales, y cómo puede ser superado desde posiciones de base.

Un primer acuerdo es el reconocimiento del valor de la amplia gama de procesos que ocurren dentro de los movimientos sociales, como la autoafirmación; el permitir a las personas actuar de acuerdo con sus propios valores (Gecas, 2000); la colaboración y la solidaridad (Taylor y Van Dyke, 2004); un tipo de acción colectiva que incluye una diversidad de participantes, organizaciones y redes (Tilly, 1999); el sentido de pertenencia (Della Porta, 1999), a la vez que una reafirmación de la individualidad, del placer y de una fuerte convicción de que la vida tiene sentido (Jasper, 1997); un enemigo y adversario sobre quienes volcar el descontento; y, finalmente, un refugio para evaluar los costos y beneficios de la acción colectiva (Bilgic, 2003). Las identidades colectivas actuales están mucho más situadas en el terreno de la vida cotidiana y la comunicación interindividual (Hund y Benford, 2004). La idea de que “la experiencia de la vida no ocurre en la sociedad como un todo, sino en pequeñas unidades relativamente especializadas compuestas por otros” (Stryker, 2000: 28) fue, de hecho, un elemento clave en la forma en que las y los estudiantes chilenos experimentaron el surgimiento del movimiento, como se explicará en el capítulo 3. La mayoría de los testimonios y memorias de quienes estuvieron implicados en los acontecimientos de 2011 apuntan a que las identidades colectivas no son construcciones monolíticas definidas por un partido o un Estado-nación para la eternidad. Es, más bien, al contrario. Las identidades son diversas y evocan emociones, ya sea en un colegio en toma o al fragor de una disputa en redes sociales, antes desechadas por los críticos de las teorías del comportamiento colectivo, por ser demasiado personales o idiosincrásicas (Goodwin, Jasper y Polleta, 2004).

Un segundo acuerdo es sobre la naturaleza de la lucha de los movimientos sociales contemporáneos. Donatella della Porta y Mario Diani (2006) sostienen que la lucha de los movimientos sociales actuales comienza con la búsqueda por ser reconocidos como sujetos legítimos de la actividad política contra, dentro y más allá del reconocimiento de los estados debilitados por sus capacidades para resolver problemas; y contra, dentro y más allá de mercados más dispuestos a reconocer consumidores que a la dañada noción de ciudadanía. En este sentido, la principal lucha de los movimientos

sociales hoy es “la definición de los significados sociales de la vida” (Reguillo, 1993: 124) y la superación de las hegemonías que definen el mundo “tal y como lo vemos” (Jasper, 1997: 12) con sus normas, formas, valores, tradiciones, artefactos, espacios y limitaciones. Un lema sostenido durante la “Revolución Pingüina” de 2006 en Chile, tomado por la movilización de 2011, representa la tensión de esta lucha: “somos estudiantes, no clientes” (Donoso, 2014). Dicha frase le gritaba al Estado chileno que el sistema educativo impulsado por el mercado dañaba la dignidad de las personas al concebirlas no como ciudadanos con derechos, sino como consumidores con cuotas que pagar.

El ejemplo anterior ayuda a ilustrar el segundo acuerdo sobre la naturaleza de la lucha de los movimientos sociales en nuestros días: impugnar las culturas hegemónicas que, mediante códigos, contextos e instituciones, legitiman un determinado orden de cosas que define quién puede hablar y quién no (Melucci, 2003), quién tiene la legitimidad para hablar y quién representa una alteridad peligrosa (recordemos el “pluralismo subcultural” de Dahl), y quién establece las “reglas de la normalidad” (Melucci, 1985). En consecuencia, el acuerdo sobre estos puntos indica que la tarea de los movimientos sociales es, de manera similar a lo expuesto por Freire, superar la “exclusión del poder de nombrar” (Melucci, tomado de Couldry, 2012: 98) para establecer así una disputa simbólica ante culturas dominantes, que permitan redefinir los términos de convivencia.

Un tercer acuerdo deja esta discusión en una situación problemática que empuja un paso más allá la búsqueda de respuestas sobre la voz desde posiciones de base en paisajes neoliberales. Si la lucha principal de los movimientos sociales es superar los patrones culturales, en este caso los patrones culturales neoliberales, el espacio para esa lucha debe ubicarse allí donde estos patrones culturales ocurren, siendo los medios de comunicación un lugar relevante, pero no el único, de disputas por la voz. Consecuentemente, es necesario prestar especial atención a esos lugares de disputas, exclusiones y desafíos.

## CONCLUSIÓN

En este capítulo se ha discutido cómo la noción de lo común no solo aplica a las demandas del movimiento estudiantil chileno: educación pública, gratuita y de calidad, y el fin de la educación con fines de lucro. También al acto de ejercer la voz y a la perspectiva de ser incluido en la discusión de la vida en común en momentos en que la lógica neoliberal parece determinar la voluntad de la nación, la vida de la gente y la forma en que se dirigen las democracias.

También se han discutido las formas en que la teoría democrática entiende la voz, encontrando dos significados diferentes. En el caso de la democracia representativa liberal, la voz se ve limitada a canalizar reclamos y peticiones por los canales político-

institucionales. En este caso, el neoliberalismo no representa una gran amenaza para la democracia, siempre que no se entienda que disminuye gravemente las condiciones estructurales de la misma. Sin embargo, en el caso de las teorías de la democracia directa, la voz representa un fundamento de lo político, por lo que el neoliberalismo aparece como una amenaza a dicho fundamento. Al observar los enfoques de movimientos sociales como vías para entrar en la política no institucional, se encontró que ellos presentaban una mirada dicotómica en línea con los enfoques democráticos mencionados anteriormente: una entendiendo la voz como proveedora de los canales institucionales de la democracia; la otra observando la necesidad de luchar por la voz más allá de los candados de la democracia neoliberal.

Estas perspectivas permiten que el capítulo llegue a entender que la voz es un bien común político expropiado. En tanto tal, la voz necesita ser construida como condición para romper la hegemonía cultural y política del neoliberalismo, y que reconstituya lo político, es decir, la dimensión conflictiva de la vida humana en la que las posiciones divergentes pueden confrontar, discutir y resolver sus puntos de vista. La pregunta de este capítulo fue, en ese sentido, cómo hacerlo. Puestos en suelo latinoamericano, esta pregunta trajo al primer plano una noción local de voz que ha sido avasallada, prohibida y clausurada. Y el neoliberalismo, a pesar del marco democrático general que ha prevalecido en la región en las últimas décadas, ha profundizado esa falta de voz. En este sentido, la expropiación de la voz no es diferente de la expropiación de los recursos y derechos básicos. Como argumentó Giorgio Jackson, uno de los líderes más notorios del movimiento, “no son problemas que se puedan solucionar, porque nunca fueron concebidos como problemas, así es la regla y así es el sistema” (Jackson, 2013: 40).

Además del despojo de la voz a las y los habitantes de un territorio, con el argumento de ser irrelevantes “en la distribución de las oportunidades de hablar” (Couldry, 2010: 107), las personas parecen volverse invisibles y su voz inaudible, ilegible, excluida, en un proceso que no es violento (como en el caso de un golpe de estado) ni repentino (como en el caso del toque de queda o el estado de excepción). Así, el problema más fundamental no es solo que la voz se vuelva inaudible, sino la idea de que hablar se haya tornado inútil o irrelevante, especialmente en tiempos en los que la lógica del consumidor gobierna sobre la lógica del ciudadano, convirtiéndose “no solo en formas de conciencia sino en formas de vida” (Hardt y Negri, 2009: 80).

Por lo tanto, la privación de la voz se produce en consonancia con la privación de la participación ciudadana activa, de los organismos dialógicos, de los derechos básicos en diferentes ámbitos, en una narrativa cuya única certeza es ser competitivo para hacer frente a las lógicas 24/7 de la economía (Crary, 2013; Lazzarato, 2012), de la vida en crisis permanente y de las personas convertidas en “*homo oeconomicus* y solo *homo oeconomicus*” (Brown, 2015: 33). En este contexto, la idea de impugnar los paisajes neoliberales para abrir lo político (Mouffe, 2005), cuando el mero medio

de ejercer la voz ha sido eliminado como bien común, es problemática. Teniendo en cuenta el argumento de Jeremy Gilbert de que las formas más básicas y necesarias de resistencia al neoliberalismo son la creación de foros sociales e instancias de debate (2014), el siguiente capítulo tratará de dar cuenta de los foros e instancias de litigio dentro de los cuales la posibilidad de hablar y ser escuchado cuando se discute la vida en común, se instala, se destituye y se imagina de vuelta desde territorios sociales y políticos.

## Referencias

- Amin, A. y Howell, P. (2016) 'Thinking the Commons', en A. Amin y P. Howell (eds.) *Releasing the Commons: Rethinking the futures of the commons*, New York, NY: Routledge.
- Argento, M. (2015) 'Del hastío a la invención política: experiencias asamblearias en las ciudades de Rosario y Quito a inicios del siglo XXI', en P. Camara, A. Chaguada, B. Fernández y F. Puente (eds.) *Prefigurar lo político. Disputas contrahegemónicas en América Latina*, Buenos Aires: El Colectivo; Clacso; Último Recurso, 23-60.
- Aristóteles (1981) *The Politics*, London: Penguin.
- Baer, M. (2014) 'Private Water, Public Good: Water Privatization and State Capacity in Chile', *Studies in Comparative International Development*, 49 (2): 141-167.
- Balibar, E. (2002) *Politics and the Other Scene*, London: Verso.
- Bilig, M. (2003) 'Rhetorical Psychology, Ideological Thinking, and Imagining Nationhood', en B. Johnston y H. Klandermans, *Social Movements and Culture*, Minneapolis, MN: University of Minnesota Press, 64-81.
- Bobbio, N. (1989) *Democracy and Dictatorship. The Nature and Limits of State Power*, Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- Borch, C. y Kornberger, M. (2015) 'Introduction', en C. Borch y M. Kornberger (eds.) *Urban Commons, Rethinking the City*, New York, NY: Routledge, 1-21.
- Boff, L. (1984) *Teología desde el lugar del pobre*, Bilbao: Sal Terrae.
- Boyle, J. (2008) *The Public Domain. Enclosing the Commons of the Mind*, New Haven, CT: Yale University Press.
- Brown, W. (2015) *Undoing the Demos: Neoliberalism's Stealth Revolution*, New York, NY: Zone Books.
- Brown, W. (2005) *Edgework. Critical Essays on Knowledge and Politics*, Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Burton, G. (2014) 'Hegemony and Frustration: Education Policy Making in Chile under the Concertación, 1990-2010', *Latin American Perspectives*, 39: 34-52.
- Cabalín, C. (2012) 'Neoliberal Education and Student Movements in Chile: Inequalities and Malaise', *Policy Futures in Education*, 10 (2): 219-228.
- Cabalín, C. (2014) 'The Conservative Response to the 2011 Chilean Student Movement: Neoliberal Education and Media', *Discourse: Studies in the Cultural Politics of Education*, 35 (4): 485-498.
- Calderón, F., Piscitelli, A. y Reyna, J. (1992) 'Social Movements: Actors, Theories, Expectations', en A. Escobar y S. Alvarez (eds.) *The Making of Social Movements in Latin America*, Boulder, CO: Westview Press, 19-36.
- Cardoso, F. y Faletto, E. (1979) *Dependency and Development in Latin America*, London: University of California Press.
- Castro-Gómez, S. (2008) '(Post) Coloniality for Dummies: Latin American Perspectives on Modernity, Coloniality, and the Geopolitics of Knowledge', en M. Moraña, E. Dussel y C. Jáuregui (eds.) *Coloniality at*

- Large. *Latin America and the Postcolonial Debate*, Durham: Duke University Press, 259-285.
- Collier, S. y Sater, W. (2004) *A History of Chile 1808-2002*, New York, NY: Cambridge University Press.
- Couldry, N. (2010) *Why Voice Matters: Culture and Politics after Neoliberalism*, London: Sage.
- Couldry, N. (2012) *Media, Society, World: Social Theory and Digital Media Practice*, Cambridge: Polity.
- Crary, J. (2013) *24/7 Late Capitalism and the Ends of Sleep*, London: Verso.
- Crouch, C. (2004) *Post-Democracy*, Cambridge: Polity.
- Dahl, R. A. (1989) *Democracy and its Critics*, New Haven, CT: Yale University Press.
- Dahl, R. A. (1998) *On Democracy*, New Haven, CT: Yale University Press.
- Dardot, P. y Laval, C. (2014) *Commun. Essai sur la Révolution au XXI<sup>e</sup> Siècle*, Paris: La Découverte.
- Delamaza, G. (2013) 'De la elite civil a la elite política. Reproducción del poder en contextos de democratización', *POLIS, Revista Latinoamericana*, 12: 1-24.
- Della Porta, D. (2015) *Social Movements in Times of Austerity*, London: Polity.
- Della Porta, D. (2013) *Can Democracy be Saved? Participation, Deliberation and Social Movements*, Cambridge: Polity.
- Della Porta, D. (1999) 'Protest, Protesters, and Protest Policing: Public Discourses in Italy and Germany from the 1960s to the 1980s', en M. Giugni, D. McAdam y C. Tilly (eds.) *How Social Movements Matter*, Minneapolis, MN: University of Minnesota Press, 66-96.
- Della Porta, D. y Diani, M. (2006) *Social Movements. An Introduction*, Malden, MA: Wiley-Blackwell.
- Dolcerocca, A. y Coriat, B. (2015) 'Commons and the Public Domain: A Review Article and a Tentative Research Agenda', *Review of Radical Political Economics*, 48 (1): 127-139.
- Donoso, S. (2014) *La reconstrucción de la acción colectiva en el Chile post-transición: el caso del movimiento estudiantil*. Buenos Aires: Clacso.
- Dussel, E. (1994) *1492: el encubrimiento del otro. Hacia el origen del "mito de la modernidad"*, La Paz: Plural Editores-Facultad de Humanidades UMSA.
- Dussel, E. (1993) 'Eurocentrism and Modernity (Introduction to the Frankfurt Lectures)', *Boundary*, 2 20 (3): 65-76.
- Dussel, E. (1985) *Philosophy of Liberation*, Maryknoll, NY: Orbis Books.
- Edwards, B. y McCarthy, J. (2004) 'Resources and Social Movement Mobilization', en D. Snow, S. Soul y H. Kriesi, H. (eds.) *The Blackwell Companion to Social Movements*, Oxford: Blackwell, 116-152.
- Escobar, A. (1995) *Encountering Development. The Making and Unmaking of the Third World*, New Jersey, NJ: Princeton University Press.
- Escobar, A. y Alvarez, S. (1992) 'Theory and Protest in Latin America', en A. Escobar y S. Alvarez (eds.) *The Making of Social Movements in Latin America*, Boulder, CO: Westview Press, 1-18.
- Federici, S. (2009) *Caliban and the Witch. Women, the Body and Primitive Accumulation*, New York, NY: Autonomedia.
- Feres, M. (2009) 'Progresismo y movimiento sindical en Chile', en Y. Quiroga y J. Ensignia (eds.) *Chile en la Concertación (1990-2010). Balance crítico y perspectivas*, Santiago de Chile: Friedrich-Ebert-Stiftung, 193-232.
- Fleet, N. y Guzmán-Concha, C. (2017) 'Mass Higher Education and the 2011 Student Movement in Chile: Material and Ideological Implications', *Bulletin of Latin American Research*, 36 (2): 160-176.
- Foweraker, J. (1995) *Theorizing Social Movements*, Boulder, CO: Pluto Press.
- Freire, P. (1972) *Pedagogía del oprimido*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- García Canclini, N. (2010) '¿De qué hablamos cuando hablamos de resistencia?', *Estudios Visuales*, 7: 16-37.

- Garretón, M. A. (2003) *Incomplete Democracy. Political Democratisation in Chile and Latin America*, Chapel Hill, NC: The University of North Carolina Press.
- Garretón, M. A. y Villanueva, T. (1999) *Política y jóvenes en Chile: una reformulación*, Santiago de Chile: Fundación Friedrich Ebert.
- Gecas, V. (2000) 'Value Identities, Self-Motives, and Social Movements', en Sh. Stryker, T. J. Owens y R. W. White (eds.) *Self, Identity, and Social Movements*, Minneapolis, MN: University of Minnesota Press, 93-109.
- Gilbert, J. (2014) *Common Ground. Democracy and Collectivity in an Age of Individualism*, New York, NY: Pluto Press.
- González, G. (2007) 'La filosofía de la liberación de Enrique Dussel en 'Para una ética de la liberación latinoamericana'', *A Parte Rei. Revista de Filosofía*, 49: 1-13.
- Goodwin, J., Jasper, J. y Polleta, F. (2004) 'Emotional Dimensions of Social Movements', en D. Snow, S. Soul y H. Kriesi (eds.) *The Blackwell Companion to Social Movements*, Oxford: Blackwell, 413-432.
- Grosfoguel, R. (2008) 'Developmentalism, Modernity, and Dependency Theory in Latin America', en M. Moraña, E. Dussel y C. Jáuregui (eds.) *Coloniality at Large. Latin America and the Postcolonial Debate*, Durham: Duke University Press, 307-332.
- Gudynas, E. (2011) 'Buen Vivir: Today's Tomorrow', *Development*, 54 (4): 441-447
- Gutiérrez, G. (1971) *Teología de la liberación. Perspectivas*, Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Habermas, J. (1981) 'New Social Movements', *Telos*, 49: 33-37.
- Halloran, J., Elliot, P. y Murdock, G. (1970) *Demonstrations and Communication: A Case Study*, London: Penguin Books.
- Hardin, G. (1968) 'The Tragedy of the Commons', *Science*, 162 (3859): 1243-1248.
- Hardt, M. y Negri, A. (2009) *Commonwealth*, Cambridge, MA: The Belknap Press of Harvard University Press.
- Harvey, D. (2012) *Rebel Cities. From the Right to the City to the Urban Revolution*, London: Verso.
- Harvey, D. (2005) *A Brief History of Neoliberalism*, Oxford: Oxford University Press.
- Hayek, F. (2001) *The Road to Serfdom*, London: Routledge.
- Held, D. (2006) *Models of Democracy*, Cambridge: Polity.
- Hopenhayn, M. (2004) *Ni apocalípticos ni integrados. Aventuras de la modernidad en América Latina*, Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.
- Hund, S. y Benford, R. (2004) 'Collective Identity, Solidarity, and Commitment', en D. Snow, S. Soul y H. Kriesi (eds.) *The Blackwell Companion to Social Movements*, Oxford: Blackwell, 433-457.
- Jackson, G. (2013) *El país que soñamos*, Santiago de Chile: Debate.
- Jasper, J. (1997) *The Art of Moral Protest: Culture, Biography, and Creativity in Social Movements*, Chicago, IL: The Chicago University Press.
- Klandermans, B. (1991) 'New Social Movements and Resource Mobilization: The European and the American Approach Revisited', *Politics & The Individual*, 1 (2): 89-111.
- Klandermans, B. (1984) 'Mobilization and Participation: Social-Psychological Expansions of Resource Mobilization Theory', *American Sociological Review*, 49 (5): 583-600.
- Kriesi, H. (2004) 'Political Context and Opportunity', en D. Snow, S. Soul y H. Kriesi (eds.) *The Blackwell Companion to Social Movements*, Oxford: Blackwell, 67-90.
- Larraín, J. (2000) *Identity and Modernity in Latin America*, Cambridge: Polity.
- Larraín, J. (1989) *Theories of Development. Capitalism, Colonialism and Dependency*, Oxford: Polity Press.
- Lazzarato, M. (2012) *The Making of the Indebted Man*, Cambridge, MA: MIT Press.
- Lechner, N. (1988) *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*, Santiago de Chile: Flacso.

- Lessig, L. (2001) *The future of ideas. The fate of the Commons in a connected world*, New York, NY: Random House.
- Linebaugh, P. (2008) *The Magna Carta Manifesto. Liberties and Commons for All*, Berkeley, CA: University of California Press.
- Linebaugh, P. (2014) *Stop, Thief! The commons, enclosures, and resistance*, Oakland, CA: PM Press.
- Locke, J. (2006) *Segundo Tratado sobre el Gobierno Civil*. Madrid: Tecnos.
- Martí, O. (2013) 'Early Critics of Positivism', en S. Nuccetelli, O. Schutte y O. Bueno (eds.) *A Companion to Latin American Philosophy*, Oxford: Blackwell, 68-81.
- Martínez Estrada, E. (1990) *Diferencias y semejanzas entre los países de la América Latina*, Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Mattei, U. (2012) *Beni Comuni. Un Manifesto*, Roma: Editori Laterza.
- Max-Neef, M. (1991) *Human Scale Development*, London: The Apex Press.
- McAdam, D., Tarrow, S. y Tilly, Ch. (2004) *Dynamics of Contention*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Melucci, A. (2003) 'The Process of Collective Identity', en B. Johnston y H. Klandermans (eds.) *Social Movements and Culture*, Minneapolis, MN: University of Minnesota Press, 41-63.
- Melucci, A. (1996) *Challenging Codes*, Cambridge: The Press Syndicate of the University of Cambridge.
- Melucci, A. (1995) 'The New Social Movements Revisited: Reflections on a Sociological Misunderstanding', en L. Maheu (ed.) *Social Movements and Social Classes. The Future of Collective Action*, London: Sage, 107-119.
- Melucci, A. (1985) 'The Symbolic Challenge of Contemporary Movements', *Social Research*, 52 (4): 789-816.
- Mendieta, E. (2005) 'Re-mapping Latin American Studies: Postcolonialism, Subaltern Studies, Postoccidentalism and Globalization Theory', *Dispositio*, 25 (52): 179-202.
- Mignolo, W. (2011) *The Darker Side of Western Modernity: Global Futures, Decolonial Options*, Durham, NC: Duke University Press.
- Mignolo, W. (2005) *The Idea of Latin America*, Oxford: Blackwell.
- Mignolo W. y Ennis, M. (2001) 'Coloniality at Large: The Western Hemisphere in the Colonial Horizon of Modernity', *CR The New Centennial Review*, 1 (2): 19-54.
- Míguez, M. (2013) '¿Anticomunistas, antiestadistas, antiperonistas? La "nacionalización" de la doctrina de seguridad nacional en la Argentina y la legitimación del golpe de estado de 1966', *SAAP*, 1 (7): 65-95.
- Ministerio de la Presidencia, Estado Plurinacional de Bolivia (2009) *Constitución Política del Estado Plurinacional de Bolivia*. En línea. Disponible en HTTP: <<http://www.ftierra.org/index.php/component/attachments/download/6>> (Revisado el 20 de noviembre de 2017).
- Moulián, T. (2002) *Chile actual. Anatomía de un mito*, Santiago de Chile: LOM (tercera edición).
- Moraña M., Dussel, E. y Jáuregui, C. (2008) 'Colonialism and its Replicants', en M. Moraña, E. Dussel y C. Jáuregui (eds.) *Coloniality at Large. Latin America and the Postcolonial Debate*, Durham: Duke University Press, 1-22.
- Mouffe, Ch. (2005) *On the Political*, New York, NY: Routledge.
- Mujica, N. y Rincón, S. (2006) 'Concepciones del desarrollo en el siglo XX: Estado y política social', *Revista de Ciencias Sociales*, 12 (2): 205-222.
- Murdock, G. (2013) 'Communication in Common', *International Journal of Communication*, 7: 154-172.
- Oberschall, A. (1973) *Social Conflict and Social Movements*, New Jersey, NJ: Prentice Hall, Inc.
- O'Donnell, G. (1994) 'Delegative Democracy', *Journal of Democracy*, 5 (1): 55-69.

- Offe, C. (1985) 'New Social Movements: Challenging the Boundaries of Institutional Politics', *Social Research*, 52 (4): 817-868.
- Ortiz, R. (2000) 'América Latina. De la modernidad incompleta a la modernidad-mundo', *Nueva Sociedad*, 166: 44-61.
- Ostrom, E. (2011) *Governing the Commons. The Evolution of Institutions for Collective Action*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Ostrom, E. (1994) 'Institutional Analysis, Design Principles and Threats to Sustainable Community Governance and Management of Commons', en R. S. Pomeroy (ed.) *Community Management and Common Property of Coastal Fisheries in Asia and the Pacific: Concepts, Methods and Experiences*, Manila: ICLARM (International Center for Living Aquatic Resources Management), 34-50.
- Ostrom, E., Burger, J., Field, C. B., Norgaard, R. B. y Policansky, D. (1999) 'Revisiting the Commons: Local Lessons, Global Challenges', *Science*, 284: 278-282.
- Panizza, F. (2009) *Contemporary Latin America. Development and Democracy beyond the Washington Consensus*, New York, NY: Zed Books.
- PNUD, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2010) *Nuestra democracia*, México DF: Fondo de Cultura Económica, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, Organización de los Estados Americanos.
- PNUD, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2004) *El poder: ¿para qué y para quién?* Santiago de Chile: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- Pousadela, I. (2010) *Entre la deliberación política y la terapia de grupo: la experiencia de las asambleas barriales-populares en la Argentina de la crisis*, Buenos Aires: Clacso.
- Przeworski, A. (1991) *Democracy and the Market: Political and Economic Reforms in Eastern Europe and Latin America*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Quijano, A. (2000) '¡Que Tal Raza!', *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, 6 (1): 37-45.
- Rancière, J. (2004) *Disagreement*, Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- Reguillo, R. (2000) *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*, Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.
- Reguillo, R. (1993) 'Notas críticas sobre los movimientos sociales. Una perspectiva gramsciana', *Iztapalapa*, 30: 117-126.
- Reding, S. (2007) 'Diversidad y racismo en América Latina', *Revista de Estudios Latinoamericanos*, 44: 157-179.
- Reese, E. (2005) 'Policy Threats and Social Movement Coalitions: California's Campaign to Restore Legal Immigrants' Rights to Welfare', en D. Meyer, V. Jenness y H. Ingram (eds.) *Routing the Opposition, Social Movements, Public Policy, and Democracy*, Minneapolis, MN: Minnesota University Press, 259-287.
- Reygadas, L. (2006) 'Latin America: Persistent Inequality and Recent Transformations', en E. Herschberg y F. Rosen (eds.) *Latin America after Neoliberalism. Turning the Tide in the 21st Century*, New York, NY: The New Press, 120-143.
- Richard, N. (1993) 'Cultural Peripheries: Latin America and Postmodernist De-Centering', *Boundary*, 2 20 (3): 156-161.
- Rodríguez, O. (1980) *La teoría del subdesarrollo de la CEPAL*, México DF: Siglo XXI Editores.
- Rogers, H. (2010) *Green Gone Wrong. Dispatches from the Front Lines of Eco-Capitalism*, London: Verso.
- Saad-Filho, A. y Yalman, G. (2010) *Economic Transitions to Neoliberalism in Middle-Income Countries. Policy Dilemmas, Economic Crises, Forms of Resistance*, Abingdon: Routledge.
- Salazar, R. (2009) 'Policialización del Ejército y tolerancia cero para los movimientos populares en América Latina', *Frónesis*, 16 (2): 274-290.

- Scannone, J. (2009) 'La filosofía de la liberación: historia, características, vigencia actual', *Teología y Vida*, 50 (1-2): 59-73.
- Schlozman, K. L., Verba, S. y Brady, H. E. (2012) *The Unheavenly Chorus. Unequal Political Voice and the Broken Promise of American Democracy*, Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Schutte, O. (2009) 'Philosophy, Postcoloniality, and Postmodernity', en S. Nuccetelli, O. Schutte y O. Bueno (eds.) *A Companion to Latin American Philosophy*, Oxford, Blackwell, 312-326.
- Silva, E. (2009) *Challenging Neoliberalism in Latin America*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Silva, P. (2009) *In the Name of Reason. Technocrats and Politics in Chile*, Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press.
- Stavrides, S. (2016) *The city as Commons*, London: Zed Books.
- Stryker, S. (2000) 'Identity Competition: Key to Differential Social Movement Participation?', en S. Stryker, T. J. Owens y R. W. White (eds.) *Self, Identity, and Social Movements*, Minneapolis, MN: University of Minnesota Press, 21-40.
- Tarrow, S. (1998) *Power in Movement. Social Movements and Contentious Politics*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Taylor, M. (2003) 'The Reformulation of Social Policy in Chile, 1973-2001. Questioning a Neoliberal Model', *Global Social Policy*, 3 (1): 21-44.
- Taylor, V. y Van Dyke, N. (2004) 'Get Up, Stand Up: Tactical Repertoires of Social Movements', en D. Snow, S. Soul y H. Kriesi (eds.) *The Blackwell Companion to Social Movements*, Oxford: Blackwell, 262-293.
- Terhorst, P., Olivera, M. y Dwinell, A. (2013) 'Social Movements, Left Governments, and the Limits of Water Sector Reform in Latin America's Left Turn', *Latin American Perspectives*, 40: 55-69.
- Tilly, Ch. (2007) *Democracy*, New York, NY: Cambridge University Press.
- Tilly, Ch. (1999) 'From Interactions to Outcomes in Social Movements', en M. Giugni, D. McAdam y Ch. Tilly (eds.) *How Social Movements Matter*, Minneapolis, MN: University of Minnesota Press, 253-269.
- Touraine, A. (2000) *Can We Live Together?* Stanford, CA: Stanford University Press.
- Touraine, A. (1985) 'An Introduction to the Study of Social Movements', *Social Research*, 52 (4): 749-788.
- Vallejo, C. (2012) *Podemos cambiar el mundo*, Santiago de Chile: Ocean Sur.
- Vuskovic, P. (1990) *La crisis en América Latina. Un desafío continental*, México DF: Siglo XXI, Editorial de la Universidad de las Naciones Unidas.
- Wall, D. (2014) *The Commons in History: Culture, Conflict, and Ecology*, Cambridge, MA: The MIT Press.
- Weyland, K. (2004) 'Neoliberalism and Democracy in Latin America: a Mixed Record', *Latin American Politics and Society*, 46: 135-157.
- Ziccardi, A. (2001) 'Las ciudades y la cuestión social', en A. Ziccardi (ed.) *Pobreza, desigualdad social y ciudadanía. Los límites de las políticas sociales en América Latina*, Buenos Aires: Clacso, 85-126.

## Capítulo 2

# LA GENTE Y SU DESALOJO DEL ESPACIO PÚBLICO

### INTRODUCCIÓN

El abanico de acciones con que cuentan los movimientos sociales y otros actores, así como las posibilidades de desplegar su voz dentro de los paisajes neoliberales son muy reducidos. En América Latina esta estrechez se ha acentuado debido a su propia matriz político-cultural y, en Chile, por la instalación del neoliberalismo durante la dictadura militar y su profundización posterior por medio de gobiernos electos en votación popular. Este panorama, observado en el capítulo anterior, nos dejó con una pregunta: ¿cómo superar la falta de voz y contrarrestar las narrativas hegemónicas cuando la voz ha sido expropiada como un bien común político? Es necesario señalar, antes de continuar con este capítulo, que la pregunta no pudo ser contestada del todo en el capítulo anterior porque faltó observar ciertos aspectos y profundidades de dicha expropiación. El objetivo de este capítulo es abordar esa pregunta, explorando los espacios en los cuales la voz negocia su existencia social y política, con especial atención en América Latina y Chile.

Sin extenderse en materias largamente estudiadas, la primera parte abordará cómo la noción de espacio público ha estado ligada a poderes dominantes que definen quién puede hablar e intervenir en lo público, modelando así el tipo de voz permitido y el tipo de participación esperada. Avanzando hacia los medios de comunicación, especialmente los tradicionales, observaremos cómo la idea de espacio público se ha reducido aún más en los tiempos actuales debido al creciente poder de empresas y corporaciones privadas sobre los medios de comunicación. Tras recorrer el panorama mediático chileno, se concluirá la primera parte argumentando que el espacio público ha sido clausurado por una lógica hegemónica, profundizando la expropiación de la voz como consecuencia del cerco alrededor de quienes pueden aparecer y tener voz en lo público, en una manera opuesta al *ethos* y a las lógicas inherentes a la idea de lo común.

Desde esta observación, la clausura de lo público, analizaremos cuatro formas en que los medios y los enfoques de comunicación han reaccionado frente a esta clausura, y

han propuesto “dar voz” y discutir la vida en común. Estas perspectivas se ubican en cuatro áreas: los sistemas mediáticos; las organizaciones de la sociedad civil; los usos de Internet; y el activismo de base. Observando estas cuatro perspectivas se afirma que, sin voz y sin lugares donde desplegar esa voz, la legitimidad de ser considerado un participante activo en el proceso de discusión y toma de decisiones sobre la vida en común, tanto individual como colectivamente, es despojada incluso como una posibilidad para las personas. Por lo tanto, cualquier intento de ser un actor político tendrá que reconstruir esa legitimidad, individual y colectivamente. Entonces, ¿cómo se podría reconstruir dicha voz? La respuesta viene de un caso real.

Más precisamente, proviene de la observación del movimiento estudiantil chileno de 2011. Desgranando su origen y el contexto en el que nace, este capítulo presentará las principales características de la movilización chilena que, durante siete meses, y a lo largo del país, se convirtió en un caso clave para investigar las prácticas comunicativas y mediáticas en tanto *puesta en común* situada en múltiples y diversos escenarios. Hacia el final del capítulo se describirán los métodos mediante los cuales se desarrolló la investigación que permitió indagar progresivamente en las prácticas mediáticas y comunicativas del movimiento y, posteriormente, en cómo estas contribuyeron a la emergencia de algo parecido a los bienes comunes.

## EL ESPACIO PÚBLICO Y EL DESPOJO DE LA MEDIACIÓN INSTITUCIONAL

La voz implica tener un lenguaje, pero también un estatus otorgado por actores, ideologías y culturas que tienen el poder de otorgar legitimidad. La búsqueda de voz es, por tanto, una búsqueda de poder en el sentido de ser reconocido o, en otra perspectiva, de hacer que una narración y un discurso sean lo suficientemente legítimos como para participar en la discusión de la vida en común de forma política. Situada en escenarios reales, esta búsqueda de voz es también una cuestión de poder, en tres sentidos: de ser capaz de enfrentarse a discursos hegemónicos que validan la dominación como algo normal y natural; de incluir los puntos del movimiento social en las agendas de los medios de comunicación; y de participar en los procesos de toma de decisiones. En otras palabras: la búsqueda de la voz es una búsqueda de poder en tanto reconocimiento y redistribución (Fraser y Honneth, 2003). En contextos de anulación de lo político, como se establece en el capítulo anterior, esa búsqueda tiene que empezar por el reconocimiento de las personas como actores legítimos para tener voz.

En este sentido, el poder de otorgar legitimidad y capacidad de ejercer voz implica una posición privilegiada en los espacios en los que la gente discute y decide los asuntos de la vida en común. Estos espacios han sido ámbitos más o menos públicos a los que las personas acceden para dar su parecer, escucharse, discutir materias

de la ciudad, del Estado y de aquellas cuestiones que afectan a quienes habitan un espacio con otros y otras (Borja, 2004; Habermas, 1992a). Sin embargo, la noción de espacio público no es una noción inclusiva, sino más bien excluyente, además de eurocéntrica. Dicha noción condena, por un lado, a la gente y a las narrativas al silencio; y, por otro, celebra el derecho de ciertas personas y sus narrativas a discutir los asuntos del pueblo. Tres modelos paradigmáticos de espacio público demuestran este punto.

Un primer modelo lo constituyen las ciudades-estado griegas, en las que las cuestiones relativas al Estado se discutían entre los ciudadanos con derecho a participar en la política mediante la expresión verbal de sus pensamientos (Arendt, 1998). La condición de ciudadano marcaba muy claramente quién tenía derecho a participar en la discusión de la vida en común y quién quedaba excluido. Sin embargo, el estatus de ciudadano estaba reservado exclusivamente para hombres adultos ricos. Solo los hombres tenían una pertenencia plena y activa, así como el derecho a participar utilizando su voz y su argumentación (*logos*) para elaborar leyes para el bien público. El resto del pueblo no era considerado verdaderamente humano, “sino únicamente como espécimen del animal de la especie humana” (Arendt, 1998: 46). Había una clara diferencia entre ciudadanos y no ciudadanos, así como entre asuntos públicos y el ámbito privado: el espacio privado, el de la necesidad o la domesticidad, no se consideraba en la discusión pública.

La llamada esfera pública burguesa representa un segundo caso paradigmático. Esta esfera encuentra su lugar en la modernidad europea con su *ethos* inclusivo a la vez que expansionista (Faulks, 2000). Al considerar a todos los individuos como libres e iguales, la modernidad pretendió otorgar la condición de ciudadanía a un mayor número de personas, además de incluir en la discusión pública cuestiones previamente condenadas al ámbito doméstico. En este mundo moderno e ilustrado, Jürgen Habermas observó el surgimiento de un ámbito intermedio que conectaba a las personas con el Estado. La denominación de dicho ámbito fue la de esfera pública burguesa. En él, la población podía discutir, debatir e influir en el Estado en asuntos relacionados con sus intereses. La esfera pública burguesa fusionaba así las esferas pública y privada, antes diferenciadas, y expresaba que toda acción relativa a la vida en común debía ser conocida y debatida públicamente.

Sin embargo, la esfera pública burguesa se enfrentó al reto de proporcionar un espacio y canalizar la voz de la gente hacia un ámbito en el que el pensamiento, la argumentación y la discusión se movieran en un proceso racional y dialógico en el que tuviera lugar la formación de una voluntad política (Dahlgren, 2000). Debido al carácter igualitario de la ciudadanía moderna y al creciente número de personas que alcanzaban el estatus de ciudadano, surgió la necesidad de mediar los debates, las discusiones y la voz. Ante este escenario, la prensa apareció como el medio para

resolver un problema comunicativo y político: la mediación entre el Estado y las personas. En consecuencia, la prensa se convirtió en una institución preeminente en el debate racional-crítico y en una forma factible de emancipar a la sociedad del apego y la dependencia de un poder exterior. La esfera pública burguesa presentaba, así, un contraste con el caso griego, ya que no era un ámbito gubernamental, sino una esfera de discusión, crítica y opinión informada sobre los asuntos del Estado, frente a la cual se esperaba que el Estado diera a conocer sus actos y estuviera abierto a escrutinio (Habermas, Lennox y Lennox, 1974). En el modelo habermasiano de esfera pública, la prensa mediaba una opinión planteada como “pública” frente a un poder obligado a rendir cuentas de sus actos por el poder de la prensa.

La esfera pública burguesa moderna se quedó corta a la hora de abordar la desigualdad y cuestiones de género o de reconocer otras esferas que se entremezclaran en el eje público/privado (Fraser, 1992). De las variadas críticas que ha recibido, hay que hacer dos observaciones a efectos de este capítulo. La primera es sobre la ausencia progresiva de participación de las personas en los asuntos públicos al otorgar a la prensa la prerrogativa de la deliberación en dichas materias, permitiendo que la esfera pública esté “simultáneamente pre-estructurada y dominada por los medios de comunicación” (Habermas, 1992b: 437). La segunda observación se refiere a la proliferación consecuente de las lógicas de mercado en la creación, crecimiento y distribución de la prensa, haciendo que la esfera pública sea más “un escenario para la publicidad que para el debate racional-crítico” (Calhoun, 1992: 26).

Esta tendencia a entender el espacio público de forma mediática está representada por un tercer caso paradigmático en el que los medios de comunicación se convierten en actores casi exclusivos del mismo, en detrimento de la ciudadanía. Elaborado por Jean Marc Ferry a finales de la década de 1980, el “nuevo espacio público” expresó la necesidad de hacer frente al predominio de los medios de comunicación a finales del siglo XX. Para Ferry, la televisión, el video, la radio y los periódicos tenían el poder de ser el único lugar en el que los asuntos sociales podían ser presentados al público, dando vida a la información, el discurso y las imágenes. En esta perspectiva, las tertulias urbanas o las conversaciones de café no podrían ser consideradas parte del espacio público porque, aunque estas reuniones pudiesen contribuir a la discusión y a la formación de una opinión pública, no poseen la condición básica de los espacios públicos contemporáneos: la posibilidad casi ilimitada de dar a conocer imágenes, palabras y “elementos de discurso, de comentario, de discusión, para un esclarecimiento más ‘racional’” (Ferry, 1989: 21) con capacidad de llegar a un vasto número de personas y ser tema de conversación en cafés y encuentros urbanos. Desde este punto de vista, la ciudadanía no puede intervenir directamente en el espacio público a menos que los medios de comunicación le den un espacio. Consciente de esta situación, el teórico francés Dominique Wolton complementó la teoría de Ferry

sugiriendo que la gente sí puede participar en los debates, aunque solo en forma de encuestas y sondeos (1998).

En contra de su voluntad explícita, que era buscar una solución para el debate democrático en las sociedades contemporáneas, el “nuevo espacio público” de Ferry y Wolton llevó la estrechez de la esfera pública burguesa varios pasos más allá, con dos consecuencias que son relevantes para el caso latinoamericano. La primera es la ratificación del papel preponderante de los medios de comunicación dominantes, al entender que lo que hace que algo sea público es la presencia de ese algo en los medios de comunicación y, particularmente, en los medios dominantes. La segunda consecuencia tiene que ver con la legitimación de las personas para participar en lo público. Las personas se presentan en este nuevo espacio público como una forma de agregación de números por medio de encuestas y sondeos. Así, aunque las y los periodistas puedan opinar a través de medios de comunicación y los políticos tengan un lugar para aparecer en este “nuevo” espacio público mediante su exposición en los medios de comunicación, la gente no puede hablar por sí misma, solo como un conjunto de números agregados.

Esta última situación no solo se debe a que los medios de comunicación tienen el poder de aceptar o rechazar los temas de la gente, sino también a que la voz de la gente solo puede ser canalizada por medio de las organizaciones dedicadas a realizar encuestas. En consecuencia, no hay un espacio público común porque la gente, desde esta perspectiva, necesita la mediación de un tercero para llegar a los medios de comunicación; tercero que es generalmente una empresa de encuestas, que en el caso de Chile es casi totalmente privada (Cordero, 2009). En definitiva, el “nuevo espacio público” se acerca a lo que podría ser una definición del espacio público neoliberal en las democracias actuales: la supresión de las personas y de su voz como elementos constitutivos para discutir la vida en común.

¿Pero y con Internet? ¿Tiene Internet el poder de alterar esta ausencia de lo público? Más adelante abordaremos este punto.

## EL PANORAMA MEDIÁTICO DE CHILE

A partir de los tres casos paradigmáticos anteriores es posible coincidir con la idea de que el espacio público “nunca ha existido fuera de pequeñas colectividades, generalmente exclusivas y excluyentes” (Davis, 2010: 115), perpetuando así hegemonías oligárquicas en lugar de abrir ámbitos igualitarios y democráticos de participación y deliberación. En este sentido, la idea del espacio público como “el espacio donde las personas se reúnen como ciudadanos y articulan sus puntos de vista autónomos para influir en las instituciones políticas de la sociedad” (Castells, 2008: 78) parece no haberse concretado frente a un espacio mediático que alaba

las bondades de un sistema económico excluyente y que restringe la participación de la ciudadanía.

Desde una perspectiva latinoamericana, esta reducción de lo público a las lógicas comerciales, afectando en última instancia la presencia del pueblo en los asuntos de discusión común, es un hecho relevante considerando la instalación de la modernidad en América Latina y la forma en que el neoliberalismo implantó sus lógicas en la región. Como se revisó en el capítulo anterior, para las fuerzas oligárquicas que cimentaron las estructuras fundantes de los Estados-nación en América Latina, la gran proporción de la población fue considerada subalterna (Dussel, 1985, 1994). Como han expresado investigadores chilenos en materias de espacio público, hacia finales del siglo XIX Chile era una sociedad en la que la economía, el Estado y el régimen político consideraban a la gran mayoría de la población solo como “clases subalternas, brazos desde el punto de vista económico y masas sin participación activa, desde el punto de vista político” (Ossandón y Santa Cruz, 2001: 25). Este régimen oligárquico y colonial se expresó en el auge de la prensa latinoamericana. Más allá de algunos casos importantes de emprendimientos obreros (Arias, 1970) y expresiones populares (Sáez, 2018), el perfil de los medios de comunicación latinoamericanos fue predominantemente liberal, privado y enfocado en la obtención de beneficios y ganancias (Ruiz, Waisbord y Zeta de Pozo, 2004), al tiempo que defendían un modelo de desarrollo capitalista. En este sentido, la supuesta diversidad y carácter público de los medios de comunicación es cuestionable. Profundizar en el panorama mediático chileno revela más elementos para evaluar la paradoja existente en la idea de lo público desde los medios de comunicación convencionales.

En general, el Chile del siglo XXI presenta un panorama mediático problemático en términos de propiedad, homogeneidad y contenidos. En términos de propiedad, el país posee un grave desequilibrio en el que solo unos pocos actores son dueños de los principales conglomerados mediáticos (González-Rodríguez, 2008). Periódicos y canales de televisión están en manos de unas pocas empresas e “incluso la radio, tradicionalmente considerada diversa y plural, muestra hoy síntomas de concentración en grandes cadenas” (Monckeberg, 2009: 3). Casi todos los títulos impresos (revistas y periódicos) pertenecen a dos corporaciones multimedia: El Mercurio S. A. y COPESA (Gronemeyer y Porath, 2017). El caso de la radio y la televisión retrata una situación similar. En la radio, cuatro grupos poseen el 70% de las empresas radiofónicas y uno de ellos –el *holding* español Prisa Radio– recibe por sí solo el 50% de los ingresos publicitarios totales. En televisión hay seis cadenas nacionales en abierto, dos regionales y nueve locales. Solo hay un canal público (Televisión Nacional de Chile, TVN) que funciona con un directorio cuyos miembros son nominados por partidos políticos con representación en el Congreso Nacional, pero lo hace sin financiamiento público. Además, salvo excepciones, sus fondos debe buscarlos tal como cualquier otro medio privado, mediante la venta de publicidad, convirtiéndose finalmente en un medio

cuyos contenidos son indistinguibles de cualquier otra señal privada. En referencia a Internet, dos empresas –VTR y Movistar– proveen el 76,1% de las conexiones de banda ancha, mientras que tres empresas –Movistar, Claro y Entel– proveen conexión móvil al 95,4% de los usuarios de internet y tecnología móvil 3G+4G (SUBTEL, 2015). Por lo tanto, el sistema mediático chileno tiene problemas de diversidad, no solo por la concentración de la propiedad, sino también por la uniformidad de grupos mediáticos que ideológicamente coinciden con el sistema económico que ha imperado en Chile desde los años 80 en adelante (Sunkel y Geoffroy, 2001). Consecuentemente, una de las características de los medios chilenos en los años previos al surgimiento de la movilización de 2011 fue la reticencia a emitir o publicar cualquier artículo o investigación que pudiese afectar a un amigo, a un aliado, a un contacto comercial o a un partidario o al sistema económico neoliberal (Gómez, 2010). Desde el ejercicio del periodismo, esto coartó su libertad profesional, cayendo en lo que Rafael Otano y Guillermo Sunkel (2003) llaman “lo periodísticamente correcto”. Dicho término implica que los y las periodistas se abstienen de proponer ciertos temas en la sala de redacción por el potencial conflicto y daño que pudiesen causar tanto a propietarios como anunciantes o amigos de la empresa periodística. Por otro lado, los nuevos medios de comunicación y las iniciativas de periodismo independiente que podrían dar cabida a actores disidentes han tenido dificultades para encontrar publicidad para sobrevivir a largo plazo (Ulloa, 2014).

En resumen, el sistema de medios chileno con el que se enfrentó la movilización de 2011 poseía un sesgo ideológico que contaba con la venia de un Estado que no ejecutó ninguna política pública para disminuir el poder de un puñado de medios de comunicación privados. Al contrario, el Estado de Chile entregó cada vez más financiamiento a la televisión, la prensa y la radio privadas vía publicidad (Monckeberg, 2009). Fue ese panorama mediático al que se enfrentó el movimiento chileno de 2011, como se verá en el capítulo 5, por medio de una estrategia basada en el reconocimiento de los medios de comunicación como un adversario ideológico que, de variadas maneras, ha sido un defensor del modelo de educación de mercado.

Sin embargo, la tendencia a la reducción de la diversidad de los medios chilenos no proviene solo de una postura política o económica. Proviene también de una tendencia más contemporánea: la “espectacularización” de las noticias (Arancibia, 2006). En general, pero especialmente en prensa y televisión, Chile pasó de un formato basado en noticias, telenovelas, películas y programas de entrevistas, a uno basado en *reality shows* y programas satélites de farándula y escándalos (Santander, 2007). El ámbito de las celebridades locales efímeras y la exposición pública de sus vidas privadas ha impregnado el espectro mediático. Para las empresas mediáticas, esto último funciona bien porque atrae dinero sin mucho esfuerzo, pero para sus críticos es una mala noticia. Las razones son la escasa importancia que se da al papel social de los medios, el tratamiento de las noticias como mercancía y el cierre del

debate en favor del espectáculo y el chisme respecto de personas famosas. De hecho, como se explica en el capítulo 5, en 2011 quienes tuvieron mayor notoriedad en el marco de la movilización estudiantil evitaron vincularse al tipo de cobertura más frívola de la prensa chilena, para evitar que la población les considerara a la ligera en caso de, por ejemplo, ocupar la portada de los periódicos por motivos relacionados con escándalos o su vida personal.

Después de observar tres casos paradigmáticos de espacio público y de haber dado una visión general del sistema mediático chileno, es posible observar una paradoja en la idea de espacio público: no considera la voz de las personas más allá de una leve representación en manos de un sistema mediático que funciona bajo lógicas de mercado y que no está abierto a la participación pública de ninguna forma democrática. En este sentido, el espacio público contemporáneo y mediático ejerce tres acciones que entran en absoluta contradicción con los principios de los bienes comunes: socava la posibilidad de hablar y ser escuchado; se adueña del espacio en el que se habla y se escucha; e instala una narrativa hegemónica y excluyente en la que el ciudadano no tiene cabida. Entonces, ¿cuáles son las posibilidades de hablar y ser escuchado en este espacio cuasi-totalitario como el que enfrentan los estudiantes en Chile? Cuatro contribuciones, que van desde una posición centrada en los medios de comunicación hasta una mediación más de base, con un enfoque especial en América Latina, dan algunas pistas sobre la superación de este cierre y falta de espacio público.

## **SISTEMAS, POLÍTICAS Y REFORMAS DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN**

Desde fines de la década del 60, el desarrollo teórico y las investigaciones en comunicación y medios en América Latina han abrazado lo que Luis Ramiro Beltrán (2006) llamó la comunicación alternativa para el desarrollo democrático. Fue definida como:

La expansión y el equilibrio en el acceso de la gente al proceso de comunicación y en su participación en el mismo empleando los medios –masivos, interpersonales y mixtos– para asegurar, además del avance tecnológico y del bienestar material, la justicia social, la libertad para todos y el gobierno de la mayoría (2006: 66)

Esta idea entendía a la comunicación como un intercambio dialógico horizontal y participativo. Influída por la obra de Paulo Freire (1972), la teoría de la comunicación alternativa para el desarrollo democrático escapaba de las teorías funcionalistas de la comunicación basadas en la difusión de innovaciones tecnológicas y se alejaba también de la crítica marxista al imperialismo cultural y a la lucha de clases.

El llamado de Freire a transformar la realidad objetiva por medio de medidas tangibles para lograr la liberación de opresores y oprimidos tuvo eco en instancias globales, como la Conferencia de San José (1976) y el Informe McBride (1980). La Conferencia Intergubernamental sobre Políticas de Comunicación en América Latina y el Caribe, celebrada en San José (Costa Rica) en 1976, generó una serie de recomendaciones para la regulación nacional en los sistemas de medios de comunicación, en amplia consonancia con lo que estaba ocurriendo en términos de “experiencias comunicativas alternativas y participativas, que a menudo eran contrarias a las expresiones culturales de la élite que ejercía el poder” (Barranquero, 2011: 156). El enfoque crítico de sus recomendaciones, sin embargo, fue resistido por corporaciones mediáticas privadas que reaccionaron por medio de campañas de prensa y una dura oposición a los afanes reformistas. Esta reacción se sostuvo en algo planteado muy claramente por la Conferencia de San José, que los medios de comunicación eran un recurso de la sociedad y que “todos los miembros de la sociedad son responsables de velar por el uso pacífico y beneficioso de la comunidad mediática” (Quiros y Segovia, 1996: 76). En otras palabras, que los medios de comunicación son públicos.

No obstante, la voluntad de un nuevo sistema de comunicación fracasó en los países latinoamericanos durante las décadas de 1960, 1970 y 1980. Como se revisó en el capítulo anterior, fueron décadas en las que los gobiernos elegidos democráticamente en la región fueron sustituidos violentamente por golpes militares, profundizando la censura, la persecución, desaparición y asesinato de periodistas, como ocurrió en los casos chileno, brasileño y argentino. Así, los deseos reguladores de la Conferencia de San José y del Informe McBride quedaron en el olvido por la opresión militar y luego por la lógica mercantilista del Consenso de Washington. En consecuencia, los sistemas de medios de comunicación fueron en una dirección totalmente opuesta a un marco mediático participativo e incluso al liberal clásico, al favorecer la expansión de grupos empresariales que ejercieron un rol dominante en el nuevo escenario político y de medios en América Latina (Guerrero, 2014).

Precisamente para hacer frente a esta tendencia, desde 2004, América Latina comenzó a cambiar la regulación en torno a medios de comunicación (Becerra, 2014). Venezuela, Ecuador, Bolivia, Argentina y, más recientemente, México, intentaron avanzar en materias como la desigualdad de acceso, la concentración de la propiedad, las cuotas de mercado, la publicidad y, en general, la democratización de los medios (Gómez García, 2013). En otros países, estos cambios en las políticas de medios no han sido un asunto muy presente, como en Chile, Colombia, Perú y países centroamericanos, donde no hay o se han dado escasamente debates políticos sobre “la propiedad monopólica de los medios, tampoco sobre la calidad informativa, y donde las nuevas leyes de comunicación que se han elaborado solo buscan legitimar y aumentar el poder de los grupos de medios de comunicación” (Rincón, 2013). A pesar de su novedad, es posible hacer dos observaciones sobre las reformas de los

medios de comunicación como formas de superar la expropiación de los espacios para hablar y discutir la vida en común.

La primera observación proviene del hecho de que América Latina sigue siendo ese lugar constituido por la matriz político-cultural descrita en el capítulo anterior, donde los medios y las prácticas de comunicación dominantes no han contribuido particularmente a cambiar esa situación. Algunos aportes en este campo por parte de Luis Ramiro Beltrán (1985), Paulo Freire (1972) y Mario Kaplún (1998), han señalado cómo tanto la práctica del periodismo como los estudios de medios y comunicación han seguido un camino positivista heredado de la modernidad europea y estadounidense. Este enfoque positivista ha tendido a instalar modelos de comunicación centrados mayoritariamente en los medios que actúan dando manuales a seguir a las personas, sin considerar los intereses y la subjetividad de ellas. De hecho, lo que el académico argentino Mario Kaplún llamó la “caricatura de la participación” (1985) retrata este punto. Kaplún concebía a la comunicación como un proceso cuyo fin era la capacidad de autogenerar mensajes; y a la participación como parte de un proceso que efectivamente conducía a la capacidad de intervenir en la toma de decisiones (1985). En su perspectiva, la comunicación es una palabra mal utilizada para describir el acto de enviar y recibir información cuando la participación se reduce a hacer lo que otro, un educador o promotor, ha decidido previamente. Frente a las preocupaciones de Kaplún, no hay respuestas seguras desde las reformas latinoamericanas. Lo que sí podría decirse, hasta ahora, es que las reformas actuales de los medios tienden a preocuparse más por su propiedad, la publicidad y la regulación de los contenidos que por el potencial emancipador de los medios y las comunicaciones (Araya, 2014).

Sin embargo, esta rama de la comunicación procedente de América Latina tiene algunas pautas en cuanto a la generación de medios alternativos. Un buen ejemplo de esto último lo representa la mirada de Clemencia Rodríguez sobre la radio chilena Estrella del Mar (Rodríguez, 2003). Lo que destaca de esta emisora de radio con sede en la isla de Chiloé, al sur del país austral, y gestionada por la diócesis local de la Iglesia Católica, es el uso de los medios de comunicación para promover una participación que permita a las personas narrar sus vidas, hablar de sus problemas y, en última instancia, construir significados a su manera. De hecho, las y los habitantes de la isla son una parte importante de los programas de Estrella del Mar, y la radio ofrece formación permanente a comunicadores y comunicadoras locales que habitan en la isla y fuera de ella, contribuyendo así a la democratización de los medios de comunicación.

De esta manera, siguiendo a Rodríguez, una radio como Estrella del Mar sí valora la voz y la cosmovisión de quienes son considerados subalternos; desafía las pautas de los medios comerciales y la distribución desigual de los recursos comunicacionales (Rodríguez, 2001); y reivindica una ciudadanía que excede los marcos liberales en cuanto a que las personas puedan realmente narrar sus vidas. A pesar de estar dirigida de forma jerárquica y por una institución tan tradicional como la Iglesia Católica, la

Estrella del Mar es un caso notable de medios participativos que, lamentablemente, es bastante único en Chile. Las radios comunitarias locales en Chile se encuentran en condiciones marginales, reciben un espacio mínimo en comparación con la radio comercial y no cuentan con los fondos necesarios para sostenerse a largo plazo. Además, como afirma Rosalind Bresnahan, “las políticas públicas en Chile han impedido el desarrollo de la radio comunitaria como vehículo de activismo social” (Bresnahan, 2007: 228).

Una segunda observación se refiere a los paisajes circundantes de la reforma de medios de comunicación, como las industrias culturales regionales y locales, el consumo y las políticas culturales, por un lado, y la invitación a ver más allá de los límites mediocéntricos, por el otro. Los sistemas mediáticos y las compañías periodísticas son solo dos actores en un paisaje cultural bastante más amplio en los que la identidad y los elementos expresivos forman parte de procesos y contextos de creación, consumo, acceso, vida comunitaria, derechos humanos, ciudadanía y vida en comunidad (Miller, 2007). No tener en cuenta estos otros ámbitos a la hora de evaluar el desarrollo de las reformas de los medios de comunicación restringe el alcance de cualquier análisis. De este último punto se desprende un elemento para tener en cuenta a la hora de investigar la idea de los bienes comunes de la voz: ir más allá de los medios de comunicación.

Siguiendo la invitación de James Curran (1997), las discusiones sobre democracia, hegemonía cultural y movimientos sociales deberían evitar la tentación de centrarse solo en los medios de comunicación, sobre todo teniendo en cuenta la matriz político-cultural latinoamericana y las experiencias e investigaciones recientes sobre políticas e industrias culturales (García Canclini, 1987; Miller y Yúdice, 2002; Mejía Arango, 2009). Jesús Martín-Barbero (1987, 2004) aporta una mirada crucial sobre estas cuestiones al advertir la urgencia de pasar del estudio de los medios de comunicación al de las mediaciones de la cultura y el poder en la vida cotidiana de las personas. De este modo, sugiere una conexión con la idea contenida en la noción de los bienes comunes de ir más allá de las dicotomías público/privado o Estado/mercado, de que la vida democrática no se limita a una relación entre ciudadano-Estado, y de que la voz de la gente no se dirige unívocamente a los medios de comunicación. Martín-Barbero invita, en definitiva, a entender la democracia desde una dimensión colectiva y conflictiva, pero basada en la forma en que las personas entienden y median su mundo. Y es que es en ese proceso donde se experimentan y disputan las hegemonías.

## UN MODELO LIBERAL: LA DEFENSA DE LOS MEDIOS CÍVICOS

Siguiendo el consejo anterior de observar más allá de los medios de comunicación tradicionales, este capítulo dará un pequeño paso más para analizar una propuesta que aborda la falta de voz, centrándose en la relación entre sociedad civil y medios de

comunicación tradicionales. Siguiendo la idea de que la democracia se lleva la peor parte cuando hay una débil conexión entre prensa y sociedad civil, Silvio Waisbord (2009) propuso una colaboración de las organizaciones de la sociedad civil con las agendas de los medios. Llamó a su idea defensa de los medios cívicos [*Civic Media Advocacy*, CMA] y, en general, representa una aproximación liberal para conectar la sociedad civil y los medios de comunicación. El objetivo de la CMA es promover las “acciones de los grupos cívicos para influir en la cobertura informativa de los asuntos sociales en la prensa convencional” (Waisbord, 2009: 107), incluyendo entre estos grupos a las organizaciones que defienden los derechos de niñas y niños, del medio ambiente y de las mujeres.

Por medio de la CMA, la idea de Waisbord fue proveer una vía para acercar a la gente a los medios de una manera plausible, así como para canalizar las preocupaciones de la gente hacia vitrinas con mayor visibilidad. La base de su propuesta es el diagnóstico de que lo que separa a la sociedad civil de la cobertura mediática es un problema técnico, derivado de los escasos recursos de las empresas de comunicación para cubrir un amplio abanico de asuntos, y de los escasos recursos y falta de formación de las organizaciones para suministrar información a los medios de una manera permanente y consistente. En esta economía de la colaboración, Waisbord aporta una solución: si las ONG, las juntas de vecinos y los movimientos sociales contaran con responsables de campañas, relaciones públicas o periodistas a cargo de sus comunicaciones, sería posible suministrar a los medios información permanente y fiable que sería apreciada por periodistas y editores de medios que, consecuentemente, cubrirían más asuntos sociales. Basado en datos que respaldan su posición, Waisbord sostuvo que la profesionalización del trabajo comunicacional de cara a los medios, por parte de organizaciones sociales, demostró ser exitosa en términos de cobertura, por lo que demonizar a los medios de comunicación (Waisbord, 2009) o afirmar que evitan asuntos sociales y ciudadanos por motivos ideológicos o partidistas carece de sustento. La propuesta de Waisbord, aunque es interesante en términos de encontrar una forma de mejorar la labor de las organizaciones sociales para llegar a un público más amplio, tiene defectos importantes.

Lo primero que hay que decir sobre el planteamiento de Waisbord es la falta de perspectiva histórica y política respecto a los medios de comunicación latinoamericanos, ya que prescinde de los problemas que el neoliberalismo ha planteado en la relación entre medios y sociedad civil (Guerrero y Márquez-Ramírez, 2014), algo que parece inadecuado dejar de lado en relación con la propiedad y la práctica mediática. Respecto a la propiedad, como hemos visto en el caso chileno, el problema planteado por el neoliberalismo en América Latina profundiza un patrón histórico: “unos pocos medios de comunicación en cada país cuentan con la mayoría de los televidentes o de los oyentes, y estos medios son típicamente controlados por familias o individuos ricos con inclinaciones políticas conservadoras” (Boas, 2013:

48), que abrazan una ideología de mercado (Magrini y Rincón, 2010). En cuanto a la práctica de los medios de comunicación, el mercado concentrado de la radio, la televisión y los periódicos está directamente relacionado con el tipo de noticias que los medios elegirán para cubrir. De hecho, en un texto publicado en 2000, Waisbord era consciente del vínculo entre las agendas de los medios y el mercado que hacía “imposible la existencia de medios relativamente autónomos de las consideraciones del mercado” (Waisbord, 2000: 59). Parece poco probable que, unos años después de estas afirmaciones, el panorama mediático latinoamericano hubiese cambiado lo suficiente como para pensar que las cuestiones de mercado e ideológicas no determinan la agenda de los medios en, por ejemplo, los conflictos medioambientales o las luchas de los pueblos indígenas (Cabalín, 2014a).

Un segundo problema con el modelo de Waisbord es que, desde su perspectiva, la razón por la que los medios de comunicación no dan suficiente cobertura a las historias de la sociedad civil es el excesivo número de deberes, tareas y responsabilidades de quienes trabajan en los medios. Su argumento tiene sentido, parcialmente, debido a las precarias condiciones laborales de quienes laboran en los medios de comunicación latinoamericanos, con problemas de desequilibrio salarial, reducción de personal, sobrecarga de tareas por el mismo sueldo y un superávit de personas que practican la profesión por menos dinero (Mellado, 2010). A lo anterior se agrega la persistencia de bajos salarios en la industria de los medios de comunicación de la región (Unesco, 2014), junto con la falta de seguridad laboral y el aumento del empleo informal. En este sentido, el punto de Waisbord, atribuir la falta de un periodismo más centrado en el ciudadano a las condiciones laborales precarias de los trabajadores de los medios de comunicación tiene sentido, pero pasa por alto dos puntos no menores. Uno es que las condiciones precarias en las que se desempeñan quienes trabajan en los medios de comunicación provienen de un sistema económico protegido por quienes poseen la propiedad de los medios de comunicación y, por medio de ellos, empujan su propia agenda. El académico colombiano Omar Rincón lo explica mejor: “en América Latina los medios de comunicación optaron por defender el negocio y por eso son actores políticos con una agenda de mercado. Los periodistas y la información de calidad no importan” (Rincón, 2010: 7). El segundo punto es el hecho de que, al menos en el caso chileno, las federaciones estudiantiles universitarias, como explicaré en el capítulo 5, cuentan con personas encargadas de medios y comunicaciones durante todo el año, y no solo para las movilizaciones, de manera muy similar a cómo operan las ONG. En este sentido, la falta de cobertura mediática respecto a algunos temas no es técnica, como la falta de profesionales en la materia, sino ideológica.

El tercer problema con el argumento liberal de Waisbord es la consecuencia de no considerar el neoliberalismo como un factor relevante. En su opinión, el problema en las redacciones de prensa es que la cobertura de temas políticos y criminales eclipsa la posibilidad de dejar espacio a noticias sobre cuestiones de la sociedad

civil, como la desnutrición y el hambre, el suministro de agua y el acceso a la salud. Esta afirmación tiene tres defectos a considerar. En primer lugar, apoya las nociones liberales de la democracia, donde la política es un ámbito de la política profesional, sin concebir la idea de que los asuntos políticos están entrelazados con la sociedad civil o pueden encontrarse más allá de los muros del gobierno, el parlamento y los gobiernos locales. Un segundo problema es que su enfoque liberal desestima el hecho de que en América Latina las agendas de los medios de comunicación no ponen en riesgo los intereses de las empresas dueñas de medios, de su ideología ni de sus auspiciadores. Por esta razón, dichos medios no cubrirán, o lo harán con un sesgo importante, asuntos ligados a la infancia, mujeres, indígenas, campesinos o trabajadores cuando estos puedan enfrentarse a los intereses de la propiedad de los medios, de los anunciantes o de sus aliados (Lugo-Ocando, 2008; Hughes, 2008; Sandoval-García, 2008). Una tercera falla se encuentra en el ejercicio real del periodismo en la región, donde las y los periodistas tienen poca independencia y autonomía respecto de sus editores y propietarios (Guanipa, 2007; León-Dermota, 2003), siendo en los hechos esta la mayor preocupación de los profesionales de los medios que trabajan en la región (Restrepo, 2000)<sup>1</sup>.

En definitiva, la CMA de Waisbord es una defensa del modelo liberal de medios que no encuentra terreno fértil en América Latina, como consecuencia del predominio de los medios de comunicación privados con orientación comercial y de su propia agenda, en fuerte contraste con las posibilidades de que la sociedad civil o el Estado regulen su labor hacia un periodismo más vigilante, ciudadano y participativo (Guerrero, 2014). Pero curiosamente, es precisamente esta misión incumplida de los medios de comunicación tradicionales una de las razones por las que estos resultaron significativos para el movimiento estudiantil de 2011: fueron un adversario ideológico. Como explicaré en el capítulo 5, en 2011 las y los estudiantes no se abstuvieron de forjar una relación con los principales medios de comunicación. Reconocieron el poder de ellos y su legitimidad dentro de la población chilena para enmarcar la realidad, por lo que trataron de explotar esa relación para tener cobertura de sus actos y posiciones. Sin embargo, para quienes tomaron parte de la movilización, los medios de comunicación tradicionales representaban un rival político. Como expresó el estudiante de arte y miembro de la Asamblea de Estudiantes de Arte (AEEA), Cristian Inostroza, entrevistado para este libro, “todos los medios tradicionales son neoliberales, todos, no hay un solo medio que se oponga al modelo neoliberal”. En

<sup>1</sup> El informe de la Unesco de 2014 sobre libertad de expresión y desarrollo de medios de comunicación también incluyó como una preocupación importante en la región las amenazas, los asesinatos y el acoso que sufren las y los periodistas en América Latina y el Caribe por parte del crimen organizado y de algunos gobiernos. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurre con la precariedad laboral en la región, el asesinato de periodistas es una tendencia que se concentra principalmente en México, Brasil, Colombia y Honduras y no en toda la región.

vista de lo anterior, la narrativa liberal de los medios de comunicación, incluso aquella que entiende parcialmente el problema, no parece suficiente para responder a la búsqueda de voz desde posiciones subalternas. Al contrario, refleja la forma en que se ha cercado la voz para que solo aquellas personas e instituciones legitimadas como portadores de habla puedan ejercerla, en contra del *ethos* de los bienes comunes y del diálogo democrático.

## INTERNET: AUTONOMÍA, HORIZONTALIDAD Y DETERMINISMO TECNOLÓGICO

Uno de los defectos de la posición de Waisbord, la forma en que la propiedad de los medios de comunicación influencia su autonomía, explica en cierto modo por qué el auge de Internet ha representado una esperanza. Esto ha sido así tanto para quienes adoptan una perspectiva liberal de los medios de comunicación como para quienes defienden objetivos más libertarios. En relación con el poder de las tecnologías de los medios de comunicación y su función política desde una perspectiva liberal, personas como Jean Marc Ferry tenían grandes expectativas respecto del “potencial revolucionario” (Ferry, 1989: 26) de las nuevas tecnologías de la información, concretamente en el desarrollo de las comunicaciones interindividuales que un día podrían incluso tornar innecesario seguir con sistemas políticos representativos tal como los conocemos hoy. La autonomía de Internet también ha sido alabada por grupos radicales y libertarios que han visto en él una herramienta capaz de romper con las cadenas e influencia del gran empresariado en la producción de medios de comunicación, y así avanzar hacia una capacidad de acción ciudadana global (Dahlgren, 2013) donde se fomente el trabajo entre pares de una manera que se asemeje a la noción de los bienes comunes en tanto recurso y relación.

La noción de bienes comunes se aplica parcialmente a Internet, en cuanto a la disponibilidad, uso y control de los recursos. Algunos usos de Internet han implicado la producción de recursos, plataformas e iniciativas que no solo no pertenecen “a una persona en particular que tiene la autoridad para decidir cómo se utilizará el recurso” (Benkler, 2006: 60), sino que están a disposición de cualquiera y se pretende que estén disponibles y sean modificables para su mejora, sin disminuir su uso para otros y otras. Un ejemplo de esto último es la iniciativa de Creative Commons, que otorga licencias de derechos de autor sin costo y simples de usar para ser utilizadas por creadores y creadoras en el permiso público que quieran dar a sus obras y creaciones ([www.creativecommons.org](http://www.creativecommons.org)). Como afirma Lawrence Lessig, Creative Commons hace que “sea fácil para la gente basarse en el trabajo de otras personas, haciendo que sea sencillo para los creadores expresar la libertad para que otros tomen y se basen en su trabajo” (Lessig, 2004: 282). En este sentido, la economía de la información en red pone en común recursos en una lógica inversa a los mecanismos de exclusión propios de patentes y derechos de autor (Benkler, 2006).

Conceptualmente, lo común también aplica al caso de Internet en tanto relación. Lo hace, por ejemplo, en la forma en que el *software* libre se crea y modifica por medio de un modelo de organización que es “radicalmente descentralizado, colaborativo y no propietario; basado en compartir recursos y productos entre individuos ampliamente distribuidos y vagamente conectados que cooperan entre sí sin depender de las señales del mercado ni de las órdenes de los directivos” (Benkler, 2006: 60). Lo que Benkler denomina “producción entre iguales basada en los comunes” aparece como una rareza en los contextos neoliberales. Va en contra de lógicas centralizadas y verticales, pues su misma existencia depende de la apertura y posibilidad de intervención sobre los códigos de una manera que subvierte el poder del Estado y del mercado. Sin embargo, en el caso chileno este desarrollo ha estado casi totalmente ausente en la agenda o acción de los movimientos sociales. Solo recientemente ha comenzado a tener más presencia, con la creación de la ONG Software Libre Chile (<http://www.softwarelibrechile.cl>) creada en 2012. El único sector político que en Chile ha tomado el *software* libre y la democracia directa a través de internet con más atención ha sido la rama chilena del Partido Pirata (<http://www.partidopirata.cl>). Entre sus objetivos está el de “impulsar el uso de plataformas para una democracia directa” y “desincentivar el centralismo y fomentar la autogobernanza” (<https://www.partidopirata.cl/nosotros/objetivos>). Sin embargo, el Partido Pirata no es aún un partido formal en Chile, no tiene presencia parlamentaria ni municipal y no tiene un impacto importante en la política local.

Como sea, la evaluación de internet como una forma más autónoma y horizontal de superar los estrechos cercos del espacio público debe tener una visión clara y evitar dejarse seducir por la tecnología y atribuir demasiado poder *per se* a internet (Fenton, 2012). De hecho, importantes contribuciones han ayudado a dejar de lado la fascinación por las maravillas de la tecnología para centrarse en los aspectos cívicos y políticos relacionados con el uso de las nuevas tecnologías de la comunicación. Esta mirada crítica sobre los determinismos tecnológicos<sup>2</sup> (Curran, 2002) es necesaria a la hora de evaluar la contribución y el potencial de Internet para posibilitar lugares donde hablar y ser escuchado, como muestran los tres casos que se revisan a continuación.

## Revolución desde el móvil

En un evento organizado por Facebook en un hotel de Londres, en 2015, la actriz mexicana Salma Hayek celebró que en la actualidad estuviésemos viviendo una

<sup>2</sup> Se utiliza la definición de determinismo tecnológico de James Curran (2002), que se basa en las ideas que consideran que las nuevas tecnologías de la comunicación cambian la sociedad al contraer el espacio y el tiempo y al modificar la forma en que experimentamos la sensación y la percepción, afectando así a nuestras relaciones interpersonales y dándonos el poder de superar las instituciones mediadoras mediante nuestro control de las nuevas tecnologías.

“revolución pacífica”. Reproduciendo sus palabras, el periódico británico *The Guardian* expresó que Hayek elogiaba el auge de las redes sociales porque daban voz a los consumidores, permitiendo a las mujeres “hacer frente a problemas como los estereotipos de edad e imagen corporal en la publicidad” (Sweney, 2015). Además de la comprensión de las personas como consumidores, las palabras de Hayek se sitúan dentro de un discurso donde la tecnología es el motor del cambio social. Lo que propone este tipo de perspectiva es un determinismo en el que el cambio político actual se explica por el supuesto poder de las nuevas tecnologías de la información. No muy lejos de eso está el caso de Manuel Castells, quien, tras su experiencia en los levantamientos sociales en el norte de África, España y Nueva York, también durante 2011, sostuvo que la existencia de una cultura de Internet fue “la condición previa para la revuelta” (Castells, 2012: 27), con el papel no solo de difundir sino también de coordinar la movilización. Este optimismo sobre las maravillas de internet como herramienta y medio para el cambio social y un contrapoder ha recibido respuestas escépticas. Lance Bennett, por ejemplo, advirtió que el auge del activismo global no debe atribuirse exclusivamente al bajo costo de la comunicación por Internet (Bennett, 2003), y criticó cierta tendencia al determinismo tecnológico y a la fascinación por la tecnología como clave del cambio social y político. Como señaló Jeffrey Alexander en relación con la Primavera Árabe de 2011 y la atribución directa del levantamiento al uso de los teléfonos móviles: “muchos manifestantes en lugares como la plaza Tahrir (Egipto) no tenían acceso a Internet y se movilizaron tanto a través de las redes presenciales como de las redes sociales” (Alexander, 2011: 260). Lo que se observará en los siguientes capítulos, en específico en el capítulo 6 de este libro, es una postura similar respecto del movimiento estudiantil chileno de 2011. Dicha postura dice que si bien las nuevas tecnologías de la información han sido importantes para los movimientos juveniles contemporáneos, no pueden considerarse el factor exclusivo que permitió su éxito y extensión a través del país (Cabalín, 2014b).

## Ni democrático ni democratizador

Otra área de controversia recae en la pregunta de si Internet y sus tecnologías son democráticas, fomentan el compromiso democrático y promueven resultados democráticos. En cuanto al primer punto, cabe señalar que las plataformas de medios sociales más utilizadas por las y los estudiantes en el caso chileno en 2011, como Facebook y Twitter, para informarse, informar, organizarse y dialogar, son empresas privadas cuyo último fin es obtener beneficios a partir de la auto-exposición de las personas. Esto último implica que si bien el deseo Facebook es desarrollar “la infraestructura social para la comunidad –para apoyarnos, para mantenernos seguros, para informarnos, para el compromiso cívico y para la inclusión de todos” como ha declarado su CEO Mark Zuckerberg (Rosen, 2017), en rigor es una “infraestructura” privada hecha por y para el lucro, y no es el resultado de un esfuerzo democrático de

base. De hecho, los algoritmos de Facebook configuran el mundo social que usuarias y usuarios ven en la plataforma y dan forma al mundo social con el que interactúan, al tiempo que rastrean el uso que la gente hace de la plataforma, y de la web en general, y mejoran su conocimiento respecto de los usuarios para su propio beneficio comercial (Skeggs y Yuill, 2016). Esto último es una paradoja para movimientos antineoliberales como el de Chile en 2011, ya que, como se observa en el capítulo 6, plataformas como Facebook y Twitter tienen intenciones que chocan con los objetivos de quienes las utilizan desde el activismo político y social (Kavada, 2015).

En cuanto al fomento del compromiso democrático y la promoción de resultados democráticos, los datos disponibles expresan enfoques ambivalentes. Bennett y Segerberg (2013) destacan cómo la web permite que diferentes personas se reúnan sin renunciar a su subjetividad y rompiendo lógicas de agregación desde arriba hacia abajo. En su relato, Internet es una herramienta para compartir y distribuir información, pero también una vía para que los grupos de base se organicen. En este elogio de la característica *conectiva* de internet hay una brecha que se ha puesto de manifiesto a partir de recientes investigaciones sobre medios sociales como Twitter y Facebook, que indican que el tipo de compromiso que conllevan los usos contemporáneos de internet pueden o no fomentar lógicas de acción co-productivas y co-distributivas. Esto último significa que, aun cuando es posible observar la contribución de internet en relación con el tejido social, proporcionando espacios para que las personas hablen, lean, se comuniquen entre sí, compartan videos, mantengan debates en línea y difundan información, el tipo de compromiso que conlleva no puede darse por sentado. En el caso específico de las redes sociales, internet puede contribuir a disminuir las relaciones sociales de sus miembros, al ser un lugar donde es imposible sostener diálogos o debates (Fenton y Barassi, 2011) o por ser un ambiente derechamente violento para quienes no están dispuestos a exponerse a ese tipo de participación. Visto así, Internet puede permitir un compromiso democrático así como una desconexión o desencanto social; puede permitir múltiples dinámicas de comunicación electrónica de base así como permitir comportamientos no democráticos y antidemocráticos. En resumen, Internet no es un escenario democrático *per se* (Fenton, 2012).

## Poder para conquistar el mundo

Hay una tercera vertiente de crítica dirigida al determinismo tecnológico en relación con los movimientos sociales y la política radical, desde el análisis de internet como parte de las industrias culturales. Desde esta perspectiva, hay suficientes datos (Miller, 2009; Freedman, 2016) para afirmar que internet forma parte de una industria cultural con ánimo de lucro que promueve abiertamente el poder individual, pero que oculta y encubre malas condiciones laborales, la manera en que contamina el medio ambiente y acuerdos comerciales abusivos con países del Tercer Mundo. Así que mientras que por

un lado se presenta como el potenciador de las democracias y las revoluciones pacíficas, por otro es parte de una industria cultural que refuerza el poder corporativo que, como hemos visto, está en el centro de la condición subalterna del ser latinoamericano.

Además, existe una fuerte relación entre el poder empresarial, los Estados, Internet y las industrias culturales mediante políticas que alcanzan dimensiones continentales y globales. Un ejemplo reciente es el Acuerdo de Asociación Transpacífico (TPP: Trans-Pacific Partnership), liderado por Estados Unidos, que pretendía crear una plataforma de integración económica en toda la región de Asia-Pacífico, incluyendo a México, Perú y Chile, entre otros países. El acuerdo suscitó una gran preocupación entre los defensores de los derechos civiles, quienes lo calificaron como la “mayor amenaza para la web abierta”. Según Daniel Álvarez, experto chileno en derechos digitales, entre las consecuencias del TPP estaban la “la censura de sitios de Internet por eventuales infracciones a los derechos de autor, entregando facultades policiales a los prestadores de servicios de Internet” (Álvarez, 2013). En un mundo con el TPP en funcionamiento, el uso no autorizado de material con derechos de autor, como imágenes, video o audio, se consideraría un delito.

En este contexto, es necesario volver a la idea del supuesto poder democrático y liberador que acarrearía Internet en países habitualmente considerados democráticos como Estados Unidos, Australia, Chile y México, cuyos nombres han sido asociados al TPP. En el caso concreto de Estados Unidos, Daniel Calingaert (2012) alabó las políticas estatales en materia de internet por su protección a la privacidad de las personas, con la única excepción de la vigilancia de todo aquello que pueda suponer una amenaza criminal o terrorista. Para Calingaert, el TPP y su regulación de un Internet libre, salvo el caso mencionado, marca una diferencia entre aquellos países democráticos y naciones expertas en el control de Internet y la vigilancia sobre su ciudadanía, tanto a la vieja usanza como en el espacio virtual, como en los casos de Irán y China (Calingaert, 2012). Pero lo que pasa por alto en su relato es que el TPP no solo podría afectar el libre acceso a los contenidos en internet, sino además redefinir la legalidad de lo que hoy son prácticas permitidas y habituales en YouTube y Facebook, por ejemplo. Lo que surge como paradoja del caso del TPP para esta discusión es que las democracias occidentales y los regímenes autoritarios llegan a compartir la misma característica en sus políticas hacia internet: el control y el castigo sobre los medios digitales. Pero mientras que algunos países lo harán para mantener a sus autoridades fuera del escrutinio y a su ciudadanía sin postear contenido censurable desde la perspectiva de determinado régimen; otros lo harán para mantener los beneficios de la industria cultural de manera arbitraria y para coartar la circulación de productos culturales, todo esto bajo el argumento de la defensa de la democracia y la “libertad de expresión”.

Los tres determinismos tecnológicos que hemos revisado contribuyen a la perspectiva de que Internet, en sí mismo, no crea revueltas populares, no potencia redes de democracia desde arriba, no desencadena procesos de democratización y no

funciona al margen de los flujos de capital, la influencia de las corporaciones y la regulación estatal. Ahora, ¿qué es lo que sí puede permitir el uso Internet? Una vez que el análisis ha esquivado las explicaciones causales y los determinismos, es posible destacar dos contribuciones que ha hecho en la búsqueda de hablar y ser escuchado, así como de superar los espacios públicos expropiados.

La primera contribución es el aumento de las oportunidades de comunicación desde los niveles de base hasta las escalas global y local. Como herramienta para ganar poder en la política simbólica y canalizar reclamos, Internet también ha sido un medio relevante para difundir información, permitiendo una comunicación alternativa, internacional, interpersonal y de difusión que ha sido crucial en contextos donde actividades de protesta y medios alternativos son débiles o han sido silenciados. La experiencia chilena de 2011 muestra, como veremos en el capítulo 6, la forma en que los usos de internet contribuyeron a la difusión de información sin depender exclusivamente de medios de comunicación convencionales, como en el modelo CMA de Waisbord. Una segunda contribución se refiere a las nuevas vías de la sociabilidad en red y, en concreto, a tres elementos: la autonomía de los grupos de activismo social, cultural y político, el carácter descentralizado de los intercambios comunicativos y la posibilidad de acelerar procesos de insurgencia. Estos tres elementos son particularmente relevantes en el caso chileno porque permiten observar relaciones comunicativas que, basadas en la web, pero vinculadas con un mundo fuera de ella, pasan de usar Internet para transmitir información a desarrollar ecologías comunicativas de participación que pueden contribuir a un tipo de relación política más cercana a las lógicas de lo común por sobre las de las democracias neoliberales.

Así, entonces, parece más claro que las nuevas tecnologías de la información ofrecen oportunidades para compartir información y coordinación, con un sentido de autonomía que podría, en casos concretos, abrir oportunidades para un nuevo activismo mediático. Las nuevas tecnologías aportan medios para superar la estrechez de los espacios públicos, pero no lo hacen por sí solas. En este sentido, el consejo del investigador en comunicación Des Freedman de observar las prácticas mediáticas “a la luz del sistema social del que surgieron y al que siguen dando forma” (Freedman, 2014: 92) es crucial. En otras palabras, Internet, así como la relación de los movimientos con los medios de comunicación convencionales y el uso de medios alternativos, no debe considerarse de forma aislada o determinista. Forman parte de ecologías comunicativas en las que los medios y las prácticas se sitúan en contextos que evolucionan, por lo que las personas pueden experimentar la movilización a través de diferentes medios de expresión y relación (Mercea, Iannelli y Loader, 2016). En este sentido, Emiliano Treré y Alice Mattoni afirman con acierto que:

Los repertorios de comunicación de los movimientos de protesta contemporáneos están constituidos por una plétora de diversas tecnologías de comunicación que incluyen medios más antiguos y más nuevos, modos

de comunicación *online* y *offline*, así como un continuo que va desde las plataformas independientes y radicales hasta los consolidados y todavía poderosos medios de comunicación tradicionales (2016: 300).

Así, ambos autores nos invitan a escapar de las visiones mediocéntricas de los movimientos sociales; a reconocer la multiplicidad (mediática) como las prácticas *offline* y *online*; a observar los movimientos sociales y sus prácticas como parte de una historia fluida y dinámica que se desenvuelve en el tiempo; y, finalmente, a entender los medios y las prácticas comunicativas dentro de relaciones de poder y conflictos reales. Hacer lo contrario sería quedarse atascado en las maravillas de la tecnología y perder de vista los cambios en la forma en que la gente y los movimientos sociales están desafiando nociones como las de ciudadanía y participación. Para avanzar en esa dirección, presentaré una cuarta y última aproximación a las prácticas comunicativas que, desde posiciones de base, podrían ofrecer una oportunidad para impugnar el cierre de los espacios públicos.

### Mediaciones de base: la voz de los de abajo

“La idea es evitar un acuerdo fuera de la única cancha en la que podemos jugar: el debate público y la movilización social. En ello reside nuestra fuerza, recién ahí nuestros argumentos comienzan a valer” (Figuroa, 2013: 35). Esta cita es un extracto del libro *Llegamos para quedarnos: crónicas sobre la revuelta estudiantil*, de Francisco Figuroa, vicepresidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile durante 2011. Su afirmación ayuda a comprender la actitud del estudiantado chileno frente al panorama político dominante que enfrentaron, entregando tres trazas que nos permiten abordar las prácticas comunicativas y mediáticas desde posiciones de base: 1) que en el contexto chileno las y los estudiantes necesitaban crear un espacio para hablar en sus propios términos y evitar ser subsumidos por las principales instituciones de la política tradicional, para así jugar en “la única cancha donde podemos jugar”; 2) el reconocimiento de que la forma de construir ese espacio era en parte mediante sus propios esfuerzos de movilización; y 3) que para los activistas no había otra forma de ejercer la voz más que movilizándose y rechazando los métodos institucionales con los que conducir sus reivindicaciones.

Reconociendo el poder de las empresas mediáticas y el precarizado contexto del trabajo en medios de comunicación, por un lado, y el aporte de Internet y redes sociales, por otro, lo que plantea Figuroa nos permite dirigir la mirada a un punto más profundo y crítico: ¿cómo aquellas personas cuya condición de ciudadanía se ha reducido a votar en la democracia representativa son capaces de ocupar una posición de habla y ejercer su voz desde posiciones de base sin que esta sea condenada a la subalternidad? A grandes rasgos, hay dos formas de observar esta pregunta.

Una de ellas es la mirada representada por las teorías del proceso político sobre movimientos sociales y, últimamente, por la evaluación de Manuel Castells sobre

movimientos como *Occupy*, en Nueva York; la Primavera Árabe, en Oriente Medio y el norte de África; y el movimiento de los Indignados, en España. Mientras que Figueroa reconoce la necesidad de posicionarse frente al Estado y sus instituciones fuera del escenario actual, Castells sostiene que “a fin de cuentas, los sueños de cambio social se diluirán y se canalizarán a través de las instituciones políticas” (Castells, 2012: 272). El enfoque de Castells tiene dos aspectos distintivos que son problemáticos. Uno es que desde su mirada la solución de los problemas de los movimientos sociales necesariamente se canaliza a través de las instituciones del Estado y, consecuentemente, es materia de la, así llamada, política tradicional de partidos. El segundo es, en consecuencia, que para Castells las movilizaciones exitosas son las que preestablecen la agenda de los actores políticos. Frente a esto último, las preguntas, desde una perspectiva chilena, giran en torno a de qué manera las lógicas de consulta y participación podrían ser conducidas desde instituciones que rechazan estos mecanismos, y cómo aquellos que han contribuido y son parte del cierre de los espacios públicos podrían contribuir a su apertura.

Un enfoque distinto al de Castells es el que presenta David Graeber desde su trabajo en las protestas de *Occupy Wall Street* (Graeber, 2013). En su recuento de lo sucedido en las calles de Nueva York, Graeber destaca la forma en que la gente se reunió, tomó decisiones y vivió la experiencia de discutir, argumentar y llegar a un consenso en asambleas públicas instaladas en el espacio urbano. Las y los ocupantes utilizaron asambleas abiertas y mecanismos de democracia directa para vivir su movilización. El principio que orientó dichos encuentros fue comunicativo: “todos los afectados por un proyecto de acción deben tener voz y voto en la manera en que es llevado a cabo” (Graeber, 2013: 230). Esta posición se vincula de manera cercana con la forma en que Couldry (2010) y Freire (1972) entienden la voz y se distancia de la idea liberal de que la participación política se circunscribe a los actos de ciudadanos privados “destinados a influir en la selección del personal gubernamental y/o en las acciones que estos realizan” (Verba, Nie y Kim, 1978: 46).

Ahora, cuando Graeber plantea el ideal de espacios comunicativos en los que “todos los afectados por un proyecto de acción deben tener voz y voto en la manera en que es llevado a cabo” (Graeber, 2013: 230), hay dos problemas. Uno es lo que Natalie Fenton llama la institucionalización de la esperanza: la materialización y definición de esas prácticas comunicativas “en torno a un conjunto particular de ajustes institucionales y una forma espacial particular” (Fenton, 2008: 244). El problema que plantea tiene que ver con proyectar seriamente en el tiempo instancias de debate, participación y litigio que permitan a la gente tomar parte en lo político de una manera permanente. Esta es una preocupación clave para las esperanzas de organizaciones de base y movimientos sociales que desafían la estrechez del espacio público contemporáneo.

Pero el espacio comunicativo ideal de Graeber presenta otro problema que permite sellar este capítulo y ponderar el propósito, significado y atractivo global de este libro.

Cuando Graeber afirma que en las asambleas de *Occupy* “todos los afectados por un proyecto de acción deben tener voz y voto en la manera en que es llevado a cabo” (Graeber, 2013: 230), y plantea ese tipo de participación como un ideal para el amplio colectivo humano, está dejando de lado una cuestión planteada por Couldry (2010): que “las personas necesitan primero ser visibles antes de que se les pueda reconocer que tienen voz; primero deben ser consideradas como parte del paisaje en el que se desarrollan las luchas por la voz” (Couldry, 2010: 130). La dificultad es, en suma, que según lo que hemos revisado en estos dos capítulos, “todo el mundo” parece abarcar mayoritariamente a quienes han sido excluidas y excluidos de lo político por el neoliberalismo; a las personas meramente integradas como consumidoras, siempre que puedan permitírsele, y no en tanto ciudadanas. En este contexto, el deseo de Graeber de que “todo el mundo tenga voz y voto” aparece como un problema político antes que un asunto técnico y posible de ser resuelto por el trabajo mediático de los medios cívicos de Waisbord o plataformas web que nos dan la oportunidad de votar como en un programa televisivo. En este sentido, “todos” se acerca a lo que el escritor uruguayo Eduardo Galeano (2006) llamó los Nadies –“Los nadies: los hijos de nadie, los dueños de nada. Los nadies: los ningunos, los ninguneados, corriendo la liebre, muriendo la vida, jodidos, rejodidos” (Galeano, 2006: 59)– y Boaventura de Sousa Santos denominó los inexistentes: personas que son meros obstáculos para lo que se considera la realidad relevante, “sean realidades científicas, avanzadas, superiores, globales o productivas” (De Sousa Santos, 2016: 174). En suma, estas personas son desposeídas de voz, de instancias reales de participación y, aún más importante, del derecho a ser consideradas políticamente como un alguien visible.

Es esta exclusión humana del ámbito público y, en consecuencia, de lo político, la tercera y última expropiación que socava la posibilidad de hablar y ser escuchado para discutir la vida en común: primero fue la voz; luego el lugar para hacerlo: el espacio público; y finalmente es el actor: el individuo y el pueblo. Tras esta suma de desposesiones, la pregunta que debe abordarse es cómo los individuos y los grupos pasan del colapso de las nociones de participación ciudadana, de identidad del Estado-nación y de, incluso, ser un consumidor con ciertos derechos, a la construcción de un nuevo sujeto colectivo capaz de reconstituir la posibilidad de debatir y discutir la vida en común.

Existen algunas ideas para encontrar formas de reconstituir este bien común humano desde posiciones de base. John Holloway (2002) apunta en esa dirección con lo que denomina “el grito”. Para Holloway, el grito es un reclamo básico en busca de liberación que necesita ser canalizado para encontrar a otros con el fin de resonar, de dialogar, de movilizar la participación y, en esa tarea, transformar las relaciones de poder y convertirse así en una acción política. Este grito inicial aparece como un devenir permanente, no fijo ni estático, sino en constante transformación. Implica la capacidad de mediar y comunicar, de llenar el vacío dejado por la falta de voz

en tanto recurso, espacio y derecho a participar en lo político, para así pasar de no poseer nada a poseer la autodeterminación como un primer paso en pos de romper los candados de las democracias enclaustradas en las lógicas neoliberales. Pero ¿cómo se ve ese grito? ¿Lleva a alguna parte? La respuesta para este tipo de preguntas, en contextos de desposesión y expropiación de derechos básicos y de celebración de la vida individualista, tiene que observar cómo la gente construye su derecho individual y colectivo de ser parte de lo político.

Como plantea Jesús Martín-Barbero, desde la mirada de las clases populares “la democracia ya no es un mero asunto de mayorías, sino ante todo de articulación de diversidades; una cuestión no tanto de cantidad, sino de complejidad y pluralidad. Porque así es el mundo popular” (Martín-Barbero, 1987: 215-216). En este sentido, la invitación de Martín-Barbero es a observar los nuevos movimientos sociales y sus múltiples prácticas y comprensiones de la democracia para ver cómo las y los “nadies” pueden pasar de un grito primario (Holloway, 2002) a resonar en otras y otros, logrando un espacio común para que todas las personas se expresen y, en consecuencia, cambiar las lógicas de la democracia ceñida a patrones neoliberales. El caso chileno ofrece la posibilidad de hacerlo y urge la necesidad de observar el amplio espectro y ubicación de las prácticas comunicativas y mediáticas en las que la voz lucha por su posibilidad de ser tejida.

## UNA MOVILIZACIÓN DIFERENTE

Uno de los elementos más notorios de la revuelta chilena de 2011 fue su diferencia con las manifestaciones, marchas y protestas de los veintiún años previos, llevadas a cabo en su mayoría por estudiantes secundarios y universitarios con distintos grados de resonancia. La mayoría de ellas no lograron involucrar a un amplio margen de la población, y ninguna de ellas estuvo tan presente en la vida cotidiana como la de 2011. Esta última tuvo un carácter omnipresente y una presencia notoria de prácticas mediáticas y comunicacionales que hablaban de un cambio generacional a la hora de pensar y ejecutar la protesta y la movilización. Este fue el paisaje que me llamó la atención y se convirtió en el catalizador de mi inmersión en un caso digno de observar en uno de los países más privatizados del mundo, donde la gente parecía haberse adaptado al neoliberalismo sin estar dispuesta a enfrentarlo colectivamente (Mayol, 2012). Algo más había en este contexto particular, y los medios y las prácticas mediáticas y comunicacionales del movimiento jugaban un papel fundamental.

Este “algo más” fue en parte visible gracias a estudiantes corriendo alrededor de la casa de gobierno durante días, semanas y meses, como se demuestra en algunas de las imágenes a lo largo de este libro. Fue visible a través de personas que marcharon 800 kilómetros desde el sur y el norte hasta el centro del país; que bailaron en las principales calles de Santiago con trajes autóctonos; que compusieron y subieron canciones a YouTube; que tuitearon y retuitearon las resoluciones de las asambleas;

que participaron en un *flashmob* vestidos de zombis bailando al ritmo de Michael Jackson; o que movilizaron a quienes anteriormente no se interesaban en política pero en 2011 se reunieron en calles, esquinas y plazas al caer la noche para hacer sonar sus ollas y sartenes. Se trataba de prácticas que transitaban por lo político, lo social, lo mediático, lo comunicacional y lo artístico; todas ellas sucediendo a diario en la movilización, generando preguntas iniciales respecto a por qué y cómo sucedían estas expresiones tan novedosas, en una movilización que como nunca exigió educación pública, gratuita y de calidad para todas y todos.

Ciertamente, estas prácticas no aparecían como una absoluta novedad. Marchas, protestas y declaraciones públicas son componentes reconocidos dentro del repertorio de los movimientos sociales (Tilly y Wood, 2009) para poner sus reivindicaciones en lo público como parte de luchas con un importante componente simbólico (Melucci, 1985, 1995). La mayor parte de la reflexión sobre movimientos sociales en los últimos veinte años ha señalado la relevancia y prevalencia de Internet y de las redes sociales en la organización de los movimientos sociales, en sus campañas de difusión, en la relación con los medios de comunicación tradicionales y en su capacidad conectiva (Bennett, 2003; Bennett y Segerberg, 2013) en casos como el Movimiento por la Justicia Global, la Primavera Árabe, los Indignados en España, el movimiento *Occupy Wall Street*, grupos como Femen e iniciativas como Anonymous.

Buena parte de la atención que estos casos recibieron se centró en el alcance, en las prácticas y procesos derivados de Internet, en las posibilidades que entregaban las nuevas tecnologías o en cómo una plataforma digital podía derrumbar a un dictador. Dichas miradas abordaron parcialmente un conjunto de prácticas mediáticas complejas que pelearon por desplegar la voz en esferas públicas excluyentes que ya no resisten el ideal habermasiano de publicidad y en democracias con graves crisis de representatividad, legitimidad e igualdad. En ese contexto, el movimiento chileno de 2011 y sus prácticas mediáticas y comunicativas fueron más allá de levantar un petitorio al gobierno. En ese sentido, ¿cuál fue el objetivo y el papel de los medios y las prácticas comunicativas en el movimiento estudiantil de 2011 en Chile?

La cuestión es especialmente relevante en un país con dos rasgos distintivos. En primer lugar, y como se ha expresado anteriormente, sus medios de comunicación y su panorama político responden a los intereses corporativos y privados que otorgan y toman la legitimidad política en la forma de hegemonías culturales. En segundo lugar, hasta 2011, Chile había experimentado cinco administraciones democráticas continuas que, si bien recibieron elogios por su exitoso desempeño macroeconómico, también recibieron críticas por profundizar un modelo neoliberal que aumentó la brecha de desigualdad entre ricos y pobres (Silva, P., 2009). Por lo tanto, la pregunta que se hizo frente a la masiva movilización que surgió en el país y cuya influencia sobrepasó fronteras para llegar al resto del continente y a diferentes partes del mundo, necesariamente tuvo que reconocer el contexto en el que se enmarcó: una

esfera pública caracterizada por el dominio de una clase política compuesta por dos coaliciones, la concentración de la propiedad de los medios de comunicación y la ausencia de alternativas legítimas al neoliberalismo.

Los siguientes capítulos son el resultado de esta inmersión llevada a cabo con un espíritu etnográfico que, mediante entrevistas, grupos focales y recolección de archivos, recogió memorias, sentimientos y testimonios de personas involucradas en los eventos de 2011. Estas personas, jóvenes en su mayoría, estuvieron directamente involucradas en la movilización de 2011 y en las secuelas de los hechos ocurridos ese año, en los tres centros urbanos más poblados del país: el Gran Santiago, Valparaíso-Viña del Mar y Concepción-Talcahuano. Estas áreas cuentan también con el mayor número de universidades y establecimientos educativos en comparación con otras ciudades chilenas; y son los núcleos industriales más importantes del país. Entre las personas entrevistadas se cuentan representantes estudiantiles universitarios y escolares; encargadas de comunicación en el interior de federaciones de estudiantes; así como simpatizantes de base. Los y las participantes en los grupos de discusión procedieron de distintos ámbitos socioeconómicos; de universidades privadas y públicas; de jóvenes cuyos estudios fueron financiados gracias a becas, préstamos universitarios o bancarios, o al apoyo de familias que pagaban toda la matrícula; y con diversos grados de involucramiento en la movilización. En total, participaron en este libro 83 personas, repartidas en 43 entrevistas y siete grupos focales.

Con horas y horas de sesiones grabadas, más una gran cantidad de archivos recuperados de internet y proporcionados por las y los participantes, el proceso de inmersión en sus testimonios, en la detección de líneas argumentales provenientes de conversaciones, discusiones, acuerdos y controversias, y en la interpretación del mapa que iba surgiendo de dicha información, permitió ajustar la pregunta sobre el objetivo y el rol de las prácticas mediáticas y comunicacionales del movimiento estudiantil de 2011 en Chile por dos razones. En primer lugar, había un patrón que señalaba cuatro zonas donde se ubicaban las prácticas mediáticas y comunicacionales del movimiento: espacios privados, públicos, virtuales y físicos; y cuatro prácticas identificables relacionadas con cada espacio que anclaban el conjunto de acciones. Mientras que algunas prácticas estaban arraigadas en el hogar y en las aulas, había otras localizadas en plazas y espacios urbanos; y mientras que había algunas que implicaban acciones públicas a través de dominios virtuales, había otras que eran acciones privadas y públicas, pero en ámbitos virtuales. Estas prácticas abarcaban diferentes aspectos de la vida, desde reuniones en casa para comer o cenar, hasta marchas y concentraciones en el espacio urbano; desde subir un video a YouTube, hasta enviar un comunicado de prensa a una radio, un periódico o a los canales de televisión. En resumen, las prácticas mediáticas y comunicacionales del movimiento se extendieron por todo el país en diferentes capas, continuando y renovando viejos repertorios y rompiendo patrones familiares, sociales, de clase y políticos. Se trataba de prácticas que, tal y como expresan las definiciones de

los bienes comunes (Bruun, 2015; Dardot y Laval, 2014; Harvey, 2011), conectaban la vida diaria con acontecimientos extraordinarios que parecían estar superando las dicotomías de lo público/privado y estado/mercado.

El segundo aspecto que ayudó a ajustar la pregunta general fue un consistente hilo conductor que mostraba cómo por medio del diálogo, del debate, de encuentros creativos que mezclaban indignación con alegría, así como del trabajo estratégico con los medios de comunicación y la creación de redes de base, el movimiento estaba ganando capacidad de acción. Esta capacidad de acción estaba presente en el poder de cuestionar, debatir y organizar a las personas para manifestarse; para desafiar al gobierno nacional y alcanzar grados de legitimidad también frente a las instituciones dominantes en el constreñido espacio público; y para obtener niveles de organización, participación y autodifusión más allá de los límites de los principales medios de comunicación o de los procesos de democracia institucional como, en su opinión, ningún otro movimiento social había logrado en Chile en los últimos treinta años. Estos son algunos de los testimonios:

Ese estatus quo que había que se mantuvo durante veinte años, *con la marcha nosotros lo logramos romper porque se vio, incluso desde lo visual era imponente, una cantidad enorme de estudiantes y en un principio marchando por una demanda, y marchando en forma diferente, con globos, con marionetas, con batucadas, era una alegría que yo creo que le faltaba a la gente* (Roberto Toledo, presidente de la Federación de Estudiantes del Liceo Enrique Molina, Concepción, en 2011).

Yo creo que hay parte del pueblo chileno que sigue con la voz silenciada, los de mi generación... y en definitiva siguen siendo interpretados por los mismos... y la gran cantidad de una generación de los cuarenta hacia arriba, por ahí, siguen en un estado de somnolencia, de introversión, miedo, de esto que están haciendo las generaciones jóvenes, las generaciones que no tuvieron miedo (Miguel Ángel Miranda, simpatizante del movimiento y parte de las “1.800 horas por la Educación”, durante 2011)<sup>3</sup>.

Yo creo que lo que se hizo el 2011 fue traspasar un sentimiento de empoderamiento, yo creo que eso es, que la gente realmente no fuera, no se dejara llevar por la corriente y que ‘esto es así nomás’, sino que decir que, si nosotros queremos que esta huevada cambie, puede cambiar (Cristian Inostroza, miembro de la asamblea de AEEA).

<sup>3</sup> Entre los meses de junio y agosto de 2011, cientos de personas corrieron alrededor del Palacio de La Moneda, casa del gobierno chileno, de manera continua, completando 1.800 horas. La razón de tal número se debió a un estudio que señaló que se necesitarían 1.800 millones de dólares para financiar anualmente a los estudiantes de las universidades tradicionales chilenas. En esta acción de protesta tomaron parte personas de distintas edades, desde estudiantes a personas de la tercera edad. Fue calificada como la “más innovadora y una de las más pacíficas de las que hemos sido testigos durante este movimiento estudiantil” (*DiarioUChile*, 2011).

Creo que son aspectos culturales los que se fueron instalando dentro de los estudiantes secundarios y que llevaron esa discusión a las casas y que de las casas lograron sacar a la mayor cantidad de gente que fue lo que en definitiva le dio fuerza a ese movimiento estudiantil que ha trascendido tanto (Moisés Paredes, estudiante secundario en 2011).

En el año 2011 era impresionante, te subías a la micro, a un colectivo o donde fuera y se estaba discutiendo del tema, estaba súper presente y era muy común escuchar en el metro gente que se ponían a discutir, “no, hoy día es la marcha”, “no, hay que apoyar a los estudiantes”. Era una cuestión que estaba en el día a día a *full* (Paula Urizar, miembro de la asamblea de AEEA).

El cambio de la pregunta principal vino, entonces, de lo observado en el propio campo y de una petición específica que Jesús Martín-Barbero hizo a quien se adentrara en los estudios de medios y comunicación: “cambiar el lugar de las preguntas” (Martín-Barbero, 1987: 11) para evitar, en este caso, ser chantajeado por visiones deterministas que inevitablemente estrechan los procesos emergentes de lo social y de lo político a los de la esfera pública o los procesos democráticos institucionales. De este modo, tuve la oportunidad de trasladar la pregunta desde una discusión general (conocer el rol de las prácticas mediáticas y comunicacionales) a la comprensión de cómo la falta de voz podría revertirse en las democracias que funcionan dentro de las directrices neoliberales y, específicamente, cómo la voz puede ser reclamada por la gente mediante la creación de los bienes comunes como recurso, como espacio y como relación colectiva. Así, situé la pregunta en el territorio, indagando cómo las prácticas comunicativas y mediáticas del movimiento estudiantil chileno construyeron el bien común de la voz y como aquello permitió la existencia de lo político en una democracia ceñida a las restricciones del neoliberalismo.

## CONCLUSIÓN

En el capítulo anterior concluí que la voz es un bien común expropiado, y al principio de este capítulo afirmé que la voz necesita un lugar socialmente fundamentado y un espacio de reconocimiento para existir. A partir del relato realizado en este capítulo es posible afirmar que ninguna de estas dos condiciones, espacio y reconocimiento, son concedidas por lo que parece ser el espacio público contemporáneo. De hecho, lo que parece estar presente hoy en día es, paradójicamente, la ausencia de un espacio público a causa de la debilidad del Estado frente a los flujos globales, esto producto también de la influencia neoliberal en las democracias y de la presencia dominante del mercado como formador de las nociones posmodernas de ciudadanía y de lo público.

El propósito del presente capítulo fue observar lo que la literatura disponible plantea sobre la búsqueda del despliegue de la voz en las democracias neoliberales y respecto a cómo situar las narrativas contrahegemónicas en la búsqueda de grados más amplios

de participación. Con este propósito, me enfrenté primero a la naturaleza del lugar donde se desautoriza la voz, analizando las teorías sobre los espacios públicos, cuyo patrón es la selección restrictiva de quienes pueden participar y tienen legitimidad para ello por parte de determinadas élites. Desde las ciudades-estado griegas hasta el ideal burgués moderno, siempre ha habido una clausura de lo público. Ya sea por el nivel de alfabetización, por el dinero o el poder cultural, el espacio público ha tenido delimitaciones sobre quién tiene derecho a tener voz. Nunca fue un bien común, en tanto recurso del que todos pudieran tomar parte, y hoy la tendencia no parece diferente. Por el contrario, una vez que la modernidad situó a los medios de comunicación, y más concretamente a la prensa, como el principal actor del espacio público, se ha producido un estrechamiento del pluralismo. Con la irrupción del neoliberalismo, la privatización del paisaje mediático y el asentamiento de una lógica neoliberal basada en el lucro, más que en objetivos deliberativos o de representación, se ha expropiado el acceso común al espacio público, impidiendo las oportunidades de hablar y ser escuchado para discutir la vida en común.

Con esta fisonomía contemporánea del espacio público, la cuestión de cómo desplegar la voz se vuelve más compleja, ya que no sería posible desplegarla en democracias neoliberales y paisajes mediáticos privatizados, como en el caso de Chile y América Latina. Pero, como señala Des Freedman, el poder de los medios no es absoluto y los sistemas mediáticos tienen fisuras (2014). De hecho, en este capítulo analicé las perspectivas de los estudios de medios y comunicación que arrojan luz sobre las formas de hablar y ser escuchado en los paisajes mediáticos dominantes, así como las formas de habilitar oportunidades alternativas y más autónomas para expresarse más allá de los medios tradicionales.

Sin embargo, el elemento más relevante de este capítulo es el descubrimiento de que, en un contexto de despojo y expropiación de derechos básicos y de celebración del individualismo, el análisis para superar las democracias neoliberales y los espacios públicos restrictivos tiene que mirar cómo la gente construye su derecho, como sujetos individuales y colectivos, a ser parte de lo político. Precisamente con ese objetivo, este capítulo establece el tipo de indagación realizada para comprender el objetivo y el papel de los medios y las prácticas comunicativas en el movimiento estudiantil de 2011 en Chile y, más precisamente, cómo las prácticas comunicativas y mediáticas del movimiento estudiantil chileno construyeron un bien común como posibilidad de existencia de lo político en una democracia limitada por un modelo económico neoliberal. El resultado de este esfuerzo investigativo que involucra entrevistas, grupos focales y la revisión de material de archivo sobre la movilización de 2011, la mayor de las últimas décadas en Chile hasta la de 2019, se despliega en los siguientes capítulos.

## Referencias

- Alexander, J. (2011) *Performative Revolution in Egypt*, London: Bloomsbury.
- Álvarez, D. (2013) 'TPP: cucharadas de SOPA', *derechosdigitales.org*, 18 de enero. En línea. Disponible en HTTP: <<https://www.derechosdigitales.org/2368/tpp-cucharadas-de-sopa/>> (Revisado el 2 de julio de 2015).
- Arancibia, J. P. (2006) *Comunicación política. Fragmentos para una genealogía de la mediatización en Chile*, Santiago de Chile: Universidad Arcis.
- Araya, R. (2014) 'The Global Notion of Journalism: A Hindrance to the Democratization of the Public Space in Chile', en M. A. Guerrero y M. Márquez-Ramírez (eds.) *Media Systems and Communication Policies in Latin America*, London: Palgrave Macmillan, 254-271.
- Arendt, H. (1998) *The Human Condition*, Chicago: The University of Chicago Press.
- Arias, O. (1970) *La prensa obrera en Chile*, Chillán: Servicio de Extensión y Acción Social Oficina de Difusión y Publicaciones, Universidad de Chile.
- Barranquero, A. (2011) 'Rediscovering the Latin American Roots of Participatory Communication for Social Change', *Westminster Papers in Communication and Culture*, 8 (1): 154-177.
- Becerra, M. (2014) 'Medios de comunicación: América Latina a contramano', *Nueva Sociedad*, 249: 61-74.
- Beltrán, L. R. (2006) 'La comunicación para el desarrollo en Latinoamérica: un recuento de medio siglo', *Anagramas: Rumbos y Sentidos de la Comunicación*, 4 (8): 53-76.
- Beltrán, L. R. (1985) 'Premisas, objetos y métodos foráneos en la investigación sobre comunicación en América Latina', en M. Moragas (ed.) *Sociología de la comunicación de masas*. Tomo II, Barcelona: Gustavo Gili, 94-119.
- Benkler, Y. (2006) *The Wealth of Networks: How Social Production Transforms Markets and Freedom*, New Haven, CT: Yale University Press.
- Bennett, W. L. (2003) 'The Internet and the Global Activism', en N. Couldry y J. Curran (eds.) *Contesting Media Power. Alternative Media in a Networked World*, Lanham, MD: Rowman and Littlefield, 17-37.
- Bennett, L. y Segerberg, A. (2013) *The Logic of Connective Action*, New York, NY: Cambridge.
- Boas, T. (2013) 'Mass Media and Politics in Latin America', en J. Domínguez y M. Shifter (eds.) *Constructing Democratic Governance in Latin America*, Baltimore, MD: The Johns Hopkins University Press, 48-77.
- Borja, J. (2004) *La ciudad conquistada*, Madrid: Alianza.
- Brandom, R. (2013) 'Internet Advocates Say the TPP is the Biggest Threat Yet to Open Web', *theverge.com*, 14 de mayo. En línea. Disponible en HTTP: <<https://www.theverge.com/2013/5/14/4330212/tpp-threat-to-the-global-web>> (Revisado el 2 de julio de 2015).
- Bresnahan, R. (2007) 'Community Radio and Social Activism in Chile 1990-2007: Challenges for Grass Roots Voices During the Transition to Democracy', *Journal of Radio Studies*, 14 (2): 212-233.
- Bruun, M. H. (2015) 'Communities and the Commons: Open Access and Community Ownership of the Urban Commons', en C. Borch y M. Kornberger (eds.) *Urban Commons: Rethinking the City*, New York, NY: Routledge, 153-170.
- Cabalín, C. (2014a) 'The Conservative Response to the 2011 Chilean Student Movement: Neoliberal Education and Media', *Discourse: Studies in the Cultural Politics of Education*, 35 (4): 485-498.
- Cabalín, C. (2014b) 'Online and Mobilized Students: The Use of Facebook in the Chilean Student Protests', *Comunicar*, 43 (22): 25-33.
- Calhoun, J. (1992) 'Introduction: Habermas and the Public Sphere', en C. Calhoun (ed.) *Habermas and the Public Sphere*, Cambridge: The MIT Press, 1-48.
- Calingaert, D. (2012) 'Challenges for International Policy', en L. Diamond y M. F. Plattner (eds.) *Liberation Technology: Social Media and the Struggle for Democracy*, Baltimore, MD: John Hopkins University Press, 157-174.

- Castells, M. (2012) *Networks of Outrage and Hope. Social Movements in the Internet Age*, Cambridge: Polity.
- Castells, M. (2008) 'The New Public Sphere: Global Civil Society, Communication Networks, and Global Governance', *The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science*, 616: 78-93.
- Cordero, R. (2009) 'Dígalos con números: la industria de la opinión pública en Chile', en R. Cordero (ed.) *La sociedad de la opinión. Reflexiones sobre encuestas y cambio político en democracia*, Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales, 69-92.
- Couldry, N. (2010) *Why Voice Matters: Culture and Politics after Neoliberalism*, London: Sage.
- Curran, J. (2002) *Media and Power*, London: Routledge.
- Curran, J. (1997) 'Rethinking the Media as a Public Sphere', en P. Dahlgren y C. Sparks (eds.) *Communication and Citizenship: Journalism and the Public Sphere*, London: Routledge, 27-56.
- Dahlgren, P. (2013) *The Political Web: Media, Participation and Alternative Democracy*, New York, NY: Palgrave.
- Dahlgren, P. (2000) 'The Public Sphere and the Net: Structure, Space, and Communication', en W. L. Bennett y R. Entman (eds.) *Mediated Politics: Communication in the Future of Democracy*, Cambridge University Press: Cambridge, 33-55.
- Dardot, P. y Laval, C. (2014) *Commun. Essai sur la Révolution au XXI<sup>e</sup> Siècle*, Paris: La Découverte.
- Davis, A. (2010) 'Politics, Journalism and New Media: Virtual Iron Cages in the New Culture of Capitalism', en N. Fenton (ed.) *New Media, Old News*, London: Sage, 121-137.
- De Sousa Santos, B. (2016) *Epistemologies of the South: Justice Against Epistemicide*, London: Routledge.
- DiarioUChile (2011) 1800 horas corriendo por la Educación se cumplen el sábado con gran evento cultural. 26 de agosto de 2011. Disponible en <https://radio.uchile.cl/2011/08/26/1800-horas-corriendo-por-la-educacion-se-cumplen-el-sabado-con-gran-evento-cultural> (Revisado el 7 de enero de 2018).
- Dussel, E. (1994) *1492: el encubrimiento del otro. Hacia el origen del "mito de la modernidad"*, La Paz: Plural Editores-Facultad de Humanidades UMSA.
- Dussel, E. (1985) *Philosophy of Liberation*, Maryknoll, NY: Orbis Books.
- Faulks, K. (2000) *Citizenship*, London: Routledge.
- Fenton, N. (2012) 'The Internet and Radical Politics', en J. Curran, N. Fenton y D. Freedman (eds.) *Misunderstanding the Internet*, London: Routledge, 149-176.
- Fenton, N. (2008) 'Mediating Hope: New Media, Politics and Resistance', *International Journal of Cultural Studies*, 11 (2): 230-248.
- Fenton, N. y Barassi, V. (2011) 'Alternative Media and Social Networking Sites: The Politics of Individuation and Political Participation', *The Communication Review*, 14 (3): 179-196.
- Ferry, J. M. (1989) 'Les Transformations de la Publicité Politique', *Hermès, La Revue*, 4: 15-26.
- Figueroa, F. (2013) *Llegamos para quedarnos. Crónicas de la revuelta estudiantil*, Santiago de Chile: LOM.
- Fraser, N. (1992) 'Rethinking the Public Sphere: A Contribution to the Critique of Actually Existing Democracy', en C. Calhoun (ed.) *Habermas and the Public Sphere*, Cambridge: The MIT Press, 109-142.
- Fraser, N. y Honneth, A. (2003) *Redistribution or Recognition. A Political-Philosophical Exchange*, London: Verso.
- Freedman, D. (2016) 'The Internet of Rules: Critical Approaches to Online Regulation and Governance', en J. Curran, N. Fenton y D. Freedman (eds.) *Misunderstanding the Internet*, London: Routledge, 117-144.
- Freedman, D. (2014) *The Contradictions of Media Power*, London: Bloomsbury.
- Freedom House (2015) 'Freedom of the Press: Chile'. Online. Disponible en HTTP <<https://freedomhouse.org/report/freedom-press/2015/chile>> (Revisado el 12 de octubre de 2016).

- Freire, P. (1972) *Pedagogía del oprimido*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Galeano, E. (2006) *El libro de los abrazos*, México, DF: Siglo XXI Editores.
- García-Cacliní, N. (1987) 'Políticas culturales y crisis de desarrollo: un balance latinoamericano', en N. García-Cacliní (ed.) *Políticas culturales en América Latina*, México DF: Grijalbo, 13-61.
- Gómez, J. (2010) *Política, democracia y ciudadanía en una sociedad neoliberal (Chile 1990-2010)*, Santiago de Chile: Arcis/Prospal/Clacso.
- Gómez García, R. (2013) 'Media Reform in Latin America: Communication Policies and Debate', *The Political Economy of Communication*, 1 (1): 122-128.
- González-Rodríguez, G. (2008) 'The Media in Chile: The Restoration of Democracy and the Subsequent Concentration of Media Ownership', en J. Lugo-Ocando (ed.) *The Media in Latin America*, New York: Open University Press, 61-77.
- Graeber, D. (2013) *The Democracy Project. A History, a Crisis, a Movement*, London: Penguin.
- Gronemeyer, M. E. y Porath, W. (2017) 'Tendencias de la posición editorial en diarios de referencia en Chile: el arte de dosificar la crítica frente a la actuación de los actores políticos', *Revista de Ciencia Política* (Santiago), 37 (1): 177-202.
- Guanipa, M. (2007) 'Información y sociedad', en C. Correa, M. Guanipa, Y. Cisneros y A. Cañizález (eds.) *Libertad de expresión. Una discusión sobre sus principios, límites e implicaciones*, Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, los Libros de El Nacional, 33-50.
- Guerrero, M. A. (2014) 'The 'Captured Liberal' Model of Media Systems', en M. A. Guerrero y M. Márquez-Ramírez (eds.) *Media Systems and Communication Policies in Latin America*, London: Palgrave Macmillan, 43-65.
- Guerrero, M. A. y Márquez, M. (2014) 'Introduction: Media Systems in the Age of (Anti) Neoliberal Politics', en M. A. Guerrero y M. Márquez-Ramírez (eds.) *Media Systems and Communication Policies in Latin America*, London: Palgrave Macmillan, 1-23.
- Habermas, J. (1992a) *The Structural Transformation of the Public Sphere*, Cambridge: Polity.
- Habermas, J. (1992b) 'Further Reflections on the Public Sphere', en C. Calhoun (ed.) *Habermas and the Public Sphere*, Cambridge: MIT Press, 421-461.
- Habermas, J., Lennox, S. y Lennox, F. (1974) 'The Public Sphere: An Encyclopedia Article (1964)', *New German Critique*, (3): 49-55.
- Harvey, D. (2011) 'The Future of the Commons', *Radical History Review*, 109: 101-107.
- Holloway, J. (2002) *Change the World without Taking Power. The Meaning of Revolution Today*, London: Pluto Press.
- Hughes, S. (2008) 'The Media in Mexico: From Authoritarian Institution to Hybrid System', en J. Lugo-Ocando (ed.) *The Media in Latin America*, New York: Open University Press, 131-149.
- Kaplún, M. (1985) 'Democracia y comunicación popular', *Revista Acción Crítica*, 18. Online. Disponible en HTTP <<http://www.ts.ucr.ac.cr/binarios/accioncritica/ac-cr-018-07.pdf>> (Revisado el 3 de septiembre de 2016).
- Kaplún, M. (1998) *Una pedagogía de la comunicación*, Madrid: La Torre.
- Kavada, A. (2015) 'Creating the collective: Social media, the Occupy Movement and its constitution as a collective actor', *Information, Communication & Society*, 18 (8): 872-886.
- León-Dermota, K. (2003) *And Well Tied Down. Chile's Press under Democracy*, Westport, CT: Praeger.
- Lessig, L. (2004) *Free Culture. How Big Media Uses Technology and the Law to Lock Down Culture and Control Creativity*, New York, NY: Penguin.
- Lugo-Ocando, J. (2008) 'An Introduction to the *Maquilas* of Power: Media and Political Transition in Latin America', en J. Lugo-Ocando (ed.) *The Media in Latin America*, New York: Open University Press, 1-12.

- Magrini, A. y Rincón, O. (2010) 'Mucho gobierno y muchos medios, poco periodismo y pocas ciudadanías', en O. Rincón (ed.) *¿Por qué nos odian tanto? Estado y medios de comunicación en América Latina*, Bogotá: Centro de Competencia en Comunicación para América Latina, Friedrich-Ebert-Stiftung, 313-329.
- Martín-Barbero, J. (2004) *Oficio de cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Martín-Barbero, J. (1987). *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*, Barcelona: Gustavo Gili.
- Matamala, D. (2016) 'Las presiones de Lagos para favorecer a empresas españolas', ciperchile.cl, 25 de febrero. Online. Disponible en HTTP: <<http://ciperchile.cl/2016/02/25/las-presiones-de-lagos-para-favorecer-a-empresas-espanolas/>> (Revisado el 19 de marzo de 2016).
- Mayol, A. (2012) *El derrumbe del modelo. La crisis de la economía de mercado en el Chile contemporáneo*, Santiago de Chile: LOM.
- Mercea, D., Iannelli, L. y Loader, B. (2016) 'Protest Communication Ecologies', *Information, Communication & Society*, 19 (3): 279-289.
- Mejía Arango, J. (2009) 'Apuntes sobre las políticas culturales en América Latina, 1987-2009', en N. García-Canclini y A. Martinell (eds.) *El poder de la diversidad cultural*, Madrid: Pensamiento Iberoamericano-Fundación Carolina, 105-129.
- Melucci, A. (1995) 'The New Social Movements Revisited: Reflections on a Sociological Misunderstanding', en L. Maheu (ed.) *Social Movements and Social Classes. The Future of Collective Action*, London: Sage, 107-119.
- Melucci, A. (1985) 'The Symbolic Challenge of Contemporary Movements', *Social Research*, 52 (4): 789-816.
- Mellado, C. (2010) 'Reflexiones sobre la oferta académica, la situación laboral y la formación del periodista en Latinoamérica', *Revista de Ciencias Sociales*, 16 (1): 9-20.
- Miller, T. (2009) 'Cybertarians of the World Unite: You Have Nothing to Lose but your Tubes!', en P. Snickars y P. Vondereau (eds.) *The Youtube Reader*, Stockholm: The National Library of Sweden, 424-440.
- Miller, T. (2007) *Cultural Citizenship. Cosmopolitanism, Consumerism, and Television in a Neoliberal Age*, Philadelphia, PA: Temple University Press.
- Miller, T. y Yúdice, G. (2002) *Cultural Policy*, London: Sage.
- Monckeberg, M. O. (2009) *Los magnates de la prensa: concentración de los medios de comunicación*, Santiago: Random House Mondadori.
- Ossandón, C. y Santa Cruz, E. (2001) *Entre las alas y el plomo: la gestación de la prensa moderna en Chile*, Santiago de Chile: Universidad Arcis, LOM.
- Otano, R. y Sunkel, G. (2003). 'Libertad de los periodistas en los medios', *Comunicación y Medios*, 14: 41-52.
- Quiros, F. y Segovia, A. (1996) 'La Conferencia de San José de Costa Rica (1976)', *CIC, Cuadernos de Información y Comunicación*, 2: 63-80.
- Restrepo, J. (2000) 'Dead Letter Codes', en M. Kunczik (ed.) *Ethics in Journalism: A Reader on Their Perception in the Third World*, Bonn: Division for International Development Cooperation of Friedrich-Ebert-Stiftung. Online. Disponible en HTTP: <<http://www.fes.de/fulltext/iez/00710b03.htm>> (Revisado el 26 de agosto de 2016).
- Rincón, O. (2013). 'El relato del poder en América Latina: los medios de comunicación son la cancha donde se juega la democracia', *Nueva Sociedad*. Online. Disponible en HTTP <<http://nuso.org/articulo/el-relato-del-poder-en-america-latina-los-medios-de-comunicacion-son-la-cancha-donde-se-juega-la-democracia>> (Revisado el 23 de noviembre de 2016).
- Rincón, O. (2010) '¿Hay que defender a los medios de comunicación del Estado o al Estado de los medios y los periodistas?', en O. Rincón (ed.) *¿Por qué nos odian tanto? Estado y medios de comunicación en*

América Latina, Bogotá: Centro de Competencia en Comunicación para América Latina, Friedrich-Ebert-Stiftung, 5-13.

Rodríguez, C. (2003) 'The Bishop and his Star: Citizen's Communication in Southern Chile', en N. Couldry y J. Curran (eds.) *Contesting Media Power. Alternative Media in a Networked World*, Lanham, MD: Rowman & Littlefield, 177-194.

Rodríguez, C. (2001) *Fissures in the Mediascape: An International Study of Citizens' Media*, New Jersey, NJ: Hampton Press.

Rosen, R. (2017) 'Is the Problem with Tech Companies that They're Companies?', theatlantic.com, 27 de junio. En línea. Disponible en HTTP: <<https://www.theatlantic.com/business/archive/2017/06/tech-shareholders/531765/>> (Revisado el 29 de julio de 2017).

Ruiz, F., Waisbord, S. y Zeta de Pozo, R. (2004) 'Los medios de comunicación en América Latina', en C. Barrera (ed.) *Historia del periodismo universal*, Madrid: Ariel, 319-374.

Sáez Baeza, Ch. (2018) *Apuntes para una historia de la comunicación alternativa en Chile*, Santiago: RIL editores.

Saleh, F. (2012) 'Medios de Luksic, Saieh y Edwards son los más beneficiados con publicidad del Gobierno', elmostrador.cl, 15 de marzo. En línea. Disponible en HTTP: <<http://www.elmostrador.cl/noticias/pais/2012/03/15/medios-de-luksic-saieh-y-edwards-son-los-mas-beneficiados-con-publicidad-del-gobierno/>> (Revisado el 15 de abril de 2014).

Sandoval-García, C. (2008) 'The Media in Costa Rica: Many Media, Scarce Communication', en J. Lugo-Ocando (ed.) *The Media in Latin America*, New York: Open University Press, 100-115.

Santander, P. (2007) 'Medios en Chile 2002-2005: entre la lucha por el poder y la sumisión al espectáculo', en P. Santander (ed.) *Los medios en Chile: voces y contextos*, Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 11-37.

Silva, P. (2009) *In the Name of Reason. Technocrats and Politics in Chile*, University Park, PA: The Pennsylvania State University Press.

Skeggs, B. y Yuill, S. (2016), 'Capital Experimentation with Person/a Formation: How Facebook's Monetization Refigures the Relationship between Property, Personhood and Protest', *Information, Communication & Society*, 19 (3): 380-396.

Stavrides, S. (2016) *The City as Commons*, London: Zed Books.

SUBTEL (2015) 'Penetración de Internet en Chile alcanza los 64,2 accesos por cada 100 habitantes', 16 de junio. En línea. Disponible en HTTP <<http://http://www.subtel.gob.cl/penetracion-de-internet-en-chile-alcanza-los-642-accesos-por-cada-100-habitantes>> (Revisado el 4 de octubre de 2016).

Sunkel, G. y Geoffroy, E. (2001) *La concentración económica de los medios de comunicación en Chile*, Santiago de Chile: LOM.

Sweney, M. (2015) 'Salma Hayek praises social media's 'peaceful revolution' for women', theguardian.com, 23 de marzo. En línea. Disponible en HTTP: <<https://www.theguardian.com/media/2015/mar/23/salma-hayek-facebook-twitter-selfie>> (Revisado el 22 de enero de 2016).

Tilly, Ch. y Wood, L. (2009) *Social Movements 1768-2008*, Boulder, CO: Paradigm Publishers.

Treré, E. y Mattoni, A. (2016) 'Media Ecologies and Protest Movements: Main Perspectives and Key Lessons', *Information, Communication & Society*, 19 (3): 290-306.

Ulloa, C. (2014) 'Genealogía de la concentración económica de los medios de comunicación en Chile: un análisis desde la historia social y la comunicación', *Perspectivas de la Comunicación*, 7 (2): 96-106.

Unesco (2014) *World Trends in Freedom of Expression and Media Development: Regional Overview of Latin America and the Caribbean*, Paris: Unesco.

Verba, S., Nie, N. y Kim, J. (1978) *Participation and Political Equality: A Seven-Nation Comparison*, New York, NY: Cambridge University Press.

Waisbord, S. (2009) 'Bridging the Divide between the Press and Civic Society. Civic Media Advocacy as "Media Movement" in Latin America', *Nordicom Review: Nordic Research on Media & Communication*, 30 (30), 105-116.

Waisbord, S. (2000) 'Media in South America: Between the Rock of the State and the Hard Place of the Market', en J. Curran y M-J. Park (eds.) *De-Westernizing Media Studies*, New York, NY: Routledge, 50-62.

Wolton, D. (1998) 'La comunicación política: construcción de un modelo', en J. M. Ferry y D. Wolton (eds.) *El nuevo espacio público*, Barcelona: Gedisa, 28-44.



## Capítulo 3

# TEJIENDO LO COMÚN: SUSURROS Y CONFIANZA EN LA INTIMIDAD AMURALLADA

### INTRODUCCIÓN

Asambleas, marchas, reuniones, conciertos, *flashmobs*, piezas comunicacionales y la ocupación de edificios gubernamentales, entre otras actividades, fueron algunas de las formas en que el movimiento estudiantil de 2011 expresó su voz y participó en el debate y la demanda de reconocimiento a sus reivindicaciones. Este abanico de acciones implicó el uso de viejos y nuevos repertorios de protesta, como correr alrededor de la casa de gobierno durante días, semanas y meses; bailar en las principales calles de Santiago con trajes autóctonos; componer y subir canciones a YouTube; participar en un *flashmob* zombi; o reunirse en calles, esquinas y plazas al caer la noche para golpear ollas y sartenes en los llamados *cacerolazos*. Con esta variedad de tácticas, las y los estudiantes chilenos lideraron una movilización que pronto involucró a un amplio sector de la sociedad.

Pero más allá de las acciones mayormente visibles que tuvieron lugar en el espacio público urbano en la movilización de 2011, hubo un conjunto de prácticas comunicativas arraigadas en ámbitos de intimidad en el interior de las casas, las aulas y los edificios en toma que anidaron diálogos, conversaciones y debates locales. En estos lugares cerrados y de intimidad amurallada, el malestar por el estado de la educación chilena y la necesidad de movilizarse fueron compartidos en ambientes de confianza y cuidado mutuo. El uso constante de la palabra en las comidas diarias, en los asados ocasionales, en las asambleas y en la vida dentro de los edificios en toma fue una práctica comunicativa crucial que se extendió desde el living de las casas hasta las asambleas celebradas a distintas escalas en todo el país.

Reconocidas por los propios estudiantes como una manera deliberada de apoderarse de sus propios espacios para crear influencia antes de cualquier intento de movilización más amplia, las prácticas a las que se refiere este capítulo como “intimidad amurallada”, permitieron la construcción de redes de confianza en el interior de los llamados patios interiores de la democracia (Lechner, 1988): espacios

familiares de respeto y amor situados más allá del alcance del Estado, en donde discutir asuntos políticos. Esas conversaciones, debates, discusiones, acuerdos y desacuerdos sentaron las bases de un proceso de puesta en común que, desde un principio, se enfrentó a los miedos y las limitaciones de la cultura neoliberal y sentó los cimientos del posterior desarrollo del movimiento.

Este capítulo parte de estos cimientos como respuesta inicial a la pregunta planteada al final de los dos primeros capítulos, donde se esgrimió que la voz ha sido expropiada como recurso y relación, pero también como la legitimidad de tener voz. La pregunta en ese punto fue ¿cómo, desde esa posición, la gente podría involucrarse realmente en la definición y discusión de la vida en común? La literatura disponible sugiere que una tarea básica en respuesta a dicha pregunta es crear un común humano como el primer recurso necesario de la vida (política) (Mattei, 2012), aunque la cuestión es cómo llegar allí. La noción del “grito” de John Holloway (2002) da una pista sobre cómo hacerlo. El grito, para Holloway, expresa una oposición pre-verbal frente a una realidad opresiva. Lo llama un balbuceo de rabia disonante que proviene de la experiencia de quienes han sido víctimas de violencia, discriminación, y de condiciones sociales y políticas en las que les ha tocado vivir. Estas personas tienen un último suspiro de energía para decir no, para enunciar el rechazo. El grito, en su resistencia a ser borrado de la vida, vuelve a la carga y manifiesta su voluntad de liberación, la esperanza de que las cosas pueden estar mejor (Holloway, 2002).

En el Chile de 2011, la construcción de esta noción de grito hacia el mundo exterior tuvo lugar dentro del movimiento estudiantil desde ámbitos protegidos, de cuidado, afecto e intimidad donde las voces de los estudiantes-activistas importaron. Estas prácticas comunicativas que comprenden conversaciones, diálogos en el hogar, discusiones en los edificios universitarios (que podrían parecer simples, comunes y corrientes, y ciertamente no políticas si se les mira desde una perspectiva liberal), tuvieron un rol fundacional en el proceso de puesta en común, cuyo carácter es claramente subversivo en tres sentidos.

En primer lugar, tanto las y los estudiantes, adherentes y todos quienes se involucraron en la movilización se enfrentaron a una cultura de opresión, a un legado de miedo y a un sistema político en el que la gente se sentía aislada, no representada y marginada de la esfera política. En las conversaciones, debates y discusiones presentes en este capítulo, hay un desafío inicial a la democracia neoliberal que más que un “grito” inmediato como sugería Holloway, se asemeja a un enjambre de susurros que se entrelazan y contribuyen a engendrar ese grito. Fue en estos dominios de una intimidad amurallada donde la gente se sintió lo suficientemente protegida y confiada como para mantener conversaciones que condujeron a una mayor conciencia de la necesidad de la movilización y, en última instancia, a la decisión sobre cómo desafiar el neoliberalismo de forma concertada.

Esta emergencia de un común presentó una segunda subversión, debido a la forma en que las prácticas revisadas desafiaron las nociones neoliberales de tiempo y espacio por medio de la ocupación de escuelas y edificios universitarios como condiciones elementales para mantener diálogos y debates. Estas ocupaciones, o tomas, revelaron que era imposible sostener conversaciones, diálogos y debates de manera adecuada bajo un estilo de vida 24/7 y sin los espacios ni condiciones para hacerlo. Desde la perspectiva de las y los estudiantes, las conversaciones y los debates necesitaban de tiempo y espacio. Y, consecuentemente, si el tiempo y el espacio del neoliberalismo no se los permitía, había que crear otro tiempo y espacio.

Una tercera acción subversiva de estas prácticas proviene de los dos puntos anteriores y se relaciona con el ideal planteado por David Graeber de que “todos los afectados por un proyecto de acción deben tener voz y voto en la manera en que es llevado a cabo” (2013: 230). Conscientes de que en las democracias neoliberales “todo el mundo” se refiere principalmente a aquellas personas cuya contribución ha sido excluida de los procesos de toma de decisión –en lugar de las que fueron incluidas–, el conjunto de prácticas revisadas en este capítulo desafía esa lógica. Para los estudiantes no había acción colectiva significativa sin la creación local de diálogo, debate e intentos de llegar concertadamente a puntos de acuerdo. Las asambleas, en este sentido, fueron la forma más simple y abierta de vehiculizar debates en los que todas y todos pudiesen participar y formar parte de resoluciones en conjunto.

En las siguientes páginas describiré primero dónde y cómo tuvieron lugar las prácticas que aquí llamo de “intimidad amurallada” y las implicaciones que tuvieron para el movimiento y quienes tomaron parte de él. Abarcaré tres espacios de “intimidad amurallada”: el hogar y los barrios; las escuelas y los edificios en toma; y las asambleas locales y nacionales. En la segunda parte del capítulo analizaré tres elementos que aparecen como claves para esta emergencia. En primer lugar, la importancia de la cercanía, las redes de confianza y la participación en los círculos locales como formas de afrontar el miedo a comprometerse políticamente. En segundo lugar, la forma en que las y los estudiantes rompieron las lógicas del tiempo y el espacio neoliberal para tener diálogos y encuentros para discutir la vida en común. Por último, que desde la percepción del estudiantado movilizado no había acción colectiva significativa sin la creación previa de instancias de diálogo, debate y consenso.

## PRÁCTICAS DE “INTIMIDAD AMURALLADA”

### La casa y el barrio

Para las y los estudiantes que tomaron parte del movimiento de 2011, sus casas fueron lugares centrales para la conversación, el debate, la discusión, el conflicto y el apoyo a su causa. Padres, madres, hermanos y parientes en general fueron el

público y los interlocutores de conversaciones en torno a la mesa, un lugar donde las familias chilenas se reúnen a diario en el almuerzo o en la cena, o en torno a un asado en las reuniones familiares de fin de semana. Allí, en ese microespacio del núcleo familiar más cercano, se hizo posible el encuentro intergeneracional entre estudiantes y familiares.

Me acuerdo un domingo que en un almuerzo familiar estábamos discutiendo del tema, yo apoyando la movilización y me di cuenta que mis primos también, porque ellos también estaban movilizados, y en la discusión de mesa era como todos los jóvenes convenciendo a todos los viejos hasta que al final se tuvieron que rendir porque estábamos todos ya movilizados, entonces ese era el trabajo de lo micro que se dio en los poros de la sociedad (Sebastián Farfán, presidente de la Feuv en 2011).

Las y los estudiantes fueron fuente de información de primera mano para familiares y amigos sobre los acontecimientos en curso, cuestionando las impresiones de estos sobre el movimiento –que, según los jóvenes, se basaban en una mezcla de su propia historia, de rumores y de las noticias que veían en los medios de comunicación– y también para debatir las razones, la viabilidad y los objetivos de sus reivindicaciones. La percepción diaria del peso, la persuasión y la validez de sus argumentos desplegados en casa les sirvió también como experimento para probar la pertinencia de estos argumentos frente a toda la sociedad, para medir el estado de la movilización y su apoyo por parte de la población en general, así como para darse cuenta de la percepción de sus padres respecto de una movilización social conducida por las generaciones más jóvenes de las familias chilenas. La mayoría de quienes participaron activamente en la movilización de 2011 eran herederos directos de una generación mayor involucrada, afectada o de alguna manera vinculada con los tiempos de la dictadura liderada por Augusto Pinochet y la violencia física y psicológica asociada con el acto de protestar, de salir a manifestarse a la calle y de, en términos generales, movilizarse por una causa.

En mi caso ocurrió algo parecido. Es difícil que mi mamá o mi hermano vean el otro lado de las noticias. Son muy cerrados, cuesta esfuerzo hacerles creer mi punto de vista o que dejen de creer lo que dice la tele. No sé si me escuchan o si después siguen pensando: “Esta cabra anda diciendo puras tonteras” (Javiera<sup>1</sup>, estudiante universitaria en 2011).

Las y los estudiantes resultaron ser fuentes confiables para sus parientes, ya que no solo eran de la familia sino también, en muchos casos, eran la primera generación dentro de sus familias en ingresar a la universidad. Este estatus es algo que en Chile es considerado como un alto logro y motivo de orgullo, colocando a estos estudiantes

<sup>1</sup> Nombre ficticio debido a la voluntad de la informante de ser anónima.

en una posición interesante: ser los miembros de la familia más privilegiados y educados, pero al mismo tiempo los más jóvenes e inexpertos. Sin embargo, en la memoria de quienes se movilizaron en 2011 había un precedente de esta relación entre adolescentes y jóvenes con la adultez, la llamada “Revolución de los Pingüinos” de 2006<sup>2</sup>. En más de un sentido, dicho movimiento ocupó un lugar destacado en la memoria de los estudiantes. En lo que respecta a este capítulo, ese proceso les demostró cómo las relaciones y el diálogo dentro de las familias eran relevantes si querían obtener un apoyo mayoritario en la sociedad a sus reivindicaciones y actos. Debido a la composición social de Chile, la familia es el principal núcleo personal y grupo de apoyo. Las familias apoyaron la decisión de los estudiantes de permanecer en los edificios ocupados y participar en todo el proceso de movilización.

Permanecer en un edificio ocupado implicó vivir casi por completo en el edificio. En el caso de los estudiantes de secundaria, existía un acuerdo entre sus progenitores y ellos que incluía un diálogo muy importante que cruzaba perspectivas, opiniones, puntos de encuentro y de desencuentro. Tal y como expresaron las y los estudiantes, si no lograban comunicar la magnitud del problema y la necesidad de protestar dentro de sus hogares, en especial a sus padres y madres, no habrían obtenido el apoyo de su familia a su causa y, de hecho, lo más probable es que no hubiesen sido bien recibidos en el conjunto de la sociedad. En este proceso, quienes tomaron parte de la movilización observaron que el principal obstáculo era el miedo de sus padres al castigo físico que pudiesen recibir, y el llamado a inhibirles de cualquier exposición pública.

En mi casa, somos más de izquierda. Pero mi mamá siempre tiene el temor de que una ande metida en marchas o cosas así. Igual ahora en la universidad me he metido más al tema, pero en esos tiempos no. Entonces, siempre estaba el comentario de mi familia en general, conservadora, de derecha. Entonces, ellos decían “Ah, esto está pasando, ¿tú tienes alguna idea?”. Y, a veces, yo exponía mi opinión. Pero me decían, “Cuidadito, no vayas a andar allá, es peligroso”. Siempre con el comentario por detrás. Entonces, una se veía coartada, por eso (Claudia<sup>3</sup>, estudiante universitaria en 2011).

Yo tenía muchos problemas. Mi mamá siempre habló de política, pero objetivamente, nunca marcando para algún lado. Cuando se dieron cuenta que yo sí marcaba para un lado, les empezó a dar miedo. Me empezaron a decir que no me metiera en política porque ella era la única que trabajaba y, por ende, la única que podía hablar de política. Súper dictatorial en

<sup>2</sup> La “Revolución de los Pingüinos” fue una movilización llevada a cabo en 2006 por estudiantes de secundaria (apodados “pingüinos” por los colores del uniforme escolar habitual en Chile) que duró de abril a junio. La principal reivindicación del movimiento fue terminar con la precariedad de la enseñanza pública y la neoliberalización general de la educación en el país austral.

<sup>3</sup> Nombre ficticio debido a la voluntad de la informante de ser anónima.

ese sentido. Y yo iba a las marchas, escondida, ella lo sabía, pero se hacía la tonta. Después, cuando me fui metiendo más, ella ya me veía como detenida desaparecida. Me decía que, si me agarraban, me iban a torturar. Ahora ya no me dice nada, pero hasta el día de hoy no lo acepta (Paula<sup>4</sup>, estudiante de secundaria en 2011).

No obstante, las y los estudiantes recordaron esta negociación en el seno familiar como un proceso de ida y vuelta que culminó con una mayor apertura de sus núcleos familiares a la necesidad de movilizarse, suavizando así los temores de una época impactante: los años en que protestar implicaba la posibilidad de ser asesinado por la policía o los militares de la dictadura de Augusto Pinochet (1973-1990). Los resultados de este proceso permitieron al estudiantado sentar bases de confianza y apoyo emocional, ganando también más participantes para el movimiento, aunque no sin conflictos derivados del desafío que planteaban al mundo adulto sus identidades de estudiantes y jóvenes activistas con intereses y acción político-social.

Según las y los estudiantes, sin buscarlo, encontraron en el proceso de diálogo y debate en sus hogares un temblor emocional de sus familiares mayores, vinculado con el pasado. El marco ético propuesto por el movimiento agitó viejos deseos de cambio social guardados en el armario de la juventud de sus parientes, estrechando en ese proceso lazos entre generaciones, y ganando miembros activos con sus viejas motivaciones para involucrarse en la movilización. Esta conexión generalizada entre estudiantes y los demás miembros de sus hogares contribuyó, en definitiva, a reforzar la decisión de los estudiantes de participar y reclutar más participantes en el movimiento. Por lo tanto, los actores principales de la movilización fueron estudiantes, pero también familiares, amistades y conocidos. Y en esta tarea, los argumentos expuestos en torno a una mesa o un asado fueron razonables y convincentes para aquellos que, sin estar del todo implicados en la movilización, sí fueron propensos a entrar en acción en marchas y protestas, prestando asistencia legal, proporcionando alimentos o lo necesario para la vida en los edificios en toma.

Estas actividades de intimidad amurallada superaron los confines de las casas y se extendieron a otros espacios significativos que permitieron encuentros entre estudiantes y personas interesadas en la movilización, basados en diálogos y conversaciones. Entre estos espacios estuvieron sindicatos, juntas de vecinos y centros culturales locales, en cuyo interior se realizaron charlas y presentaciones donde las y los estudiantes expresaron los argumentos y peticiones de la movilización. La búsqueda de estos encuentros surgió de parte de estudiantes y también de vecinos y vecinas que querían estar al tanto de la movilización de primera fuente, debido a la falta de información que recibían de los medios tradicionales. La atmósfera que

<sup>4</sup> Nombre ficticio debido a la voluntad de la informante de ser anónima.

encontraron en estos espacios fue de recepción y apoyo por parte de los miembros menos privilegiados de la sociedad chilena, aquellos ubicados en el nivel más bajo en la distribución de la riqueza. Estas reuniones implicaron, de esta manera, una aprobación colectiva y expresión de confianza desde las comunidades vecinales a lo que hacía el estudiantado.

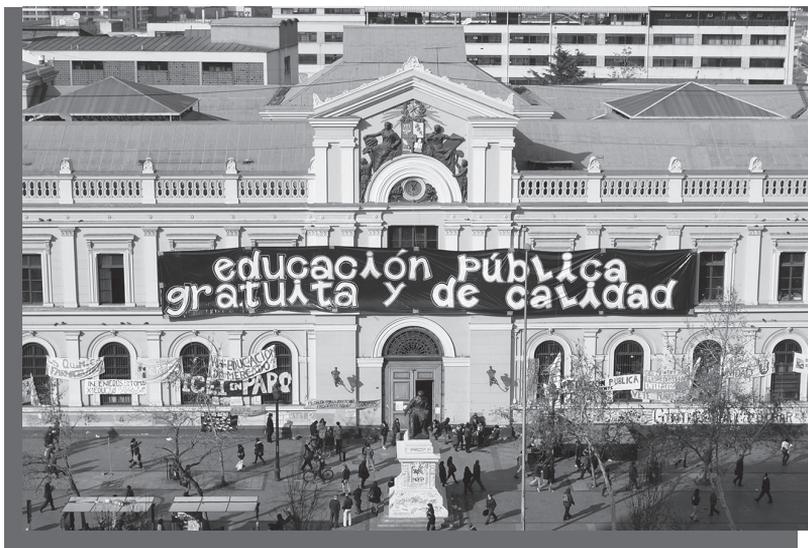
Pero a mí me toco en una ocasión, uno de los dirigentes de las poblaciones en las que yo participaba, llegó a la FEC [Federación de Estudiantes de la Universidad de Concepción], obviamente yo lo recibo con la impresión de que haya llegado, que se haya acordado, llegó diciendo si acaso a mí me molestaba que mandáramos a alguien que explicara qué estaba pasando en la población. Y le dije, don Juanito, voy yo pos, dígame cuándo: sábado. Ya, dejémoslo pal próximo sábado y voy yo. Y se llenó la junta vecinal de la población (Guillermo Petersen, presidente de la FEC en 2011).

## Edificios en toma

Es una larga tradición en el activismo chileno, especialmente en el mundo estudiantil, ocupar campus y edificios de universidades y colegios como muestra de fuerza y compromiso, como mensaje dirigido al gobierno de turno, y también como una necesidad de tener los tiempos y espacios necesarios para los fines propios de la movilización. Junto con su simbolismo, en ocasiones un acto violento por el enfrentamiento entre fuerzas policiales que intentan desalojar los edificios y la comunidad estudiantil que lo impide, las tomas fueron relevantes en 2011 porque transformaron los edificios en sedes bajo el dominio de sus estudiantes. En estos edificios dormían, cocinaban y organizaban diferentes tareas, como la limpieza de las instalaciones, la creación de juegos, el establecimiento de oficinas y la celebración de conciertos. Todo estudiante podía participar en estas tareas y las funciones específicas se distribuían creando comisiones *ad hoc* encargadas de asuntos concretos. Los edificios ocupados fueron lugares en los que quienes participaban de la toma sentían seguridad y la capacidad de abrazar el espacio como si fuera de su propiedad, lo que les infundía un sentimiento de pertenencia.

En estos espacios el estudiantado movilizadillo celebró asambleas y reuniones con otras instituciones, organizaciones y sindicatos, abriendo las instalaciones que pasaban de ser espacios cerrados a, bajo su mando, centros de vinculación. Esta apertura a personas provenientes de otros colegios, universidades y organizaciones fue relevante dentro de las ocupaciones para el desarrollo de asambleas internas, encuentros culturales o la comparecencia de expertos en temas de particular interés en la movilización, como abogados y economistas, cuyas conferencias giraron en torno a aquello que para la comunidad estudiantil resultaba relevante. Esta era una actividad habitual que incluía grupos de conversación con los expositores tras la presentación, algunos de ellos antiguos activistas y parte de las vanguardias de los años 60 y 80, quienes junto

con exponer del tema de su especialidad, compartían su experiencia militante con la juventud de 2011. Este vínculo facilitó la unión entre generaciones y amplió aún más la comprensión de los problemas de la educación en un continuo histórico y un marco global, elementos que al final permitieron a las y los estudiantes evaluar su propia situación más allá de la experiencia inmediata del propio movimiento.



*La casa central de la Universidad de Chile, tomada por estudiantes e intervenida en su exterior con un lienzo clamando por educación pública, gratuita y de calidad. Imagen Juan José Toro.*

Al igual que ocurrió con el caso de personas de otras generaciones que compartieron sus conocimientos y vivencias, los edificios en toma, como la Casa Central de la Universidad de Chile, en Santiago, también fueron lugares donde era posible conocer a fondo a personas que antes eran solo compañeros de clase, así como generar cercanías con estudiantes de otras instituciones. Al visitar otras universidades o liceos, hablar con personas de otras áreas, compartir sus preocupaciones, exponer sus opiniones, pero también jugar, reír y cocinar juntos, quienes participaban de la movilización rompían el comportamiento a ratos monótono de vivir día y noche en el edificio, contribuyendo así a un sentido de unidad.

Fui a muchos colegios a Puente Alto, a La Florida. Iba a veces con más compañeros, otras veces solo, y les decía: “Chiquillos, vengo del Liceo de Aplicación”, me gustaría hablarles un poco acerca de cómo queremos ofrecerles ayuda, si ustedes necesitan algo, o si necesitan ayuda para articular el movimiento en su colegio, e iba yo directamente y a veces hablaba con

gente del centro de alumnos o con compañeros (Matías Lucero, estudiante de secundaria, 2011).

Los espacios ocupados no solo eran lugares para vivir, trabajar, organizarse y reunirse con personas de otras instituciones, sino también para acoger en sus instalaciones emisiones de radio comunitarias, compañías de teatro y músicos. Las obras de teatro, los programas de radio y los conciertos fueron momentos importantes en el día a día de las tomas, pequeños momentos de alegría para celebrar su revuelta y recibir el afecto de locutores, músicos y artistas en general que se solidarizaron con la causa estudiantil y reforzaron los lazos con pares en sus áreas de influencia, además de ofrecer una imagen de apoyo popular a la movilización.

Las tomas fueron un foco cultural y de información. Más allá de la movilización, las tomas se convirtieron en lugares para comunicar muchas más cosas que los temas educativos o de la reforma (Carlos<sup>5</sup>, estudiante de secundaria en 2011).

Los edificios ocupados también se utilizaron como salas de reunión para tratar específicamente con aquellos padres y madres que no estaban totalmente comprometidas con las reivindicaciones de los estudiantes. Así, cuando el diálogo entre estudiantes y familias en casa no era suficiente, los edificios en toma se utilizaron como centros de encuentro en los que las y los estudiantes podían no solo expresar sus puntos de vista frente a las dudas de sus mayores, sino también demostrar el nivel de organización y claridad que sustentaba sus demandas. También utilizaron estos cónclaves para expresar cómo las privatizaciones del modelo neoliberal, expresadas en el sistema educativo chileno, impactaban en toda la ciudadanía y de manera muy directa.

Recuerdo una reunión que tuvimos con unos cien apoderados, que ni siquiera venían a exigir que bajáramos la toma, sino que preguntaban, porque no entendían lo que estaba pasando, por qué salía tanta gente, por qué esto ya llevaba dos meses y las cosas no se solucionaban. Nosotros lo que hacíamos era explicarles que cuando salgamos de la universidad ustedes van a tener que pagar, por endeudarse [para pagar los aranceles]. De hecho, me acuerdo que preguntamos. ¿Quién de acá estudió gratis? Y la gran mayoría levantaba la mano. Por lo tanto, era por qué nosotros, que somos sus hijos, no podríamos generar eso y por qué. El problema no somos nosotros, les decíamos, si acá nosotros no somos los afectados, si los afectados acá son ustedes, o sea ustedes se van a tener que endeudar, ustedes van a tener que sacarse la cresta trabajando para poder, para poder lograr que su hijo llegue a la universidad, y en cierta forma cuando se toca eso, cuando se toca lo común, se puede avanzar (Roberto Toledo, presidente del Centro de Estudiantes del Liceo Enrique Molina, Concepción, en 2011).

<sup>5</sup> Nombre ficticio debido a la voluntad del informante de ser anónimo.

En otra etapa de la movilización, los edificios ocupados sirvieron de lugar de enfrentamiento con las fuerzas policiales, debido a las órdenes de desalojo firmadas por alcaldes o directamente por el gobierno nacional. Las batallas entre estudiantes y fuerzas policiales se prolongaron durante horas en los alrededores de las escuelas y en las calles cercanas. Piedras, ladrillos, sillas y bombas molotov fueron parte de los elementos usados en defensa de universidades, colegios y liceos desalojados por Carabineros, pero que luego fueron reocupados por estudiantes –y en algunos casos por sus apoderados– en un ida y vuelta de poder entre gobierno y la comunidad movilizada. De hecho, en 2011 la policía chilena detuvo a 14.876 personas como consecuencia directa de la movilización nacional (tomas y marchas). El enfrentamiento más violento entre fuerzas policiales y activistas se produjo el 4 de agosto. Ese día, 874 personas fueron detenidas y noventa policías resultaron heridos como consecuencia de una convocatoria de marcha nacional que no fue autorizada y que luego fue reprimida por el gobierno. En cuanto a los desalojos, en junio de 2011 los estudiantes de la Asamblea Coordinadora de Estudiantes Secundarios (Aces) y la Universidad Tecnológica Metropolitana (Utem) presentaron un recurso de amparo en la Corte de Apelaciones de Santiago con el fin de detener la violencia policial en los desalojos, mientras que equipos de abogados ofrecieron su servicio sin costo para ayudar a estudiantes víctimas de violencia en marchas y desalojos.

Pero no solo se tomaron edificios de universidades y colegios<sup>6</sup>. Esta estrategia también se extendió a la ocupación de otro tipo de espacios, como sedes de partidos políticos, oficinas gubernamentales, sedes de instituciones internacionales en Chile como el edificio de la Unicef, *think tanks* ligados a partidos de derechas, emisoras de radio y, en algunas ocasiones, canales de televisión. El objetivo de estas ocupaciones era llamar la atención sobre elementos específicos de las demandas estudiantiles, en ocasiones ocupando un edificio que representara la reivindicación en particular que estaban haciendo. Por ejemplo, la toma de la sede de un partido político implicaba una denuncia a la acción de esa colectividad en favor de la privatización y el lucro en la educación, por encima de una educación pública, gratuita y de calidad. La mayoría de estas tomas solo tuvieron lugar durante un breve período de tiempo, hasta que las y los ocupantes dejaban el espacio o hasta la llegada de fuerzas policiales, que normalmente se encontraban con una respuesta no violenta por parte del estudiantado.

Sin embargo, no todas las escuelas y universidades se convirtieron en edificios ocupados; en algunos casos las comunidades estudiantiles simplemente suspendieron su vida académica sin vivir allí a diario. Esto implicó que los edificios no quedaron

<sup>6</sup> A principios de junio de 2011, los medios de comunicación informaron de más de cien institutos y dieciséis universidades ocupadas. A finales de ese mes dicha cantidad aumentó considerablemente. Para el 28 de junio, solo en el Gran Santiago había 232 liceos en toma.

bajo el control de estudiantes, aunque tampoco llevaron una vida normal. En lugar de tener clases como en el período lectivo, tenían tiempo libre para realizar asambleas, crear diferentes comisiones de apoyo a la movilización y desarrollar reuniones para reflexionar sobre temas educativos. En la cultura del activismo chileno a esto se le llama estar “en paro” (el equivalente a una huelga) y suele considerarse como la antesala de estar “en toma”, si el proceso de movilización se intensifica. Dado que cuando se estaba “en paro” la vida académica se suspendía, pero el profesorado y el resto de la escuela y la universidad asistían normalmente, durante ese tiempo se producía una conexión especial entre la comunidad docente, estudiantil y trabajadora. Por supuesto, hubo ocasiones en las que esa relación no estuvo exenta de tensiones, pero en otras fue muy gratificante, impulsando la confianza de las y los estudiantes en sus reivindicaciones y en la voluntad de continuar con la movilización.

Fue hermoso ver cómo las monjas también participaron [en la movilización]. Nos quedamos afuera del colegio con carteles, pitos, gritos. Y ver cómo las monjas participaban fue como una revolución. Las profes y alumnas más jóvenes se sorprendieron de ver cómo nos ayudaron a hacer carteles y lienzos para contar de lo que estaba pasando (Francisca Villablanca, estudiante de secundaria en 2011).

## Asambleas locales y nacionales

En la literatura más reciente sobre movimientos sociales se ha discutido acerca de las asambleas como una forma de participación importante en los procesos de toma de decisiones deliberativas dentro de procesos de movilización. Sin embargo, la democracia en las asambleas adopta diferentes formas y se produce en lugares que pueden ser más exclusivos o inclusivos. Explorando la manera en que se practicó la democracia en el Foro Social Europeo, por ejemplo, Massimiliano Andretta y Donatella della Porta (2009) aportan dos dimensiones que definen el tipo de participación que tienen las asambleas. Una se refiere al estatus de los miembros de la asamblea. Los dos estatus más distintivos son, por un lado, la participación igualitaria de cada miembro con la prerrogativa de expresarse y formar parte de los procesos de toma de decisiones y, por otro, la participación mediante la delegación de poder. La segunda dimensión gira en torno al consenso y la deliberación, y hace dos énfasis: por un lado, en el diálogo y en la discusión como parte de un proceso de toma de decisiones; y, por otro, en los resultados finales de esos procesos de discusión. La interacción de ambas dimensiones proporciona una idea del carácter participativo más o menos igualitario de las asambleas.

Una segunda cuestión relacionada con la democracia en las asambleas es su carácter abierto o cerrado. Durante 2011, los procesos de movilización en Oriente Medio y el norte de África, España, Nueva York y Londres, sostuvieron asambleas abiertas en espacios al aire libre adonde llegaba gente que podía no conocer a nadie de quienes

también se sumaban a la asamblea, y que tampoco necesitaba afiliación alguna para formar parte de ella (Graeber, 2013; Della Porta, 2015). El carácter abierto de las asambleas es habitual en América Latina, como se pudo observar en las asambleas barriales ocurridas en Argentina y Ecuador a inicios del siglo XXI (Pousadela, 2011). En estos dos casos latinoamericanos, las asambleas se celebraron en los barrios en un momento en el que ambos países se enfrentaban a diversas crisis económicas, aparte de la falta de una autoridad gubernamental (Argento, 2015). Junto a las asambleas abiertas también hubo asambleas dentro de las fábricas, exclusivamente para quienes se desempeñaban en sus faenas, algo que fue especialmente relevante en un contexto en el que varias industrias fueron tomadas y gestionadas por sus trabajadoras y trabajadores (lavaca, 2007).

En un sentido amplio y teniendo en cuenta elementos de diversas experiencias, las asambleas son instancias de participación en las que, mediante la deliberación y la argumentación, las personas se relacionan de diferentes maneras, con o sin el uso de mediadores (Graeber, 2013), en una fábrica o en una gran plaza, con el objetivo de construir la vida en común (Della Porta, 2015). De manera muy interesante, Donatella della Porta (2015), tras observar los casos de la Primavera Árabe, Indignados y *Occupy*, sostuvo que estas asambleas son una tendencia en los movimientos contemporáneos y están incidiendo en la redefinición de la democracia. Uno de los puntos para sostener tal afirmación se basa en que las asambleas, como las referidas más arriba, tienden a incluir más “gente común” que activistas o militantes con el carné del partido al día, y tienden a privilegiar a quienes se suman sin necesariamente tener un vínculo o una asociación formal con una organización en particular.

Por cierto, estas características y potencialidades de los movimientos sociales son relativas y deben ser escrutadas en cada caso. El Chile de 2011 pone de manifiesto la idea de que todo movimiento social se sitúa en contextos particulares que van a incidir en su forma, actitudes y comportamientos. Las asambleas, en el caso chileno, solo se vivieron en espacios protegidos. En los colegios y universidades, tanto si están en paro, en toma o asistiendo a clases regulares, la asamblea es la forma de tomar decisiones o simplemente de conversar, debatir y llegar a ciertos acuerdos. Concebidas como un ágora para hablar y participar libremente, las asambleas implicaron el uso de la voz y la argumentación y permitieron la participación de la comunidad estudiantil en el interior de cada institución.

La tradición asambleísta está arraigada en el activismo y en la vida social chilena, a tal punto que algunos liceos, como parte de su reglamento interno, otorgan a sus estudiantes el derecho de utilizar una parte del tiempo académico para estudiar y debatir un asunto particular que les preocupe, además de una porción de tiempo académico semanal asignado para discutir sus propios asuntos. Es necesario destacar esta cultura de participación por la relevancia de las asambleas en la forma en que el movimiento fue hablando, discutiendo y desarrollándose en diferentes etapas

durante la movilización. En las investigaciones acerca del movimiento estudiantil de 2011 esta característica de la vida universitaria chilena es notable porque se opuso “al carácter no participativo y fuertemente elitista de la política chilena contemporánea” (Somma, 2012: 303).

El modelo asambleario de toma de decisiones, mediante el uso de la voz y el voto, se utilizó en todas las escuelas y universidades involucradas en la movilización. También fue adoptado en aquellas organizaciones cuyos integrantes provenían de diferentes escuelas o universidades, como la Asamblea de Estudiantes de Arte, creada en Santiago y luego extendida a otras regiones. Este elemento comunicativo de la toma de decisiones fue mayoritariamente satisfactorio para sus integrantes, ya que permitió la participación, la voz y el voto. En este sentido, el estudiantado formó parte de una democracia que establecía la participación igualitaria de todos, la deliberación de los asuntos y la votación, como pasos previos a llegar a acuerdos. Pero las asambleas, como instancias cognitivas, afectivas y relacionales, fueron más que un lugar de deliberación y toma de decisiones. Fueron también un lugar para informar e informarse, para confrontar ideas y observar percepciones de otras y otros que le permitían a cada estudiante desplegar, alterar o solidificar sus ideas al enfrentarse a posiciones, perspectivas e ideologías diferentes.

La experiencia de la asamblea fue súper particular porque pasó de la transferencia de información, antes de la movilización, a un ejercicio político. Todos los estudiantes que participaron expresaron su opinión y luego se generaron instancias de votación. Eso fue importante. Yo estudio Historia y el presidente era de derecha, súper conservador. Pero a pesar de lo que yo suponía, siempre respetó y acató las decisiones de los estudiantes. Así que nuestro espacio se enriqueció políticamente, las discusiones que tuvimos incluyeron nuevas ideas y nuevos conceptos. Así que había espacio para la interacción, para tener un contraste. Ahora es rutinario, pero en ese momento fue enriquecedor (Roberto<sup>7</sup>, estudiante universitario en 2011).

Las asambleas, como lugar para discutir y llegar a acuerdos, no solo fueron fomentadas, sino también defendidas por las y los estudiantes, ya que percibían que los medios de comunicación dominantes y la política institucional criticaban las asambleas y la política horizontal por restringir la libertad de sus representantes estudiantiles en la toma de decisiones y, en consecuencia, por marcar un ritmo lento en las negociaciones con el gobierno. El “tomarse todo el tiempo que se necesite” durante las asambleas fue considerado como una debilidad por ciertos medios de comunicación y por parte de los representantes gubernamentales, pero para el movimiento fue uno de sus pilares en tanto evidenciaba que todas y todos, desde abajo (los estudiantes secundarios y universitarios) hasta arriba (sus delegados y representantes), participaban mediante

<sup>7</sup> Nombre ficticio debido a la voluntad del informante de ser anónimo.

la voz y el voto. Es decir, cada persona era, en principio, considerada un actor relevante, un sujeto que participaba en el proceso. Consecuentemente, se defendía que la representatividad y la participación estudiantil no debían ser cuestionadas en su legitimidad.

Había una confrontación ideológica inmediata. Nosotros, por nuestro lado, aplicábamos un método que es histórico de la clase trabajadora en Chile e histórico de los métodos de organización, que es la democracia directa. Quizás no considerábamos que la democracia directa fuera un ideal de organización a nivel nacional, quizás no es un método vigente para organizar la nación, pero sí creíamos que ese método que estábamos aplicando ahí era mucho más democrático que la democracia indirecta que tenemos nosotros hoy en día, esta democracia representativa (Alfredo Vielma, portavoz de Aces en 2011).

En términos de coordinación entre las dos principales instituciones representantes de la educación universitaria y secundaria –la Confederación de Estudiantes de Chile (Confech), en el caso de las universidades; y la Coordinadora Nacional de Estudiantes Secundarios de Chile (Cones), en secundaria–, estas realizaron reuniones nacionales periódicas en 2011 en distintas ciudades del país, en lugares como Iquique (norte) y Punta Arenas (extremo sur). Precisamente la distancia que existe entre estas dos urbes es de 3.660 kilómetros, mayor que el tramo entre Ciudad de México y Caracas o São Paulo y Lima, por ejemplo. El dato no es menor si consideramos que, durante el pico de la movilización de 2011, estas reuniones se realizaron una vez por semana en asambleas que solían durar un promedio de ocho horas. Este caso ejemplifica la importancia de los encuentros cara a cara y el valor de sostener un espacio que en su horizontalidad se mostraba al público, adherentes y no adherentes, como un escenario democrático de y para la deliberación.

Un punto importante en la legitimidad de las asambleas fue la forma en que se llevaron a cabo. En lugar de recurrir a las nuevas tecnologías para agilizar las cosas o realizar mítines abiertos en espacios públicos, prefirieron seguir la tradición de reunirse en salas abarrotadas discutiendo sistemáticamente el estado actual de las cosas y sus pasos a seguir. Las razones para conducirse de tal manera se pueden dividir en tres. La primera es porque era una práctica validada en universidades, liceos, colegios y cursos para compartir y discutir información, y para distribuir tareas. En línea con lo planteado por Andretta y Della Porta (2009), esta era una parte efectiva de las tradiciones del movimiento, por ende, carecía de sentido cambiarla. Una segunda razón es, especialmente en contraste con las asambleas de barrio argentinas y ecuatorianas (Ouviña, 2008; Argento, 2015) o con casos como el de *Occupy Wall Street* (Graeber, 2013), porque las asambleas nutrieron y protegieron la voz de estudiantes que de otra manera no se hubieran atrevido a hablar en espacios que les resultasen desconocidos, poco familiares o atemorizantes. En este sentido,

la protección y el cuidado que se brinda al permitir que las personas hablen y sean escuchadas en un espacio cerrado, conecta las asambleas y las conversaciones que se llevan a cabo en los hogares de una manera que se puede entender debido a las condiciones de miedo y desconfianza existentes en la sociedad chilena. Una tercera razón es porque las asambleas fueron la forma más factible que tenía cada participante del movimiento para resolver, como lo expresó el activista Pablo Flores, sus “conflictos y posiciones”. Cuando en algún momento se sugirió el uso de plataformas web para la toma de decisiones, la idea fue desechada para privilegiar la presencia física de las y los estudiantes.

Hay que recordar que una característica esencial que tuvo el movimiento estudiantil fue esta suerte de vínculo muy estrecho con la base, de la dirigencia con su base. En ese sentido, la base es el mejor cable a tierra. Realmente, entender, definir a través de una asamblea, cuál podría ser el o los temas más importantes a instalar, y recoger todas las opiniones (Recaredo Gálvez, secretario general de la FEC en 2011).

Sin embargo, la estructura y la experiencia real de las asambleas no garantizaron el logro de una relación fluida, respetuosa, armoniosa y satisfactoria para cada una de las personas participantes. Las asambleas no fueron ajenas a comportamientos mañosos ligados a la convocatoria, a la opresión de un grupo mayoritario sobre voces minoritarias, a la violencia y el maltrato verbal durante las reuniones o a la imposibilidad de que las discusiones tuvieran un resultado plausible más allá de la consternación o el enojo de sus participantes frente a alguna acción o inacción gubernamental. Estos problemas se experimentaron de distintas maneras. En los relatos de las y los estudiantes había, por un lado, un castigo suave para quienes, por timidez, no levantaban la mano y sacaban la voz para hablar en frente de otras personas, o no se sentían cómodos haciéndolo, o simplemente no querían hacerlo. Y, por otro lado, había quienes hablaban con frecuencia, haciendo que la dimensión supuestamente dialógica de las asambleas fuera un dominio de pocos oradores muy llanos a la confrontación personal.

Identifico dos cosas ahí [en las asambleas]. Una buena y otra mala. Lo bueno es que se deja de lado la burocracia política que ha existido siempre, porque las asambleas son mucho más expeditas, inmediatas. En el fondo no necesita citar a reunión, solo se informa que se hará asamblea y listo. Lo otro bueno es que la discusión es expedita. Sin embargo, esto también genera mucho enfrentamiento entre los estudiantes, con descalificaciones fuertes. Yo vi a gente salir llorando de las asambleas. Otros muy exaltados. También a otros les daba miedo expresar su opinión, porque en el fondo existía un grupo con mucha efervescencia para hablar que atacaba directamente a quienes se sabía no querían participar. Por ello, se comenzaron a generar mecanismos de asamblea, pero con voto secreto, no en la misma asamblea

y a mano alzada. Ha sido súper bueno ya que se empiezan a conocer conceptos políticos y técnicas que, en el fondo, ayudan al movimiento estudiantil, a la concientización de los estudiantes y a poder manejar un lenguaje que ha permitido enfrentarse contra organismos gubernamentales o institucionales (Paloma<sup>8</sup>, estudiante universitaria en 2011).

En los sindicatos y asambleas de estudiantes, o confederaciones estudiantiles como la Confech y la Cones, la timidez no era un problema. Lo que las y los estudiantes destacaron de esas reuniones era que las asambleas no siempre fueron espacios de acuerdo pacífico: en algún momento fueron cuadriláteros para fijar posiciones y contraposiciones, alianzas y divisiones, reflejando las variadas posturas ideológicas dentro del movimiento, aunque casi todas con perspectivas de izquierdas. También se trataba de espacios con diferentes orígenes políticos y culturales, según su ubicación regional, el origen socioeconómico de cada estudiante y su capital cultural, entre otras variables. Sin embargo, a la luz de su experiencia previa de movilizaciones, las principales organizaciones estudiantiles tendieron a resolver sus diferencias dentro de las asambleas y a conciliar sus diferencias ante la prensa como medio de mostrar hacia el exterior su postura unificada en sus amplias demandas.

Nosotros armamos un relato, que era que efectivamente existen diversidades de opiniones [dentro de la Confech] como en toda democracia, como en todo movimiento social existen diversidad de opiniones, pero nosotros actuamos en bloque de una sola manera, ¿cachai? Estábamos unidos como movimiento estudiantil, eso está fuera de duda, pero obviamente hay debate, hay discusión y eso es sano que exista. Entonces tratábamos de salir siempre jugando con los medios, cuando nos trataban de pillar, tratábamos de salir [unidos sin mostrar las diferencias en el interior de las asambleas], y ahí entonces los medios se descolocaban igual (Sebastián Farfán, presidente de la Feuv en 2011).

Sin embargo, el papel de las asambleas no se limitó a los debates y toma de decisiones. También fueron un vehículo por medio del cual se expresó el tipo de democracia que se buscaba desde el movimiento. Durante 2011, especialmente en la educación secundaria, hubo varios casos en los que las y los estudiantes intentaron ser lo más horizontales posible. Así, en lugar de tener asociaciones de estudiantes con un presidente y una junta directiva formal, en algunas agrupaciones estudiantiles prefirieron no delegar el poder en ninguna persona concreta. Preferían elegir portavoces temporales con la prerrogativa de hablar en nombre de la asamblea hasta que esta decidiera lo contrario. Así, organismos como la Asamblea Coordinadora de Estudiantes de Secundarios (Aces) y la Asamblea de Estudiantes de Arte (AEEA), esta última en el ámbito universitario, se declararon entidades democráticas horizontales al ser un tipo de democracia más compatible con su idea de participación política.

<sup>8</sup> Nombre ficticio debido a la voluntad de la informante de ser anónima.

A pesar de todos los vicios, como la injerencia de los grupos políticos, al final nunca se nos ha ocurrido un método mejor. Es la instancia de encuentro que uno tiene, para organizar, para informar, para repartirse las tareas de comisión. Yo vengo de un colegio que funcionaba como asamblea, no como centro de estudiantes. En la universidad he tenido centro de estudiantes y siento que la diferencia es mucha: es más enriquecedor funcionar como asamblea. A pesar de todo lo malo que pueda tener (Irma<sup>9</sup>, estudiante de secundaria en 2011).

Podemos entender estas prácticas dentro de la intimidad de los espacios amurallados como parte de un momento de emergencia constante de un común humano mediante el asentamiento de diferentes capas sociopolíticas. Un proceso que, en la reconstrucción del tejido social, inició un estar y hacerse en conjunto y habilitó redes de confianza, tejiendo lazos de diferentes intenciones, tiempos, espacios y comunidades, compartiendo miedos, deseos, problematizando lo social y encendiendo un deseo colectivo. Estos primeros pasos en la reconstrucción del tejido social, que más tarde permitiría que lo político se abriera y llegara más allá de las restricciones de las democracias neoliberales (Mouffe, 2005; Brown, 2005, 2015), se llevaron a cabo en condiciones protegidas, forjadas en burbujas de espacio y tiempo, en conversaciones personales y familiares. La cuestión es, sin embargo, cuáles son los rasgos distintivos de estas prácticas y cuáles son los espacios en los que existen de forma significativa en la emergencia de los bienes comunes. Aquí se identifican tres rasgos.

## CERCANÍA, REDES DE CONFIANZA Y PARTICIPACIÓN

Las prácticas comunicativas identificadas en los tres espacios en los que se alojaron (el hogar, la ocupación y la asamblea) invitan a ir más allá de una noción individualista y consumista de la democracia, al demandar explícitamente que primero se escuche, se hable y, siempre que sea posible, se confíe en alguien antes de confiar en algo. La confianza aparece así en dos dimensiones y ámbitos locales.

La primera dimensión se refiere a los ámbitos donde la vida cotidiana permitió conversar sobre el sistema educacional en nuestros círculos de afecto. Estos fueron ámbitos donde una historia social de desconfianza y desesperanza largamente arraigada fue combatida y tejida en nudos y trazas de confianza en el interior del hogar, con familiares, amigos, vecinos, compañeros de trabajo o de clase; en la experiencia física de las reuniones locales y los encuentros cercanos; por medio de la palabra de personas a las que se quería, en las que se confiaba, y con las que se estaba cerca en la vida cotidiana. El recelo frente a la política, en general, existía en la sociedad chilena desde el trauma de los años 70 y 80, la desmovilización de los 90 y las expectativas arruinadas de los 2000 (Jocelyn-Holt, 1998; PNUD, 2015).

<sup>9</sup> Nombre ficticio debido a la voluntad de la informante de ser anónima.

Por lo tanto, la tarea de establecer una base para apoyar la movilización radicaba en la experiencia física de las reuniones locales y los encuentros cercanos, en las palabras de personas cercanas en las que se confiaba y a las que se quería. Este fue el principal círculo de confianza, un espacio íntimo donde las y los estudiantes buscaron la atención de un otro.

Y en el contexto del hogar también se dio como ese proceso de ir tomando conciencia de a poco, silenciosamente. Por ejemplo, estar tomando once y que estuviera puesta la tele en la pieza de al lado, pero están todos callados escuchando y de repente alguien decía algo y nos poníamos a conversar, pero era como que nadie decía ya, ahora vamos a hablar de lo que está pasando. Se daba espontáneamente hablar de las cosas. Y ahí pasó lo que te contaba. Yo vivo con mi mamá y mi abuela, y mi mamá es joven, tiene 40 años y en ese entonces tenía como 36 y lo comprendió bien. Igual tuvimos que convencerla, lo que le daba miedo era que nos pasara algo. Pero si estaba bien o mal la toma, ella decía “Es una decisión que ustedes tienen que tomar”. Y ya con mi abuela era como, “No, esos son vándalos, los van a llevar presos” (Francisca<sup>10</sup>, estudiante de secundaria en 2011).

La confianza alcanzó una segunda dimensión en el encuentro entre estudiantes involucrados en la movilización, otros que aún no y otras personas en general, cuando en los nodos físicos de diálogo, debate y cercanía, las y los estudiantes más activos se convirtieron en fuentes fiables de información por encima de los medios de comunicación. Quienes formaban parte de la movilización asumieron la tarea de estar muy al tanto de toda la información respecto de la situación en la que se encontraban, por ejemplo, aprendiendo sobre asuntos como la legislación en materia de educación, el origen y características del neoliberalismo, la industria de la educación y sus reformas, y la democracia representativa. Así pudieron argumentar, debatir y prepararse para cualquier barrera que pudiera impedir las discusiones con las diversas autoridades que enfrentarían. Estos conocimientos adquiridos y la representación inicial de sí mismos en los espacios privados, les permitieron a los estudiantes convertirse en fuentes de información, ganar confianza y situarse en una posición de poder y respetabilidad dentro de un contexto local más amplio. En este trabajo comunicacional puertas adentro se desplegó una narrativa épica de “gente buena” frente a “intereses viles” más allá de la reforma al sistema educativo; una narrativa que se tornó relevante para la instalación política simbólica del emergente común humano en tanto sujeto político válido y legítimo, como se verá en el capítulo 5.

La confianza obtenida desde más abajo y más allá de los límites del Estado no puede atribuirse únicamente a las prácticas comunicativas del movimiento de 2011. Forma parte de un comportamiento político contemporáneo “desde abajo” observable en personas comunes y corrientes, así como en ciertas formas de vinculación.

<sup>10</sup> Nombre ficticio debido a la voluntad de la informante de ser anónima.

En el caso chileno, esto se liga a su condición de país telúrico con permanentes catástrofes naturales, como el terremoto de 2010, cuando la reconstrucción del país corrió en buena parte por esfuerzos colectivos, realizados de forma espontánea pero organizada, y en consonancia con el reclamo estudiantil posterior de que el Estado no estaba haciendo lo suficiente<sup>11</sup>. En ese sentido, ningún esfuerzo fue inútil; toda contribución fue bienvenida y el sentimiento generalizado era que cada actor reconstruía el país, sin importar si contribuía a levantar un muro o un pueblo entero. El espíritu de “ladrillo tras ladrillo” de la reconstrucción posterremoto resonó con lo que ocurriría dentro del movimiento: que cada persona importaba y que la capacidad de acción estaba integrada en cada uno de sus actores, empezando por la familia, los amigos, compañeros y vecinos más cercanos. Las y los activistas abrazaron el desafío de gatillar el empoderamiento de toda la sociedad, ladrillo tras ladrillo, mediante el afecto, la confianza, el diálogo y la información, creando la posibilidad de participar en la constitución de un emergente común humano.

La participación en este proceso mediante prácticas comunicativas, por tanto, se situó en un nivel que la política institucional no estaba en condiciones de entender, y donde no tenía formas de entrar o seducir al tipo de tejido social que allí operaba. El Estado, al menos en este caso, tampoco pareció preocuparse por estas prácticas, ya que habitaban más bien en espacios de la vida cotidiana donde el neoliberalismo no las veía como una amenaza, y donde solo podían entrar los totalitarismos de corte tradicional, por medio de cierto tipo de vigilancia, hasta ese entonces extinguidos del contexto chileno.

## OCUPACIÓN DEL TIEMPO Y DEL ESPACIO

Junto con ser una expresión de poder, la toma de colegios, liceos y facultades universitarias surgió como una ocupación importante de tiempo y espacio para generar condiciones en las que pudieran tener lugar prácticas comunicativas fuera de la vida cotidiana normal. En términos de tiempo, sin las ocupaciones hubiese sido un reto insuperable para las y los estudiantes cumplir con todos los pasos del proceso de movilización y, al mismo tiempo, con sus compromisos habituales como estudiantes. La creación de tiempo les dio un respiro para organizar charlas, conferencias y encuentros, así como para jugar, divertirse, conocer gente y dedicarse a otras tareas.

<sup>11</sup> Entre las personas que participaron en los eventos de 2011, el terremoto de 2010 sirvió para conocer más de cerca la dura realidad de las condiciones socioeconómicas en Chile y la necesidad de hacer algo sin esperar la intervención del Estado. “El contacto con lo cotidiano va formándose. Nos tocó después el año 2010 en el terremoto ir a hacer un operativo de reconstrucción a Lota y claro, evidentemente veías cómo vivía la gente en las mediaguas, en pleno invierno, crudo, cómo no tenían nada. Cómo la gente enferma y etcétera. Y el gobierno no hacía mucho para ayudarlos de forma concreta, entonces ahí uno va aprendiendo, en la práctica”, recordó Sebastián Vicencio.

Al ir en contra de la definición del tiempo elaborada por el poder biopolítico del capitalismo, donde el tiempo es igual a dinero, y donde el tiempo no ocupado en la actividad productiva es considerado tiempo perdido o un comportamiento bárbaro sin sentido, la movilización se llevó a cabo de tal manera que expresó la falta de diálogo en el apuro frenético de la vida en tiempos del neoliberalismo. Esta actitud se asemeja a la inicialmente incomprensible conducta del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en sus negociaciones con el gobierno mexicano en los años 90. Frente a las prisas del gobierno mexicano, el Ejército Zapatista afirmó que no era posible dialogar sin escuchar, y que cada conversación, siempre que pretendiera respetar a las partes implicadas en el diálogo, debía tomarse su propio tiempo (Rajchenberg y Héau-Lambert, 2004).

Para quienes participaron en la movilización, el tiempo fue un factor clave. José Soto, reflexionando sobre el tiempo, se preguntaba:

¿Cuánto duró la toma del Instituto Nacional? Seis meses. ¿Cuánto duraron las tomas más largas? Seis u ocho meses. Tuvo que ser necesario eso para que ese actor pudiera hablar.

Sin el tiempo hubiera sido difícil para el movimiento tener la comunicación humana necesaria para saber lo que la persona con la que se compartía la posibilidad de un cambio pensaba, para crear emprendimientos colectivos. “Creo que el motor de esa reflexión es horas y horas de conversación junto a gente muy diversa (...) Nos juntábamos a las 10 de la mañana, discutíamos hasta el almuerzo, almorzábamos juntos, después toda la tarde y la noche”, es el recuerdo, en el mismo sentido, de Cristian Inostroza, en la ciudad de Santiago.

En la ciudad de Valparaíso la experiencia fue similar para Bastián Alarcón:

En la tarde, regularmente se discutían ciertas cosas internas, como cambiar los estatutos, petitorios internos, pero en la noche habitualmente eran las actividades más colectivas y estudiantiles, pero no tan solo estudiantiles, porque generalmente había visitas de algún sector del movimiento social, los portuarios, los sindicatos. Se compartía bastante, me acuerdo de una asamblea que partió a las 7 de la tarde y terminó a las 5 de la mañana.

A finales de 2011, el nuevo ministro de Educación, Harald Beyer, invitó a las representaciones estudiantiles a una reunión con ánimo resolutivo. Las y los representantes fueron al Ministerio de Educación con un gran sobre que incluía sus peticiones expresadas a lo largo de 2011. Entregaron la carta y se negaron a tener la reunión. La razón era la misma que la expresada a lo largo de ese año: las decisiones debían tomarse de forma democrática y no era prerrogativa de quienes ejercían la representación tomarlas sin preguntarle a las bases estudiantiles su parecer.

Sin embargo, en la movilización se tomó conciencia de que la ocupación del tiempo por parte de las y los estudiantes no se limitaba a detener la producción del país –a la que suelen referirse los medios de comunicación en términos de pérdida de millones para la economía nacional– sino que impugnaba la noción del estilo de vida 24/7, la velocidad de la tecnología y sus determinismos. En este sentido, la *ocupación del tiempo* es un mejor término que el de la “suspensión”, pues en este caso el tiempo se abrazó como un medio y un fin de empoderamiento. El tiempo no fue suspendido, fue ocupado y resignificado. Es una diferencia que parece sutil, pero es relevante, porque este tipo de poder minó una de las narrativas hegemónicas más profundas de la modernidad, la del “castigo y desprecio a la debilidad y la insuficiencia del tiempo humano” (Crary, 2013: 29), donde incluso el tiempo de dormir, de descanso, aparece como una falla en el sistema de producción contemporáneo. Como expresó Francisco Figueroa, uno de los líderes de la revuelta de 2011, reflexionando sobre Chile: “Vivimos, incluso cuando creemos descansar o recrearnos, en función de mantenernos productivos, en continuo estado de alerta” (Figueroa, 2013: 47). Por eso, para la juventud movilizada era una quimera sostener la movilización sin ocupaciones.

La toma facilitó un montón de formas de movilización, el tiempo y la libertad que teníamos para hacer un montón de cosas y la autogestión que habíamos logrado nos permitía sustentar la entrega de panfletos, entre otras cosas (Ángel Salvo, presidente del Centro de Alumnos del Liceo Eduardo de la Barra, Valparaíso, en 2011).

El espacio funcionó de forma similar al tiempo en el interior de los edificios ocupados. La toma de espacios autónomos tuvo un claro aspecto físico que recordaba la idea, cuestionada y no exacta, pero útil para este caso en cuanto a la evocación de una imagen, de las ciudades-Estado donde el debate y la confrontación eran posibles y constituían elementos centrales de la ciudadanía. En los casos analizados en este capítulo, el entorno amurallado, protegido y formal nos remite a la cuestión de un espacio para prácticas comunicativas que no podrían celebrarse en los espacios urbanos públicos chilenos, no solo porque estos espacios son lugares vigilados en los que la policía desaloja inmediatamente las congregaciones no permitidas, sino también porque no existen muchos espacios públicos con las condiciones adecuadas para este tipo de asambleas. Por lo tanto, los edificios tomados implicaron tres cosas en términos comunicacionales.

En primer lugar, involucraron una ruptura entre estudiantes en movilización e instituciones tradicionales. A pesar de lo habituales y rutinarias que pueden ser las tomas, tal ruptura entrañó un desacuerdo organizado entre estudiantes y autoridad, un desafío a la autoridad política, a la policía y, en algunos casos, un desacuerdo con sus mismas familias.

En segundo lugar, también fue una ruptura epistemológica. Las y los estudiantes se desprendieron de su papel de simples estudiantes y adoptaron un papel social y político, desafiando a las instituciones educativas como fuentes de poder, disciplina y conocimiento. En un edificio ocupado, la disciplina no estaba en manos de directores, inspectores o profesores. Se autogeneraba y autorregulaba, y el conocimiento y la experiencia útiles para la movilización se coproducían en lugar de proceder de una fuente de autoridad. Es interesante observar cómo muchas de las personas entrevistadas para este libro consideraron la vida en los edificios en toma como la época “en la que más aprendí”.

2011 marca un punto de inflexión para muchos de nosotros. Fue la mayor escuela de aprendizaje para muchos. Fue el año de las discusiones constantes, del momento político, de la discusión de proyectos o de qué educación queremos, de pelear con los pacos en las calles, en las tomas, de coordinar diferentes acciones. Fue una escuela que marcó a mucha gente para el resto de su vida, se podría decir (Matías<sup>12</sup>, estudiante universitario en 2011).

En tercer lugar, la toma conllevó la suspensión de la rutina habitual, porque los espacios que habitaban los cuerpos de cada estudiante fueron reutilizados. La toma de pasillos, salas y auditorios les permitió tener no solo un lugar seguro para conversaciones y debates, sino también dotar de otro sentido a los sitios donde se desplegaba su intimidad, permitiéndoles pensar, sentir y actuar como sujetos que habitan un espacio de construcción social. La identidad asignada a quienes participaron de la movilización se vio así desligada, ampliada y complementada por la expansión de sus condiciones como sujetos con un empoderamiento local puesto en beneficio del cambio social. En esta situación, la ocupación de edificios fue un medio para localizar, en el espacio y en el tiempo, refugios cotidianos para discutir experiencias comunes; fue expresiva de la necesidad de apoderarse de los espacios de la vida para discutir la vida en democracia. Y es en este punto donde un último elemento sobre la conquista del espacio se hizo más vívido para las y los activistas.

En tanto las tomas significaban la interrupción del flujo habitual de la vida en el contexto de las democracias neoliberales, las fuerzas policiales marcaron una presencia contigua a universidades y liceos, ya fuese en edificios tomados o en riesgo de ser ocupado. Mediante la presencia expectante de automóviles, buses y efectivos policiales, estos espacios educativos reflejaron una impronta de combate, a la vez que la resistencia simbólica ante un Estado en busca de transmitir su intento biopolítico por restablecer el orden de las cosas. Desde el estudiantado participante en las tomas, esta presencia física policial permanente era una demostración de la forma en que el Estado quería resolver el conflicto y de su disposición a dialogar, así como de la capacidad de acción y el empoderamiento que estaba adquiriendo el movimiento.

<sup>12</sup> Nombre ficticio debido a la voluntad del informante de ser anónimo.

Las historias sobre los choques con la policía por evitar el desalojo policial fueron especialmente alentadoras para otras y otros estudiantes que ocupaban sedes escolares o universitarias a lo largo del país, en una trenza de narraciones que dieron al estudiantado repartido por escuelas y universidades la sensación de ser células dentro de un cuerpo mayor.

Sin embargo, y hacia el final de la movilización, el poder biopolítico del tiempo en el Chile contemporáneo ejerció una influencia insuperable para familias y estudiantes. Considerando que la movilización se había prolongado durante varios meses sin que se consiguieran los objetivos concretos del petitorio estudiantil, existió una presión en el núcleo familiar para poner fin a las ocupaciones y volver a las clases. De esta manera se expresó la voluntad de estudiantes y familias de no querer arriesgar su futuro, ya sea por retrasar el ingreso a la universidad si suspendían el año académico, o bien por retrasar una futura fuente de ingresos para los hogares después de que cada estudiante se graduara del colegio o la universidad. En definitiva, existía un temor a la pérdida de oportunidades en un entorno competitivo en el que la gente entendía que más allá del periodo de movilización, estaban solos.

Nosotros hicimos un movimiento para que se anulara ese año escolar, pero no tuvimos la fuerza suficiente porque justamente los papás tenían miedo, ahí el factor miedo de que su hijo perdiera el año escolar, a lo mejor para nosotros [era posible] pero había otras comunas mucho más pobres, donde él [alumno] tenía que terminar el colegio porque ese año tenía que ir a trabajar, porque el hermano chico que venía necesitaba, porque la mamá era soltera con tres hijos. Yo me podría dar el lujo de decir que mi hijo esté un año más en el colegio, pero había otros que no (Dafne Concha, presidenta de Corpade, Coordinadora de Padres y Apoderados por el Derecho a la Educación, en 2011).

## NO HAY COLECTIVO SIN INDIVIDUOS DIALOGANTES

A lo largo y dentro de la conquista del tiempo y el espacio, e inmersos ya en una progresiva ola de movilización tejida en ámbitos de cercanía, confianza y participación, hay un tercer paso en la emergencia de un común: la producción de la voz como recurso, como algo que decir. Ahora bien, la pregunta que surge en este punto es ¿cómo se puede producir una voz colectiva cuando se representan tantas partes constituyentes? La respuesta es por medio de la asamblea como hito que difundió una cultura del hacer: un comportamiento comunicativo que permitió al colectivo tener un fuerte respaldo político mediante nodos y redes en todo el país. En este sentido, no hubo una acción colectiva significativa como movimiento sin la creación local de estas instancias colectivas de participación y diálogo.

La asamblea aparece aquí como un hito de la difusión de una cultura del hacer. Las asambleas eran el lugar y el medio en el que se resolvían las cuestiones de la

movilización, desde los aspectos particulares hasta los generales, permitiendo una participación abierta, pero exigiendo la expresión verbal y la presencia corporal. En lugar de utilizar los mecanismos empleados en los sistemas democráticos representativos, como los votos en papel o las votaciones electrónicas, en el ámbito estudiantil se utilizó mayoritariamente la asamblea como forma de legitimar la toma de decisiones y su hoja de ruta, respetando la palabra y la participación de cada miembro. Ciertamente, las asambleas fueron espacios de debates profundos y feroces, y mientras en su interior se producían discusiones acaloradas y, en algunos momentos, agresiones verbales, se resolvían los problemas y se tomaban decisiones. Era la forma de resolver sus problemas y de otorgar legitimidad entre compañeros y compañeras ante los medios de comunicación y ante el resto de la sociedad.

Conscientes de que una de las críticas que probablemente recibirían sería sobre su forma de tomar decisiones, la lentitud de sus resoluciones o los vicios de la democracia directa, el argumento desde la movilización fue que las asambleas eran el lugar donde el pueblo gobernaba, a diferencia de tiempos más contemporáneos en los que las democracias caen bajo los mandatos de directrices neoliberales. Los y las estudiantes entendían el mecanismo asambleario de participación como la forma más básica y abierta de canalizar discusiones y alcanzar resoluciones, sin importar que les llevara más tiempo que el esperado por los medios de comunicación o la política institucional. Esta acción fue un recuerdo contemporáneo en el siglo XXI del olvido de las y los ciudadanos en tanto sujetos soberanos con voz y voto, abordando, por medio de su práctica y defensa de las asambleas, una de las debilidades de la democracia neoliberal: su carácter delegativo (Verba, Nie y Kim, 1978; O'Donnel, 1994) y la supresión de las personas en su condición de ciudadanas (Garcés, 2012).

Sin embargo, es un hecho que el uso permanente de las asambleas como medio de resolución a cualquier nivel vio disminuir los niveles de participación al final de la movilización en 2011, planteando preguntas sobre su sostenibilidad en el tiempo. Sin embargo, este problema se planteó a partir de la practicidad de la asamblea y no de sus fundamentos morales, éticos y políticos, y tampoco en términos de la red de relaciones que sustentó la base humana de la movilización. Es más, el hecho de que todas las decisiones relevantes, locales, regionales y nacionales, se llevaran a las asambleas locales para su discusión y para informar sobre cualquier curso de acción decisivo, muestra cómo los hilos de confianza fortalecieron la red del movimiento.

Pero en este movimiento altamente interconectado hubo una zona ambigua sin la estructura de asambleas, como en colegios y universidades, donde la conexión organizada entre representantes y adherentes de base careció de estructura. Este grupo se componía de personas que no eran estudiantes o que, siéndolo, no tenían un lugar institucional en el cual participar. El espectro de movilización de 2011 observado hasta aquí reflejó dos tipos de compromiso: uno más institucional y otro menos institucional. Uno seguía un modelo anarquista clásico por medio de asambleas, en

una estructura heredada tras años de movilizaciones; y el otro se relacionaba con los espacios más íntimos de la vida cotidiana, cuyas redes son más difíciles de discernir. Este mundo menos institucionalizado no tuvo presencia en las asambleas urbanas del modo en que ocurrió en casos como *Occupy*, en el 15-M de España (Castells, 2012; Graeber 2013) o en la extendida presencia de las asambleas de barrio en Argentina y Ecuador (Argento, 2015; Ouviaña, 2008; Pousadela, 2011). Existieron muchas razones para explicar la ausencia de asambleas urbanas no adscritas a un centro educativo específico o a estudiantes en particular, algunas de ellas pueden deducirse de lo expuesto hasta ahora. Observando lo ocurrido, podemos afirmar razonablemente que no se produjeron por una historia de movilización, por un contexto de temor e incertidumbre respecto a otras formas posibles y, en definitiva, porque el tejido social necesario para llevar adelante la movilización necesitaba ser creado progresivamente en ecologías comunicativas de cuidado y afecto.

## CONCLUSIÓN

A lo largo de este capítulo he revisado las prácticas relacionadas con la emergencia del común de la voz que es posible gracias a un paisaje comunicativo basado en la conversación, el diálogo y la resolución en igualdad de condiciones (Helfrich, 2012). Este proceso de puesta en común (Euler, 2015; Murdock, 2013; Ostrom, 2011), en el contexto de una democracia neoliberal, con los rasgos ya expuestos en el caso chileno, surge como un asunto de cuidadosa elaboración. En efecto, se desplegó progresivamente por medio de un proceso de acercamiento mediante nodos tejidos con base en confianza, familiaridad, respeto y amor, desarrollados mediante el acto básico de escuchar a otras y otros, y que esas otras y otros fueran también capaces de escuchar.

Este acto tan simple de revelar preocupaciones comunes en redes de amor y afecto creó un sentido de unión, de estar y ser juntos, que encontró refugios más amplios en el tiempo y espacio creados para romper los candados del neoliberalismo, como es posible percibir en los condicionamientos biopolíticos de la vida donde parece difícil subvertir su orden de manera constructiva. Lo que este capítulo demuestra es que no hay capacidad de prácticas comunicativas en las que se puedan discutir las preocupaciones comunes sin que existan ciertas condiciones para ello, condiciones que la democracia en marcos neoliberales no presenta como parte de sí. Las consecuencias de esto último son que, en dichos contextos, la acción comunicativa para discutir la vida común es una acción de resistencia y también una acción creativa de subversión que, paradójicamente, según una narrativa moderna, ocurre en lo privado.

La primera resistencia está en el acto de negar, con otras y otros, la cancelación de la voz y de tener voz en la conformación de un mundo que todavía se percibe como un lugar común, un lugar para todas y todos. A partir de ahí, hay una subversión que, aunque limitada, permitió reclamar espacios en los que quienes participaron

del movimiento pudieron discutir el presente y el futuro de la sociedad chilena, y proponer nuevas ideas. Por lo tanto, no se trataba solo de resistir; se trataba de generar voz y contenido, subvirtiendo la comprensión neoliberal de la ciudadanía como el mero acto de hacer llegar solicitudes a representantes o autoridades de la política tradicional (Schlozman, Verba y Brady, 2012). Esta subversión ganó cada vez más espacio y más gente en asambleas que, con todos los problemas observados, legitimaron a sus constituyentes, sus prácticas y sus decisiones. En otras palabras, las asambleas propusieron una institución democrática significativa en la que todas las personas que intervenían tenían un espacio y una opinión.

Como se ha expresado anteriormente, las asambleas y reuniones se celebraron en espacios amurallados y protegidos. En cierto modo esto porta una paradoja: solo en ámbitos protegidos y resguardados las y los estudiantes pudieron dirigirse al público recreando lazos sociales y prácticas políticas no reconocidas dentro del espacio público ni tampoco animadas por las democracias actuales, y en un contexto donde supuestamente los individuos no se interesan por ningún otro individuo. Pero en una observación más informada y situada, esto último no sobreviene como una paradoja sino más bien como un descubrimiento que señala los lugares y los medios donde, en un escenario real, el neoliberalismo se ve frente a una fuerza que se le contrapone en pos de abrir lo político. Ahora, puede decirse que en esta etapa emergente de lo común no se “ganó” nada en concreto, pero ciertamente hubo un proceso creciente de toma de conciencia y de creación de una identidad colectiva; un paso que fue desde la percepción de no ser sujetos legítimos de tener voz ni capacidad de desplegarla, a una posición de poder reunirse, hablar, escuchar y discutir la vida en común.

En última instancia, estas prácticas se alojaron en un punto donde la historia política de los movimientos sociales y la experiencia cotidiana de las personas no han sido del todo sometidas a las amenazas del neoliberalismo, en un lugar donde parece estar el tejido más delicado de los bienes comunes humanos. En estos ámbitos de confianza, las y los estudiantes pudieron comenzar a romper un paisaje político y cultural hegemónico. En palabras de Lukes (2005), esto último significó romper el poder dominante de una cultura política que, por un lado, valoraba el sistema educativo chileno como un sistema bueno, técnico e incuestionable; y, por el otro, definía a los actores políticos ajenos a la tecnocracia tradicional como ilegítimos de participar en este tipo de discusiones. Reconocer la riqueza, las condiciones, matices y acciones comunicacionales en el ámbito de la intimidad amurallada nos permite huir de viejas dicotomías en estudios de comunicación, como las esbozadas entre lo privado frente a lo público (Harvey, 2011), y mirar también con precaución las afirmaciones de que internet es el espacio original de la resistencia social en los últimos años, como sostuvo Castells (2012). En definitiva, el reconocimiento de estos ámbitos nos permite observar los patios interiores de la democracia (Lechner, 1988) como zonas donde no solo podemos encontrar “prácticas de interacción, cuidado y convivencia” (Hardt

y Negri, 2009: viii), sino donde es posible ser políticamente significativo debido a la emergencia de un común humano y político. Ahora bien, ¿qué sigue a este momento de emergencia?

## Referencias

- Andretta, M. y Della Porta, D. (2009) 'Models of democracy. How activists See Democracy in the Movement', en D. della Porta (ed.) *Another Europe. Conceptions and Practices of Democracy in the European Social Forums*, London: Routledge/ECPR, 65-85.
- Argento, M. (2015) 'Del hastío a la invención política: experiencias asamblearias en las ciudades de Rosario y Quito a inicios del siglo XXI', en P. Camara, A. Chaguada, B. Fernández y F. Puente (coords.) *Prefigurar lo político. Disputas contrahegemónicas en América Latina*, Buenos Aires: El Colectivo, Clacso, Último Recurso, 23-60.
- Brown, W. (2015) *Undoing the Demos: Neoliberalism's Stealth Revolution*, New York, NY: Zone Books.
- Brown, W. (2005) *Edgework. Critical Essays on Knowledge and Politics*, Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Castells, M. (2012) *Networks of Outrage and Hope. Social Movements in the Internet Age*, Cambridge: Polity.
- Crary, J. (2013) *24/7. Late Capitalism and the Ends of Sleep*, London: Verso.
- Della Porta, D. (2015) *Social Movements in Times of Austerity*, London: Polity.
- Euler, J. (2015) 'Commons-Creating Society: On the Radical German Commons Discourse', *Review of Radical Political Economics*, 48 (1): 93-110.
- Figueroa, F. (2013) *Llegamos para quedarnos. Crónicas de la revuelta estudiantil*, Santiago de Chile: LOM.
- Garcés, M. (2012) *El despertar de la sociedad. Los movimientos sociales de América Latina y Chile*, Santiago de Chile: LOM.
- Graeber, D. (2013) *The Democracy Project. A History, a Crisis, a Movement*, London: Penguin.
- Hardt, M. y Negri, A. (2009) *Commonwealth*, Cambridge, MA: The Belknap Press of Harvard University Press.
- Harvey, D. (2011) 'The Future of the Commons', *Radical History Review*, 109: 101-107.
- Helfrich, S. (2012) 'The Logic of the Commons & the Market: A Shorthand Comparison of their Core Beliefs', en D. Bollier y S. Helfrich (eds.) *The Wealth of the Commons. A World beyond Market and State*, Amherst, MA: Levelers Press, 37-44.
- Holloway, J. (2002) *Change the World without Taking Power. The Meaning of Revolution Today*, London: Pluto Press.
- Jocelyn-Holt, A. (1998) *El Chile perplejo. Del avanzar sin transar al transar sin parar*, Santiago de Chile: Planeta/Ariel.
- lavaca (2007) *Sin patrón: fábrica y empresas recuperadas de la Argentina*, Buenos Aires: Lavaca Editora.
- Lechner, N. (1988) *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*, Santiago de Chile: Flacso.
- Lukes, S. (2005) *Power. A Radical View*, New York, NY: Palgrave Macmillan.
- Mattei, U. (2014) 'First Thoughts of a Phenomenology of the Commons', en D. Bollier y S. Helfrich (eds.) *The Wealth of The Commons. A World beyond Market and State*, Amherst, MA: Levelers Press, 37-44.
- Mattei, U. (2012) *Beni Comuni. Un Manifesto*, Roma: Editori Laterza.
- Mouffe, Ch. (2005) *On the Political*, New York, NY: Routledge.
- Murdock, G. (2013) 'Communication in Common', *International Journal of Communication*, 7: 154-172.

- O'Donnel, G. (1994) 'Delegative Democracy', *Journal of Democracy*, 5 (1): 55-69.
- Ostrom, E. (2011) *Governing the Commons. The Evolution of Institutions for Collective Action*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Ouviña, H. (2008) 'Las asambleas barriales y la construcción de lo "público no estatal": la experiencia en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires', en B. Levy y N. Gianatelli (eds.) *La política en movimiento. Identidades y experiencias de organización en América Latina*, Buenos Aires: Clacso, 65-102.
- PNUD, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2015) *Los tiempos de la politización*, Santiago de Chile: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- Pousadela, I. (2011) *Entre la deliberación política y la terapia de grupo: la experiencia de las asambleas barriales-populares en la Argentina de la crisis*, Buenos Aires: Clacso.
- Rajchenberg, E. y Héau-Lambert, C. (2004) 'Los silencios zapatistas', *Chiapas*, 16 (II): 51-61.
- Schlozman, K. L., Verba, S. y Brady, H. E. (2012) *The Unheavenly Chorus. Unequal Political Voice and the Broken Promise of American Democracy*, Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Somma, N. (2012) 'The Chilean Student Movement of 2011-2012: Challenging the Marketization of Education', *Interface: A Journal for and about Social Movements*, 4 (2): 296-309.
- Verba, S., Nie, N. y Kim, J. (1978) *Participation and Political Equality: A Seven-Nation Comparison*, New York, NY: Cambridge University Press.

## Capítulo 4

# ENCARNANDO LOS COMUNES: OCUPAR LO URBANO

Respirar un futuro esplendor  
 Cobra más sentido si lo creamos los dos  
 Liberarse de todo el pudor  
 Tomar de las riendas, no rendirse al opresor  
 Caminar erguido, sin temor  
 Respirar y sacar la voz.  
*Sacar la voz*, canción de Ana Tijoux,  
 cantante chilena de hip-hop.

### INTRODUCCIÓN

Ana Tijoux, cantautora chilena de hip-hop, lanzó el videoclip de su canción *Sacar la voz* un año después de los acontecimientos de 2011. La letra y el registro del video encapsularon parte de lo que este capítulo describe y explica: un viaje desde la intimidad amurallada hacia el mundo exterior, mediante actividades en espacios urbanos que requerían de la presencia de activistas en el diálogo político, en la indignación y la alegría. De grandes dimensiones, inclusivas, coloridas y entregando un mensaje, estas prácticas sirvieron para facilitar la inclusión de estudiantes y adherentes en el proceso de expresar un estar juntos, al mismo tiempo que se reconocía el poder del “nosotros” en el proceso.

Que la gente proteste en las calles frente a los edificios públicos, se reúna en las esquinas o distribuya panfletos no es algo nuevo en la historia de los movimientos sociales ni en las más recientes expresiones de descontento social. La protesta, dicen Taylor y Van Dyke, “es quizá la característica fundamental que distingue a los movimientos sociales de los actores políticos rutinarios” (Taylor y Van Dyke, 2004: 263). Las razones para tal énfasis están en que estas actividades llevan la movilización al corazón de la vida social y porque permiten la creación de redes cara a cara entre personas antes desconocidas entre sí. En este sentido, la presencia de la gente en las calles promueve un entorno de

apoyo mutuo que ayuda a construir una identidad colectiva. Observadas desde una perspectiva de los comunes, estas dos últimas características, el elemento performativo y el componente identitario, son muy relevantes en la creación de un “nosotros” (Gamson, 2000). Sin embargo, los contextos sociales, políticos, emocionales, cognitivos y relacionales de los movimientos sociales deben tenerse en cuenta para entender la acción de cualquier movimiento: ya sea discutiendo el resultado de sus acciones o los medios que utilizan para pelear por sus objetivos.

Esto es importante de considerar para abordar, por ejemplo, la diferencia entre el caso chileno y movilizaciones contemporáneas como las ocurridas durante 2011 en distintas ciudades de España, en plaza Tahrir de El Cairo, Egipto, o en Nueva York, Estados Unidos. Una característica central de todos estos casos fue la ocupación permanente de una plaza o centro urbano clave que sirviera como símbolo y sede en donde la gente, unida por problemas comunes, se reuniera defendiendo una postura transversal, política y emocional (Della Porta, 2015). En la movilización chilena de 2011 no existieron las acampadas, como en el caso de España, Tahrir o Nueva York. Las razones se ilustran y explican más adelante en este capítulo, pero por ahora es importante tener presente la idea de que:

Los activistas adoptan estrategias y tácticas no simplemente porque han demostrado ser eficaces, sino porque resuenan con creencias, ideas y marcos culturales que la gente utiliza para dar sentido a su situación y legitimar la acción colectiva (Taylor y Van Dyke, 2004: 276).

Teniendo en cuenta dicha cautela, este capítulo presenta las protestas y expresiones de descontento civil, que se denominan en este libro “encarnación urbana”, como métodos claves para atraer a un gran y diverso número de personas a involucrarse en la movilización por medio de maneras creativas, seductoras, amables y convincentes, y hacer que dicha invitación fuera una característica definitoria del movimiento. Las personas involucradas en la movilización lograron coordinar su accionar en distintas zonas y horarios, con actividades destinadas a invitar a quienes no estaban involucrados en la movilización, así como también reunir activistas que no tenían vínculos entre sí en sus espacios de base. Esa fue la razón de llevar la protesta a la calle y mantener conversaciones cara a cara con personas al azar, yendo en contra de la cultura individualista de “es tu problema, no el mío” arraigada en la sociedad chilena (Gómez, 2007). También fue la razón de ser de las acciones callejeras masivas, como forma de emplazar a las principales instituciones del país a escuchar la voz de la gente, así como sus planteamientos y condiciones.

En avenidas, plazas y esquinas, las y los estudiantes movilaron la política íntima generada en los espacios personales de hogares, escuelas y universidades. Siguiendo la idea de que “las personas necesitan primero ser visibles antes de que se les pueda reconocer que tienen voz” (Couldry, 2010: 130), quienes participaron de la

movilización lucharon por ser visibles utilizando el elemento más básico que tenían a su disposición, sus cuerpos, y en el espacio común más accesible que tenían, como calles, esquinas y plazas. Al situar sus cuerpos en los paisajes urbanos, las y los activistas desplegaron tres tipos de acción en su intento por superar la falta de voz, espacio y derecho a discutir la vida en común. El primer tipo fueron los encuentros informativos cara a cara en ferias, microbuses, centros comerciales y plazas. El segundo tipo de acción consistió en intervenciones artísticas, *flashmobs* y viejos repertorios recuperados y actualizados, incluyendo las expresiones más joviales de la movilización. Un tercer tipo de práctica fue el de las marchas y concentraciones, elemento central y tradicional de las movilizaciones en Chile, que, a pesar de su larga historia, se reconfiguró para tener un componente más atractivo y manifiesto.

Después de revisar y destacar los elementos distintivos de cada una de estas prácticas, argumentaré que lo que ellas hicieron fue subvertir las lógicas de mercado de los espacios urbanos, mediante una aproximación colaborativa nacida desde un cohabitar comprometido que continuamente refrescaba la conciencia de ser parte de un colectivo político. En este sentido, estas acciones conllevaron un sentido de unión, de ser y estar juntos, y una representación del “nosotros”.

La creación de un sentido de unión, de ser y estar juntos se fue configurando por medio del despliegue de los cuerpos fuera de los espacios amurallados y protegidos, alcanzando a otras y otros en un hábitat común, la ciudad, mediante diálogos, recuerdos, emociones y celebraciones. Estas acciones fueron decisivas para romper la lógica neoliberal donde los problemas son individuales y no colectivos, por lo tanto, se resuelven individual y no colectivamente, y donde las lógicas de colaboración y encuentro dialógico escasean frente a la competencia y el apuro de la vida 24/7.

En cuanto a las características representativas del despliegue urbano de cuerpos, como mítines, *flashmobs* y marchas, las y los estudiantes fueron testigo, de primera mano, de una experiencia estética de lo que aspiraban y lo que querían expresar hacia las instituciones políticas y la sociedad en su conjunto. Un número cada vez mayor de artistas representó un “nosotros” en los paisajes de la vida cotidiana urbana en cuatro niveles: de activistas, del pueblo en general, de la institucionalidad y de un sujeto político emergente que portaba una imagen distintiva del “nosotros” colectivo.

Basándose tanto en el sentido de unión como en los rasgos representativos de las prácticas urbanas, este capítulo describe cómo la gente salió a hablar con otras y otros, a encontrar a personas en un terreno que quienes se movilizaron defendieron como dominio común: el espacio urbano. En estas performances urbanas, el proceso emergente de puesta en común que se había desarrollado en espacios íntimos, salió y encontró a otros que, por medio de actos políticos públicos de afecto, seducción, alegría y presencia, mostraron que era imposible negar la omnipresencia de la gente e imposible negar la validez de su expresión.

## ENCUENTROS INFORMATIVOS CARA A CARA

Para mostrar el camino de las prácticas urbanas encarnadas, este capítulo va a ir desde las realizadas por grupos más pequeños hasta las mayores expresiones de masividad de 2011. En el primer grupo es posible rastrear cinco actividades: distribución de panfletos, intervenciones en el transporte público (principalmente microbuses), intervenciones en patios de comidas de centros comerciales, recolección de alimentos en mercados y el trabajo diario en stands o quioscos informativos.

La distribución de panfletos forma parte del repertorio clásico de la movilización en Chile. En 2011 fue uno de los medios base para distribuir información. Era accesible, solo se necesitaba una impresora, una fotocopidora e imaginación, y permitía la rápida producción de contenidos de elaboración propia. La distribución de panfletos fue relevante principalmente por dos razones: como forma de reducir la complejidad del mensaje para presentar a la gente datos concretos, y como forma de asegurar la presencia física en las calles y en los espacios de la vida cotidiana. Y para las y los estudiantes significaba también salir del ostracismo en el que podían caer producto del tiempo que pasaban en el interior de las tomas. El panfleteo era, así, una forma de confirmar su existencia encarnada en el espacio urbano, haciéndose visibles y disponibles para que la gente se acercase, les cuestionara, apoyara, desafiara y, en algunos casos, les reconviniera u ofreciera pelea.

Entonces, lo que más funcionaba era quedarse custodiando la entrada y desde ahí uno se podía poner a conversar con gente extraña. Les explicábamos qué es lo que hacíamos, qué es lo que queríamos lograr. Argumentábamos con lo pacífico de nuestra toma. Les explicábamos, si tenían hijos, el costo de educarlos versus una educación gratuita, de calidad. Y eso lo hacíamos con los extraños, los apoderados, los profesores. Funcionaba. Lo que más funcionaba era conversar, meterse en la situación personal de cada uno, preguntarle acerca de su caso. Entregarle ayuda o sugerencias de cómo abordarlo (José<sup>1</sup>, 25 años, estudiante universitario en 2011).

El transporte público, en concreto los microbuses urbanos, fue otro lugar en el que estudiantes pudieron entablar interacciones cara a cara con personas rumbo al trabajo o simplemente trasladándose por la ciudad. El objetivo de tal acción estuvo en alcanzar a aquellas personas, pasajeros, que pudiesen no estar particularmente interesadas o comprometidas en materias político-sociales. El accionar consistía en subir a los microbuses, con el permiso del conductor, y dar un discurso explicando las razones de la movilización y sus peticiones de forma cercana y sencilla. Considerando que el transporte público en Chile es abordado a diario por cantantes, comediantes y personas que piden dinero, la irrupción de jóvenes estudiantes no fue del todo

<sup>1</sup> Nombre ficticio debido a la voluntad del informante de ser anónimo.

perturbadora. La única diferencia era que, en este caso, quienes se dirigían a la audiencia lo hacían pidiendo la atención de pasajeros con un contenido político social, y modestas cantidades de dinero para mantener su movilización. A veces incluso vendían dulces o galletas para recaudar dinero para la movilización, y mientras uno repartía los dulces a lo largo del bus, otra u otro explicaba los motivos de por qué estaban protestando. Las reacciones eran variadas, como explica Francisca Villablanca, estudiante de secundaria en 2011:

FV: Ahí [en el microbús] un compañero era el presentador, decía 'Si tienen alguna colaboración, somos un colegio en toma, estamos luchando por la educación de sus hijos, necesitamos dinero para mantenernos en la toma...'.  
 JSU: ¿Y qué decía la gente?

FV: Alguna gente nos decía vayan a estudiar 'cabros de mierda', o les decían a mi compañero que iba pasando, otra gente daba plata y no pescaba, había de todo y la gente que estaba en contra era muy cerrada.

JSU: ¿Crees que la gente con la conversación cambiaba?

FV: Algunos sí, otros no, te decían algo y cuando les decías algo te respondían 'No, no te voy a escuchar'. Otra gente estaba como exaltada, estaba enojada, y cuando les hablabas calmadamente se empezaban a calmar, y le empezabas a hablar desde su caso, como si le pasara a esa persona y comenzaban a ceder.

Una acción similar ocurrió en centros comerciales, donde entraban de forma encubierta para dar un discurso y distribuir folletos antes de ser desalojados por guardias de seguridad. ¿Por qué ahí? Si bien los centros comerciales son edificios de propiedad privada, hoy en día ocupan un espacio central en las principales ciudades de Chile, difuminando los límites entre el espacio público y el privado. Dentro de los centros comerciales hay grandes patios de comidas, tiendas, incluso universidades y, al contrario de lo que ocurre en otros países, en Chile se encuentran en su mayoría en el centro de las ciudades y son puntos clave en la sociabilidad cotidiana. Es decir, se trata de espacios en flujo constante, en los que se mezclan trabajadores y otros que disfrutan del ocio. Debido a la afluencia de público en los centros comerciales, los estudiantes utilizaron diferentes formas de entrar a ellos sin llamar la atención de los guardias. Pasando inadvertidos como clientes comunes, se sentaban en el patio de comidas y, al oír un silbato, se ponían de pie, y se repartían en tareas que involucraban dar un discurso y distribuir folletos entre la gente.

Entregábamos discusión sobre tema educacional, entonces era como algo que trataba de romper con la lógica de la rutina y dar cuenta que estábamos acá y en todos lados. Eso me tocó como estudiante, entonces la comunicación que había era un poco de alejarse, de poder, a veces, establecer un poco de distancia, pero después entrar y decir 'Oye, en realidad son problemas

que se vienen arrastrando hace mucho tiempo' (Pablo Flores, presidente de la Feuah en 2011).

La recolección de alimentos en mercados conocidos como ferias libres y la recaudación de dinero en distintos puntos de las ciudades chilenas no fueron acciones específicamente enfocadas a difundir el punto de vista de la movilización, sino más bien concentradas en la sobrevivencia de la vida en el interior de las tomas y la compra de materiales de difusión. No obstante, sí formaron parte del diálogo entre manifestantes y ciudadanía. La tarea práctica de recoger víveres necesarios para mantener la ocupación de varios edificios creó un diálogo entre comerciantes locales y estudiantes. En su mayor parte, el gremio comerciante de ferias y mercados se mostró solidario, al igual que las personas de las clases trabajadora y media. Desde el punto de vista estudiantil, este tipo de contacto les brindó ciertas luces respecto del grado de apoyo que podía alcanzar la movilización. También representó una oportunidad para proporcionar información de primera mano a comerciantes locales que, eventualmente, la difundirían posteriormente entre sus amistades, familia y clientela.

Hicimos muchas actividades, como ir a ferias libres a repartir volantes, con algunos instructivos, con síntesis de lo que trataba el movimiento. Nos poníamos en el metro, algunos se disfrazaban de cosas simbólicas, signos de peso, libros, para hacerles ver el trabajo que significa concientizar (Cecilia<sup>2</sup>, 23 años, estudiante universitaria en 2011).

También hacíamos actos en las plazas. Mitin en las ferias, obras de teatro. Siempre la gente veía cosas raras, gente gritando y finalmente lo lográbamos: se acercaban y se daban cuenta, de alguna forma, del mensaje. Como no teníamos los medios de comunicación a nuestro servicio, teníamos que empoderarnos de esos pequeños espacios que todavía son posibles de utilizar y de poder llegar al vecino, al amigo, a quien está a tu lado, que no está interiorizado del tema pero que le afecta de igual forma (Irma<sup>3</sup>, 20 años, estudiante de secundaria en 2011).

Otras actividades también ocuparon el espacio urbano de forma dialogante, por medio de stands o quioscos informativos instalados en calles y plazas. Con toldos ubicados en lugares centrales de las ciudades, las y los estudiantes ocuparon el lugar con música, entretenimiento y también información, utilizando estos hitos temporales como puntos de recolección de dinero, para ofrecer comida y para compartir comentarios y opiniones con estudiantes y personas que se acercaran a conversar o hacer preguntas. Estas actividades de un día de duración buscaban informar y romper la rutina de los espacios urbanos, pero también, considerando las acciones de quienes estuvieron a cargo de las comunicaciones en la Universidad

<sup>2</sup> Nombre ficticio debido a la voluntad de la informante de ser anónima.

<sup>3</sup> Nombre ficticio debido a la voluntad de la informante de ser anónima.

del Bío-Bío, eran un intento de “dar testimonio de nuestra presencia y mostrar que estábamos en todas partes”. Sin embargo, la idea de permanecer más de un día en las calles o instalar carpas permanentes en los espacios urbanos fue descartada debido a experiencias previas poco exitosas. En el historial de 2011 hubo un intento de ocupar permanentemente una céntrica plaza en Valparaíso, siguiendo el ejemplo del movimiento de los Indignados en España, pero no tuvo éxito por varias razones. Entre ellas, un elemento histórico: acampar en una plaza pública nunca ha estado en el repertorio de movilizaciones en Chile, salvo en el caso de la ocupación de terrenos para construir viviendas para los sin techo (Cortés, 2014). Otro elemento es el mencionado por Castells en su referencia al movimiento 15M:

La posibilidad de que el movimiento organizara esta nueva política dependía materialmente de la ocupación del espacio público: de la existencia de las acampadas, aunque solo una pequeña minoría se quedara por las noches, que proporcionaban el escenario para la contrasociedad que materializaba el sueño de una democracia real (Castells, 2012: 134).

En el caso chileno, como se revisó en el capítulo anterior, las escuelas y los edificios universitarios servían como puntos de decisión, por lo que no había necesidad, o no había razón, para sugerir el uso de un espacio más abierto. Una tercera y cuarta explicación fue dada por quienes vivieron la movilización en carne propia: la rápida acción de las fuerzas policiales para desalojar cualquier tipo de ocupación permanente y no autorizada de los espacios urbanos, y la falta de apoyo de la ciudadanía a este tipo de acciones. Sebastián Farfán recordó que su único intento de ocupar una plaza en la ciudad de Valparaíso fue un rotundo desastre. Por desgracia para él y sus camaradas, se dieron cuenta demasiado tarde. La ocupación al estilo Indignados terminó con un violento enfrentamiento entre policías y estudiantes. En lugar de ganarse a la gente para su causa, observaron que había pasado justo lo contrario, ya que ni ciudadanía ni estudiantes entendieron la razón de ser del campamento.

Yo me acuerdo de cuestiones que tratamos de hacer y que, por ejemplo, acá en Valparaíso una vez tratamos de hacer (...) en España estaba todo este movimiento de las carpas y los Indignados. Y no funcionó y, peor aún, se fue pal otro lado, porque nos tratamos de mantener en una plaza, ¿cachai? Pero estaban los pacos [policía] y se fue pal otro lado, con los pacos chocamos violentamente, con los pacos quedó la cagada y la gente no entendía nada, se salió de las manos y terminamos en un enfrentamiento con los pacos y nadie entendió el mensaje de lo que queríamos hacer (Sebastián Farfán, presidente de la Feuv en 2011).

## INTERVENCIONES ARTÍSTICAS, FLASHMOBS Y REPERTORIOS RECUPERADOS

En el recuerdo de quienes participaron con sus testimonios en este libro hay una opinión generalizada respecto de que en 2011 tuvieron que llevar adelante una movilización más inclusiva y que esta inclusividad debía comenzar lo antes posible, cuando las actividades estuvieran en su fase de planificación. El espíritu fundamental era conseguir que el pueblo se involucrara de una manera más “amigable” a la revuelta, haciendo hincapié en la participación y en las iniciativas de base en lugar de imponer un enfoque particular que debiese ser seguido por toda persona que quisiera sumarse a la movilización. Como reflexionó José Soto en esta materia, la comunidad estudiantil movilizadora era consciente de que “no podemos seguir llamando a la misma gente”, en referencia al activista o simpatizante de izquierdas, por lo que idearon otros medios para reunir a personas de orígenes más amplios y diversos. Esta observación provino también de una reflexión sobre la estética usada en movilizaciones previas, la forma en que la gente reaccionaba frente a los diversos símbolos, discursos y ritmos de protesta ya conocidos en manifestaciones anteriores. En este sentido, las mentes creativas del estudiantado se dieron cuenta que “esa estética (de los 60) daba mucho miedo a mucha gente” (Cristian Inostroza).

El resultado de este proceso reflexivo fue un acuerdo para crear un nuevo conjunto de expresiones públicas, pero sin dejar de utilizar los espacios urbanos, ya que creían que eran los mejores lugares para manifestarse públicamente y desafiar al poder institucional en tanto colectivo. Dentro de las acciones que reúne este perfil y accionar en el espacio urbano, podemos contar tres: intervenciones artísticas, *flashmobs* y ciertos repertorios recuperados y resignificados.

### Intervenciones artísticas

Integrada por estudiantes principalmente de Santiago y provenientes de diversas carreras artísticas, como artes visuales, teatro, danza y cine, la Asamblea de Estudiantes de Arte (AEEA) desarrolló varias intervenciones artísticas durante 2011. Gracias a la unión con base en su determinación de participar en la movilización, diseñaron acciones destinadas a interrumpir el flujo normal de la ciudad. Enfocaron sus esfuerzos en desafiar al transeúnte urbano del día a día mediante intervenciones que expresaran el descontento con el poder político y económico, pero evitando usar la estética de protesta anteriormente utilizada en el activismo ligado a las artes. En concreto, rehuyeron de colores e imágenes icónicas asociadas a movimientos de izquierda del siglo XX, por el potencial disuasivo que estas pudieran tener sobre gente que, al verlas, ni siquiera se acercaría y menos observaría sus performances.

Todas las acciones de la AEEA tuvieron lugar en espacios públicos urbanos y fueron diseñadas cuidadosamente de principio a fin. El proceso de creación implicó largas

reuniones para decidir el curso de acción, el propósito, las razones de la intervención y su estructura, involucrando diferentes puntos de vista políticos y estéticos que reflejaban la diversidad de disciplinas dentro del grupo. Una de las intervenciones artísticas de AEEA en 2011 se denominó *Yugo comunicacional* y apuntó una crítica a la dependencia de la televisión por parte de las personas, en tanto fuente de entretenimiento e información provista por empresas privadas. El acto tuvo lugar una mañana en pleno Paseo Ahumada, la icónica y concurrida peatonal del centro de Santiago.

Cuando hicimos esto de arrastrar las teles con las capuchas, como que de repente cuando terminó esa cuestión empezamos a cachar que estábamos haciendo arte o algo así, o algo parecido al arte, porque veíamos gente que se acercaba a nosotros y nos decía qué significa esto, pero con una desesperación, con unas ganas de saber qué queríamos decir. Y había alguien encargado de responder porque nosotros estábamos metidos en nuestra acción. El que estaba encargado le decía: “Señora, usted piense lo que quiera, vea que hay una televisión”. Le trataba de abrir la mente en vez de cerrarse a la posibilidad de “Por favor, *díganme lo que dice*”. *No queríamos decirles, queríamos que la gente tuviera una reflexión* (Cristian Inostroza, miembro de AEEA).

La estrategia y preparación de las intervenciones de arte buscaron, a propósito, disponer solo algunas piezas del rompecabezas en el espacio urbano, utilizando un lenguaje artístico y las calles como lienzo. Según el equipo detrás de las acciones, estas fueron exitosas en la medida en que fueron conscientes, a partir de su percepción del número de adherentes que convocaban las marchas, de su propia observación en las calles, de la cobertura de los medios de comunicación y de las encuestas, de que lo que hacían en las calles tenía un impacto en las personas. Y ese impacto era que transeúntes pudieran observar los problemas del modelo económico chileno y sus consecuencias en un lenguaje sugerente que, en pleno tránsito cotidiano, permitiera hacerse preguntas. Aunque las y los activistas de la AEEA reconocían y agradecían las multitudes que presenciaban sus intervenciones, también eran muy conscientes del impacto limitado que podían alcanzar en la inmediatez de lo urbano. Por lo mismo, previo a cada intervención convocaban a la prensa para que cubriera el evento. A la vez, al final de cada intervención publicaban imágenes de lo realizado en YouTube y las difundían por medio de Facebook. La razón de tal difusión era simple: distribuir su mensaje a través de tantas plataformas como fuera posible, no solo para desplegar su crítica respecto a la profunda penetración del neoliberalismo en la vida del pueblo chileno, sino también para difundir posibles formas de llevar a cabo otras acciones políticas, tanto al resto del movimiento como a toda persona o agrupación que quisiera manifestarse.

Estas intervenciones fueron observadas por algunos representantes estudiantiles como muy relevantes, por su singularidad y por el mensaje positivo que aportaban

a una estrategia mediática de gran alcance desplegada por el movimiento (sobre la estrategia con respecto a los medios de comunicación, ver próximo capítulo). Como comentó Francisco Figueroa, vicepresidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile:

Había una especial dedicación a que las formas de movimiento creativa, pongámosle así creativas, fueran cubiertas y fueran representativas del movimiento estudiantil aun cuando no salían de las estructuras dirigenciales del movimiento. O sea, fueron súper espontáneas, súper espontáneas, pero una parte, al menos, de la dirigencia estábamos súper preocupados de que eso ojalá se tomara las marchas, fuera ese el rostro hacia la sociedad del movimiento y eso se trasuntaba.

## **Flashmobs**

Consideradas por la mayoría de las y los activistas como la forma más original, espontánea y carente de jerarquías entre las expresiones utilizadas durante la movilización de 2011, los *flashmobs* y las intervenciones urbanas tuvieron lugar en diferentes ciudades del país. El elemento común de estas acciones fue la reunión de cientos de personas en espacios urbanos, permitiendo que cualquiera participara de ellas. Se trataba de acciones originales, llamativas y populares que servían de entretenimiento tanto para quienes las observaban como para quienes participaban de ellas, y eran coordinadas por convocatorias abiertas realizadas a través de Facebook y del boca a boca.

Cinco *flashmobs* ilustran esta práctica. En el *Thriller por la educación chilena* (celebrado el 24 de junio de 2011), cientos de personas bailaron al ritmo de la canción *Thriller* de Michael Jackson frente al palacio de La Moneda, en la ciudad de Santiago. La intención era retratar cómo el sistema de educación en Chile estaba destruido y moribundo, por medio de los cuerpos de quienes habían fallecido sin poder pagar los préstamos que habían contraído para cubrir el costo de sus matrículas y aranceles. El objetivo de esta coreografía fue emplear un enfoque teatral para llegar a aquellas personas que no participaban de la movilización. La convocatoria abierta en la página de Facebook del evento expresaba claramente las motivaciones para crear ese tipo de acción.

El objetivo es dar un golpe comunicacional, y al mismo tiempo informar y exponer a la ciudadanía de manera distinta las demandas... Al elegir *Thriller* queremos dar el mensaje que a pesar de que la educación pública está muriendo, y que nos mantienen como zombis bajo un sistema educacional y social que no nos permite derecho a réplica ni da lugar al real surgimiento del país, nosotros, los “zombis” no nos quedamos de brazos cruzados y si es necesario, reviviremos y llegaremos hasta La Moneda con tal de ser escuchados y rescatar la educación pública de esta muerte programada

desde hace más de 30 años (Convocatoria abierta al ‘Thriller por la educación chilena’).

Otra acción, realizada el 6 de julio, se denominó *Besatón*. Consistió en una reunión de personas en la principal plaza pública de Santiago, quienes se besaron simultáneamente para llamar la atención sobre su reivindicación por medio de un mensaje de amor y cariño, enfrentándose así a la imagen violenta que parte de los medios de comunicación les atribuían, como se muestra en la imagen. La idea pronto se extendió por toda la nación y el 1 de septiembre se convocó a una *Besatón* nacional que se celebró en diferentes ciudades del país.



*Una metáfora política: 1800 millones de dólares era el monto que el estudiantado consideraba necesario para costear la educación pública, gratuita y de calidad en Chile. Consecuentemente, la Besatón consistió en gente besándose por 1800 segundos como una expresión de amor y protesta. Imagen Alvaro Hoppe.*

Una acción similar fue el *Suicidio colectivo por la educación*, realizado el 28 de junio de 2011, en las ciudades de Santiago y Valparaíso. La performance consistió en que los activistas cometieran falsos suicidios con una cuerda, una pistola u otra herramienta en lugares urbanos con un cartel en el pecho, expresando la razón por la que se habían suicidado y permaneciendo “muertos” durante quince minutos. La duración de la actividad se acordó para que quien transitara por el lugar tuviera tiempo suficiente para pasear entre los “cadáveres”, leer sus carteles e imbuirse de la experiencia. Al seguir los comentarios publicados en los eventos en Facebook que convocaron a la actividad, el sentimiento entre las y los estudiantes era de alegría; de éxito al transmitir sus acciones de forma pacífica y creativa; y de orgullo y satisfacción por participar en una búsqueda común de cambio.

Hubo cosas espontáneas de las bases que permitieron dar vuelta la tortilla a nivel casi simbólico y emocional en las masas de Chile. Yo creo que una cuestión clave en esto fue el *Thriller por la educación*, iniciativa espontánea de los cabros que permitió enganchar con la gente en la casa que dijera, “Putita que son creativos, ¿a ver qué estaba diciendo? Ah, educación gratuita”. Entonces eso quedó, y se empezaron a replicar estas iniciativas en todo Chile. A veces yo estaba y se decía “Mañana Besatón”. Y yo pensaba ¿cómo iba a resultar esta huevada? E iba y había miles de cabros en plazas besándose, la gente pasaba y se cagaba de la risa, entonces fueron formas por abajo que trataron de empatizar socialmente todas las semanas (Sebastián Farfán, presidente de la Feuv en 2011).

Especialmente atractivo para la gran fanaticada de la animación japonesa, muy popular en Chile desde los años 80 hasta la actualidad, fue el llamado *Genkidama por la educación chilena*. Este *flashmob* tuvo una magnitud nacional al ser ejecutado en diez ciudades, y consistió en marchas que terminaban en concurridas plazas, donde el corazón de la actividad estaba en una especie de radionovela participativa transmitida por altoparlantes. La historia era una narración alternativa a la de los guerreros de la serie de animación japonesa *Dragon Ball Z*, en la cual estos defendían la educación chilena. Las voces de los populares personajes de la serie, interpretadas por los actores mexicanos originales que doblaban las voces al español para Latinoamérica (contactados por uno de los organizadores del evento con tal fin), emanaban a través de los altavoces, apoyando la lucha de la educación en Chile y reivindicando la fuerza y unidad del estudiantado movilizado para crear una bola de poder, la *Genkidama*, símbolo de la fuerza y el poder en *Dragon Ball Z*, contra los enemigos de la educación pública, gratuita y de calidad. Al igual que en la serie animada, con una narración de personajes buenos y malos, y con la emoción de las personas reunidas en la plaza en la representación, la narración llamó a la concurrencia a levantar sus brazos para crear la *Genkidama* que, hecha de madera y tela en este caso, finalmente apareció sobre las personas reunidas en la abarrotada plaza, anticipando el triunfo final de la juventud chilena reclamando por un mejor futuro.

Hubo una quinta performance, más larga y diferente a las anteriores: las *1800 horas por la educación chilena*. Esta performance hacía referencia a la cantidad de dinero que el Estado debía inyectar al sistema educativo para proporcionar una educación pública, gratuita y de calidad, según un análisis realizado por estudiantes de la Universidad de Playa Ancha. La acción consistía en una carrera de relevos alrededor de la casa de gobierno que duraba nada menos que 1.800 horas. Esto significó que, ininterrumpidamente durante varios días y noches, jóvenes y adultos corrieron blandiendo una bandera, con disfraces, llamando la atención de la gente que pasaba por allí, de trabajadoras y trabajadores de edificios contiguos y de los medios de comunicación. Junto a la casa de gobierno había una carpa en la que quien quisiera participar podía reservar su turno para correr. La actividad terminó con una ronda de

personas cogidas de la mano por cuerdas y cuerdas, generando un cerco humano que bailaba y cantaba alrededor de La Moneda.

De los comentarios y testimonios recogidos para este libro se desprende que estas acciones significaron para quienes participaron de estas instancias la sensación de vivir en común, de ser un cuerpo doliente que se yergue, que se moviliza por un cambio, en gran medida como un colectivo físico cuyo movimiento reclama un cambio en sus vidas y en las de los que vendrán. Estas acciones permitieron establecer redes cara a cara, fueron realizadas por personas que antes eran desconocidas entre sí y pusieron en práctica un acto de cuidado y apoyo mutuo. En este sentido, si bien estas acciones no sirvieron para prefigurar una política de los comunes de manera práctica, como en el caso de las asambleas, figuraron una experiencia del “nosotros”, subvirtiéndolo físicamente lo que Gómez llama el “es tu problema, no el mío” del neoliberalismo en Chile (Gómez, 2007). Considerando que “los movimientos sociales no solo son moldeados por la cultura; también la moldean y la remodelan” (Johnston y Klandermans, 2003: 9), la subversión de los cuerpos desplegados y entrelazados aparece como un elemento clave en la fisura de un fundamento cultural del neoliberalismo: experimentar la encarnación de un “nosotros” y, en definitiva, otra forma de concebir la vida en común.

## Repertorios recuperados

En la década de 1970 la oposición al presidente socialista y líder de la Unidad Popular, Salvador Allende (1970-1973), se manifestó en contra de su administración mediante distintas maneras, siendo una de ellas el *cacerolazo*. Tal acción consistió en el golpeteo masivo de ollas y sartenes con cucharas de madera u otros utensilios de cocina, alegando que los almacenes no tenían productos suficientes para alimentar a sus familias. En los años 80 estos artefactos volvieron a ser utilizados, pero por los adversarios de la dictadura de Augusto Pinochet, cuando miles de familias se enfrentaron a una feroz crisis económica con consecuencias directas sobre la pobreza y desnutrición en el país. En 2011 el *cacerolazo* reapareció. Lo hizo la noche del 4 de agosto de 2011, en el cierre de la jornada más violenta de la movilización, tras una severa represión policial a manifestantes en las principales ciudades de Chile, producida luego de que el gobierno intentase impedir una marcha y la gente la intentara a pesar de la negativa gubernamental y la acción policial violenta en calles y plazas. De igual manera, la gente salió a reunirse en plazuelas, esquinas e incluso en sus balcones para golpear cacerolas durante varios minutos en lo que se convirtió, ese año, en una expresión contundente de descontento ciudadano.

La experiencia vivida en los *cacerolazos* fue una mezcla de sorpresa y alegría para quienes se encontraron en dicha acción con personas que formaban parte del paisaje cotidiano, como conocidos, vecinas, pero con quienes en la vida diaria no se formaba parte de ningún vínculo particular. La percepción de los golpes de ollas y sartenes

en la calle fue una revelación sensorial, la toma de conciencia de que en el mismo barrio se compartía un malestar común y sus habitantes tenían la disposición de ponerse junto a otras y otros para compartir y mostrar públicamente su descontento. Los cacerolazos se extendieron por todo el país en diferentes barrios, plazas y calles, donde quienes hacían sonar el metal eran caras nuevas y no las habituales de la protesta diurna. Era el momento en que familias, trabajadoras y trabajadores salían a la calle al final de la jornada laboral, haciendo ruido cuando caía el silencio de la noche, contribuyendo así a la expresión colectiva de la gente.

Yo vivo en Belloto. Estaba en mi casa y a las 9 pm empecé a escuchar ollas. Pensé que en mi barrio no pasaba nada. Yo me emocioné, salí a la calle a golpear mis ollas. Y eso pasó durante una semana. Cada vez se juntaba más gente. Y una vez llegó la banda de un colegio que estaba cerca, metimos mucho ruido y salimos a caminar por las calles (Valentina<sup>4</sup>, 26 años, estudiante universitaria en 2011).

Recuerdo las marchas de los sábados, en que se iba en familia. O también los cacerolazos, el momento más gratificante del 2011. Fue muy bonito cuando por las cuadradas se juntaban los vecinos. Luego se hicieron marchas por las poblaciones, lo que desencadenó que los domingos hubiera debates en la plaza, cerca de donde yo vivo. Se armaban ollas comunes. Mi experiencia familiar y barrial fue súper gratificante. En mi casa no hay resentimiento a ninguna época de Chile, pero se rompió esa frase típica de “No se habla de política en la mesa”. Fue por primera vez que se hablaba, gracias al movimiento estudiantil (Constanza<sup>5</sup>, 21 años, estudiante de secundaria en 2011).

Un último elemento, que nunca ha abandonado del todo el paisaje urbano, fueron las pancartas en las paredes de la ciudad. Emblemas de la lucha contra la dictadura, estos pliegos consistían en largos rollos de papel pintados con frases cortas que resumían mensajes dirigidos mayoritariamente al gobierno, pero también a la ciudadanía. A veces graciosas, en otras ocasiones serias, habitualmente sarcásticas, estas pancartas eran situadas estratégicamente en puntos de la ciudad con gran afluencia de vehículos particulares y locomoción colectiva, asegurando así que fueran accesibles a gran parte de la población. En 2011 estas pancartas aparecieron con fuerza, permitiendo plasmar el mensaje de la movilización en las paredes de la ciudad y apelar a quien pasara por allí en cualquier momento del día, sin necesidad de que hubiese estudiantes presentes. De este modo, si bien las y los manifestantes no se encontraban en las calles, sí existía una presencia material ineludible de carteles y pancartas que reafirmaba la idea de que el movimiento estaba en todas partes.

---

4 Nombre ficticio debido a la voluntad de la informante de ser anónima.

5 Nombre ficticio debido a la voluntad de la informante de ser anónima.

## MARCHAS Y CONCENTRACIONES

Entre el inicio y el final de las movilizaciones de 2011 se realizaron más de quince marchas nacionales, simultáneamente en diversas ciudades de Chile. Todas ellas se produjeron en respuesta a convocatorias nacionales y, tras la primera de ellas, el 12 de mayo, se observó una afluencia creciente de personas. Convertidas en la forma más habitual de expresar la disconformidad por parte de los movimientos sociales en Chile, las marchas de 2011 revelaron rasgos muy distintivos que demostraron tanto la continuidad como el alejamiento de viejas formas de marchar en el contexto de protestas y movilizaciones.

En primer lugar, en 2011 hubo más marchas nacionales que en ningún otro año desde 1990. En segundo lugar, todas tuvieron un diseño y una intención claras, con títulos que expresaron el mensaje general de la marcha. Por ejemplo, la marcha del 12 de mayo llevó el lema “No hay futuro sin educación pública y de calidad”. En tercer lugar, las marchas pasaron de tener un estilo fúnebre a ser expresiones más animadas y festivas, incluyendo danzas, actuaciones, carros alegóricos, malabaristas e intervenciones artísticas, haciendo de la marcha un lugar de alegría y no de miedo. En cuarto lugar, las familias participaron, desde los abuelos con bastones hasta niños pequeños en coches. Por último, fueron las mayores desde el retorno de la democracia en 1990. Las largas columnas de carnaval y protesta de 2011 fueron consideradas un factor clave en la movilización por su estructura, colores y audacia, y también porque llevaron una voz unificada como cuerpo social, como es evidente en la imagen de abajo donde los manifestantes portan representaciones de políticos y militares culpados por el estado de la educación chilena.



*El presidente y el ministro de Educación, en 2011, además de una ex presidenta y un ex presidente, más el dictador Augusto Pinochet, con cuernos y el dedo del medio levantado, culpados por los estudiantes como responsables del estado de la educación, durante una marcha. Imagen Alvaro Hoppe.*

Las marchas fueron una actividad constante durante el periodo de movilización, celebrándose nacional y simultáneamente en diferentes ciudades. Este ritmo frenético implicó una gran coordinación y el uso de habilidades específicas nacional y localmente. Esta coordinación incluyó la toma de decisiones en el ámbito nacional; la distribución de información hacia cada región del país; el enlace de la convocatoria general con las entidades locales a cargo, como federaciones de estudiantes; de estos con municipios y policía para, por ejemplo, obtener los permisos necesarios para hacer uso de calles y espacios urbanos, y coordinar la vía que recorrería la marcha.

Esta coordinación incluyó también un diseño gráfico unificado nacional para anuncios, pancartas, carteles y todo el material web e impreso que se distribuyera en universidades regionales, listo para ser modificado con la información adecuada sobre la marcha en cada ciudad y pueblo. Esta tarea frenética incluyó el llamado abierto a marchas nacionales y regionales usando todas las plataformas mediáticas posibles: desde Facebook, afiches en las calles, hasta prensa nacional. En el interior de las federaciones estudiantiles, las personas a cargo de comunicaciones tuvieron la tarea de coordinar la impresión, distribución e instalación de carteles en las paredes, así como la confección de pancartas por los mismos motivos. Otras tareas incluyeron la instalación de escenarios, sistemas de seguridad y sonido, pues cada marcha terminaba con un concierto que incluía la presentación de músicos, bailarines y discursos. En general, las marchas demostraron que las y los activistas eran un grupo cohesionado, coordinado y receptivo.

Esta cohesión se reflejó también en el mensaje que se transmitió. A diferencia de lo ocurrido años atrás, y catalizado tanto por la cantidad de marchas que se realizaron entre mayo y octubre como por el diagnóstico sobre el panorama mediático y político, cada una se estructuró deliberadamente para tener un tono particular y dar un mensaje general claro. Como expresó Sebastián Vicencio, representante estudiantil en Valparaíso, en una de las entrevistas:

La marcha es totalmente planificada, desde el momento en que se pide el espacio público al gobernador: Uno le dice, "Mire, la marcha va a ser de tales características, va a ir tanta gente, nosotros garantizamos el orden de principio a fin".

Pero este orden fue también un marco en el que las y los participantes en las marchas de 2011 introdujeron una dimensión alegre, colorida e innovadora, transformándolas en un carnaval popular: cuerpos pintados, compañías de música, danza, malabaristas, breves obras de teatro, carros alegóricos y pancartas expresivas aparecieron de manera inédita. El antiguo estilo de las marchas, con una multitud de personas caminando lentamente y expresando consignas con un fuerte componente de ira, tristeza e indignación, se transformó en largas cuerdas de personas cantando, bailando, con carteles, acarreando muñecos gigantes, interpretando personajes y otros métodos

creativos de protesta mediante los cuales se plasmaba una indignación y crítica, pero también el compromiso con la necesidad y posibilidad de cambios sustantivos.

Eso le dio un tinte diferente a las movilizaciones del 2011, que no tuvo la del 2008 ni la del 2006. Le da un tinte diferente, un sabor diferente. A la gente le quitas el estigma del desmán y de las [bombas] molotov, del típico encapuchado que va a dejar la cagada a las marchas y le das una visión bonita, le entregas un mensaje socioeducativo claro, de forma práctica (Bastián Alarcón, estudiante universitario en 2011).

Era una fiesta, no era gris, era llena de color y con mucho de todo. Caminabas por la marcha y veías niños con carteles, con familias. Al otro lado la gente disfrazada, gente bailando. Fue una catarsis, una liberación. Fue muy alegre participar en la movilización, ver cómo se desarrollaba, cómo iba pasando (Marcos<sup>6</sup>, 23 años, estudiante universitario en 2011).



*Largas columnas de personas marchando por las principales ciudades del país fueron una característica del 2011. En el peak de la movilización, se realizó una marcha por semana. Imagen Juan José Toro.*

Estas marchas del 2011 eran, más ideológico que eso imposible. Apuntaban a derrocar el sistema, pero la espontaneidad, la alegría de lo innovador, de lo creativo, de salir disfrazado, en la misma marcha tener un velorio, llevar un

<sup>6</sup> Nombre ficticio debido a la voluntad del informante de ser anónimo.

cajón, un ataúd, un funeral, pintarse, desnudarse. Llevar carros alegóricos, tirar una bandera gigante cuando va pasando una marcha, tenía miles de expresiones que decían estamos vivos. Por mucho tiempo intentaron tenernos dormidos, amedrentados, en esta especie de libertad nos trataron de controlar y el elemento principal del 2011 es que entendimos que nuestra libertad podía ser no solamente usada para fines del mercado sino para lo que queríamos (Dafne Concha, presidenta de Corpade en 2011).

Para quienes se sumaron a la movilización, el carácter masivo y transversal de las marchas tuvo una importancia vital, porque fue el único momento en que el movimiento podía expresarse, en palabras de Francisco Figueroa, como una “voz colectiva” que mostraba la cantidad de apoyo que habían cosechado. En cuanto al mensaje dirigido al Estado, a los medios de comunicación, al público en general y también a quienes apoyaban y participaban del proceso de movilización, la magnitud de las marchas les ayudó a reforzar su posición. Las y los estudiantes consideraron el apoyo popular como una expresión de lo vivo que estaba el movimiento. Desde su punto de vista, todo aquello por lo que protestaban les podía ser denegado en un tris si no fuera por la cantidad de gente que ponía la movilización en las calles. Las sucesivas marchas, convocadas con poca antelación, celebradas nacionalmente, y con el mayor número de personas desde la recuperación de la democracia, fue un factor clave porque, para quienes sostenían el proceso, esto significaba que su voz estaba unificada y era fuerte.

Era trascendental (la marcha), porque era el espacio donde tú demostrabas tu fuerza. En la marcha, la cantidad de gente que podías sacar era la fuerza con la que te sentabas a conversar o negociar en una conversación en una mesa de diálogo con el gobierno. Y llegar a sacar 150, 250 mil y hasta un millón de personas en ‘el millón al parque’ que se hizo en el parque O’Higgins claramente que marcó un hito importante y le pateó la mesa no tan solo al gobierno, sino también a los escaños apenados del parlamento que tuvieron que de una u otra forma pronunciarse... ahí demuestras tu fuerza, la marcha era el hito más importante de las movilizaciones estudiantiles, era lo más grande, lo más visible (Moisés Paredes, estudiante de secundaria en 2011).

## LA PERFORMANCE DE LOS COMUNES Y LA PUESTA EN COMÚN

Hasta la movilización de 2011 lo urbano había sido concebido, no sin disputas, como un lugar donde no se debía alterar el tránsito normal de la ciudad, entendiendo la normalidad desde la perspectiva neoliberal de flujo y producción (Gómez, 2010; Harvey, 2012; Ornelas, 2000). Pero en el Chile de 2011 el espacio urbano se reivindicó como escenario colectivo de participación, encuentro y protesta, y se hizo de manera amplia e inclusiva. Así, las antiguas calles, esquinas, plazas y avenidas se convirtieron en espacios de mediación y movilización para estudiantes, trabajadores, familias, vecinas y amigos. Esto último permite afirmar que, en la movilización de

2011, el espacio urbano y las mediaciones en él propiciadas por la ciudadanía fueron no solo una auténtica red social (a diferencia de las redes sociales digitales) sino un medio político significativo, en tanto que fue un lugar donde la gente encarnó un proceso colectivo de politización generalizado, dialógico, simbólico y abierto (a diferencia de los refugios de intimidad amurallada analizados en el capítulo anterior).

El espacio urbano anida diferentes elementos propios del accionar de los movimientos sociales. En primer lugar, están los de número y ubicuidad. Como sostienen Tilly y Wood (2009), el número de personas que dispone una movilización en las calles es relevante y en este caso fue importante. Las marchas de 2011 fueron las más multitudinarias desde la recuperación de la democracia, tras la dictadura de Pinochet, y para este movimiento social fue un factor clave en su intención de trastocar el *statu quo*. En segundo lugar, eran diferentes. Apelaban a una población general y eran fiestas urbanas más que marchas fúnebres de dolor o de una rabia gris. Fueron un grito conjunto, en términos de Holloway (2002), que envalentonaba un poder colectivo y esperanzador para cambiar el estado de la educación chilena. En tercer lugar, quienes adherían y tomaban parte de la movilización percibieron que se les escuchaba a través de los despliegues urbanos. Se dieron cuenta del efecto del proceso de movilización en el número y la diversidad de personas que diariamente participaban y se sumaban, así como en la forma en que gobierno y parlamento reaccionaban, invitándoles a mantener conversaciones y reconociendo, en diversos grados, los puntos planteados en los petitorios estudiantiles. Por último, la participación en los espacios urbanos implicaba una movilización colectiva tradicional, más bien jerárquica, pero también poseía una forma de participación en red que permitía una autonomía real de la mano con una inherente sensación de poder.

Este lado positivo del panorama de movilización en lo urbano tuvo también un aspecto menos positivo relacionado con la peculiaridad del caso chileno: salir a la calle a protestar ha sido históricamente un último recurso. La historia muestra que la alta falta de reconocimiento de personas y culturas consideradas subalternas, unida a las consecuencias del neoliberalismo, no dejó otra alternativa que luchar por el reconocimiento de un territorio humano común mediante la presencia de los cuerpos, en la apelación al otro en la performance del cotidiano con sus esperanzas, sueños, esfuerzos y sacrificios. Como afirma Urzúa, refiriéndose a la movilización estudiantil de 2011, en las marchas y *flashmobs* “diversas voces emergieron para denunciar, corporalmente la mercantilización de sus vidas” (Urzúa, 2015: 60).

Pero este espacio, no la materialidad de la calle sino su emplazamiento como lugar de un común en crecimiento, debía ser forjado, y el tipo de relaciones para que ello sucediera también. Las marchas e intervenciones, como *flashmobs* o ligadas al arte, se orientaron en esa dirección por medio de dos tipos de acciones. Por un lado, haciendo que la gente fuera consciente de la razón de ser de la protesta y animándola a unirse a la causa. Por el otro, desplegando una innegable expresión de poder, manifestando una

presencia que era a la vez encarnada y representativa de una simple reivindicación: ser escuchados como un cuerpo, ser visibles como un cuerpo y formar parte de algo más grande que el individuo, pero sin descartar al individuo.

Personalmente, hasta antes del 2011, escuchar cacerolazo me hacía imaginar gente de derecha en tiempos de la UP [Unidad Popular], quejándose por el desabastecimiento. Era súper extraño. Pero yo creo que en el 2011 el cacerolazo fue un símbolo. El sistema es súper hábil, absorbe todo. Pero aquí se dio un espacio para la gente, puede que no sirva para nada, pero escuchar una cacerola, a escuchar cien o mil cambia el escenario. Yo vivía en la villa La Reina, una población frente al Hospital Militar, y ver mucha gente afuera del hospital tocando cacerola daba cierta legitimidad ciudadana al movimiento. Esa gente no iba a ir a marchar ni a participar de una asamblea. Pero es un apoyo moral, sobre todo ante la represión grande que hubo ese agosto. Desde dictadura que no se veía eso... Los cacerolazos permitieron que otro sector de la población se sumara al movimiento. No todos tenían la opción de ir a las marchas durante el día. Entonces, en la noche, permitía que la gente que trabajaba, estudiaba en otro horario, se sumara, mostrando empatía hacia el movimiento. Creo que simbólicamente tiene un valor súper importante (María<sup>7</sup>, estudiante de secundaria en 2011).

## La presencia y la (re)creación de la unión

Un elemento central en el proceso de movilización fue el sentido de vivir inmerso en la colectividad, en ámbitos donde todas las personas se veían afectadas por políticas y estructuras imposibles de enfrentar individualmente. La respuesta neoliberal ante los problemas de cada persona, más bien en lógicas de consumo, se hizo insuficiente para enfrentar problemas que finalmente excedían largamente los asuntos más puntuales de la educación local y las opciones de solución a dicho problema entregadas por servicios de atención al cliente.

Este punto muerto, donde el neoliberalismo se queda sin respuesta y el Estado tampoco es capaz de dar solución, se enfrentó por la vía de un despliegue público por medio del cual se afirmó que el problema de la educación chilena era imposible de resolver mediante acciones individuales aisladas o de las soluciones tipo, propias del libreto de la democracia ceñida a marcos neoliberales. Es más, aun cuando una familia acomodada o personas en buena situación económica pudiesen pagar los altos aranceles de la educación de sus hijos, el problema seguía existiendo para cientos y miles. Es decir, afectaba a toda la sociedad, sin importar que determinadas personas estuvieran en condiciones de pagar la educación particular de sus hijas e hijos.

Una vez que esta situación se reveló como un problema para el estudiantado movilizado, sus familias, amistades y círculos cercanos, la extensión de la conciencia sobre el

<sup>7</sup> Nombre ficticio debido a la voluntad de la informante de ser anónima.

problema se hizo muy patente. Pero esta conciencia tenía una falta de publicidad, utilizando la palabra en términos habermasianos (Habermas, 1992a, 1992b) y no en términos de mercadeo. Es decir, requería hacerse pública. ¿Pero cómo? Una opción estaba en los medios de comunicación, como veremos en el próximo capítulo, pero era una opción distante a causa de la percepción de la cobertura negativa que reivindicaciones sociales, políticas y económicas tendrían en los medios de prensa. Ante este contexto, utilizaron el medio más elemental para transmitir su mensaje, sus cuerpos, generando por medio de su acción marcos de tiempo y espacio necesarios para una diversidad de prácticas comunicativas que expresaran su descontento.

Situado en los paisajes urbanos de la vida cotidiana y moviéndose por ellos, el cuerpo funcionó como un artefacto no funcional a la economía. En las calles el cuerpo desplegado no se vinculó con otros desde el intercambio de valores, la producción económica o en tanto consumidor. El cuerpo dispuesto en la calle fue el de una expresión performativa de la negación a obedecer el poder disciplinario del consumo, del crédito y de la deuda. Desprovistos de su valor como elemento dentro de una producción en cadena, los cuerpos se desnudaron también de un interés individualista inmediato, llevando en su lugar un deseo de consecución de algo para todos y todas, expresado en la experiencia encarnada de estar con otros cuerpos. Un momento clave para este sentimiento se vivió en la llamada “Marcha de los paraguas”, celebrada el 18 de agosto. A pesar de la lluvia y de las duras condiciones meteorológicas, la gente salió a la calle y se protegió y cobijó mutuamente, como se puede ver en la siguiente imagen.



*Cerca de 200 mil personas se reunieron en la “Marcha de los Paraguas”, en Santiago, el 18 de agosto. A pesar de la lluvia, el movimiento expresó su cohesión, su gran número y su cuidado mutuo en medio de duras condiciones meteorológicas. Imagen Juan José Toro.*

Hubo diferentes formas de mostrar el cuerpo en el ámbito urbano. Una de ellas fue mediante la presencia de activistas en distintas zonas de las ciudades chilenas en diferentes momentos. Aquí, al igual que en el capítulo anterior, hubo encuentros personales, pero con la particularidad de que estos no se dieron en la intimidad del hogar ni con familiares o amigos. Los y las estudiantes y adherentes se acercaron a personas que no conocían de antemano, iniciando conversaciones con completos desconocidos en el habitar de un espacio y una vida que se quería colectivo, compartido, concerniente a todos, y de los cuales era improbable abstenerse. Esta atmósfera de apoyo mutuo fue creada por hombres y mujeres que paraban a otros hombres y mujeres en la calle para hablar de un problema que se planteaba en la conversación como concerniente a todos, en una propuesta conversacional dispuesta a recibir consultas y responder a las dudas de quien transitaba por las calles y quisiera entrar en una conversación.

Así, el impacto de la ruptura o “corte” del individualismo se hizo sentir doblemente. En primer lugar, en cuanto a un problema general que afectaba a todos y que no podía ser resuelto por una sola persona, rompiendo el individualismo como forma de resolver el problema, aunque una familia pudiera pagar la educación de sus hijos. En segundo lugar, desafiando una forma individualista de vivir en las ciudades, donde hablar con una persona desconocida parecía ser algo más desalentado que fomentado, específicamente en el contexto de América Latina donde los miedos, por ejemplo, son un componente básico en la percepción de vivir en la ciudad (Reguillo, 2000; Sánchez González, 2012).

Este espacio de encuentro entre las vidas y los cuerpos privatizados en el ámbito público, ya fuera mediante encuentros personales, *flashmobs*, marchas o entrega de volantes, pone de manifiesto que el acto performativo –más allá de la demanda en específico, que podía ser bien recibida, rechazada o ignorada– era significativo y crucial para las expectativas del movimiento. Era significativo porque se basaba en ellas. Eran parte de un proceso de puesta en común a partir de su subjetividad, no a pesar de ella, como es posible ver en las diferentes expresiones en la calle: desde correr alrededor de la casa de gobierno hasta el uso de la animación japonesa para protestar. En este sentido, como dice Stavros Stavrides, el proceso de expansión de lo común:

(...) implica procesos y características específicas de subjetivación. Constantemente invita a los “recién llegados” y, así, transforma la comunidad desde la cual la puesta en común se irradia, así como también a aquellos que no son simplemente atraídos e integrados en ella, sino que se convierten esencialmente en coproductores de un mundo común modificado (Stavrides, 2016: 50).

Y fue crucial porque por medio de un recurso común, sus cuerpos, los activistas prefirieron lo que podría ser la base de una política común al expresar claramente

lo que les importa y cómo ven su lugar en el mundo. Para quienes ocuparon las calles, su emplazamiento en ellas, el diálogo, el intercambio de opiniones y la percepción de estar en redes cara a cara desplegó a gran escala la expresión de una construcción de lo político que tenía sentido, que no era ajena a sus vidas y que iba a ser más significativa porque tenía un componente de representación.

## Representar el “nosotros”: el poder de la puesta en común

En el recorrido histórico y teórico que Tilly y Wood hicieron en su estudio sobre movimientos sociales, identificaron tres componentes que les caracterizan: sus expresiones de unidad, su naturaleza pública y su aspecto representativo. Estos componentes consisten respectivamente en: 1) un “esfuerzo público, organizado y sostenido por trasladar a las autoridades pertinentes las reivindicaciones colectivas” (Tilly y Wood, 2009: 3); 2) un repertorio clásico que comprende reuniones públicas, procesiones solemnes, concentraciones, manifestaciones, peticiones, declaraciones públicas, distribución de folletos, entre otros; y 3) representaciones que combinan expresiones de lo que ellos denominan manifestaciones WUNC [worthiness, unity, numbers and commitments]: valor, unidad, número y compromiso.

Reconociendo los elementos centrales de los movimientos sociales de Tilly y Wood, es interesante descubrir que en el caso chileno este conjunto de prácticas contribuyó al acto de *puesta en común* –entendido como “participar comúnmente en una actividad” (Euler, 2015: 5)– que implica la performatividad y la representación entre los que participan en la movilización en relación con cuestiones de poder y representación de un posible “nosotros” común.



*En la ciudad de Valparaíso, estudiantes marchan con máscaras blancas y el símbolo monetario para protestar contra el entendimiento de las universidades como fábricas y de la educación como mercancía. Imagen Diego Reyes Vielma.*

Entre quienes participaron de la movilización, como se mencionó previamente, cada acción se producía junto a otros, físicamente: de la mano, compartiendo el espacio o cantando las mismas canciones, como en la imagen superior durante una marcha en la ciudad de Valparaíso. Las y los estudiantes reconocían cada vez más el poder que esta actuación, y el estado de ánimo y la estética específicos de la misma, estaba generando entre ellos y en su compromiso con el logro de sus objetivos. Reflexionando sobre esta materia, Camilo Ballesteros subrayó que:

Lo que nos muestra la movilización es que la gente prefería la alegría y cada vez que la protagonista fue la alegría la reventamos, la reventamos con la Besatón, con un concierto, la reventamos con los carnavales que había en las marchas, entonces me hace mucho sentido. La gente lo que quiere, le gusta, creo yo, mucho más el lado alegre que el lado más violento, entonces también me queda esa sensación que la gente prefería las flores antes que al demonio de Tasmania.

Quienes sostuvieron la movilización en sus distintas áreas y etapas también eran conscientes del impacto que suponían sus acciones sobre el público. De su condición habitual de estudiantes, trabajadores o peatones, pasaron a ser ciudadanos que ocupaban las calles, interviniendo en el orden normal de la vida y en su posición en la sociedad con gran éxito. Tuvieron la experiencia de que les escucharan y consultaran. Pasaron de un malestar personal y privado a una exhibición pública y compartida de su malestar. Encontraron satisfacción en esta vida en común, en las emociones compartidas, y sintieron la felicidad de que fueran actos significativos en sus comunas, ciudades y regiones y en todo el país. En estas prácticas hubo un cambio respecto a las movilizaciones anteriores. En este caso no había una persona o un partido al que se responsabilizara en última instancia de la situación de la educación chilena, como había ocurrido durante la dictadura de Pinochet. El enemigo planteado por el movimiento era la economía neoliberal y los políticos tradicionales, desde la izquierda hasta la derecha, cuyas acciones habían conducido al estado de la educación chilena en 2011, incluyendo al entonces presidente de Chile, Sebastián Piñera (2010-2014), sus ministros y también a quienes con anterioridad habían ocupado la presidencia. Un ejemplo de esto último es la *Genkidama por la educación chilena*, donde la historia contada por los personajes de *Dragon Ball Z* se centraba en derrotar la educación con fines de lucro y dar la misma calidad de educación para todas las personas en Chile, sin importar sus ingresos familiares.

Al ampliar el llamado a sumarse a la movilización, desde un grupo reducido, uno formado por activistas, familiares y círculos cercanos, a un número mayor de personas, siempre se adoptó un enfoque no violento. Por lo general, hubo una invitación abierta que permitió a la gente participar en diversas formas y lugares. Los múltiples espacios y maneras para manifestarse expandieron la movilización en todo Chile e hicieron crecer el número de quienes se sintieron parte de una causa común

más grande y amplia. Un punto relevante es que en esta reivindicación del espacio urbano como algo que pertenece a todas las personas, podían existir y legitimarse otros tipos de retóricas más allá de la productividad neoliberal. Este acto implicó una tensión respecto a lo que estaba permitido y ayudó a tomar conciencia de que con, y en, la exhibición de sus cuerpos en diferentes lugares urbanos, la gente estaba experimentando su condición común como sujetos con derechos.

En este elemento, en particular, es posible observar una diferencia entre el movimiento chileno de 2011 y los reportes de otros movimientos de ese mismo año, como el *Occupy* en distintas ciudades de Estados Unidos o el de los Indignados en España. Según David Graeber (2013), en Estados Unidos las ocupaciones se realizaron en determinadas plazas públicas o en centros de negocios específicos, y en España en las plazas principales de las grandes ciudades (Castells, 2012; Sitrin y Azzellini, 2014). En el caso chileno, las ocupaciones fueron más extensas, geográfica y temporalmente, y no se concentraron en un punto concreto (Urzúa, 2015), ya que hubo cientos de colegios y universidades tomadas, y no hubo campamentos al estilo de Indignados, como hemos visto en este capítulo. En lugar de estar en un solo centro, las y los activistas estuvieron presentes en diferentes puntos simultáneamente y también en diferentes momentos: desde actos cercanos a la casa de gobierno hasta el Congreso Nacional en la ciudad de Valparaíso, así como en las principales plazas de la ciudad y en cualquier rincón a lo largo de las calles de las ciudades chilenas.

Hay muchas razones por las que algunas formas de protesta tuvieron éxito en ciertos lugares mientras que otras no, pero lo que parece surgir de esta diferencia es la mencionada especificidad de los contextos. Utilizando la terminología de Chantal Mouffe (2005, 2013), mientras que en *Occupy*, Indignados y el movimiento chileno es posible observar un enemigo más allá del control inmediato de la sociedad (la economía neoliberal) y un adversario encapsulado en un pequeño grupo de personas (el sistema político), en el caso chileno hubo un tercer adversario: la obsolescencia del “nosotros” como poder político y la voz de la gente como algo ilegítimo e inválido cuando esta quiere existir fuera los canales de la comunicación política, por medio de encuestas; y de la democracia electoral, por medio del voto. Así, mientras que en otras regiones del mundo el lema “Somos el 99%” se convirtió en el emblema de campamentos urbanos en protesta, en Chile la idea que subyace a tal lema se experimentó vívidamente en acciones situadas en diversos espacios urbanos, desde plazas céntricas hasta periféricas, y con una variada gama de expresiones, desde marchas en zonas concurridas hasta reuniones de vecinas y vecinos *caceroleando*, como si cada rincón de la ciudad estuviera ocupado por personas preparadas y listas para actuar. En este sentido, la omnipresencia participante del movimiento en lo urbano contribuyó, desde una perspectiva centrada en los bienes comunes políticos, a una performance corporalmente experimentada que fue más amplia y estuvo más arraigada en el día a día, que la ocupación simbólica o funcional de un lugar concreto de la ciudad.

Y aquí, las marchas simultáneas, las manifestaciones y la presencia constante de los cuerpos en el espacio urbano permitieron que esta unión emergente adquiriera un sentido de ser y estar en común como una ola humana permanentemente enfrentada a las expresiones institucionales del poder político dominante. Y lo más interesante es que en la percepción de quienes se movilizaron había una clara voz construida con diferentes ritmos, colores, orígenes y compromiso. Esto les hizo sentir que el creciente número de personas, de disposición a movilizarse y de alegría, estaban cosechando resultados, no en medidas directas pero sí en términos de reconocimiento político.

No solamente las calles eran para marchar sino los espacios públicos eran para disputar las ideas. Íbamos con carteles a una plaza, hacíamos clases al aire libre, la gente nos veía, conversaba, les explicábamos cuáles eran nuestras demandas, llegábamos a los *mall*, a los supermercados a volantear información con respecto de lo que nos pasaba. Nos tomábamos las sedes de los partidos políticos, del Ministerio de Educación. Nuestra fuerza orgánica, el número de personas que estaban activamente logró tener un despliegue tal en el espacio urbano que logró en el día a día hacer patente un problema que para la gente común y corriente que iba en la micro y en la calle le era indiferente el tema, el principal logro del movimiento estudiantil fue lo subjetivo, cómo la calle en el día a día, en el almuerzo, en la noche, en las noticias, hablaba sobre educación, y tenía una postura con respecto a la educación. Y esa postura en un momento, el 80 y tantos por ciento era favorable a lo que el movimiento decía y no a lo que el gobierno decía (Sebastián Vicencio, presidente del Centro de Estudiantes de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, en 2011).

Así, una última contribución de las prácticas mediáticas y comunicacionales desplegadas en el espacio urbano es la representación de un posible “nosotros”. Aun cuando todas las prácticas encarnadas públicamente tenían un aspecto performativo y de representación, el segundo elemento es el que establece la idea de lo común como mensaje principal en el contexto específico de la movilización de 2011. El cuerpo, las largas columnas en las avenidas, la gente en la calle alterando la vida normal con alegría, fue una imagen y una idea finalmente plasmada y difundida como un retrato de estar y ser juntos, de pertenencia. Aquí, el ver y conversar sobre las marchas, saber de ellas en redes sociales, observar su magnitud en los medios de comunicación y el reconocimiento de su poder por parte del Estado, contribuyeron a una toma de conciencia de su dimensión, a entenderlas como un común en crecimiento, y a su capacidad de acción política como un cuerpo común con voz.

## CONCLUSIÓN

El conjunto de prácticas que he denominado de “encarnación urbana” contribuyó a trasladar la confianza tejida en el interior de los muros protegidos de casas, colegios,

liceos y universidades al ámbito urbano. En este proceso, lo íntimo se convirtió en público, ocupando espacios de gran tamaño y concurrencia, así como otros más pequeños y cercanos. En este sentido, la ocupación urbana liberó a las calles y los cuerpos de su condición biopolítica y del castigo neoliberal: la supresión de la alegría, el placer y su condena a un tráfico incesante. En esta ruptura, el acto de *puesta en común* fue una invitación a quienes quisieran participar en hacer oír su voz y en el acto de “producción, reproducción, cultivo y cuidado” (Euler, 2015) de un espacio apropiado para ello. Y esta invitación no fue unidireccional ni vertical, lejos de lo que Freire (1972) denominó como el “concepto bancario de educación”. Se hizo por conexiones en constante evolución, formando desacuerdos, acuerdos y compartiendo condiciones para su existencia. Así, las calles podían ser lugares donde quienes no estaban de acuerdo con el estado de las cosas luchaban por reformas y cambios reales, pero sobre todo eran lugares en los que lo político se encarnaba en un medio de comunicación, las calles, las plazas y las avenidas, constituido por prácticas comunicativas que seguían un *ethos* común.

El ámbito urbano aparece en este capítulo, entonces, como un escenario abierto por personas encarnando relaciones de colaboración que les permitieron dar cuenta de sí mismas y, al hacerlo, hablar con un adversario político. Entender el potencial comunicativo del ámbito urbano como medio social y político en sus variados emplazamientos, más que centrado en lugares concretos, como en los mencionados *Occupy* o 15M, da luz a posibilidades más extendidas e inclusivas de redefinir lo político. Esto último porque la participación no se da solo en un lugar, como los campamentos, y porque permite la inclusión de más personas que la activista o el militante duro. En este sentido, el caso chileno conecta con la idea de tomar acción política desde nuestros recursos más comunes y subvertir nuestros paisajes cotidianos con prácticas de *puesta en común*.

Sin embargo, el hecho de abrir un espacio y hablar con un adversario tiene limitaciones. La primera es una que resulta familiar a los movimientos contestatarios: el hecho de que este tipo de práctica siempre será momentánea; que siempre estará circunscrita a la experiencia concreta; y, en términos prácticos, que se necesitaría un esfuerzo considerable para mantener ese tipo de performance y que fuese exitosa en el mediano y largo plazo. La segunda limitación proviene del reducido alcance de las marchas, concentraciones y manifestaciones. Esto parece un contrasentido, pero no lo es cuando consideramos que si bien las manifestaciones de 2011 fueron las mayores desde el retorno de la democracia y tuvieron gran presencia nacional, su alcance siguió siendo reducido al compararse con el que tienen, por ejemplo, los medios de comunicación tradicionales.

En la confluencia de estas dos limitaciones es posible situar la necesidad del movimiento de trasladar y arraigar su representación, en sus propios términos, de la manera más extendida en el tiempo y espacio que se pudiera. Porque mientras

que los recuerdos, las fotos, las historias, las noticias y las imágenes iban a fluir a través de diferentes canales, en el ámbito privado, en grupos, en el colegio, en el trabajo, los medios de comunicación eran considerados por los estudiantes unos poderosos y omnipresentes contadores de verdad, y la ventana que para buena parte de la población enmarcaba la realidad, sus tonos, colores, causas y actores. De esta manera, si desde la movilización se quería llevar la representación de un creciente “nosotros” a escala nacional y disputar la historia que los medios de comunicación iban a contar de ese “nosotros”, tenían que tomar cartas en el asunto. Es decir, realizar un trabajo de cara los medios. Esta acción estratégica, enfocada en crear una narrativa del movimiento y sus actores, es la materia del próximo capítulo, en el que pondré de manifiesto que, mediante una acción basada en los medios de comunicación, el movimiento intentó dar forma a los comunes imaginados.

## Referencias

- Castells, M. (2012) *Networks of Outrage and Hope. Social Movements in the Internet Age*, Cambridge: Polity.
- Cortés, A. (2014) ‘El movimiento de pobladores chilenos y la población La Victoria: ejemplaridad, movimientos sociales y el derecho a la ciudad’, *EURE* (Santiago), 40 (119): 239-260
- Couldry, N. (2010) *Why Voice Matters: Culture and Politics after Neoliberalism*, London: Sage.
- Della Porta, D. (2015) *Social Movements in Times of Austerity*, London: Polity.
- Euler, J. (2015) ‘Commons-Creating Society: On the Radical German Commons Discourse’, *Review of Radical Political Economics*, 48 (1): 93-110.
- Freire, P. (1972) *Pedagogía del oprimido*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gamson, W. (2000) ‘Promoting Political Engagement’, en W. L. Bennett y R. Entman (eds.) *Mediated Politics. Communication in the Future of Democracy*, Cambridge: Cambridge University Press, 56-74.
- Gómez, J. (2010) *Política, democracia y ciudadanía en una sociedad neoliberal (Chile 1990-2010)*, Santiago de Chile: Arcis/Prospal/Clacso.
- Gómez, J. (2007) ‘Chile: 1990-2007 Una sociedad neoliberal avanzada’, *Revista de Sociología*, (21): 53-78.
- Graeber, D. (2013) *The Democracy Project. A History, a Crisis, a Movement*, London: Penguin.
- Habermas, J. (1992a) *The Structural Transformation of the Public Sphere*, Cambridge: Polity.
- Habermas, J. (1992b) ‘Further Reflections on the Public Sphere’, en C. Calhoun (ed.) *Habermas and the Public Sphere*, Cambridge: MIT Press, 421-461.
- Harvey, D. (2012) *Rebel Cities. From the Right to the City to the Urban Revolution*, London: Verso.
- Holloway, J. (2002) *Change the World without Taking Power. The Meaning of Revolution Today*, London: Pluto Press.
- Johnston, H. y Klandermans, B. (2003) ‘The Cultural Analysis of Social Movements’, en B. Johnston y H. Klandermans (eds.) *Social Movements and Culture*, Minneapolis, MN: University of Minnesota Press, 3-24.
- Mouffe, Ch. (2013) *Agonistics. Thinking the World Politically*, London: Verso.
- Mouffe, Ch. (2005) *On the Political*, New York, NY: Routledge.
- Ornelas, J. (2000) ‘La ciudad bajo el neoliberalismo’, *Papeles de Población*, 6 (23): 45-69.
- Reguillo, R. (2000) *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*, Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.

Sánchez González, D. (2012) 'Los nuevos movimientos sociales están reinventando la política', *desde abajo. la otra posición para leer*, 22 de septiembre. En línea. Disponible en HTTP: <<https://www.desdeabajo.info/ediciones/20612-los-nuevos-movimientos-sociales-están-reinventando-la-pol%C3%ADtica.html>> (Revisado el 10 de febrero de 2016).

Sitrin, M. y Azzellini, D. (2014) *They Can't Represent Us. Reinventing Democracy from Greece to Occupy*, London: Verso.

Stavrides, S. (2016) *The City as Commons*, London: Zed Books.

Taylor, V. y Van Dyke, N. (2004) 'Get Up, Stand Up: Tactical Repertoires of Social Movements', en D. Snow, S. Soul y H. Kriesi (eds.) *The Blackwell Companion to Social Movements*, Oxford: Blackwell, 262-293.

Tilly, Ch. y Wood, L. (2009) *Social Movements 1768-2008*, Boulder, CO: Paradigm Publishers.

Urzúa, S. (2015) '¿Cómo marchan los jóvenes en el Chile de postdictadura?: algunas notas acerca de la apropiación del espacio público y el uso político del cuerpo', *Última Década*, 23 (42): 39-64.



## Capítulo 5

# IMAGINANDO LOS COMUNES: ARTICULANDO EL “NOSOTROS” EN LOS MEDIOS

### INTRODUCCIÓN

Como ya se ha mencionado en pasajes anteriores de este libro, quienes participaron activamente de la movilización de 2011 tenían a su haber un conocimiento respecto a activismo y medios a partir de sus experiencias previas de participación en organizaciones y movimientos sociales. Este conocimiento acumulado de las generaciones más jóvenes, así como las circunstancias políticas del país—era el segundo año del primer gobierno de derecha desde la época de Pinochet— conformaron el acercamiento del movimiento de 2011 al ámbito público y pusieron en primer plano la importancia de lidiar con los principales medios de comunicación. A pesar de considerarlos un adversario, el movimiento estudiantil chileno no rechazó ni evitó a los medios acusados de representar la hegemonía neoliberal, sino que resolvió abordarlos estratégicamente. Y aunque el trabajo comunicacional estudiantil se apoyó fuertemente en orgánicas estables dentro del movimiento, como federaciones y confederaciones de estudiantes o representaciones de asambleas, existía un pensamiento similar entre activistas de base que se hicieron parte del proceso. Para Alfredo Vielma la situación era clara entre las y los estudiantes de secundaria:

Para nosotros fue esencial saber que la prensa burguesa es burguesa, eso no lo discute nadie, pero lamentablemente es la única prensa de alcance de masa que existe en este país. O sea, si te restas del juego de los medios de comunicación te a vas a restar de las apariciones públicas de por vida.

Una postura similar adoptaron los estudiantes universitarios, como sostuvo Francisco Figueroa, vicepresidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (Fech) en 2011:

Finalmente se impuso la idea de que era relevante tener una política comunicacional y que había que asumir que los medios construirían una realidad y que, si no te metías a disputarla, perdías. Entonces hubo una

dedicación súper importante al discurso, a afinar el discurso de los dirigentes, a saber en función de qué y cómo conflictuarse con la contraparte.

Este enfoque estratégico en el trato con los medios de comunicación se basó en entender en ellos el privilegiado rol de enmarcar la realidad. Las encuestas sobre consumo de medios en Chile<sup>1</sup> y las mismas percepciones de los estudiantes apoyaban la opinión de que los medios de comunicación tradicionales eran los principales proveedores de noticias. Como expresó Javiera Vallejo, estudiante universitaria en 2011, en una de las entrevistas realizadas para este libro:

Vivimos en una sociedad híper mediatizada y además súper ignorante en general. No es gente que cuestione y lea, sino que se guía por el resumen de los medios de comunicación y por el resumen, más aún, que es el titular del medio de comunicación.

Consecuentemente, en lugar de restarse de tener relación alguna con los medios de comunicación optaron por lidiar estratégicamente con un actor que comprendían defendía el neoliberalismo y negaba a las organizaciones o iniciativas de base como actores políticos válidos. Entendiendo la inminencia de los acontecimientos de 2011, el movimiento decidió desarrollar una relación con los grandes medios de comunicación buscando instalar temas en la agenda que cargaban con diversas expectativas y perseguían objetivos claros.

La primera sección de este capítulo se centrará específicamente en los temas que el movimiento trató de transmitir a través de los medios de comunicación, el método con el que sus miembros planearon hacerlo, los lugares donde el movimiento tuvo presencia mediática y la relevancia de las vocerías. Así, describiré los elementos de una estrategia comunicacional conservadora, similar a la de una ONG o un partido político (Maarek, 2011; Silver, 2003), para relacionarse con los medios del *establishment* de manera clara. En la segunda sección evaluaré más de cerca los objetivos y las consecuencias de la estrategia hacia los medios de comunicación. En esta evaluación observaré, en primer lugar, el esfuerzo por desarticular (Hall, 1985; Laclau, 1977; Laclau y Mouffe, 2014) el discurso de que el mercado era la única forma posible de administrar la educación chilena y que los actores institucionales de la democracia en Chile eran los únicos con derecho a participar en la política. En segundo lugar analizaré la acción mediática del estudiantado como una forma de crear tres articulaciones clave: enmarcar el clivaje entre educación de mercado frente a educación pública, gratuita y de calidad en un contraste más amplio que

<sup>1</sup> Según el Primer estudio nacional de prensa impresa (Azócar et al., 2010), el 85% de la población chilena consume diariamente televisión por motivos informativos. El porcentaje de personas que consumen radio es del 60%, mientras que la televisión por cable es del 48%, Internet es del 20% y el 17% de la población lee prensa escrita.

evidenciara la incompatibilidad entre neoliberalismo y democracia; la validación de activistas y manifestantes como actores con buenas intenciones y legitimidad para expresar el rechazo al modelo educacional y movilizarse para ello; y, en tercer lugar, dar forma a una historia de “buenos contra malos” en la que estudiantes, movimiento, activistas no estudiantes y personas que apoyaban la movilización estaban en el lado de los “buenos”.

En estas dos secciones mostraré cómo, mediante este proceso de articulación, el movimiento buscó crear un imaginario común con un claro “ellos” y un claro “nosotros”, ambos basados en la ligazón de contenidos y sujetos. De contenidos, en la medida en que el movimiento trabajó para establecer en los medios de comunicación la idea de que una democracia neoliberal no es capaz de reconocer, sostener ni proteger derechos sociales. Y de sujetos, en la medida en que las y los estudiantes, y otras personas que se unieron a la movilización, ganaron la validación suficiente para participar en la discusión sobre la educación una vez que se horadó el “sentido común” del neoliberalismo. La noción de los comunes imaginados se basa en la idea de comunidades imaginadas de Benedict Anderson (2006). Las comunidades imaginadas de Anderson se refieren a la identidad de las naciones como algo no natural, sino diseñado intencionadamente para vincular cultural y socialmente a las personas con el objetivo de proporcionar una identidad compartida y usualmente unívoca. En el caso de los comunes imaginados, utilizaré su idea no pensando en el sentido nacionalista de forjar una identidad unívoca y omnipresente, sino en el sentido de que, por medio de la simultaneidad, alcance y maneras en que los medios construyen los marcos y los énfasis de la realidad mediada, es posible conectar y compartir un hilo identitario con personas que, en distintos y distantes sectores del país, perciben su emergencia como sujeto social válido de tener habla.

Así, el capítulo concluirá arguyendo que el movimiento de 2011, en su trabajo mediático, afectó lo que Donatella della Porta denomina “metamarcos”: “los marcos que se refieren no a las materias de la protesta en sí, sino al derecho a protestar” (Della Porta, 1999: 68). En otras palabras, sostendré que el movimiento necesitaba entrar de buena manera en los medios de comunicación dominantes para hacer progresar rápidamente un imaginario común. Al hacerlo, ejecutaron una estrategia exitosa, no solo validando los temas de la movilización sino también el derecho a movilizarse y la legitimidad de sus integrantes como actores políticos desde un movimiento social. Al hacerlo, la creación de los comunes imaginados conllevó un reconocimiento político, creando la oportunidad de que se produjera el conflicto político y contribuyendo a la idea de que la democracia no debe ser un ámbito cerrado y cercado por los alambres del neoliberalismo. En otras palabras, que lo político puede y debe seguir un principio común que afecte la forma en que se conduce la democracia en Chile.

## QUÉ, CÓMO, DÓNDE Y QUIÉN: UN ENFOQUE CONSERVADOR

En 2011, las federaciones estudiantiles habían llegado a la conclusión de que era necesario introducir cambios a la forma en que la movilización social era percibida por la población y cómo era desarrollada por sus activistas. Eso debido a la parcialidad de los medios de comunicación tradicionales chilenos, al panorama político-cultural criollo y a las recientes movilizaciones por la educación, la vivienda y los derechos de las etnias presentes en el país. Como hemos visto, parte de esta tarea fue ejecutada por las acciones revisadas en los dos capítulos anteriores, pero hubo áreas en las que fue necesario entrar en el territorio de los medios de comunicación. Una historia contada por Camilo Ballesteros, presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Santiago (Feusach), refleja una de las razones para tomarse en serio el vínculo con los principales medios de comunicación del país:

Yo siempre voy a un tema y más allá que es una caricatura, es real. Cuando quiero saber qué tan profundo es algo, llamo a mi abuela que vive en Curepto<sup>2</sup> y le pregunto qué opina de tal tema, y mi abuela se informa a partir de TVN (Televisión Nacional de Chile).

El relato de Ballesteros tiene relación directa con la importancia que tienen los medios de comunicación tradicionales como fuente de información sobre asuntos políticos en el ámbito nacional. Esto último fue un problema técnico e ideológico para el movimiento. Técnico en tanto su intención era llegar de la mayor y mejor manera posible a la población chilena, un 70% de la cual veía las noticias por televisión en la franja principal de las 21:00 (Cordero y Marín, 2005). Las y los estudiantes no divisaban otra forma de conseguir el mismo alcance en un corto espacio de tiempo sin recurrir a los principales medios de comunicación. Y fue también un problema ideológico debido al sesgo de los medios de comunicación chilenos, explicado en el capítulo 2 de este libro, y a como eran percibidos por parte de quienes se movilizaban. Para el estudiantado en movilización, “los medios de comunicación siguen siendo de unos pocos, dando la voz de unos pocos”, en opinión de Camilo Ballesteros, en línea con lo planteado por el lienzo de la imagen, colgado frente al edificio central de la Pontificia Universidad Católica, y sus dardos contra la empresa periodística *El Mercurio*.

Esta disposición a tratar con los medios de comunicación se materializó primero mediante las acciones de cuatro federaciones universitarias con mayor número de estudiantes. En enero de 2011, estas cuatro federaciones contrataron a una pequeña agencia de publicidad llamada DID. Dirigida por amigos de la Federación de Estudiantes de la Pontificia Universidad Católica, la empresa fue contratada para

<sup>2</sup> Un pequeño pueblo en la región central de Chile cuya economía gira en torno a la agricultura.



*Un lienzo reza, 'Chileno: 44 años después El Mercurio aún miente', en referencia al influyente periódico y compañía periodística, y a un lienzo icónico levantado décadas atrás en el frontis de la casa central de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Imagen Alvaro Hoppe.*

crear un plan que permitiera aumentar el atractivo de una reforma a la educación y ampliar el alcance hacia la población en general. Después de algunas investigaciones, la empresa creó “una estrategia de comunicación y diseño para crear conciencia del problema y ayudar a movilizar a los estudiantes hacia una primera manifestación pública en mayo de 2011” (Rebolledo, Chilet y Fuentes, 2011), la cual excedió el alcance de los medios de comunicación, llegando a otros modos de comunicación como las prácticas más autónomas que trataré en el próximo capítulo. Como expresó Nicolás Rebolledo, uno de los responsables de la consultora:

El primer fundamento de esta estrategia fue trasladar el problema de la educación desde un grupo de interés, los estudiantes, a un problema de las familias chilenas que era totalmente injusto por los crecientes préstamos que las familias debían pagar a las universidades que, en algunos casos, lucraban con el negocio de la educación.

Un punto muy importante provisto por la consultoría fue la triada de actores a los cuales la movilización, en su trabajo comunicacional, debía dirigirse: al ciudadano-estudiante; a la familia; y al ciudadano-profesional. Dicha división tenía como componentes a estudiantes reales que se consideraban personas privilegiadas por tener la oportunidad de estudiar; a familias que pagaban altos aranceles y debían pedir créditos bancarios que les tomaría décadas pagar; y, finalmente, a aquellos sin esperanza alguna tras haberse graduado con deudas y estar sin trabajo, o con una gran deuda y bajos ingresos. La idea que unía a los tres actores, y por ende a la mayoría de la gente, era que sin una educación de calidad y una intervención directa en la materia durante 2011, el futuro luciría sombrío para todas y todos.

Junto con los actores referidos más arriba, había dos grupos ampliamente presentes en la identidad de la población chilena en los que esta campaña buscaba influir: los deudores y los cristianos<sup>3</sup>. La injusticia de tener que recurrir a préstamos y créditos para cubrir matrículas y aranceles, y acabar pagando varias veces lo solicitado durante décadas, apelaba a la comunidad deudora. Este mensaje fue perfilado en términos de un mercado que operaba de manera injusta y tomó un enfoque más keynesiano que liberal, apelando a que en la sociedad chilena todo el mundo estaba rodeado de deudas con consecuencias de diversa índole, incluidas las ligadas a la salud, como la angustia, el miedo, el estrés y la ira. El segundo grupo al que se dirigió la campaña fue al de la población cristiana, por medio del sentimiento de culpa. El 85,1% de la población chilena se declara cristiana (INE, 2003) y muchas instituciones, como centros médicos, radios, universidades y colegios, pertenecen a la Iglesia Católica o Evangélica. Por lo tanto, si bien no hubo un llamamiento directo a los cristianos *en sí*, sí hubo mensajes dirigidos a ese sector de la sociedad chilena y al arraigado sentimiento de culpa en mensajes que de diversas maneras ponían sobre la mesa preguntas del tipo “¿cómo puedes tú (o tus hijos o hermanos) estudiar cuando otra persona no puede hacerlo por falta de dinero?”.

Más allá de la asesoría entregada por la consultora, en 2011 hubo un acuerdo transversal entre quienes tomaron parte de la movilización respecto de cómo debían comportarse con los medios de comunicación y con los periodistas, debido a una experiencia acumulada en décadas de movilización y, particularmente, como consecuencia de la “Revolución Pingüina” de 2006. Visto en retrospectiva, hubo dos lecciones específicas de la movilización de 2006 que resultaron paradigmáticas para saber qué evitar y qué no hacer en 2011. La primera fue, en 2006, el cambio en la cobertura de los medios de comunicación, que pasaron de exaltar el vigor de su juventud buscando mejorar las condiciones de la educación secundaria, a presentarles como adolescentes mimados descontentos con todo y sin interés de llegar a una solución real al conflicto con el gobierno (Depetris, 2015). La portada de la edición del 3 de junio de 2006 del periódico *Las Últimas Noticias* plasmó este cambio de tono luego de que las y los estudiantes rechazaran un conjunto de medidas anunciadas por la presidenta socialista Michelle Bachelet (2006-2010). “Cabros, no se suban por el chorro”, rezaba el titular del matutino con grandes letras amarillas por sobre una imagen frontal de una de las jóvenes que lideraba el movimiento (Depetris, 2015). El segundo momento fue la aceptación de la invitación hecha por la administración de la presidenta Bachelet a una mesa de diálogo. Para los medios de comunicación, esta mesa significó el punto final de la movilización, pero para el estudiantado no fue más que “una salida de muy cuidada imagen democrática, pero certera efectividad

<sup>3</sup> Según el censo de 2002 elaborado por el Instituto Nacional de Estadísticas (INE), el 85,1% de la población se declara cristiana: el 70% católica y el 15,1% evangélica (INE, 2003).

autoritaria” (Figueroa, 2012: 16). A partir de ese momento, cada intento de mantener viva la movilización y cada intento de volver a las calles fue considerado por los medios de comunicación como una acción perpetrada por adolescentes irresponsables, considerando que la movilización ya había sido encausada políticamente por la institucionalidad. Ambos recuerdos de 2006 impulsaron las acciones estudiantiles en 2011. En opinión de Noam Titelman, delegado de la Federación de Estudiantes de la Pontificia Universidad Católica (Feuc) en la Confech de 2011, en las acciones mediáticas de 2011:

Había un aprendizaje previo que hizo que fuera mucho más deliberado, y fue una diferencia con el 2006, hasta cierto punto. Pero el 2011 hubo una estrategia desde un comienzo enfocada en el tema comunicacional, de la masividad.

Y este enfoque tuvo un mensaje claro y directo al inicio de la movilización: la necesidad de una reforma educacional para acabar con cobros de matrículas y aranceles abusivos ligados a préstamos y créditos bancarios que las familias tardarían décadas en pagar.

Con un creciente apoyo a la movilización en las semanas posteriores a las primeras marchas, y tras debatirlo en asambleas a lo largo del país, la idea primigenia de pelear por una reforma educacional se transformó en la necesidad de construir un sistema radicalmente distinto, basado en los principios de educación gratuita, pública y de calidad. Para el movimiento, tanto la idea de reforma como, posteriormente, la de cambiar el sistema educativo desde sus fundamentos, debían ser comunicadas y compartidas lo más ampliamente posible. Y esa era una cuestión importante para quienes sostenían el movimiento: ¿cómo presentar temáticas en un espacio históricamente adverso a los motivos de protesta estudiantil y a cualquier reivindicación que intentara romper la estructura del sistema educativo chileno? Su respuesta la encontraron en experiencias de movilización pasadas y en el debate permanente en asambleas a diferentes escalas (en las reuniones de la Confech, localmente, en los liceos, etc.) e implicó ir desde la complejidad a términos e ideas más simples. Por medio de este ejercicio, desde el movimiento diseñaron cuatro patrones para comenzar a desarticular la estructura discursiva del neoliberalismo en Chile y articular un discurso antineoliberal y una identidad común.

De acuerdo con los trabajos de Stuart Hall (1985), Ernesto Laclau (1977) y Chantal Mouffe (2014), el proceso de desarticulación/articulación se refiere a la destrucción/creación de una unidad discursiva a partir de elementos que, no teniendo una pertenencia necesaria o natural (Grossberg, 1996), se desconectan o conectan para presentar una posición contraria, y coherente, contra los discursos dominantes (Laclau, 1977). El objetivo de la articulación es hacer emerger “otras formas de organización social” (Zylinska, 2005: 19), y para ello el proceso de articulación es un

esfuerzo deliberado de vincular asuntos, ideas, representaciones y significados con creencias y valores fundamentales de las personas, así como con su vida cotidiana. El objetivo final de la articulación es cambiar la forma en que representamos el mundo (Hall, 1985). Este es, cabe subrayar, un proceso. Por ende, se entiende como no permanente e inestable debido a las fuerzas de oposición que surgen frente a un intento particular de desarticulación/articulación (Laclau y Mouffe, 2014). En 2011, las pautas para comenzar a desarticular la estructura discursiva del neoliberalismo en Chile y articular un discurso antineoliberal y una identidad común por parte del estudiantado fueron: dar mensajes claros y sencillos; evitar el lenguaje habitual de las militancias de izquierdas y la estética del pasado para romper con viejos clichés; resolver sus desacuerdos dentro de las asambleas y expresar su unidad cuando se dirigieran a la prensa; y tener una actitud seria, informada y desafiante pero respetuosa.

## Claro y sencillo

Una vez asumida por parte de la agencia de publicidad y por la experiencia de los estudiantes la escasa posibilidad de tener éxito usando una forma de hablar compleja, redundante o extravagante, la estrategia se centró en reducir la complejidad de tecnicismos, historias y aspectos legales, y hacer que las reivindicaciones del movimiento fueran convincentes y fáciles de comprender. Para trasladar ideas desde lo complejo a lo simple anclaron el problema de la educación chilena en una experiencia propia de la vida cotidiana de la mayor parte de la población adulta chilena: la de obtener préstamos desorbitados y cargar con una deuda para toda la vida. Como expresó Camilo Ballesteros, este asunto era cercano a la vida real de la gente, por lo que era sencillo de entender y relacionar:

... en todas las familias tienen a alguien estudiando y todos tienen deudas, lo están pasando mal por eso, están angustiados.

Esta primera reducción de complejidad, dirigida a una gran mayoría de la población, se trasladó a una segunda etapa semanas después de iniciado el movimiento. En este caso, el problema se centró en el hecho de que algunas personas tuviesen acceso a una educación de calidad solo por disponer de los medios económicos para pagarla, mientras que otras, con la misma capacidad intelectual, no pudieran hacerlo por no tener los suficientes ingresos familiares. O podían hacerlo, pero con un grave perjuicio para su economía de por vida. Desde esta posición, las y los estudiantes apuntaron al sistema educativo como una industria lucrativa no regulada y destacaron la necesidad de cambiarlo por un sistema público que fuese responsable de brindar educación gratuita y de calidad. En otras palabras, plantearon el derecho a tener acceso a una buena educación sin importar los ingresos de la familia, frenando así el abuso de empresarios privados y su continuo lucro a partir de la educación. De este modo, el movimiento aspiró a que sus reivindicaciones fueran lo suficientemente

sencillas como para ser tema de conversación en el autobús, el taxi, en un debate político o en los matinales de televisión.

La cuestión era que fuera entendible, ¿cachai? Que fuera algo que tú conversas... Voy a ser más directo, que fuera algo, que esto fuera tan simple de entender que a dos personas que se encuentran en la calle se les ocurra hablarlo, comunes y corrientes. Sé que es disruptivo dialógicamente hablando, pero mi tema era que no lo fuera. Mira, más simple todavía, que fuera un tema que se pudiera decir en el matinal (de televisión) (José Soto, presidente del Centro de Alumnos del Instituto Nacional en 2011).

## Evitar la estética antigua y romper los estereotipos

La necesidad de evitar imágenes y repertorios visuales de los sectores de izquierda durante las décadas de 1960, 1970 y 1980 fue bastante clara para quienes se involucraron en la movilización, pero no porque rechazaran esas imágenes o porque las antiguas reivindicaciones de reforma o revolución no coincidieran con sus puntos de vista. La razón estuvo en que para llegar a gran parte de la población chilena debían dejar de lado una estética vinculada a la política y los movimientos sociales chilenos y latinoamericanos de los años sesenta. Esa tarea incluyó lo iconográfico, pero también el tipo de discurso frente a los micrófonos y la estética personal. De no hacerlo así, los estudiantes entendían que iba a ser extremadamente difícil conformar un amplio espacio político común que involucrara a otras personas fuera de las y los habituales simpatizantes de izquierdas, como reflexiona José Soto.

Tenís que acceder a un público que te va a discriminar mucho antes si ve que tu iconografía es de la Ramona Parra<sup>4</sup>, y yo creo que eso fue un análisis consciente de quienes diseñaron los afiches, de quienes estuvieron detrás de los afiches, ellos dijeron... ahí hubo una conciencia de decir “¿Sabes qué? Tenemos que aspirar a un público más allá de la izquierda”. Hicieron ese análisis, no podemos seguir convocando a las mismas personas de siempre, que son los que van a estar de acuerdo contigo porque tienen posiciones de izquierda. Tenemos que acceder a un público más allá, entonces tu mensaje, tu forma y tu contenido tienen que ser más amigables.

Evitar este repertorio estético y simbólico fue también una forma de evitar caer en los clichés con los que eran asociadas las movilizaciones, sus participantes y sus líderes, especialmente en un movimiento formado principalmente por jóvenes.

<sup>4</sup> La Brigada Ramona Parra fue una organización de izquierda que en la década de 1960 realizó acciones de propaganda política en el espacio público, pintando paredes con temas contingentes -a modo de murales- y consignas escritas. Su estética era muy reconocible y encierra una visión mundial de revolución y liberación frente al imperialismo.

Algunos de estos clichés se referían a que el movimiento era una marioneta de los partidos políticos; a que reclamaban por cosas que eran técnicamente imposibles de conseguir o meros deseos ideológicos; o a que era un movimiento anarquista y violento sin más motivo que causar desórdenes. Frente a estos clichés, el movimiento tuvo maneras de contraatacar. Cuando los medios de comunicación o representantes de la política institucional afirmaban que los estudiantes eran arrogantes, violentos, llenos de ideologías y carentes de sentido común, estos trataban de aparecer en los medios públicos con reivindicaciones claras, argumentos coherentes, una actitud seria e incluso un aspecto físico muy diferente al cliché del líder revolucionario.

En mi caso, lo que más me interesaba era bajar la barrera de prejuicios que existían en torno a lo que es un dirigente estudiantil, mostrar posibilidades de dirigentes estudiantiles distintos, gente que podía estar con camisa y pantalón y no necesariamente con una polera negra. Porque eso permitía discutir. Si los estereotipos son atajos mentales que la gente ocupa, y yo no quería darle atajos mentales a la gente. Todo esto son reflexiones posteriores, automáticas, de autodefensa, yo no quería que me perjudicaran (Giorgio Jackson, presidente de la Feuc en 2011).

## La unidad por encima de todo

Otro elemento ligado a la manera en que el movimiento graficó su mensaje fue evitando mostrar divisiones internas frente a una prensa que el estudiantado hallaba antagónica a sus intereses. Por cierto, en el interior del movimiento había diferentes perspectivas ligadas a sus orígenes institucionales, de corte ideológico, geográfico, de clase, de cuánta gente representaban; pero ante la prensa expresaban unidad en sus reivindicaciones. Incluso cuando hubo desacuerdos sobre sus demandas en el seno de las asambleas, en general planteaban sus reclamos y peticiones de manera unificada. Esto lo hicieron asumiendo sus divergencias en algunos temas ante la prensa, pero mostrando una fuerte unidad en el asunto principal de su causa. Así, según los y las estudiantes, el movimiento presentó su reclamo como uno solo y, a sí mismos, como un bloque firme y maduro, evitando así flaquear donde lo hicieron movimientos anteriores: aparecer en los medios de comunicación ofreciendo puntos de vista opuestos, confusos y contradictorios. Sortear esta debilidad les permitió enfrentarse a lo que llamaron “las trampas de la prensa dominante”.

Éramos como unidos en nuestras acciones. Varias veces nos hicieron pisar el palito. Igual caíamos, pero por cuestiones lógicas, otras las inventaban ellos no más, pero nos tratábamos de cubrir porque entendíamos a qué nos estábamos enfrentando. Era constante esta idea, en un momento de atacar al Confech, como la violencia, cuando no se pudo, fue intentar dividir, fue muy periódico los viernes en *La Segunda*, todos los sábados en *La Tercera*, y el domingo se sacaban reportajes como “La división del Confech”; “La ultra

versus los moderados” y toda esta cuestión. A mí me daba risa, nos daba risa, porque aparecían casi nuestros expedientes criminales a veces en *La Segunda*, nuestras fotos, de dónde veníamos, qué leíamos. Una vez salió en *El Mercurio* dónde trabajaba mi papá (Sebastián Farfán, presidente de la Feuc en 2011).

## Gente seria

Un cuarto elemento que se extendió a la práctica mediática estudiantil fue evitar el tratamiento banal de los medios de comunicación. De nuevo, la experiencia de 2006 fue muy relevante en este punto pues les permitió ver las dos caras de la moneda. Por un lado, la hábil performance de representantes de estudiantes secundarios en televisión, radio y conferencias de prensa, logrando convertirse en líderes creíbles de un movimiento estudiantil. Por otro, la cobertura de los medios de comunicación involucró a esos líderes en noticias más cercanas al chisme y la farándula, que no favorecían al sentido o unidad del movimiento. En 2011, las y los activistas tuvieron presente este recuerdo y trataron de adoptar únicamente los aspectos serios de la experiencia de 2006. Para lograr ese objetivo aparecieron ante las cámaras o en las emisoras de radio abordando predominantemente asuntos educativos y políticos, mostrándose como personas preparadas y conocedoras de la información técnica, legal y teórica relacionada con los temas centrales y adyacentes a la educación, y negándose a hablar de su vida personal. El resultado de este comportamiento en los noticieros y programas de conversación fue muy valorado por el estudiantado, ya que les permitió combatir el cliché de ser jóvenes ignorantes con poca preparación, algo que quedó especialmente claro cuando tuvieron la oportunidad de compartir un espacio mediático y debatir con miembros de la política partidista tradicional.

El gobierno quiso reducir esto a una marcha más de un grupo chiquitito, de la caricatura que hablan del neoliberalismo y se encontró con algo totalmente distinto, como algo mucho más serio, cabros buenos. Entonces, por ejemplo, un momento muy potente fue cuando los dirigentes fueron a presentar las propuestas con números y con datos y cómo salió esa imagen, fue una imagen muy potente. Porque mientras el gobierno decía “estos son los encapuchados que vienen a hacer la guerra”, veías a dirigentes estudiantiles presentando en el Congreso sus ideas (Noam Titelman, delegado de la Feuc en 2011).

## QUIÉN Y DÓNDE: PORTAVOCES Y MEDIOS DE COMUNICACIÓN

Como se ha mencionado previamente, quienes llevaron adelante la movilización decidieron tratar con los medios de comunicación utilizando todos los espacios donde pudieran entrar: desde matinales de televisión transmitidos para todo Chile hasta tertulias en la televisión por cable, pasando por programas de radios comunitarias y prensa local. De todos los tipos de medios de comunicación, los y las estudiantes

preferían los programas en vivo para dar a conocer sus puntos de vista sin que estos pudieran pasar por la mano de una edición que limitara lo que quisieran decir. En general, quienes en el movimiento tenían la responsabilidad de lidiar más comúnmente con la prensa fueron muy cautelosos en su relación con periodistas, esto con el fin de evitar malentendidos y también de defenestrar la imagen del estudiantado como adolescentes ingenuos, imprudentes e ignorantes en las causas de la movilización, tales como la economía, el gobierno y la educación. Para cuidar al máximo su mensaje, las organizaciones más destacadas mantuvieron una tradición que les ayudó a evitar malentendidos ante la prensa: contar con portavoces a escala nacional y regional. Así, la Confech, la Cones, la Aces e incluso algunos liceos seleccionaron a sus propias vocerías según criterios democráticos. En algunos casos, como en el de la Cones y la Aces, hubo elecciones en asambleas nacionales para seleccionarlas. Estas elecciones contaban con candidaturas que, en caso de ser electas, debían estar permanentemente disponibles para las apariciones en los medios de comunicación y eran voz autorizada cuando la prensa quería tener la versión oficial de una organización durante la movilización, como por ejemplo después de las reuniones con el Ministerio de Educación o durante una marcha. En otros casos, como el de la Confech, la persona encargada de las declaraciones públicas cambiaba de vez en cuando dentro de sus integrantes, cumpliendo así la idea de que el poder y la representación no recayera en una figura en particular, sino en todo el movimiento.

En consecuencia, quienes ejercían las vocerías tenían como responsabilidad lidiar con los medios de comunicación para evitar malentendidos, y proveer información sobre las decisiones, posturas y el día a día de la movilización. Eran quienes también encarnaban la evidente juventud y la buscada seriedad de las reivindicaciones estudiantiles ante las cámaras y los micrófonos, y sobre quienes caía el escrutinio permanente respecto de su labor. Y no solo de la prensa o la ciudadanía, sino también de sus pares. El objetivo de este último tipo de escrutinio era evitar que quien ejerciera la vocería dijera cosas no acordadas de antemano en las asambleas de donde había salido el mandato del o la vocera. Por eso, durante reuniones nacionales de los principales conglomerados estudiantiles, existían largos debates para exponer claramente lo que iban a decir ante la prensa, y se comprometían a no decir nada distinto a lo acordado en las asambleas. En caso de que aludieran o ampliaran algo no acordado de antemano, los y las portavoces eran reprendidos en la siguiente reunión y se ponía en duda su continuidad en tal función. Si se consideraba necesario, los miembros de la asamblea sustituían a quien tuviera la responsabilidad de la vocería por otra persona.

Con el tiempo, los chicos empezaron con la misma desconfianza del 2006 a desconfiar de nosotros mismos. O no sé si a desconfiar, pero a ponerse más quisquillosos porque decían, por ejemplo, ya, salíamos de una asamblea y nos decían “Ustedes tienen que decir X cosa en la prensa, no pueden decir

nada más que eso, nosotros vamos a estar atentos". Entonces, finalmente a nosotros nos ponían entre la espada y la pared. Si decíamos una palabra más de algo que no se acordó en la asamblea, después los cabros se iban a enojar, y finalmente, pasaba. O sea, llegábamos a una asamblea y llegaba X representante, decía "Oye, te vi en tal canal y dijiste esto y eso nosotros no lo acordamos" (Freddy Fuentes, vocero de la Cones en 2011).

Así, en cuanto a las actividades relacionadas con los medios de comunicación tradicionales, incluyendo periódicos, televisión, radio e internet, el movimiento confió en sus representantes que actuaron como portavoces frente a micrófonos y cámaras, con la esperanza de desempeñarse de buena manera o, al menos, mejorar su performance en lo sucesivo. En este sentido, el caso chileno contrasta fuertemente con otros procesos de movilización de ese año, como los Indignados en España, y la forma en la que se expresó la horizontalidad del movimiento frente a los medios de comunicación. Como señala Manuel Castells, desde el inicio del movimiento 15M se determinó que "no habría líderes, ni locales ni nacionales. Para el caso, ni siquiera tenían un portavoz reconocido. Cada uno se representaba a sí mismo y a nadie más" (Castells, 2012: 133).

A diferencia de lo que ocurrió en España, en el movimiento chileno no se consideró que los principios de la horizontalidad fueran traicionados por el uso de vocerías. Sin embargo, y como consecuencia de la exposición mediática, hubo dos representantes estudiantiles que acapararon una atención inusitada y más allá del reconocimiento alcanzado por el resto de los estudiantes: Camila Vallejo y Giorgio Jackson, presidentes de las federaciones estudiantiles más grandes del país y voceros de la Confech durante parte de 2011. En un hecho inédito, estas dos figuras –Vallejo, militante comunista, y Jackson, miembro de un nuevo y moderado movimiento de izquierda dentro de su universidad– ganaron la atención de los medios de comunicación y ante los ojos de la prensa se convirtieron en líderes oficiales del movimiento. Fueron vistos como dos jóvenes, valientes y preparados estudiantes al frente de millones de personas que peleaban por el futuro en contra de una política vieja y sin respuestas consistentes.

Las figuras de la Camila y el Giorgio son figuras que comunicacionalmente son muy potentes. O sea, por un lado, tenías a una mujer, presidenta de la Fech, comunista, muy guapa, y muy inteligente, que habla de corrido en términos muy simples. Y, por otro lado, tienes otra realidad que era, también puede ser un poco caricaturesco, pero para que se entienda, que era como el niño cuico, rubio, que vive de Plaza Italia para arriba, que se está preocupando también de estos temas, y que también tiene una capacidad. Pero yo creo que el Giorgio tiene más capacidades que la Camila para poder comunicar y que la gente común y corriente le entienda. Entonces, yo creo que a la Camila le entienden más desde la izquierda, y el Giorgio tiene la capacidad de poder llegar a más sectores políticos que la Camila (Rodrigo Rivera, portavoz de la Cones en 2011).

Esto último supuso tanto una ventaja como un problema. La ventaja era que, debido a la especial atracción de los medios de comunicación por estos dos líderes, el movimiento efectivamente ganó más presencia en los medios con personas que retrataban la gravedad que se deseaba y evitaban los clichés del activismo estudiantil. La desventaja, o el problema, era que al anclar el movimiento en una o dos figuras particulares la idea de tener una rotación de vocerías se veía afectada. De hecho, en algún momento de 2011, cuando Vallejo y Jackson no ejercían las vocerías de la Confech, los medios insistían en hablar con ellos, al asumir su liderazgo en la movilización.

En consecuencia, es posible ver que el compromiso con los medios de comunicación con mayor presencia tuvo beneficios para el movimiento, pero también consecuencias negativas respecto a la manera en que los medios entienden y abordan los asuntos políticos, y el poder y la autonomía que tienen al hacerlo. Como se mencionó en el capítulo 2, la cobertura informativa de los principales medios chilenos se caracteriza, especialmente en la televisión, por un estilo melodramático basado en la personalización y lo emocional de los fenómenos sociales (Mujica y Bachmann, 2015). Esta personalización podría haber derivado fácilmente en lo que Briggs y Burke (2003) denominan la fabricación de celebridades, entendidas como personas no reconocidas por sus logros sino solo por su imagen. En otras palabras, el problema para el movimiento no era solo que los medios de comunicación personalizaran el movimiento, sino también que Vallejo y Jackson pudieran convertirse en celebridades. La consecuencia final de esto podría haber sido vaciar al movimiento de contenido político y crítico a causa de la mayor exposición mediática de las figuras más reconocidas por la prensa.

Un punto de inflexión para impedir este tipo de tratamiento mediático se produjo el 22 de agosto de 2011. Esa mañana, el diario *Las Últimas Noticias* publicó a portada completa una foto de Camila Vallejo en el escenario de un encuentro multitudinario celebrado el día anterior en Santiago, en el que se calcula se reunieron un millón de personas en un ambiente familiar con cantantes y grupos musicales. El titular del periódico decía “Camila Vallejo no quiso mover la colita”, lo que significa que no quiso realizar un particular baile en el que una persona mueve su trasero de forma seductora. La reacción de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile fue inmediata y se dio mediante un comunicado de prensa en el que hicieron una clara crítica al periódico por atacar al movimiento, a Camila Vallejo y a las mujeres en general (Romero, 2013).

Como demuestra el caso anterior, desde el estudiantado se trató de reducir asuntos complejos, como el sexismo, a términos simples y fáciles de comprender, transformando el ataque a una mujer en particular, como en este caso, a un ataque a todas las mujeres chilenas. En efecto, conscientes de que al acceder a los medios de comunicación y buscar la cobertura mediática se enfrentaban a un adversario ideológico –además de acceder a una audiencia frente a la cual querían ser claros,

sencillos, serios y unificados en su postura– las acciones mediáticas estudiantiles fueron conservadoras y no se diferenciaron significativamente de las de un partido político tradicional (Maarek, 2011; Silver, 2003). En este sentido, hubo tres actividades mediáticas principales: declaraciones a la prensa, entrevistas y seguimiento de medios.

**Declaraciones a la prensa:** esta actividad involucró mecanismos formales de dirigirse a los medios de comunicación buscando mostrar la unidad y amplitud del movimiento. Involucró dos tipos de acciones: conferencias de prensa y comunicados de prensa. Las primeras se desarrollaban usualmente antes de una marcha o concentración pública. Las principales organizaciones –la Confech, la Cones y la Aces– celebraban una rueda de prensa, normalmente en la sede de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, en Santiago. En una mesa larga y frente a la prensa hacían la convocatoria, exponían los motivos y objetivos de esta, dando tiempo a las preguntas y consultas de la prensa. Tras la rueda de prensa se enviaban comunicados de prensa a nivel local y nacional. Los comunicados contenían los motivos de la convocatoria, el punto de vista del estudiantado movilizado respecto a la acción o inacción del gobierno y a sus demandas de reformar el sistema educativo chileno. Dichas conferencias de prensa se celebraban principalmente a escala nacional, pero también en regiones. Esta presencia unitaria frente a los medios fue visible también después de las largas asambleas de la Confech o al final de las reuniones entre las principales organizaciones del movimiento, donde las vocerías de turno hablaban una tras otra frente a las y los profesionales de la prensa. En todas las ocasiones se entregaba un comunicado de prensa a los medios de comunicación como mensaje oficial de las principales organizaciones detrás de la movilización.

**Entrevistas:** durante 2011 la presencia del movimiento en los principales medios de comunicación fue aumentando semana tras semana hasta el punto de que, como afirmaron algunas de las personas entrevistadas para este libro, parecían estar en todas partes. Conscientes de esta creciente presencia, desarrollaron dos acciones: llamar directamente a algunos medios para acudir a sus programas a exponer las materias de la movilización y aceptar las invitaciones que les hacían para acudir a sus espacios, tanto desde las radios locales hasta los medios internacionales. A medida que pasaban las semanas, las y los activistas daban prioridad a determinados espacios, ya que la demanda de múltiples medios de comunicación iba en aumento. Como consecuencia de esta experiencia, la televisión y las radios fueron los medios más importantes para el estudiantado, por su alto y amplio consumo entre la población chilena (Azócar et al., 2010) y por ser un lugar donde era posible hablar, debatir y expresar sus puntos de vista con mayor profundidad.

**Seguimiento de medios:** también se realizó una revisión permanente de la prensa como forma de evaluar su actuación en los medios. Revisar la prensa era una tarea normal para cada simpatizante de base, pero un elemento clave para las federaciones estudiantiles –todas ellas cuentan con una secretaría de comunicaciones encargada

de los medios— y materia de debate en las asambleas locales y nacionales. Si bien no hubo un análisis sistemático de los medios de comunicación durante este periodo, sí hubo un estado general de alerta respecto a las noticias. Como menciona Francisco Figueroa, “había mucha preocupación cuando no nos cubrían y cuando nos cubrían siempre había atención de la comunidad estudiantil sobre cómo nos trataban los medios”. Un ejemplo de esto último lo encontramos en la indignación con *Las Últimas Noticias* y su portada sobre Camila Vallejo. Otro ejemplo fue la reacción más positiva tras la emisión del programa de televisión *En la Mira*. El reportaje, emitido el 20 de julio por el canal privado Chilevisión, sorprendió a la base del movimiento por su tratamiento más favorable y por el impacto que tuvo en su favor, como menciona Paula Urizar, participante de la AEEA:

Paula Urizar: Me acuerdo que Chilevisión hace un reportaje especial del movimiento estudiantil y todos nosotros del movimiento estudiantil, todos los estudiantes, lo miramos con sospecha, con gran sospecha. Era como ya, a ver cómo estos locos van a empezar a absorber esta cuestión para seguir guiándolo en el camino que ellos quieren.

JSU: ¿Y cuál fue su opinión al respecto, después de verla?

Paula Urizar: El reportaje era igual bien emotivo... era como con fuerza, bueno igual ese reportaje que hicieron en específico, pero era como eso, “bacán, pero no les creo”.

Las razones de la falta de confianza hacia la prensa y su cautela con los medios de comunicación de mayor calado se basaron en tres elementos. En primer lugar, porque asumían que los medios de comunicación dominantes eran el canal utilizado por los poderes políticos y económicos para hablar públicamente y, por lo mismo, era necesario seguirles la pista muy de cerca para saber qué intentaba decir el “poder real”. El segundo era una consecuencia del anterior e implicaba tomar posiciones y encontrar formas de presentar sus reivindicaciones, modificar algunos puntos, profundizar en algunos aspectos de sus demandas o abandonar algunas acciones con el fin de ganar más apoyo a la movilización. Y un tercer motivo, más general, era observar elementos que en la cobertura noticiosa les dieran ciertas luces respecto del apoyo general hacia la movilización, de sus acciones (como marchas y tomas), de sus líderes, del estado de las negociaciones y de la forma en que se retrataba a sus adversarios.

En general, los estudiantes desarrollaron un enfoque conservador y cuidadoso en su accionar comunicacional, para así llegar a los medios de comunicación de la manera más profesional posible, tomando muy en serio qué, cómo y dónde hacer declaraciones, quién era él o la encargada de hablar y, además, evaluando permanentemente su accionar. Así, el carácter tradicional del trabajo comunicacional aparece como elemento clave de un diseño estratégico, creado para acceder a los medios de comunicación convencionales dentro de los límites de legitimidad e inteligibilidad de una determinada cultura (Williams, 2004), que es la cultura que

los medios chilenos han establecido para comunicar la política. Al actuar dentro de los marcos de esa cultura legitimada, el movimiento pudo llegar a un público más amplio con un repertorio de contenidos y formas que no resultaban disruptivas para los medios.

Una vez dentro de los límites de los medios de comunicación, el movimiento trató de desarticular los códigos de, en palabras de Swidler, la “gigantesca maquinaria publicitaria que define a los activistas antiguerra como antipatriotas, a las feministas como odiadoras de hombres y a los ricos como asediados contribuyentes” (Swidler, 2003: 34). Y lo hicieron yendo de la complejidad a la simplicidad en su crítica moral, política y técnica hacia un sistema educativo dominado por lógicas de mercado, articulando así un discurso desde la fisura de una cultura dominante. En esa grieta de la hegemonía neoliberal el movimiento invitó a la gente a percibir que sus vidas y su destino no estaban escritos, que se requería un cambio ético y que había gente razonable y confiable que ya estaba trabajando en ello.

## OBJETIVOS, RESISTENCIA Y RESULTADOS

Como se mencionó anteriormente, las acciones ejecutadas por los estudiantes fueron parte de una estrategia que quiso establecer una relación directa con los medios de comunicación, por medio de un trabajo mediático similar al de una organización no gubernamental o partido político, y así contribuir a desarticular los cimientos del discurso hegemónico de la educación de mercado. El tipo de mensaje, el método y la razón de ser de ese mensaje reflejaron una confrontación ideológica que acercó el sentido de la acción mediática del movimiento a lo que las teorías del nuevo movimiento social entendieron como la característica principal en las luchas contemporáneas: la confrontación cultural y simbólica por una visión de mundo. Lo que autores como Laclau y Mouffe (2014), y Hall (1985) etiquetan como un proceso de articulación.

Para analizar la acción mediática de los movimientos sociales la noción de articulación es especialmente relevante, ya que nos permite comprender la creación discursiva de un conflicto social, las formas en que se representa el conflicto y sus soluciones, y las maneras en que se utiliza para resonar en las visiones del mundo de la gente. Esta observación es pertinente también por el papel preponderante de los medios de comunicación en tanto agentes privilegiados y omnipresentes a la hora de enmarcar la política nacional, es decir, definir qué existe y qué no existe, por ende, qué es relevante y qué no es relevante en la agenda político-mediática. Este proceso de enmarcar tiene en el caso de Chile, como se ha mencionado en los capítulos anteriores, un fuerte sesgo ideológico.

Premunidos de esta mirada, en la siguiente sección del capítulo repasaré las tres principales articulaciones observadas en el caso chileno. La primera apuntó a crear dos

clivajes: uno que expresara que la educación de mercado y el derecho a la educación gratuita y de calidad no pueden ir juntos; y un segundo que dirigiese el clivaje anterior a la incompatibilidad del neoliberalismo con la democracia. La segunda articulación se refiere a la configuración de estudiantes, manifestantes y activistas como sujetos bien intencionados y preparados que intentaban cambiar el país para mejor, y no como vándalos o delincuentes. La tercera y última articulación fue la configuración de una simple historia de adversarios en la que las instituciones políticas dominantes, el gobierno y los principales grupos empresariales eran el actor avaro y mal intencionado, y el estudiantado y el pueblo en general los bien intencionados representantes de la posibilidad de un cambio para el bien de la sociedad.

Tras describir estas tres articulaciones observaré cómo, a partir de los testimonios de estudiantes en grupos focales y entrevistas, los medios de comunicación dominantes se defendieron y respondieron, mediante casos y ejemplos concretos. Más adelante en el capítulo profundizaré en el resultado final del trabajo mediático del movimiento: la creación de los comunes imaginados.

## Marcando los clivajes

Uno de los objetivos del movimiento fue crear un campo de batalla, una arena simbólica conformada a partir de identificar fuerzas amplias en contraposición en su manera de definir la situación de la educación chilena. La confluencia de estas dos fuerzas fue un clivaje que señaló dos grandes áreas que invitaron a tomar posición sobre el problema educativo: era un lado o el otro. Por lo tanto, un objetivo del movimiento era indicar claramente esta intersección donde los dos caminos colisionaban, de manera que concediera a los estudiantes un apoyo creciente. Al principio, la tensión se centró en la intersección entre mercado y derechos. Apelando a la experiencia común de vivir mes tras mes pagando deudas, las y los estudiantes consiguieron fijar la idea de una relación problemática entre la economía de mercado y el derecho humano a la educación. En comunicados de prensa, en entrevistas en televisión, en programas de radio, al final de una manifestación o en una asamblea nacional de instituciones como la Confech, los y las estudiantes se manifestaron en contra de la idea de que el mercado fuese capaz de proporcionar derechos sociales, y subrayaron que el sistema neoliberal de educación solo promovía una desigualdad de nunca acabar. Por medio de este clivaje buscaron sensibilizar a la población desde sus sentimientos más íntimos y cotidianos, como en el caso de personas cristianas o endeudadas.

Tuvimos la capacidad de hacer que la gente en casa entendiera el problema y dijera “¿Sabís qué? Sí, mi hijo entró a estudiar, está estudiando, pero está estudiando con crédito, eso quiere decir que yo me voy a endeudar quizás hasta cuándo”. Hubo gente que perdió la casa. Pudimos instalar el lucro como la principal demanda. Yo creo que ese fue uno de los principales motivos por el cual se movilizó tanta gente, y por el cual tú tenís la posibilidad

de, en las marchas, no solamente ver estudiantes, sino que ver familias, trabajadores (Rodrigo Rivera, portavoz de la Cones en 2011).

Una vez que los y las estudiantes se dieron cuenta de que contaban con la atención de los medios de comunicación por la creciente cobertura de la movilización, por las solicitudes de los medios de comunicación para entrevistarles, por lo que apuntaban las encuestas y por su propia percepción cotidiana, trataron de profundizar el clivaje neoliberalismo/democracia como dos polos incompatibles. Este clivaje les permitió expresar que la razón de ser de la denegación de educación pública, gratuita y de calidad para todas las personas era una consecuencia directa del poder político y económico. Por ende, sostenían que el problema de la educación chilena no era técnico sino político e ideológico.

Los y las estudiantes consideraron necesaria, entonces, la profundización del clivaje para evitar centrar el conflicto en un mero ajuste del mercado. Y para ello utilizaron todos los medios comunicativos que tenían a su alcance y que se recogen en este libro. Como expresó José Miguel Sanhueza, involucrado en la movilización como parte del colectivo político Izquierda Autónoma:

Hubo un esfuerzo de codificación comunicativa de la política utilizando ese tipo de herramienta (la creación de clivajes). Trabajamos mucho en la diferencia entre derechos frente a mercado, democracia frente a mercado y con base en eso ir traduciéndolo también a productos.

Los productos a los que se refiere José Miguel fueron carteles, folletos, videos, intervenciones en la web, ciertamente también su trabajo más tradicional ligado a comunicados de prensa y el discurso de representantes estudiantiles en los medios.

Al profundizar el clivaje neoliberalismo/democracia pudieron extender los problemas que se habían circunscrito a la educación a otras áreas de la sociedad, la política y la economía chilenas, donde el neoliberalismo había penetrado sin que la ciudadanía pudiera decir algo, como en los casos de la privatización del sistema de salud, de las carreteras, las pensiones y el agua, entre otros. En definitiva, este trabajo mediático puso directamente de manifiesto que la ideología que sostenía y defendía la educación chilena de mercado estaba en crisis. Como tal, debía ser cuestionada desde sus cimientos para construir otro modelo basado en valores como la democracia, la igualdad, la calidad y el bienestar.

## Cambiar la relación entre objeto, sujeto y significado

Una segunda articulación buscó modificar el significado que el grueso de la población atribuía a sujetos y acciones ligadas a movimientos sociales y reivindicaciones políticas realizadas desde la sociedad civil. Esta tarea estaba dirigida a reformar una percepción arraigada que equiparaba la protesta con el vandalismo, a quienes protestaban

con vándalos y a los movimientos sociales con ambiciones inalcanzables, es decir, una triada de relaciones causales que para el movimiento eran el producto de una cobertura mediática sesgada durante décadas. Como expresó Ignacio<sup>5</sup>, estudiante secundario en 2011, en relación con el poder de los medios para enmarcar la movilización social:

Los que han ido a las marchas saben que lo que se muestra no fue lo que llamó la atención. La TV se enfoca en los desórdenes. Y el mensaje es “fueron a marchar y rompieron los semáforos, los quioscos”. Mucha gente se queda con ese mensaje. Como mi abuela, que escucha la palabra movilización y la asocia con desastre. Conozco gente más grande que solo piensa en vandalismo al ver una marcha.

En un panorama de permanente derrota de las fuerzas sociales y de criminalización de lo disidente, el movimiento buscó progresivamente validar a los manifestantes como personas de bien que trabajaban para cambiar el país de manera razonable y con sentido. Camilo Ballesteros revela este objetivo con mucha claridad:

Cuando levantamos nuestra campaña comunicacional nuestro objetivo era que cuando la señora viera a un niño tirando piedras no dijera “El niño es malo” sino por qué el niño está tirando esa piedra.

Tratando de ser claros en sus intenciones, sencillos en sus conceptos, empoderados, atractivos y con apariencia de personas con las que se pudiera empatizar, el movimiento esperaba dos cambios en el sentido común de la gente como resultado de su acción. En primer lugar, romper el orden entre causas y consecuencias en el que los principales medios de comunicación chilenos enmarcan los problemas sociales. En otras palabras, que los estudiantes no fueran vándalos sino actores políticos legítimos. En segundo lugar, y como consecuencia de lo anterior, invitar a la gente a pensar en el movimiento como un esfuerzo que, más allá de la juventud de sus principales actores, estaba enraizado en problemas reales y posibles de ser cambiados si el movimiento tenía éxito.

## Una historia de buenos y malos

Un objetivo final y general del movimiento en su relación con los medios de comunicación fue articular una historia en la que el gobierno fuese retratado como un actor mezquino y malvado mientras que las y los partícipes del movimiento lo hicieran desde una posición contraria, más bien heroica, bien intencionada y juvenil. Este relato pretendía retratar la posición del movimiento y de su adversario de una forma simplista y fácil de entender para el pueblo chileno, acostumbrado a consumos

<sup>5</sup> Nombre ficticio debido a la voluntad del informante de ser anónimo.

culturales en los que las tensiones discurren entre personajes buenos y malos como en las telenovelas, las películas de vaqueros o las series de acción.

Desde el movimiento estudiantil se esforzaron por distinguir claramente a su adversario directo, el gobierno, y a un adversario secundario, la clase política, como actores contrarios al estudiantado y a los intereses del país, pero muy favorables al neoliberalismo y a la agenda de las grandes empresas. Un ejemplo de esta batalla por presentar al adversario como un contendor hostil lo encontramos en marchas y concentraciones. Mientras los esfuerzos comunicativos del movimiento se centraban en resaltar sus reivindicaciones mediante marchas más bien alegres y acusar al gobierno de intolerancia, violencia policial y falta de diálogo para reformar la educación; el gobierno acusaba a los estudiantes de ser culpables de destruir el mobiliario urbano, quemar autobuses y atacar a la policía sin motivo.

Otro ejemplo de la buena/mala relación entre el movimiento y sus adversarios ocurrió durante un programa especial de CNN Chile llamado “Educación chilena: mitos y realidades”. Tres personas participaron en el programa de debate en vivo el 22 de agosto de 2011: Joseph Ramos, economista pro-modelo económico chileno; Sergio Bitar, exministro de Educación socialdemócrata, quien promovió los créditos bancarios para pagar los aranceles universitarios; y Francisco Figueroa, vicepresidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile. Durante el programa, Bitar, ministro durante el gobierno de Ricardo Lagos (2000-2006), se mostró contrariado, arrogante y furioso con los argumentos que presentaba Figueroa, quien acusaba a los gobiernos de la Concertación (1990-2010) de promover la educación de mercado, profundizar los niveles de desigualdad y condenar a la gente a un fuerte endeudamiento bancario. En la emisión, Bitar se irritó lo suficiente como para salirse de sus casillas llamando “niño” a Figueroa. Poco después del final del programa, la grabación fue subida a YouTube y circuló ampliamente por Facebook y Twitter, creando un intercambio icónico que finalmente mostró a dos generaciones en posiciones éticas y políticas antagónicas. En opinión del sociólogo chileno Alberto Mayol, este programa fue simbólicamente el momento en que el estudiantado derrotó a la clase política y a sus expertos (Mayol, 2012).

Como se mencionó anteriormente, los principales medios de comunicación fueron un adversario ideológico para las y los estudiantes. Todo el trabajo dirigido a los medios de comunicación fue, así, un intento por sostener una visión contrahegemónica mediante una articulación que quería ser inteligible y compartida por la ciudadanía como una situación colectiva (Grossberg, 1996). Sin embargo, en este proceso los medios de comunicación chilenos no reaccionaron de manera complaciente y defendieron con firmeza su posición. Antes de abordar la fabricación de un imaginario común expresado en contenidos y temas, es importante ver cómo las y los estudiantes percibieron la respuesta de los medios.

Hubo tres tipos de acciones que, desde la perspectiva de quienes estaban en el calor de la movilización, reflejaron la intención de los medios tradicionales de minar la fortaleza y validez del movimiento. Una de ellas fue la acusación de ser “sacados de contexto” en aquellos casos en que un artículo o reportaje publicaba algo que no habían expresado o habían manifestado de forma diferente. Esto último tendió a ocurrir en contra de los intereses del movimiento, como la idea de que el movimiento estaba a punto de quebrarse debido a pugnas internas entre sus miembros. Un ejemplo en este sentido se puede ver en el caso de Rodrigo Rivera, en ese entonces uno de los voceros de la Cones:

En mi caso hubo dos entrevistas en 2011 donde se sacaron de contexto mis comentarios, diciendo que prácticamente íbamos a dejar el movimiento estudiantil.

Una situación similar vivió Quenne Aitken, encargada de comunicaciones de la Federación de Estudiantes de la Universidad del Bío-Bío, en la zona centro-sur de Chile:

Mandábamos el comunicado y dentro del punto de prensa, donde iba la radio, TV y diario, dábamos las cuñas (declaraciones) en vivo. Ellos (la prensa) también sacaban sus cuñas y ahí, obviamente, nos sacaban de contexto, sobre todo cuando veían la efervescencia del movimiento y trataban que la Federación no estuviera tan de acuerdo con el movimiento.

Entre las razones por las que esto puede haber ocurrido hay ciertos elementos mencionados anteriormente en este capítulo y también en los anteriores. El primero de ellos es el sesgo ideológico de los medios de comunicación dominantes, y el segundo es el poder de los propietarios de los medios y de las redacciones frente a la autonomía e independencia de los periodistas (León-Dermota, 2003). De hecho, las investigaciones sobre la forma en que los principales medios de comunicación del país cubrieron el movimiento han subrayado el estereotipo que crearon sobre las personas que participaron de la movilización, a escala regional y nacional. El trabajo de Browne, Romero y Monsalve (2015) analizó la cobertura dada al movimiento por el periódico *El Diario Austral* –parte de El Mercurio S. A. y el medio de comunicación más leído en una vasta región del sur de Chile– y concluyó que generó una construcción identitaria altamente estereotipada tanto de activistas como del movimiento en general. La investigación expresó que si bien la cobertura del movimiento fue informativa, en un primer momento, se inclinó progresivamente a un tratamiento sensacionalista destacando el uso de la violencia por parte del estudiantado y, en definitiva, mostrando al movimiento como una expresión decadente y débil de la que eran parte unas pocas personas. A escala nacional, desde la academia y observatorios de medios de comunicación se expresaron críticas hacia lo que denominaron un tratamiento sesgado del movimiento (Scheuch, 2011).

Este problema, si bien fue advertido con mayor frecuencia en la prensa escrita, también alcanzó a la televisión. El reclamo, en este caso, se dirigió a la manera en que se editaban y emitían extractos de largas entrevistas, destacando solo los momentos en los que las y los estudiantes decían algo confuso, erróneo o vago. La repetición de este tipo de edición llevó a los y las estudiantes a pensar la cobertura de la movilización más allá de una lógica profesional y vislumbrar los temas que los medios de comunicación intentaban introducir en la agenda. Con el paso del tiempo, entendieron la cobertura que les daban como parte de la acción política de los medios de comunicación y tuvieron más cuidado frente a los micrófonos. De las largas declaraciones pasaron a respuestas cortas y concisas, salvo cuando estas eran en vivo.

En TVN lo vimos mucho, en Canal 13 también, de que te ponían la peor cuña que uno podía decir. Uno decía, ¿es broma esto? Tenías una entrevista de veinte minutos, y en un minuto te pusiste mal y te ponían esa cuña, cuando uno tartamudeaba o que decías justo algo como sin mucha conexión. Ese error de uno, pero también es muy penca que justo te pongan eso (Diego Vela, estudiante universitario en 2011).

Un segundo problema vino como consecuencia del punto anterior. Cuando los medios de comunicación expresaban algo que para quienes tomaban parte de la movilización era erróneo, inexacto u omitido, veían debilitada su posición en cuanto a su capacidad de crear impacto en los medios. Los estudiantes veían que, a pesar de su trabajo, los medios seguían virando hacia ciertas inexactitudes y simplificaciones que salían a diario en periódicos y noticieros, y era difícil rebatirlos. El uso de las redes sociales (como se abordará en el próximo capítulo), las reuniones en escuelas y las conversaciones en casa fueron importantes para contrarrestar los artículos y reportajes de los medios, pero no suficientes para contrarrestar la narrativa mediática<sup>6</sup> donde seguían apareciendo a menudo como vándalos, vagos, irresponsables, sin interés en llegar a acuerdos, adolescentes mimados y/o marionetas partidistas. Un caso habitual que demuestra esto lo encontramos en los reportes posteriores a las marchas y concentraciones, cuando la estimación de los medios de comunicación sobre el número de asistentes tendía a ser inferior a las cifras observadas por los activistas.

<sup>6</sup> Al evaluar la cobertura mediática del movimiento estudiantil en 2011, los investigadores tienden a concluir que si bien hay un poder mediático evidente en la propiedad de las empresas y corporaciones mediáticas, hay otro en el poder discursivo principal que tienen y, en consecuencia, en la forma de representar los conflictos, los agentes y sus objetivos. Gascón I Martín y Pacheco (2015) señalan el poder que tuvieron los medios de comunicación para simplificar, excluir y descontextualizar lo que hacían los actores y procesos sociales en 2011. Mediante “la censura de ciertos conflictos -inicialmente- o con una cobertura segmentada y fragmentada”, los autores sostienen que los medios de comunicación dominantes buscaron anclar el conflicto en estereotipos para evitar el conflicto que el movimiento intentaba poner sobre la mesa.

En algún momento fue ridículo. Leyendo el diario en la toma nos reíamos, porque si hubieras estado en la marcha hubieras visto todo lo que pasó, cómo los pacos nos habían pegado. Pero el día después abrías los diarios y todo era sobre la violencia de los manifestantes en la marcha. *El Mercurio* y *La Tercera* describían las marchas como el apocalipsis (Marcos<sup>7</sup>, 23 años, estudiante universitario en 2011).

Con Canal 13 tuvimos un problema porque dijeron que estábamos quemando comida. Había un corte de calle, afuera del liceo, con barricadas, y entre la conmoción salieron los tarros de la basura y los tarros de basura tenían un tambor de comida que no habíamos comido porque había bajado la asistencia al Liceo. Y entre la basura habían salido unos tarros de arvejas, entonces estaban diciendo que estábamos quemando la comida, (y la gente decía) “y cómo es posible que estos cabros desgraciados estén botando la comida siendo que hay gente a la que le hace falta” (Ángel Salvo, presidente del Centro de Alumnos del Liceo Eduardo de la Barra, Valparaíso, en 2011).

Un tercer aspecto en el que las y los estudiantes vieron que los medios podían minar su accionar fue en el poder de las imágenes. Ya sea en la portada de los periódicos, en los espacios principales de los portales web más leídos o en los noticieros de máxima audiencia, las imágenes utilizadas por los medios de comunicación fueron sistemáticamente en contra de lo que los activistas intentaban mostrar. Escenas de violencia urbana, personas con pasamontañas en las marchas y edificios en toma vandalizados fueron algunas de las formas habituales en que los medios de comunicación retrataron al movimiento. Un caso que demuestra este punto ocurrió en *24 Horas*, el noticiero de Televisión Nacional de Chile (TVN). En diversas ocasiones, el noticiero cubrió la movilización, desde distintas aristas, pudiendo el foco estar en el anuncio de que la movilización continuaba o en la reunión de los rectores de las principales casas de estudio del país. Sin embargo, reiteradamente, detrás de la persona presentando las noticias, y a modo de contextualizar gráficamente la movilización, la señal estatal disponía la imagen de un hombre, aparentemente joven, con pasamontañas, portando una mochila, en una postura amenazante. Esta tendencia a criminalizar el movimiento en los noticieros de televisión tuvo también algunas excepciones, como el programa de televisión *En la Mira* mencionado anteriormente, en donde quienes tomaron parte de la movilización reconocieron un tratamiento más cercano a la experiencia vivida en los edificios en toma, así como de los objetivos del movimiento.

Para los y las estudiantes, estos tres elementos fueron las formas más notorias en que los medios buscaron socavar la fortaleza y el vigor del movimiento en su cobertura

<sup>7</sup> Nombre ficticio debido a la voluntad del informante de ser anónimo.

diaria durante 2011. No obstante, también observaron que la división que intentaban establecer entre mercado y derechos, así como su validación en tanto portadores de una voz común emergente, adquiriría más espacio en los medios. De hecho, a finales de julio y agosto el movimiento parecía haber logrado dos objetivos: desarticular el discurso neoliberal que sostenía que el mercado es la única opción de sostener el sistema educativo; y la articulación de un “nosotros” legítimo de participar en lo político como sujeto de habla, a la que llamo la articulación de los comunes imaginados.

Respecto a la articulación, la idea de que el mercado podía regular la educación ya no era una cuestión de “sentido común”, y nadie seguía defendiendo públicamente esa idea sin riesgo de convertirse en un paria social y político, como expresaban las encuestas realizadas durante 2011<sup>8</sup>. Defender la idea de que la educación debía ser un negocio en la segunda mitad de 2011 era alinearse inmediatamente con una minoría. Durante y después de perforar los cimientos que legitimaban la ideología neoliberal, los medios de comunicación chilenos abrieron un abanico diverso de debates que incluyó una mayor crítica al mercado como principal órgano de decisión en materia de derechos sociales. En este sentido, el movimiento estudiantil afectó de manera importante la hegemonía cultural del neoliberalismo, entendiendo cultura en tanto conjunto de creencias, imágenes y sentimientos que ayuda a definir “toda la acción social y el mundo tal como lo vemos” (Jasper, 1997: 12). El trabajo mediático de quienes tomaron parte de la movilización, en este caso, contribuyó a debilitar el marco neoliberal y a abrir una oportunidad para que el movimiento social avanzara en el proceso de articulación y construcción de la realidad.

Junto con esto último vino un segundo resultado: la articulación de las y los estudiantes como sujetos políticos serios, que forjaron su legitimación en el espacio mediático, superando el axioma que asociaba la movilización con vandalismo, violencia e irresponsabilidad. Lo relevante es que esta articulación se imaginó como un “nosotros”, cuya presencia en los diálogos, debates, intercambios comunicativos y participación política era indispensable para la democracia y ya no podía ser impedida por la influencia neoliberal en la democracia chilena. Los comunes imaginados fueron, por lo tanto, una construcción altamente política, ya que pensaban en la posibilidad de un vínculo social nuevo y significativo, haciendo hincapié en el cambio del tipo de relación que debía tener la vida en común dentro de la nación. Se trataba

<sup>8</sup> Según la encuesta realizada por Adimark GfK (2011) entre el 3 y el 29 de octubre de 2011, el 86% de la población entre 18 y 24 años aprobó las demandas del movimiento estudiantil y solo el 8% las desaprobó. En el segmento de 25 a 35 años, el 67% aprobó y el 21% desaprobó, y en el caso de las personas entre 36 y 55 años hubo un 72% de aprobación a favor y un 18% de sentimiento en contra del movimiento. En total, incluyendo a hombres y mujeres mayores de 18 años de las quince regiones del país, el estudio señaló que el 67% de la población aprobaba las reivindicaciones de los estudiantes, mientras que el 24% las desaprobaba.

de una relación en la que las reglas de participación política sustitúan a la dañada representatividad de la democracia neoliberal, proponiendo un básico y amplio “conjunto de propuestas para la organización positiva de lo social” (Laclau y Mouffe, 2014: 172).

## CONCLUSIÓN

En resumen, el movimiento estudiantil chileno de 2011 logró dos cosas mediante su relación con los medios de comunicación. En primer lugar, por medio de los mecanismos y canales de los medios tradicionales, resignificó, en términos sencillos, el problema del sistema educativo como una materia relevante para la vida de la mayoría de las personas y, además, de las futuras generaciones. En segundo lugar, al señalar las raíces éticas, políticas e ideológicas de dicho problema, creó un imaginario común formado por quienes estuvieran en contra de las deudas abusivas y en favor de la educación pública, gratuita y de calidad. En este sentido, la principal labor mediática del movimiento consistió en definir un “nosotros” y un “ellos”, subrayando la oposición en términos de temas, personas y, por último, ideología.

A partir de este resumen y, de hecho, de todo el capítulo, el elemento simbólico se vuelve central. En 2011 el movimiento no logró los objetivos de una educación pública y gratuita con altos niveles de equidad, como se explicará en el último capítulo de este libro, por lo que puede decirse que el movimiento fracasó en la medida en que sus objetivos no se obtuvieron tal como estaban trazados. Pero cuando se observa esta supuesta derrota desde la creación de los comunes, la evaluación cambia. Y cambia porque lo que el movimiento fue capaz de hacer en 2011 fue desarticular la lógica dominante según la cual el neoliberalismo era la única manera de que la economía tuviera éxito y de que el país tuviera éxito, por ende, debiendo todo el resto de la sociedad ajustarse a sus requerimientos.

Al hacerlo, el movimiento instaló otras cosmovisiones sobre los derechos sociales, la democracia, la política y la participación. Y fue más allá, llegando a establecer metamarcos interpretativos, como la incompatibilidad entre mercado y educación pública de calidad, y la legitimidad de activistas de base como actores políticos. Porque si bien en Chile la protesta no estaba prohibida ni vetada, los movimientos y activistas antes de 2011 no eran considerados actores políticamente legítimos por la política tradicional ni por los medios de comunicación con más poder, condenando así a las voces disidentes a la subalternidad y a una clausura de lo político por la invisibilidad de quienes podían llegar a poner de manifiesto el conflicto. Pero el surgimiento del movimiento en 2011 implicó un reconocimiento y validación de las y los activistas con capacidad de acción política con derecho a criticar la democracia chilena y, como expresa Della Porta, acusar a “sus adversarios como aquellos que violan las reglas del juego democrático” (1999: 68). De hecho, las y los estudiantes no pudieron cambiar

las políticas educativas mediante el conjunto de prácticas comunicativas observadas en este capítulo, pero sí pudieron hacer frente al poder de un discurso dominante, no solo entrando en las grietas de las políticas económicas neoliberales y la venia permanente de la institucionalidad política chilena, sino también un poco más allá. ¿Dónde? En la disputa por el control de la agenda de los medios de comunicación dominantes y, en última instancia, en la preparación del territorio para una confrontación ideológica. Así, la exitosa estrategia mediática permitió al movimiento traducir complejidad en simplicidad y desalambrar los cierres de la democracia conducida bajo lógicas neoliberales, aunque solo fuera momentáneamente. La razón de este logro momentáneo tiene elementos ligados a los movimientos sociales y a la articulación de discursos contrahegemónicos, en general, y otros elementos que tienen que ver con el caso chileno, en particular.

En cuanto al primero de estos elementos, hay que considerar el carácter temporal y cíclico de los movimientos sociales y el carácter temporal del proceso de articulación. Como expresa Joanna Zylinska, “la articulación implica una estabilización temporal de los significantes” (2005: 19), lo que significa que esta articulación nunca se fija de una vez y para siempre. Su carácter parcial viene determinado por los cambios variados y variables de la vida social, así como, en casos como el de los movimientos sociales contestatarios, por las fuerzas que chocan por la definición hegemónica de la realidad.

Esto último es importante en el caso chileno dado el desequilibrio de poder entre empresas mediales pro-neoliberales y movimientos sociales. Los medios de comunicación chilenos son un bloque fuerte con un discurso hegemónico que defiende el neoliberalismo como fundamento de la vida democrática. Por lo mismo, si bien los movimientos sociales y/o expresiones contestatarias podrán encontrar un espacio allí y obtener una cobertura como la que la movilización estudiantil quería, los medios articularán un contra discurso y responderán. Teniendo en cuenta el vínculo ideológico entre medios de comunicación y la política dominante, el resultado más probable en este tipo de situación es lo que Gabriel Boric, presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile en 2012 y activo partícipe de los eventos de 2011, describe de la siguiente manera.

Respecto a nuestros adversarios, no han logrado situarse en un espacio que detente la legitimidad que el movimiento social por la educación tiene. Eso trae como consecuencia que en la opinión pública no logran concitar mayor apoyo, pero, a pesar de eso, siguen teniendo amplio poder político y económico.

La afirmación de Gabriel Boric ayuda a hacer un balance entre la oportunidad que tiene la gente de hacer oír su voz y el poder de las empresas mediáticas y el poder político dominante para crear comunidades imaginadas (Anderson, 2006), visiones

de mundo, amenazas y verdades. En este sentido, el éxito del trabajo mediático del movimiento estudiantil en 2011 corrió en paralelo a sus limitaciones. Una primera limitación es el hecho de que se necesitó una estrategia global y un tremendo esfuerzo para lograr los objetivos del movimiento en los medios de comunicación. Así es que sí, tuvo éxito, pero este éxito fue más bien una circunstancia excepcional antes que algo que pudiese ocurrir de forma permanente, teniendo en cuenta que, como manifiesta Boric, la propiedad de los medios de comunicación está en manos de unas pocas corporaciones que comparten vínculos comerciales e ideológicos con el poder político dominante. En segundo lugar, el trabajo de las y los estudiantes en los medios de comunicación fue un esfuerzo más bien conservador, con el fin seguir los protocolos que les permitieran estar allí, y donde la militancia de base tuvo el papel secundario de espectador. En lugar de participar en la construcción del “nosotros”, como en las prácticas comunicativas observadas en los dos capítulos anteriores, dicha militancia formó parte de los comunes imaginados que, en última instancia, eran definidos por los medios de comunicación dominantes.

Estas limitaciones dejan interrogantes sobre el tipo de compromiso comunicativo que los medios de comunicación dominantes permiten a quien desarrolle un activismo contestatario, anti-neoliberal, y los medios que la gente posee para alcanzar una mediación a gran escala. En un marco teórico general, esta última limitación está en consonancia con lo que las teorías de los nuevos movimientos sociales y los estudios posestructurales y culturales no han sido capaces de abordar: cómo ir más allá de desafiar a los paradigmas hegemónicos por medios simbólicos y poder mejorar la democracia mediante prácticas comunicativas. El siguiente capítulo examinará esta brecha más a fondo, por medio del análisis de los usos de Internet por parte del movimiento estudiantil chileno de 2011.

## Referencias

Adimark GfK (2011) ‘Encuesta: Evaluación gestión del gobierno’. En línea. Disponible en HTTP: <[http://www.adimark.cl/es/estudios/documentos/0\\_10\\_ev\\_gob\\_oct\\_2011.pdf](http://www.adimark.cl/es/estudios/documentos/0_10_ev_gob_oct_2011.pdf)> (Revisado el 11 de julio de 2014).

Anderson, B. (2006) *Imagined Communities*, London: Verso.

Azócar, A., Scherman, A., Arriagada, A., Escámez, J. P., Jofré, V. y Barrera, A. (2010) *Primer estudio nacional sobre lectoría de medios escritos*, Santiago de Chile: Escuela de Periodismo. Universidad Diego Portales.

Briggs, A. y Burke, P. (2003) *A Social History of the Media: From Gutenberg to the Internet*, Cambridge: Polity Press.

Browne, R., Romero, P. y Monsalve, S. (2015) ‘La cobertura regional del movimiento estudiantil chileno 2011: prensa impresa y prensa digital en la región de Los Ríos (Chile)’, *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, 21, 2: 723-740.

Castells, M. (2012) *Networks of Outrage and Hope. Social Movements in the Internet Age*, Cambridge: Polity.

Cordero, R. y Marín, C. (2005) ‘Los medios masivos y las transformaciones de la esfera pública en Chile’, *Persona y Sociedad*, 19 (3): 233-258.

Della Porta, D. (1999) 'Protest, Protesters, and Protest Policing: Public Discourses in Italy and Germany from the 1960s to the 1980s', en M. Giugni, D. McAdam y C. Tilly (eds.) *How Social Movements Matter*, Minneapolis, MN: University of Minnesota Press, 66-96.

Depetris, I. (2015) 'El baile de los que sobran. Los estudiantes secundarios chilenos y la posibilidad del desacuerdo', *Visualidades*, 12 (1): 43-61.

Figueroa, F. (2012) *Llegamos para quedarnos. Crónicas de la revuelta estudiantil*, Santiago de Chile: LOM.

Gascón I Martín, F. y Pacheco, C. (2015) 'Movimientos sociales emergentes y representaciones mediáticas recurrentes. Tensiones en el discurso verbo-visual construido sobre el movimiento estudiantil por la prensa de Valparaíso', *Última Década*, 43: 25-52.

Grossberg, L. (1996) 'On Postmodernism and Articulation: An Interview with Stuart Hall', en D. Morley y K-H. Chen (eds.) *Critical Dialogues in Cultural Studies*, London: Routledge, 131-150.

Hall, S. (1985) 'Signification, Representation, Ideology: Althusser and the Post Structuralist Debates', *Critical Studies in Mass Communication*, 2 (2): 91-114.

INE, Instituto Nacional de Estadísticas (2003) Censo 2002, Síntesis de resultados, Santiago de Chile, INE.

Jasper, J. (1997) *The Art of Moral Protest: Culture, Biography, and Creativity in Social Movements*, Chicago, IL: The Chicago University Press.

Laclau, E. (1977) *Politics and Ideology in Marxist Theory: Capitalism, Fascism, Populism*, London: New Left Books.

Laclau, E. y Mouffe, Ch. (2014) *Hegemony and Socialist Strategy. Towards a Radical Democratic Politics*, London: Verso.

León-Dermota, K. (2003) *...And Well Tied Down. Chile's Press under Democracy*, Westport, CT: Praeger.

Maarek, P. (2011) *Campaign Communication and Political Marketing*, Oxford: Wiley-Blackwell.

Mayol, A. (2012) *El derrumbe del modelo. La crisis de la economía de mercado en el Chile contemporáneo*, Santiago de Chile: LOM.

Mujica, C. y Bachmann, I. (2015) 'Beyond the Public/Commercial Broadcaster Dichotomy: Homogenization and Melodramatization of News Coverage in Chile', *International Journal of Communication*, 9: 210-230.

Rebolledo, N., Chilet, M. y Fuentes, G. (2011) *DID: estrategia de comunicación digital CONFECH 2011*. Online. Disponible en HTTP <[http://old.did.is/work\\_did/reformaeducacional/](http://old.did.is/work_did/reformaeducacional/)> (Revisado el 10 de julio de 2016).

Romero, P. (2013) 'Análisis crítico de la representación informativa de Camila Vallejo y el movimiento estudiantil chileno 2011 en el diario "Las Últimas Noticias"', *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, 19 (2): 871-888.

Scheuch, M. (2011) 'Especialistas critican parcialidad de medios en cobertura a movimiento estudiantil', [radio.uchile.cl](http://radio.uchile.cl), 10 de agosto. En línea. Disponible en HTTP: <<http://radio.uchile.cl/2011/08/10/especialistas-critican-parcialidad-de-medios-en-cobertura-a-movimiento-estudiantil/>> (Revisado el 20 de febrero de 2014).

Silver, S. (2003) *A Media Relations Handbook for Non-Governmental Organizations*, New York, London: Independent Journalism Foundation (IJF).

Swidler, A. (2003) 'Cultural Power and Social Movements', en B. Johnston y H. Klandermans (eds.) *Social Movements and Culture*, Minneapolis, MN: University of Minnesota Press, 25-40.

Williams, R. (2004) 'The Cultural Contexts of Collective Action: Constraints, Opportunities, and the Symbolic Life of Social Movements', en D. Snow, S. Souland y H. Kriesi (eds.) *The Blackwell Companion to Social Movements*, Oxford: Blackwell, 91-115.

Zylinska, J. (2005) *The Ethics of Cultural Studies*, London: Continuum.



## Capítulo 6

# LA EXPLOSIÓN DE LOS BIENES COMUNES: INTERNET Y LA CORTA VIDA DE LA SOLIDARIDAD

### INTRODUCCIÓN

El capítulo anterior argumentó que aun cuando el movimiento estudiantil chileno tuvo éxito en su estrategia mediática en términos de obtener cobertura, quienes tomaron parte de él nunca percibieron que fuesen capaces de convertirse en *definidores primarios*<sup>1</sup> (Hall et al., 1978) de la agenda, de establecer los términos del debate de una manera permanente o de definir la naturaleza de la cobertura que obtenían. En otras palabras, las y los activistas estuvieron de acuerdo en que hicieron todo lo posible para dar forma a la imagen que se daba de ellos, pero se dieron cuenta de que no eran los *definidores primarios* en los que se centraban los medios de comunicación para contar la historia del movimiento. Esta dependencia incómoda de los medios tradicionales contrasta con las prácticas comunicativas revisadas en los capítulos 3 y 4, en las que los activistas sentían tener más en control y capacidad de participar plenamente en los procesos de movilización. Y es que a medida que los movimientos sociales se han ido sintiendo cada vez más alejados de la política tradicional, han ido abrazando cada vez más la autonomía política, en términos de su independencia de los partidos políticos, de su crítica a la democracia representativa y del rechazo a las identidades colectivas tradicionales (Barassi, 2015; McDonald, 2007; Jeppesen et al., 2014).

Internet ha tenido diversos roles en esta autonomía. Un testimonio recogido por Verónica Barassi (2015) durante su investigación sobre el activismo en la red por parte de un activista de la organización española Ecologistas en Acción describe uno de

<sup>1</sup> *Definidores primarios* es una idea que dice que los medios de comunicación no son los primeros definidores de lo que es el problema cubierto en un artículo o noticiario en concreto. Para Hall et al. (1978), mientras que los medios de comunicación seleccionan y deciden cubrir una cuestión y enmarcar un asunto concreto, los que dan forma a la naturaleza del problema son las fuentes utilizadas por los medios para definir desde el principio cuál es el problema, como portavoces institucionales o personas expertas en economía, por ejemplo.

estos papeles. Reflexionando sobre la importancia de Internet para los movimientos sociales, Luis (el activista) dice: “Internet también nos ha proporcionado una mayor autonomía, en el sentido de que no tenemos que depender de los medios de comunicación dominantes y sus políticas para transmitir nuestros mensajes” (Barassi, 2015: 81). La observación hecha por Luis y seleccionada por Barassi ilustra lúcidamente, en un caso que resuena en otras partes del mundo, que Internet ha contribuido a la adquisición de una mayor autonomía en cuanto a la difusión de la información. Sin embargo, esto último no significa que la autonomía relacionada con Internet sea indiscutida en la literatura disponible (Hindman, 2009; Freedman, 2016), que el caso de Luis deba aplicarse a todos o, menos aún, que el resultado político del uso de Internet sea el mismo en todos los casos.

Este capítulo comienza con el reconocimiento del potencial de la autonomía que facilita Internet, siendo cauteloso también a la hora de caer en determinismos tecnológicos y reduccionismos políticos. La cautela ante el determinismo tecnológico implica tanto un escepticismo frente a posiciones que atribuyen poderes revolucionarios a Internet *per se*, como a quienes afirman que la participación en una movilización a través de Internet es un grado inferior de activismo político, a veces denominado “clicktivismo” o “slacktivismo” (Karpf, 2010). Este escepticismo también es válido para posiciones que ven en las redes sociales la forma de lograr un compromiso horizontal o personalizado en la movilización social, sin tener en cuenta otras formas de participación horizontal y personal, como las que se han revisado en los capítulos 3 y 4.

Con reduccionismo político me refiero a la atribución inmediata de las acciones de los movimientos sociales a cambios en los márgenes de la política y sus instituciones, como el sistema electoral, y no en paisajes políticos más amplios. Este tipo de reduccionismo, habitual en las teorías del proceso político en el estudio de los movimientos sociales (McAdam, Tarrow y Tilly, 2001; Reese, 2005), entiende que el objetivo principal de una movilización es atraer “la atención de los responsables políticos y de los públicos más amplios sobre cuestiones controversiales” (Bennett y Segerberg, 2013: 114) y resolver dichas materias dentro de límites administrativos y organizacionales de la política tradicional. En este sentido, lo que el reduccionismo político pierde es la oportunidad de mirar los términos amplios de lo político y no solo la política institucionalizada (Dahlgren, 2013), y pensar en los resultados de las movilizaciones más allá del acto de parchar o remendar el tejido de una democracia debilitada.

Cuidando los determinismos y reduccionismos y buscando conocer cómo se utilizó Internet durante el movimiento de 2011 en el contexto de la construcción de los comunes, este capítulo analiza la menara en que las y los activistas utilizaron la web por medio de dos polos. Por un lado, una relación vertical arriba-abajo; por otro, expresiones producidas por pares que implican coproducción y codistribución. La mayor parte de este análisis se basa en grupos de discusión y entrevistas. También se extrae de la observación del sitio web [www.reformaeducacional.cl](http://www.reformaeducacional.cl), de los comentarios

en los eventos de Facebook y de las publicaciones en Twitter como medio para confirmar, contrastar y obtener una mejor comprensión de los testimonios de quienes tomaron parte de la movilización. Después de observar y analizar dichos testimonios y los archivos web en estos dos polos, el capítulo concluye que el uso de Internet por parte de las y los estudiantes durante el movimiento chileno de 2011 contribuyó a la imposibilidad de los comunes.

La razón de esta imposibilidad radica en la prevalencia de un tipo de participación individualista y de agregación en las prácticas comunicativas que no pudo lograr vínculos más horizontales y colaborativos. Si bien es importante para compartir noticias o convocatorias a marchas con un impulso solidario entusiasta (Nash, 2008), el uso de Internet fue menos exitoso para lograr debates y discusiones en un ámbito dialógico y de relativo respeto. El predominio de hablar, en lugar de escuchar, convirtió el impulso de informar y difundir el movimiento en una lucha en la que el otro era más un enemigo que un adversario (Mouffe, 2005). Es decir, alguien que rápidamente era descartado en tanto interlocutor válido en una conversación.

Esta referencia a la diferencia entre adversario y enemigo es clave para entender las implicancias de las prácticas comunicativas llevadas a cabo en la red, especialmente cuando el uso de Internet pasó de informar a deliberar en debates y discusiones en línea. La relación adversario/enemigo se refiere, en Mouffe (2005), a la forma en que se establece el conflicto político entre diferentes actores. Una forma de sostener esta relación es, para Mouffe, cuando las fuerzas que forman parte de un conflicto reconocen a la otra como contraparte legítima. En este caso la otra parte es un adversario. De acuerdo con Mouffe, los “adversarios luchan entre sí porque desean que su interpretación se convierta en hegemónica, pero no cuestionan la legitimidad que tienen sus oponentes para luchar por la victoria de su posición” (Mouffe, 2013: 7). Entendida así, la noción de adversario se convierte en un fundamento de la democracia porque implica una relación de conflicto nosotros/ellos en la que ambas partes reconocen a la otra como una contraparte legítima y necesaria para una democracia pluralista (Mouffe, 2005).

Por el contrario, la idea del enemigo, como sostiene Carl Schmitt (2007), niega al antagonista como parte legítima de un desacuerdo. El problema aquí radica en qué es lo político. Para Schmitt lo político está hecho por un conjunto de conflictos entre amigos y enemigos. Esta distinción implica en Schmitt que “la existencia de un lado de la relación es una amenaza para la existencia del otro” (Smolenski, 2012: 66). En última instancia, la relación amigo-enemigo es una relación que conlleva el exterminio del otro y produce un tipo de democracia regida por la homogeneidad. Como dice Schmitt, la democracia requiere “en primer lugar la homogeneidad y en segundo lugar –si surge la necesidad– la eliminación o erradicación de la heterogeneidad” (Schmitt, 1998: 9).

En este capítulo intentaré demostrar cómo Internet ayudó a conectar a la gente, a compartir información, a infundir un sentimiento de crecimiento del movimiento e impulsar la voluntad colectiva por sumarse, pero no contribuyó a pasar de la difusión de información a lidiar con posiciones divergentes y en conflicto. En ese sentido, sostendré que el impulso alcanzado por el movimiento tuvo, por medio de Internet, una expresión basada en la difusión de información (por medio de imágenes, videos, textos, entre otros), pero fue frágil a la hora de sostener el diálogo y el debate entre personas con miradas diferentes y posiciones divergentes frente a la movilización, sus formas y objetivos. En conclusión, este capítulo sostiene que el impulso comunicacional del movimiento, claramente observado en los capítulos previos e inicialmente apoyado en y desde Internet, se hizo pedazos al convertirse Internet en un espacio de grupos que solo eran capaces de comunicarse con quienes pensaban igual, no aceptando o tolerando la diferencia ni el desacuerdo y, en última instancia, perjudicando el desarrollo político posterior de los comunes.

## RELACIONES VERTICALES

En julio de 2011 la mitad de la población chilena contaba con acceso a Internet y el 71,4% del total de usuarios tenía entre 15 y 29 años, rango de edad en el que se encuentran la mayoría de quienes estudian en la educación secundaria y universitaria<sup>2</sup>. La prevalencia de Internet y las redes sociales entre personas dentro de este rango etario<sup>3</sup> fue un factor relevante durante ese año en términos de medios y prácticas comunicativas. Como se ha revisado en el capítulo 5, una queja habitual entre quienes toman parte del activismo social y político era el sesgo en la cobertura de las movilizaciones sociales por parte de los principales medios de comunicación. Además de la estrategia mediática tratada en el capítulo anterior, la empresa contratada para la consultoría de diseño y comunicación del movimiento, en su fase inicial, propuso crear una página web para poner en términos sencillos los objetivos de los y las estudiantes durante 2011: una reforma del sistema educativo nacional. Lanzado en abril de 2011, [www.reformaeducacional.cl](http://www.reformaeducacional.cl) fue el único sitio web

<sup>2</sup> Durante los meses de agosto y septiembre de 2012, el 65,4% de la población chilena mayor de 15 años declaró haber utilizado Internet en el mes anterior. Entre estos usuarios y usuarias, más de la mitad (64,3%) declaró acceder a Internet diariamente; siendo esta tendencia más fuerte en las personas entre 15 y 29 años (71,45%). En referencia a la clase social, el 59,9% de las personas de clase baja (E, según el grado social NRS) utilizó Internet, mientras que el 78,9% de las personas que pertenecen a la clase ABC1 lo utilizaron de forma permanente (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013).

<sup>3</sup> En mayo de 2011, nueve de cada diez internautas en Chile utilizaban las redes sociales, dedicando el 30% de su tiempo en Internet al uso de Facebook. Estas cifras posicionaron a Chile como el tercer país con mayor presencia en Facebook en el mundo, solo por detrás de Filipinas y Malasia (comScore, 2011).

propiedad de los estudiantes y centrado en el activismo estudiantil que fue relevante para la movilización. El sitio tenía tres secciones: una de información con un resumen de los objetivos de la movilización, su identidad, noticias y videos; una sección de participación, con un formulario para suscribirse a un boletín de noticias; y un área de campaña, con un conjunto variado de recursos para facilitar la participación, el activismo y la difusión, tanto en la web como en las calles.

La sección de información contenía tres subsecciones. La primera se refería a la identificación del movimiento y sus objetivos. Así, en la sección “Quiénes somos” el sitio definía claramente la identidad de quienes representaba: “somos la comunidad estudiantil que quiere erradicar hoy los obstáculos que impiden que tu futuro sea libre y equitativo en materias de educación superior”. En lo que respecta a sus objetivos, el sitio destacaba un objetivo central y general con diez objetivos secundarios que apuntaban al objetivo principal. Todos ellos estaban escritos en menos de ciento cuarenta caracteres y tenían un botón destacado para que la gente pudiera retuitearlos inmediatamente. El objetivo central era “ayudar en la construcción de una Educación de calidad, orientada al crecimiento de Chile y los chilenos y no al indebido “lucro educativo” por el cual muchos estudiantes y sus familias se encuentran endeudados (...)”. Al final de este párrafo pedían: “Ayúdanos difundiendo nuestros objetivos en Twitter y en Facebook. Por una Reforma Educacional en Chile, Actúa ahora”.

Algunos de los objetivos secundarios fueron presentados de la siguiente manera:

- 02 Necesitamos igualdad de oportunidades: menos del 10% de los estudiantes más pobres logran terminar una carrera.
- 03 Los aranceles en Chile son los más caros del mundo y casi ninguna Universidad está en los ranking de calidad mundiales.

El segundo elemento en la sección de información eran noticias sobre las actividades en curso de las y los estudiantes, como visitas al Ministerio de Educación, manifestaciones callejeras o declaraciones públicas dirigidas a alguna iniciativa del gobierno. La tercera subsección albergaba un conjunto de videos sobre los puntos críticos del sistema educativo chileno, creados para proporcionar una batería de información de manera breve y sencilla. Algunas de estas grabaciones explicaban con cifras, gráficos y animaciones el estado de la educación chilena, destacando en un minuto sus desigualdades y lo perjudicial que era para las familias de los actuales y futuros estudiantes. Otros videos contenían testimonios de casi todos los y las principales dirigencias de federaciones estudiantiles, dirigiéndose a la gente y explicando por qué pedían una reforma en la educación. Con una duración de entre 15 y 30 segundos, los videos se grabaron en primeros planos, con representantes como Camila Vallejo y Giorgio Jackson hablando directamente a la cámara, como se muestra en las siguientes imágenes.



*Camila Vallejo y Giorgio Jackson, en 2011, ambos en la presidencia de las dos federaciones estudiantiles de mayor resonancia en Chile, hablando sobre la necesidad de una reforma educacional en videos alojados en el sitio [www.reformaeducacional.cl](http://www.reformaeducacional.cl). Imágenes Agencia DID.*



El sitio web puso el acento en la reforma de la educación como una cuestión urgente y, en consecuencia, contenía una sección en la que se pedía a los lectores que “actuaran ya”. Con este objetivo a la vista, el sitio web hizo un llamado a obtener 50.000 apoyos a la reforma, para lo que debían firmar un formulario en el sitio y ayudar a difundir la información entre compañeros, familias, compañeros de clase y conocidos. La convocatoria en línea alcanzó los 50.000 apoyos y en junio de 2011 los superó con creces, en el mismo momento en que la movilización cobró un impulso que, de acuerdo con los testimonios recopilados para este libro, fue muy superior a las expectativas.

Por último, la sección de campañas contenía un conjunto innovador de elementos e instrucciones para el activismo en la web y en la calle desde una perspectiva de “hazlo tú mismo” con dos subsecciones: “Actúa en Internet” y “Actúa en el territorio”.

La sección “Actúa en Internet” contenía un conjunto de herramientas e instrucciones para el activismo callejero y en la web, incluyendo *twibbons*<sup>4</sup> y memes<sup>5</sup>. Tanto los

<sup>4</sup> Un *twibbon* es una imagen superpuesta sobre una imagen de perfil en las redes sociales, también conocida como avatar, con la idea de expresar el apoyo a una causa.

<sup>5</sup> Cuando se aplica a Internet, el término “meme” se refiere a imágenes creadas por usuarios con textos cortos articulados como parodias, hechos a partir de retazos, mezcla de imágenes, que eventualmente se viralizan y recrean (Shifman, 2014).

*twibbons* como los memes no se proporcionaban simplemente para copiar y pegar en otras plataformas. Aunque había imágenes disponibles para copiar y pegar, el sitio web animaba a los seguidores a crear sus propios memes y *twibbons* utilizando guías paso a paso. Para facilitar el trabajo, el equipo que gestionó el sitio web subió un conjunto de “Recursos para la acción”. Estos recursos incluían fuentes especialmente elaboradas para hacer creaciones propias. En el caso de los *twibbons*, la web ofrecía la posibilidad de personalizar los perfiles de Facebook y Twitter con imágenes que apoyaban la reforma.

Pero estos recursos no eran únicamente para la acción en la web, sino que también incluían materiales para un trabajo de difusión en los barrios y sobre el propio cuerpo de quien quisiera hacerlo, publicados en la segunda subsección “Actúa en el territorio”. Estos recursos seguían el mismo patrón paso a paso para apoyar la creación de objetos para la difusión. En este caso había guías para crear folletos, carteles, grandes pancartas y camisetas, expuestas de forma sencilla y directa para hacerlas accesibles a cualquier usuario de procesadores de texto. Además, la web ofrecía un set de tipografías descargable que, en lugar de tener letras, contaba con símbolos que se asemejaban a personas, edificios, dinero, diplomas y la cara del presidente y su ministro de Educación. Al descargar las fuentes, y solo usando un programa de edición de texto común, se podían crear diseños de forma rápida y sin complicaciones desde cualquier computador.

o	O	p	P	a	A	s	S
							
j	J	k	K	l	L	z	Z
							
v	V	b	B	n	N	m	M
							

*El sitio web [www.reformaeducacional.cl](http://www.reformaeducacional.cl) entregó elementos para hacer campaña en diferentes áreas. Para facilitar las cosas, crearon una tipografía con figuras y símbolos para que la gente creara sus propios carteles, pancartas y folletos. Imagen Agencia DID.*

Desde el inicio de la movilización hasta su finalización, las plataformas de medios sociales se utilizaron como medio para mantener el contacto, informar, estar informado, crear grupos y eventos, y, más allá de la relación vertical arriba-abajo incluida en el sitio web [www.reformaeducacional.cl](http://www.reformaeducacional.cl), el uso de Internet por parte de los activistas se orientó hacia expresiones producidas por los pares, aunque no en

todos los casos. El uso de Twitter reflejaba un tipo de relación que seguía una lógica más vertical en comparación con el uso de Facebook y YouTube, que se acercaban más a las expresiones producidas por los pares e implicaban la coproducción y la codistribución. En los siguientes párrafos se describirán las características verticales del uso de Twitter.

En general, Twitter no fue una red social que los y las estudiantes usaran comúnmente. Sin embargo, hubo tres áreas en las que podemos observar cómo sí fue relevante para la movilización. La primera fue como vía para obtener la atención de los medios de comunicación sobre la opinión de ciertos actores (como federaciones y líderes estudiantiles) y sobre la contingencia de la movilización, en materias ligadas a los anuncios del gobierno, a las marchas o a las tomas. La segunda fue muy similar, pero con una inclinación hacia aquellas personas que, en general, tenían interés en establecer un vínculo directo con líderes y organizaciones de representación estudiantil. La tercera fue simplemente como un medio útil para difundir contenidos de forma concertada.

El primero de estos métodos de uso de Twitter fue a través de las cuentas de las federaciones de estudiantes y, principalmente, de los liderazgos estudiantiles que se convirtieron en proveedores de noticias para los medios de comunicación. Camila Donato, presidenta de la Feumce, describió cómo podían ponerse rápidamente en contacto con los noticieros radiales vía Twitter:

El Twitter yo siento que lo usábamos más en relación a difundir a los medios de comunicación que a la gente. El Twitter lo usábamos, por ejemplo [para escribir]: Fuerzas Especiales ingresa al ex Pedagógico @biobio<sup>6</sup>.

Hubo un segundo uso relacionado con el método anterior, favorable a quienes deseaban transmitir información lo más rápidamente posible, ya fuera una declaración pública de alguna federación o una rectificación frente a algún reportaje o nota aparecido en los medios. La mayoría de las federaciones estudiantiles tenían una cuenta de Twitter, aunque fueron las figuras más destacadas del movimiento las que más aprovecharon la relación líder-seguidor. De hecho, a finales de agosto de 2011, Camila Vallejo, presidenta de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, y una de las dos líderes más notorias de ese año, alcanzó los 170.000 seguidores. A finales de ese año la cantidad llegó a 356.411, superando el número de seguidores de la cuenta del Gobierno de Chile en ese momento.

La tercera forma de utilizar Twitter vino de la mano de la percepción de estudiantes con conocimiento de computación, Internet y redes sociales, que se dieron cuenta del poder de las redes sociales cuando estas se utilizan consistentemente y, en ocasiones,

<sup>6</sup> @biobio es el nombre de usuario de Radio BioBio, una de las radios de noticias más importantes de Chile.

mediante esfuerzos unificados. Este fue el caso de la cuenta @movilizatechile, gestionada por un solo estudiante que constantemente creaba, enlazaba y respondía información por medio de Twitter alcanzando más de 40.000 seguidores ese año. En septiembre de 2011 el hombre detrás de la cuenta formó una alianza con otros *community managers* y administradores de páginas de Facebook para generar una coordinación que enfrentara con unidad y fuerza las acciones del gobierno. Esta coordinación implicó ponerse de acuerdo respecto de qué harían utilizando sus cuentas de redes sociales y cómo lo harían. Esa colaboración les permitió llevar a cabo acciones concertadas en torno a contenidos específicos, especialmente en los últimos meses de la movilización.

Llegó un momento en que nos comunicábamos, en primera instancia, por las mismas cuentas de Twitter, [decíamos] “Oye, sí, podríamos hacer tal cosa”. Hasta que llegó un momento donde armamos un grupo en Facebook interno, lo llamábamos Coordinación Web... En ese tiempo estaban [las páginas de Facebook] “No a Piñera”, que tenía como quinientos mil seguidores, también “Los Difamadores”, que tenían mucha gente que los seguía. Ese espacio se dio como un apoyo de las diferentes cuentas para coordinarnos, pero esa coordinación venía de antes, de Twitter. De hecho, nos pusimos de acuerdo para generar *hashtags* y *trending topics*, que fuera lo más hablado de Twitter... para posicionar el conflicto. En un momento hubo un apagón en Chile, y pusimos “Muchas gracias a todos por participar del apagón por la educación”, todo era por la educación. Ese tema prendió rápido y a las 9 o 10 de la noche era *trending topic* y lo más hablado en Chile, fue una bola de nieve (Gonzalo Flores, estudiante universitario en 2011 y gestor de la cuenta de Twitter @movilizatechile).

Más allá de este uso por parte de líderes y federaciones estudiantiles, así como un pequeño grupo de personas a cargo de cuentas en redes sociales, Twitter no fue considerado como relevante por los propios estudiantes ni mucho menos algo cercano a convertirse en un catalizador de la movilización, como ha sido considerada la red social en algunos estudios ligados a la Primavera Árabe (Castells, 2012). La razón de esta creencia se encuentra en el escaso uso de Twitter por parte de la población chilena<sup>7</sup>, y porque a los propios activistas les resultaba poco convincente como un espacio para participar activamente de la política y no ser un mero seguidor de algo o alguien. Además, dentro del movimiento existían problemas y preocupaciones con el uso de Twitter: el potencial daño causado por la difusión de rumores difíciles de controlar o desmentir; la idea de que fuese posible hacer política exclusivamente por medio de Twitter; y el hecho de que las únicas cuentas con un número significativo de

<sup>7</sup> En mayo de 2011 solo el 13,8% de los y las internautas en Chile tenía una cuenta de Twitter, en contraste con la popularidad de Facebook, utilizado por el 90,7% de la población (comScore, 2011).

seguidores eran las de quienes ya habían sido ungidos como líderes por los principales medios de comunicación. Este último elemento convenció a los estudiantes de la idea de que los medios de comunicación dominantes de Chile, y no Twitter, eran los agentes de reconocimiento por excelencia y, en consecuencia, Twitter no rompía ese estilo vertical de relaciones.

## PRODUCCIÓN ENTRE IGUALES Y RELACIONES HORIZONTALES

El uso de Facebook se orientó a experiencias de coproducción entre pares. Más cercano a la vida cotidiana de un número considerable de personas, en 2011 el 90,7% de los usuarios de Internet en Chile tenían cuenta en la red social (comScore, 2011), Facebook fue, desde el inicio de la movilización, un lugar para escribir comentarios, publicar enlaces y un foro para comunicarse con otras personas en el contexto de una creciente ola de movilización. La experiencia acumulada en años anteriores motivó a las y los manifestantes a explotar las múltiples opciones que ofrecía Facebook de manera más propositiva, como en el caso de la página *Toma PUCV*. Creada en junio de 2011, durante los primeros días de la toma de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, la página fue puesta en marcha por estudiantes que decidieron crear una plataforma que les permitiera tener una comunicación rápida, clara y concertada. Sin esperar una orden de su propia federación, un grupo de estudiantes puso en marcha la página con la misión de salir al paso y contrarrestar la información sobre la movilización que estaban difundiendo los medios de comunicación más tradicionales; compartir datos relevantes sobre temas educativos; y difundir información sobre eventos como concentraciones, marchas, asambleas o encuentros.

Veíamos cómo los medios de comunicación masivos daban un discurso muy distinto al que teníamos adentro [de la movilización], y en ese momento era el mayor medio de difusión, entonces una de nuestras tareas era que si teníamos la herramienta de Facebook, era ocuparlo, y que ojalá hiciera una contrapeso fuerte en relación a los otros medios de comunicación (Alonso Matus, estudiante universitario en 2011 y gestor de la cuenta de Facebook *Toma PUCV*).

Desde el punto de vista del suministro de información, Facebook fue usado junto con la plataforma de video YouTube. Ambas se fusionaron de forma prodigiosa dando a personas, grupos y organizaciones la posibilidad de diseñar sus propios videos y enviarlos a amigos y contactos. Además, estas plataformas les permitieron recibir información inmediata sobre el número y los nombres de las personas que los veían, así como datos acerca del número de veces que los videos eran enlazados y compartidos. Este feliz tándem fue relevante para que los y las estudiantes, en general, subieran imágenes de ocupaciones, marchas, *flashmobs* y concentraciones; para denunciar actos violentos de las fuerzas policiales; y para entregar apoyo local e internacional a la movilización.

Este uso de YouTube contribuyó a las intenciones de las personas movilizadas de transmitir información de varias maneras. Reafirmó la dimensión nacional de la movilización y su repercusión internacional, ambos elementos de gran importancia para la unidad y el apoyo al movimiento. Observar y estar al tanto de lo que ocurría en diferentes ciudades del país neutralizó el miedo al decaimiento de la movilización; el hilo de conversación que permitía YouTube también proporcionó un medio para medir las respuestas a las imágenes de video y el espíritu de cuerpo entre los y las activistas. En relación con padres, madres o con terceras personas no entusiasmadas con el movimiento o sus características, sirvió para destruir tabúes o prejuicios como la violencia policial; para mostrar el lado positivo de las concentraciones; y para sostener, con imágenes, el desalojo violento de los edificios en toma, entre otras cosas.

Nadie se creyó la imagen del paco [funcionario de Carabineros de Chile, policía uniformada] lanzando gas lacrimógeno sobre el cuerpo de la gente, directamente a los cuerpos. Y recuerdo una discusión a través de Facebook que se zanjó gracias a este video y después ya no fue motivo de discusión. Ayudó mucho (Carla<sup>8</sup>, estudiante universitaria en 2011).

Ayudaba mucho... a probar lo que se vivía. No se creía el uso de pistolas de pintura para marcar a la gente para perseguirla después. La gente no creía, algunos decían que las marcas de pintura en el cuerpo eran accidentes, pero no, realmente pasaba (Vanessa<sup>9</sup>, estudiante universitaria en 2011).

Otro uso importante de Facebook fue como herramienta para convocar a concentraciones y encuentros por medio de la sección de “Eventos” de la plataforma. Esta función permitía organizar acciones como *flashmobs*, manifestaciones y marchas. Este aspecto organizativo de Facebook fue bienvenido al calor de la movilización como una forma sencilla, rápida y barata de crear eventos, pero también como una manera de comprobar la fiabilidad de las convocatorias, de testear el tono y la receptividad de la gente hacia el evento, y también de contribuir al desarrollo de sus acciones. En este sentido, los hilos de comentarios en las páginas de eventos fueron un espacio donde una convocatoria abierta para una acción en específico era susceptible de ser transformada para dar origen a un tipo de acción distinta a la original. Un ejemplo de esto último ocurrió con la idea de Omar Astorga, estudiante de derecho de la Universidad de Chile, de crear un *flashmob* llamado “*Genkidama*<sup>10</sup> por la Educación Chilena”:

Me acuerdo que una semana antes estábamos en la escuela carreteando con unos amigos y les comento a los chiquillos, tengo ganas de hacer un evento

<sup>8</sup> Nombre ficticio debido a la voluntad de la informante de ser anónima.

<sup>9</sup> Nombre ficticio debido a la voluntad de la informante de ser anónima.

<sup>10</sup> Una *Genkidama* es una bomba de energía del personaje Gokú en el dibujo animado japonés *Dragon Ball*. Los dibujos animados japoneses, y especialmente la serie *Dragon Ball*, han sido muy populares en Chile desde los años 80.

en Facebook para que se volviera masivo, al principio por huevear. Y les dije hagamos una “Genkidama por la Educación”, algunos se besaban por la educación. Y un día en la pensión de la universidad lo hice, lo hice a las 3 de la tarde y a las 9 de la noche el evento tenía tres mil personas. Esta cosa se empezó a convertir en una bola de nieve. Puse una fecha para un mes después y puse lo siguiente: “Genkidama por la Educación”. No existía nada más, puse una foto de una Genkidama y escribí que Gokú pedía energía del mundo para darle educación gratuita y calidad a los estudiantes de Chile. Y esta bola de nieve empezó a crecer en convocatoria, a robustecer la idea, porque la idea no es mía, propiamente tal, porque yo creé el evento y otras personas empezaron a entregar ideas, y eso es interesante, porque es una idea colectiva, una co-creación.

En resumen, Facebook aparece en los relatos estudiantiles como una herramienta útil que benefició a la movilización porque era informativa y su uso intuitivo, favoreciendo una fácil conexión con personas de diferentes zonas del país y la organización de distintos tipos de encuentros. Pero el uso de Facebook también tuvo una característica controversial y menos positiva desde la mirada de los y las estudiantes: la idea de participar en la movilización compartiendo contenidos o simplemente haciendo clic en el botón “Me gusta” de un comentario, imagen o video. Para algunas y algunos de las participantes del movimiento, este *slacktivism* o activismo flojo (Karpf, 2010) dañaba el espíritu del proceso debido a que evitaba la interacción cara a cara. Durante uno de los grupos focales, Francisca<sup>11</sup>, estudiante de secundaria en 2011, afirmó que:

Hay que tratar de generar este sentimiento, más que traspasarlo por un medio, hacerlo de persona a persona. Y eso es lo más difícil, encontrar la herramienta para ello. Todo el mundo pensaba que aporta con algo vía Facebook. Hoy ni siquiera lo uso. Solo es un calendario. No significa nada.

Para otros activistas, compartir contenidos en Facebook no era necesariamente sinónimo de una falta de compromiso con el movimiento. Ramón<sup>12</sup>, en 2011 un estudiante de secundaria de San Bernardo –una zona en las afueras de Santiago–, cuyo colegio fue ocupado solo por un breve tiempo, participó en la movilización principalmente por medio de Facebook:

Yo y mi ambiente estuvimos alejados del movimiento por vivir tan lejos. Era todo muy diferente, casi una burbuja. Vía las redes sociales fue nuestro aporte, nuestra integración al movimiento. Nos enterábamos de lo que pasaba, uno difundía lo que le importaba y daba su opinión.

La polémica en torno al activismo flojo no fue ajena a lo que era un acuerdo general sobre una característica negativa del uso de Facebook: que no era un lugar para

<sup>11</sup> Nombre ficticio debido a la voluntad de la informante de ser anónima.

<sup>12</sup> Nombre ficticio debido a la voluntad del informante de ser anónimo.

debates respetuosos y/o sostenidos en el tiempo. Como dijo Ricardo<sup>13</sup>, estudiante de secundaria en 2011:

Facebook y Twitter son lo ideal para convocar a marchas, asambleas, a lugares de discusión, pero no para discutir. Cuando uno discute por Facebook se generan malentendidos, no se entiende bien, lo mejor es conversar como acá, en persona. Es importante para convocar, pero no para discutir.

Sin embargo, los malentendidos progresaban hasta convertirse en conflictos que, a su vez, impedían una conversación fluida. En otro grupo focal, Marcos<sup>14</sup>, estudiante universitario en 2011, destacó el hecho de que:

Había muchas personas que no estaban de acuerdo con el movimiento y hablaban mucho por Facebook. Leí infinitas peleas de gente en contra. Facebook era su plataforma.

Twitter y Facebook se transformaron, de esta manera, en un lugar donde el potencial diálogo se veía imposibilitado por un discurso abusivo y violento a partir del cual era difícil mantener cualquier intento de conversación respetuosa. Al ser consultados, y con bastante vehemencia, todos los estudiantes de uno de los grupos focales celebrados en Santiago respondieron unánimemente cuando se les preguntó sobre el siguiente asunto:

JASU: Entonces, ¿ustedes dirían que Facebook contribuyó a conciliar posiciones contrapuestas?

Participantes del grupo de discusión: ¡No, todo lo contrario!

Entre los diferentes tipos de relación que se perfilan en los usos de Internet descritos hasta ahora hay dos áreas en las que se reconoce la participación de las y los activistas de manera muy clara: en la información y en el debate. Al profundizar en estas dos áreas lo que aparece es una participación más bien agregativa y vertical que solo dentro de grupos similares pudo ser colaborativa.

## EL VUELO SOLIDARIO: CREANDO CONCIENCIA

De lo expuesto hasta ahora se podría argumentar que, por un lado, el uso del sitio web [www.reformaeducacional.cl](http://www.reformaeducacional.cl) cumplía con fines informativos dando a quienes quisieran la posibilidad de seguir los acontecimientos respecto de los cambios requeridos en educación, además de contribuir a que dichos asuntos llegaran a espacios más allá de los círculos estudiantiles. Para acceder a este sitio las y los estudiantes tenían que salir de su base de operaciones habitual, principalmente Facebook, y visitar un

<sup>13</sup> Nombre ficticio debido a la voluntad del informante de ser anónimo.

<sup>14</sup> Nombre ficticio debido a la voluntad del informante de ser anónimo.

sitio web en el que su única contribución a la causa era responder a contenidos ya creados. Además, en el caso de las noticias publicadas en la web debían exponerse a contenidos redactados de forma parecida a los patrones formales de los medios de comunicación tradicionales. Por otro lado, las redes sociales formaban parte de la vida cotidiana de las y los jóvenes que se hicieron parte de la movilización y sitios como Facebook eran “movilizados” para el activismo, alimentando su ligazón con materias políticas; provocando comentarios y respuestas; y adquiriendo un sentido de conciencia de la situación y de sí mismos como constituyentes de un movimiento creciente. Este uso de las redes sociales involucró cosas cotidianas, como enlazar, compartir y crear contenidos; pero otras no tan usuales, como transmitir imágenes desde un edificio ocupado a través de un computador portátil, pasar ocho horas al día gestionando una cuenta de Twitter o dedicar todas las noches a crear, distribuir y responder mensajes en Facebook.

Como se mencionó en el capítulo 5, el panorama mediático chileno era más un adversario que un aliado para el movimiento. Sin embargo, aun cuando los y las estudiantes trataban con los medios estratégicamente, tenían, desde las posiciones de liderazgo hasta las de base, la percepción de contar con recursos para contrarrestar el poder de los medios de manera más autónoma. Esa autonomía estaba constituida en buena parte por las redes sociales, adoptadas como herramienta privilegiada para dar a conocer su perspectiva personal y grupal sobre los acontecimientos en curso, para rebatir la información de los medios, para cubrir las noticias en sus áreas de influencia y para hacerlo con un creciente sentimiento de solidaridad. En uno de los grupos focales, José<sup>15</sup>, estudiante universitario en 2011, así lo planteó:

Facebook puede tener muchos defectos, pero en ese momento fue de gran ayuda; sin Facebook no habríamos podido estar conectados a nivel nacional.

La cita anterior transmite la sensación de estar participando activamente en un movimiento creciente que llegaba a toda la nación por medio de la acción de quienes habían decidido sumarse, sin que en esta relación estuviera mediada por la obediencia a alguna autoridad política. De hecho, más allá de involucrarse desde sus cuentas personales de Facebook, las y los estudiantes aprovecharon las redes sociales creando cuentas desde las cuales apoyar la movilización con información que llegase a sus círculos de influencia y, en el mejor de los casos, aumentar la conciencia respecto al problema en dichos ámbitos. Este impulso activista afectivo proliferó en diferentes ciudades, facultades y hogares, y estuvo cargado de la sensación de un quehacer compartido que implicaba “no solo participar en una plataforma o contenido *online*” (Jenkins, Ito y Boyd, 2016: 10-11), sino formar parte de una cultura de compartir. En otras palabras, ayudó a conformar un sentido de solidaridad, un sentimiento

<sup>15</sup> Nombre ficticio debido a la voluntad del informante de ser anónimo.

de unión que creció junto con la movilización. Este tipo de participación tuvo, no obstante, dos limitaciones. La primera era el alcance reducido de su objetivo, que era informar y difundir noticias. La segunda era el carácter agregativo, individualista y disociador resultante del uso de las plataformas web. Para explicar mejor estas dos limitaciones me referiré primero al carácter agregativo e individualista de los usos de [www.reformaeducacional.cl](http://www.reformaeducacional.cl) y Twitter.

Las relaciones verticales dominaron el uso del sitio web diseñado para hacer campaña por la reforma educativa ([www.reformaeducacional.cl](http://www.reformaeducacional.cl)), así como el uso de Twitter. El primero de ellos promovía un compromiso de arriba abajo mediante el clic y el reenvío de mensajes. La petición de unirse a la campaña haciendo clic y reenviando lo que otros habían creado se asemejaba a la lógica binaria de la aclamación democrática, aprobación/desaprobación, sí o no, en la que el pueblo no puede intervenir en la construcción de lo que se está decidiendo. De hecho, en las secciones del sitio web tituladas “Actúa en Internet” y “Actúa en el territorio” había instrucciones para hacer campaña que se dirigían sobre todo a la acción individual. Las secciones contenían información sobre cómo crear folletos o hacer grafitis en las paredes, pero no había información sobre, por ejemplo, cómo llevar de buena manera encuentros con la comunidad, con vecinas, vecinos y personas en general; cómo llevar a cabo asambleas de forma tolerante y resguardando la participación democrática. Al final, con este tipo de vinculación ofrecida por la plataforma, aunque se utilizara un discurso activista y las herramientas dadas por la página web fueran muy útiles, el tipo de participación fue de corte individualista, agregativo y fuertemente determinado desde arriba. En este sentido, invitaba a un tipo de participación que no se diferenciaba de la que podemos ver en los programas musicales y *reality shows* contemporáneos como *American Idol* o *The Voice*. Como reflejan con precisión Jenkins, Ito y Boyd (2016), este tipo de participación no puede describirse como de resistencia o alternativa, sino meramente agregativa, de forma que se asemeja a un tipo de participación minimalista “donde el poder es delegado y se inclina hacia modelos de democracia de élite” (Dahlgren, 2013: 20).

Sin embargo, la mayor parte del uso de Internet en el movimiento de 2011 no estuvo vinculada al sitio web [www.reformaeducacional.cl](http://www.reformaeducacional.cl). Se centró en las dos principales plataformas de medios sociales utilizadas en la movilización: Facebook y Twitter. El uso de Twitter se caracterizó por establecer una relación informativa más que deliberativa, repitiendo así las lógicas de los medios de comunicación tradicionales. Como herramienta propositiva/directiva y de duración limitada, Twitter se utilizó para atraer la atención de los medios de comunicación como vehículo para dar a conocer la opinión de determinados actores y mantener informados a sus “seguidores” cuando la coyuntura así lo ameritaba. En ambos casos, su uso no fue más allá de compartir noticias y dar a conocer lo que estaba ocurriendo en las calles, en alguna resolución o en el Ministerio de Educación, sin romper las lógicas comunicativas

verticales, elitistas y agregativas de los medios de comunicación tradicionales. Tres ejemplos apoyan este punto.

El primero proviene de la observación de las cuentas de Twitter más importantes de líderes y federaciones estudiantiles. Dichas cuentas pretendían llegar a los medios de comunicación tradicionales de forma rápida y fiable con la expectativa de que los tuits se incluyeran en reportajes y artículos de los medios. Inicialmente, en este vínculo comunicativo había un doble propósito: atraer la atención de la prensa y medios en general, pero, sobre todo, validar la cuenta y la posición de él o la líder mediante el reconocimiento de su voz a través de los medios de comunicación tradicional.

Las redes sociales como Twitter replican la jerarquía del acceso al discurso público porque el que tiene más seguidores es el que va a marcar el *trending topic* y es súper difícil atravesar esa barrera, es súper difícil, entonces las redes sociales claro, después ayudaron. Cuando Camila Vallejo y Giorgio Jackson ya eran figuras importantes, tenían miles de seguidores y podían tuitear cosas para que llegaran a otra gente, pero creer que en enero del 2011 a través de tuits se iba a llegar muy lejos era exactamente lo mismo que hablar con nuestros amigos de los medios alternativos, no había ninguna diferencia (Noam Titelman, delegado de la Federación de Estudiantes de la Pontificia Universidad Católica de Chile (Feuc) en 2011).

Como explica Noam, solo después de que los medios de comunicación tradicionales validaran a los líderes estos ganaron un gran número de seguidores y, al mismo tiempo, establecieron una relación vertical líder-seguidor o arriba-abajo. Esta validación de los medios de comunicación no solo iba desde los medios tradicionales a los nuevos liderazgos estudiantiles, sino también del estudiantado al tipo de información que las y los estudiantes hacían circular: había una demanda de información sólida, similar a la de los medios de comunicación, pero hecha por los estudiantes.

La manera en que Gonzalo Flores, creador de la cuenta de Twitter @movilizatechile, se involucró en el movimiento es un ejemplo de esta demanda. Su cuenta, en un inicio, se dedicó a difundir información sobre la movilización y temas afines, proveniente de otras fuentes. La validación de la cuenta de su creación fue progresiva y bajo el escrutinio permanente de seguidores que demandaban información confiable y libre de propaganda. De manera similar a lo ocurrido con el control de lo que decían o no decían las representaciones estudiantiles, como se revisó en el capítulo 3, cuando las expectativas de información de estudiantes, usuarios y usuarias se vieron permanentemente satisfechas por la cuenta, el vínculo de fidelidad se hizo fuerte. La consecuencia fue el crecimiento de @movilizatechile, llegando a tener decenas de miles de seguidores, lo que implicaba que lo que la cuenta ponía en vitrina se repitiera por miles, y que en este acto de confianza se diera testimonio de la calidad de la cuenta. Esto traía como resultado una demanda cada vez mayor sobre Gonzalo Flores.

La gente que seguía la cuenta de Twitter quería saber del conflicto, entonces empecé a darme el trabajo de ver uno a uno los diarios, empezar a sacar los links y publicarlos, entonces la gente empezó poco a poco a seguir la cuenta, a recomendársela a amigos y empezó a crecer y llegó un momento en que me empecé a apoderar de la cuenta y empecé a escribir como yo. Después de todo lo que había leído algo tenía que saber del tema y empecé a responder y poco a poco se dio este fenómeno de cómo hacer cosas culturales que necesitaban visibilidad y ahí nuevamente la cuenta se prestaba para eso. Por ejemplo, llegué a armarme un calendario de cuáles eran las cosas que se hacían en la semana, de eventos de Facebook que habían llegado para publicarlo a la hora correspondiente (Gonzalo Flores).

Flores actuaba como un servicio de información profesional. Tenía tiempo y conocimientos para trabajar con programas informáticos y esa era su forma de servir al movimiento, pero estaba al mando de la cuenta en solitario, desde su casa. Este aislamiento le llevó a tomar decisiones sobre lo que consideraba mejor para la movilización. En este sentido, inicialmente programó la cuenta para proporcionar información a todo aquel que publicara en Twitter una palabra relacionada con la disputa estudiantil. Flores supuso que las personas que publicaban noticias o reenviaban tuits sobre noticias podrían estar interesadas en información sobre el movimiento. Progresivamente, al ver el número creciente de seguidores que tenía, se dio cuenta de que tenía un compromiso informativo con quienes seguían la cuenta, y pasó de reenviar y responder información a tener un papel más editorial, introduciendo temas sobre el movimiento (mediante enlaces a contenidos de páginas web o de informes disponibles en línea); actuando como calendario del movimiento, marcando fechas y eventos relevantes (como marchas, conciertos o reuniones en algún lugar específico); y publicando preguntas relacionadas con las respuestas del Estado, atendiendo así a las demandas del estudiantado. Pero todo ello lo realizaba en solitario, desarrollando una acción mediática y comunicativa que, salvo excepciones, como la que se comentará en los siguientes párrafos, pudo llevarse a cabo de forma concertada y colectiva.

La única ocasión en la que Flores logró un esfuerzo más colaborativo fue por medio de la acción conjunta con gestores de otras cuentas de Facebook y Twitter que llevaron las acciones de la web a escala nacional. Este caso, sin embargo, es un tercer ejemplo que describe las lógicas comunicativas agregativas de los *likes* y *retweets*. Una de las acciones ejecutadas por este grupo fue atribuir la causa de un gran corte de luz, que afectó a cinco regiones de Chile la noche del 24 de septiembre, al poder de los estudiantes chilenos por medio del *hashtag* #apagonporlaeducacion. Esa noche, a las 9 pm, la idea de que el movimiento estudiantil había provocado el corte de luz fue muy celebrada. Aunque no era cierto que la razón del apagón fuera la acción de activistas del movimiento, la mancomunidad *online* se tomó como un vínculo

humorístico que mantuvo la moral de la movilización en alto y el foco de la discusión pública en asuntos relacionados con la educación. Lo relevante en este caso es que, si bien se produjo una acción entre pares, por parte de un pequeño número de personas altamente calificadas, la participación que conllevó fue mayoritariamente agregativa: consistió en reproducir el *hashtag* #apagonporlaeducacion, y en algunos casos otorgarle un toque más personal mediante frases o palabras añadidas al *hashtag*.

Un elemento importante a la hora de evaluar este tipo de participación en línea es la existencia y mirada crítica sobre “cuentas automatizadas que participan en la difusión de noticias e información en las plataformas de redes sociales” (Lokot y Diakopoulos, 2016: 683), conocidas comúnmente como *bots*. Su objetivo es crear, aumentar y apoyar determinados mensajes en Twitter. Los *bots* ocupan el lugar de la intervención humana (Edwards et al., 2014) para hacer, en el caso de Twitter, que un asunto, una persona o un evento se vuelvan populares mediante la creación de un programa computacional particular. Al margen de las consideraciones éticas, el hecho de que la repetición de una palabra o frase pueda convertirse en *trending topic* –el “santo grial” de Twitter, en opinión de Baker (2015)– por medio de la automatización de *bots*, con la pretensión de ser personas reales, refleja el terreno en el que se centra esta práctica comunicativa: acumular un gran número de mensajes similares por cualquier medio. Aunque esto último pueda ser útil para visibilizar, por ejemplo, un conflicto o una situación humanitaria, como la de Gaza (Siapera, Hunt y Lynn, 2015), o para generar un debate en torno a un asunto determinado, sigue siendo una práctica comunicativa mayoritariamente agregativa y centrada en un resultado inmediato, como es evidente en el uso de formas de expresión no humanas, más que en el proceso comunicativo de diálogo, colaboración y discusión.

En resumen, el uso informativo de Internet fue importante porque permitió a la gente formar parte de una práctica y una cultura compartidas y sentir que su contribución al surgimiento del movimiento tenía un impacto. Sin embargo, una vez que hubo un conocimiento y conciencia general sobre el movimiento y se extendió un mayor sentido de solidaridad a las reivindicaciones de las y los estudiantes, el carácter informativo del uso de Internet pareció alcanzar un punto de inflexión y de declive. Más allá de ese punto, el impulso afectivo de pasar información, de estar al día con la información, de criticar a los medios de comunicación dominantes, de publicar material para llamar la atención sobre los problemas del movimiento y otras acciones similares, detuvo su ímpetu. La tarea estaba cumplida y no había más que hacer en Internet en cuanto a la gestión de la información, aparte de continuar con la misma estrategia. Era necesario otro tipo de relación. Gonzalo Flores esboza esta limitación:

La gracia de Twitter es que si uno trata de plantear ‘Vamos a tomarnos el Congreso ahora’, nadie me va a pescar, porque no es un tema que se esté hablando, pero yo sí puedo ir generando, de a poco, contenido para que esta idea perdure y esté presente hasta el momento de poder avanzar con

actos a cosas más concretas y llegar a acciones. Pero no soy de la idea de que vamos a hacer la revolución por Twitter. En realidad, si no salimos de las casas a hacer algo físico, a generar espacios, actividad, nos vamos a quedar ahí.

De las palabras de Gonzalo se desprende la voluntad y la necesidad que los activistas tenían de ir más allá de informar y sensibilizar a la ciudadanía respecto del movimiento, sus razones, acciones y reivindicaciones. Pero la pregunta era ¿cómo? Una forma sencilla de resolver esta necesidad de ir más allá estuvo en el uso de Facebook como plataforma cuyo diseño estaba abierto al debate, a la discusión, a compartir y a cuestionar ideas. Pero Facebook, como la plataforma mediática más utilizada por los y las estudiantes, y clave para la amplia y rápida distribución de noticias, resultó ser un lugar donde lo colectivo terminó rompiéndose en pedazos, en una mirada de identidades incapaces de relacionarse con las demás y hacer frente a las diferencias conflictivas.

## **VOLAR A LA PELEA: LA CONFRONTACIÓN -NEGACIÓN POR ENCIMA DE LA COLABORACIÓN**

En su libro *The Flight from Conversation* (en español, *En defensa de la conversación*) (2015), Sherry Turkle utiliza la palabra “vuelo” para enfatizar el rápido paso de las conversaciones cara a cara al “chateo” a través de teléfonos móviles o computadores portátiles. En la sección anterior se usó esta idea de volar para etiquetar el impulso afectivo de llegar a otros y otras con información, noticias y actualizaciones sobre el movimiento de manera rápida y entusiasta; las características de ese vuelo; y sus limitaciones: el diálogo y el debate. En esta sección se profundizará en la pregunta sobre hasta qué punto el uso de Internet promovió el diálogo y el debate en las plataformas web y las redes sociales, con la mirada puesta principalmente en Facebook, al ser la plataforma que, al favorecer un tipo de relación entre pares, permitía una forma de participación confrontacional y diacrónica, es decir eventualmente posibilitando diálogos, discusiones y debates extendidos en el tiempo.

De hecho, en el curso en que la ola de movilización iba en aumento, Facebook se convirtió en un escenario web para el encuentro de un grupo diverso de personas, desde completos desconocidos hasta conocidos y amigos, en torno a asuntos relacionados con el movimiento. Pero estos encuentros distaban mucho de ser el feliz aviso publicitario de un debate fluido. Entre las y los estudiantes que participaron en la movilización de 2011 existía una clara percepción respecto de la debilidad de Facebook como lugar para sostener debates. Los abusos verbales, la intolerancia y los ataques personales convirtieron los hilos de comentarios en hilos de confrontación en los que la otra persona era más un enemigo al cual doblegar que un adversario con quien sostener diferentes miradas. Por ello, algunos se encontraron con que su voz y sus argumentos eran rechazados mientras otras personas eran intimidadas o víctimas de abuso.

Esto último se relaciona con un elemento importante en el uso de los medios sociales: la tensión de dar forma a lo que Erving Goffman (1990) definió como identidad de fachada y la tendencia a tratar solo con quienes comparten una identidad, evitando así posibles conflictos (Turkle, 2015). Este fue el caso del uso de Internet por parte de las y los activistas. De hecho, la conciencia sobre quién apoyaba o no la movilización no llegó en ocasiones siquiera a la fase de intercambiar mensajes en una discusión concreta. Llegó antes, debido a la carga simbólica de las cuentas personales y las publicaciones disponibles que, en el caso de Facebook, eran y son más o menos públicas, incluso desde la foto de perfil que muestra un símbolo a favor o en contra de la movilización. Este despliegue de identidad personal, así como la publicación de cierto tipo de videos, comentarios, imágenes y enlaces, contribuían a construir una identidad y una posición política fácil de detectar por amistades, personas cercanas o desconocidas que, a través de un perfil de Facebook, percibían la posición de determinada persona con respecto a la movilización. Como planteó Francisca Villablanca, estudiante de secundaria en 2011 en relación con cómo se fue dando el proceso de movilización en su colegio:

Se fue gestando más en el silencio que en explicitar directamente las cosas. Era como, por ejemplo, cuando uno comentaba cosas en clases o ponía cosas en Facebook. Con los compañeros sabíamos quienes pensábamos más o menos parecido sin tener que juntarnos a compartir ideas, sabíamos quiénes estaban en contra o quiénes no estaban ni ahí y no querían manifestarse.

Así, cuando surgían discusiones escritas en torno a un aspecto concreto de la movilización, había un grupo de significantes (fotos y nombres de perfil, textos o enlaces previos) que ya comunicaban las posiciones que defendían quienes se involucrarán en tal discusión. Y encima de esto, en el momento de los intercambios escritos, las personas que tomaban parte de ellos tendían a expresar con vehemencia sus posiciones en lugar de escuchar o leer lo que la contraparte tenía que decir. De hecho, las y los estudiantes consideraban las discusiones en Facebook como lugares donde las divisiones políticas, sociales y culturales, como con respecto del papel del mercado en la sociedad, el derecho de las personas a movilizarse o la existencia de derechos en una sociedad de libre mercado, se avivaban, animando a la gente a adoptar posiciones claras y opuestas. En este sentido, las discusiones en Facebook se convirtieron en espacios de pelea en torno a un asunto donde, desde múltiples perspectivas, se arribaba con la expectativa de que quien golpeará más duro a su oponente daría la mayor satisfacción al más amplio número de personas. En opinión de Constanza<sup>16</sup>, estudiante universitaria en 2011:

Esa polarización [de 2011] se dio porque la gente prefirió redes sociales, Facebook, en vez de hablar y decir “lleguemos a un consenso, un acuerdo”.

<sup>16</sup> Nombre ficticio debido a la voluntad de la informante de ser anónima.

A mí me pasó que fue mucho más importante y poderoso lo que pasó con las personas, en el cara a cara, que lo que pasó con las redes sociales.

En el caso de Vanessa<sup>17</sup>, estudiante universitaria en 2011, Facebook funcionaba como un lugar para insultar a la gente:

Mi día a día, más que difusión (que se daba casi sola) era responder a las preguntas de los compañeros que no conocían el tema y a los profesores que, de alguna forma, se oponían a que una hiciera cosas. Yo estudio derecho, entonces los profesores te tiran la pachotada. Te dicen, “Esto está mal, no es la forma, hay otros métodos”. Una ahí es donde tiene que ir a discutir, levantar la voz, pelear. Eso iba sacando asperezas que me afectaban. Llegaba a la casa y tenía en el Facebook amenazas, insultos. Los profesores me agarraron mala. Mucha gente fue expulsada. Pasó que hubo algo que no se ve, no se comenta, pero sucedió. Era natural.

¿Qué parece estar ausente en este tipo de discusiones? Como dice Hindman, “el respeto mutuo que requiere la deliberación democrática” (Hindman, 2009: 138). En este sentido, este tipo de intercambios resultaba perjudicial para el intento de colaboración que supone mantener discusiones en la red o en las interacciones cara a cara.

Había muchas personas que no estaban de acuerdo con el movimiento y hablaban mucho por Facebook. Leí infinitas peleas de gente en contra, Facebook era su plataforma. Llegaba el momento de la asamblea y no hablaban. Nunca vi instancias de gente en contra que generara debate o algo así. Eso me llamaba la atención. Me hubiese gustado que ellos hiciesen su espacio para debatir sus ideas en contra. Reflexionar sobre eso es totalmente aceptable. Siento que no se dio, no sé si por falta de motivación, pero nunca vi fuerza de ese grupo fuera de las redes sociales (Marcos, estudiante universitario en 2011).

En consecuencia, las discusiones y los debates en redes sociales permitieron a la gente identificarse y asociarse con quienes tuviesen una postura similar. Sin embargo, con el paso de los días, las semanas y los meses, esta identificación fue llevando progresivamente a la gente a tomar partido desde los clivajes principales (educación gratuita o de pago) y secundarios (la forma de llevar adelante la movilización) hasta los clivajes relacionados no solo con los temas de la movilización, sino con la forma en que se hacían los comentarios. Fue en uno u otro lado de estos clivajes donde se fortalecieron los vínculos comunicativos. Y la interacción entre personas con diferentes identificaciones, una vez conformados estos guetos comunicativos, solía ser dura, violenta y más proclive a acabar con ese diálogo que a tener un desacuerdo en términos respetuosos. Reflexionando sobre los acontecimientos de 2011, Diego

<sup>17</sup> Nombre ficticio debido a la voluntad de la informante de ser anónima.

Vela, estudiante universitario en 2011, subrayó la diferencia entre las conversaciones con y sin la mediación de Internet:

Era fundamental encontrarse, uno generaba vínculo. O sea, por ejemplo, con el gallo que pensaba más distinto, que solamente nos manteníamos por mail, o sea nosotros terminamos declarándonos la guerra, por redes sociales también, pero cuando llegábamos teníamos que hablar y decir de frente la huevada. Y te dabas cuenta de que tenías 80% de cosas en común y ya un 20% que sí tenías diferencias. Pero yo sí creo que en lo humano se juega mucho, y eso es algo que todavía las redes sociales no logran incorporar. Ese vínculo que es la empatía, que es un diálogo más sincero.

Además de la tendencia a la identificación y autoafirmación desde una posición política, ideológica o estratégica que suponía volar hacia una pelea contra los y las demás, el uso de Facebook tenía otro elemento ligado a volar: el rápido y efímero pulso de las discusiones en Facebook. Como he revisado en el capítulo 3 al hablar de las prácticas dentro de la intimidad amurallada, el tiempo era un activo crucial para mantener las discusiones. Pero en el caso de los hilos de Facebook, los debates y las discusiones se actualizaban constantemente ya que aparecían nuevos hilos de comentarios, debido a un hecho en particular, imagen o noticia que gatillaba nuevos debates, y la gente publicaba constantemente noticias y comentarios. Aparte de todos los elementos que hacen que un debate en Facebook sea diferente a las discusiones más tradicionales en una asamblea o en una sala de clases, el tiempo era uno de los más importantes, como pudo comprobar Alonso Matus al gestionar la página de Facebook *Toma PUCV*.

Había tanto movimiento en esa página que no podíamos parar el tiempo para discutir. Eso fue de un principio, del momento uno, porque si íbamos a ponernos a discutir íbamos a estar horas ahí en Facebook... Si queríamos generar debate a través de nuestras publicaciones, lo podíamos lograr por la masividad, las opiniones y lo que te hacía pensar en casa, pero al día siguiente ya había otro debate.

Lo que muestra esta evaluación sobre el desempeño de las discusiones y debates en Facebook es la dispersión de la acción colectiva en varios grupos similares que no pudieron trabajar con la diferencia. Este hallazgo contradice ideas recientes, como la planteada por Bennett y Segerberg (2013), que establecen el uso de plataformas como Facebook o Twitter como formas de participar individualmente en la actividad política, forja redes más fuertes. Este caso retrata lo contrario: Internet como una miríada de nodos conectados formalmente, pero desconectados en el uso real, incapaces de establecer una acción colectiva a partir de alguna similitud, algo muy distinto a lo que vimos más arriba con el caso de la “*Genkidama* por la educación chilena”.

Lo ocurrido con el *flashmob* basado en la animación japonesa proporciona material con el cual observar dos áreas para el análisis de las redes sociales y el tipo de participación que conlleva. Ambos son relevantes para lo que parece ser una imposibilidad de los comunes desde las prácticas comunicacionales más claramente realizadas desde y por medio de Internet. El primero de estos elementos es que si las prácticas comunicativas de desacuerdo y confrontación verbal no son habituales ni forman parte de las prácticas compartidas en el mundo *offline*, no debería esperarse que se den gracias a Internet (Dahlgren, 2013). Como hemos visto, parte de la debilidad de la neoliberalizada democracia chilena ha sido precisamente la negación de la diferencia, de la alteridad, creando una cultura de la participación (Jenkins, Ito y Boyd, 2016) que no solo tiene un problema a la hora de encontrar lugares para estos encuentros, es decir, la pregunta de dónde se podrían hacer; sino también para generar discusiones que den cuenta de la diferencia y la confrontación desde un punto de vista de adversarios en conflicto, es decir, el cómo. Pensar que los debates en Facebook debiesen transcurrir de otra manera sería caer en una visión determinista y ajena al contexto social en el que viven los y las estudiantes.

La segunda área es la invitación a observar la participación en la web en el eje conflicto/consenso-solución (Dahlgren, 2013). Hasta ahora este capítulo se ha centrado en el modo en que el uso de Facebook conduce a determinados tipos de debate y conflicto, pero la visión sobre el tipo de participación ligada al consenso/solución es útil para observar las formas en que Internet permite la acción colectiva en las plataformas web. Al hacerlo es posible huir de una generalización tentadora: que toda la acción en Internet es individualista y agregativa. Esta es precisamente la generalización que Jeffrey Juris (2012) hizo en su análisis de *Occupy Wall Street*, al observar el tipo de compromiso colectivo que se genera en relación con las redes sociales. Juris criticó las redes sociales afirmando que promueven lógicas de agregación, por lo que en lugar de movilizar “redes de redes”, dentro de los movimientos sociales el uso de Twitter y Facebook tiende a generar “multitudes de individuos” (Juris, 2012: 267). A partir de lo observado en este capítulo, los casos de la coordinación en Twitter y el *flashmob* de la *Genkidama* demuestran, parcialmente, que las redes sociales pueden promover lógicas de relación agregativas y un tipo de comunicación vertical. Pero hay que hacer una advertencia sobre este punto. No basta con observar el producto o resultado final –por ejemplo, un cúmulo de tuits o de personas en una plaza– cuando se estudian los movimientos sociales, especialmente si se pone la vista en sus medios y prácticas comunicativas. El análisis debe considerar los procesos de participación y luego indagar si promueven o no lógicas de agregación.

Así, aunque en ambos casos mencionados los resultados parecen agregaciones –en forma de *trending topic*, que fue el número de veces que se publicó #apagonporlaeducacion; o de *flashmobs*, que fue la suma y acción de personas–,

los procesos de participación fueron diferentes. En el caso de la coordinación tras el apagón ciertamente hubo una dinámica más vertical, puesto que la acción consistió en un grupo de personas que creó algo (el *hashtag*) que luego fue reenviado por miles de personas y, posiblemente, acciones no humanas mediante el uso de *bots*. Y aunque el grupo líder era un grupo de coordinación formado por personas que se sentían parte del movimiento, el tipo de participación que se fomentó fue mayoritariamente agregativo y no muy diferente de lo que hizo el sitio web [www.reformaeducacional.cl](http://www.reformaeducacional.cl) en los albores de la movilización. Pero en el caso de la “*Genkidama* por la Educación Chilena” fue diferente. Se trató de un proyecto que comenzó con una idea que fue tomada y desarrollada de principio a fin por diferentes personas implicadas en una acción creativa, ampliando un esfuerzo que finalmente se extendió por diferentes ciudades del país. Así, mientras una acción promovía las lógicas verticales de la democracia aclamativa (en la lógica líder-votante) con leve espacio para alterar cosméticamente el mensaje, la otra avanzaba por vías comunicativas con espacio para la capacidad de acción y la creatividad, alimentando una práctica política donde la participación no se ceñía a un camino determinado.

Tal vez este tipo de operación podría ser un mecanismo de democracia directa, en que no fuera la petición la que se construyera como idea colectiva, sino que fuera un emprendimiento de una decisión política, una construcción política, que fuera organizar un Ministerio completo de esta manera de operar de manera democráticamente, yo me imagino que ese podría ser el aporte, porque seguir con una lógica peticionaria nos deja igual como con esta democracia representativa en que la gente es totalmente pasiva y debe pedirle a un tercero que haga las cosas por su cuenta. Una de las características de este tipo de actividades era que trataba de demostrar que la gente podía tomar decisiones o administrar algo de forma efectiva y colectiva (Omar Astorga).

La invitación de Dahlgren a ser testigos de la participación en el consenso/solución en Internet nos permite indagar en las prácticas en las que las y los estudiantes participaron voluntariamente, compartiendo ideas y también desacuerdos, y no verla solo como una agregación de personas. Como afirma Omar Astorga, lo anterior puede proporcionar el primer paso para pensar en las relaciones democráticas desde una invitación abierta, para crear algo de forma colaborativa. Sin embargo, lo que la participación en la lógica consenso/solución no puede evitar, en los casos estudiados en este capítulo, es el hecho de que esta solo es posible cuando no aparecen diferencias importantes. Y eso es problemático porque, como se ha dicho exhaustivamente, lo político solo existe cuando hay espacio para la diferencia, el desacuerdo y las condiciones para manifestar ese desacuerdo. Participar políticamente implica la confrontación entre adversarios (Dahlgren, 2013; Mouffe, 2015). Por lo que hemos discutido en esta sección, dicha confrontación pareció muy improbable,

si no imposible, lo que afectó a la idea de los comunes, en tanto escenario político inclusivo y sujeto político en crecimiento.

## CONCLUSIÓN

Yo creo que las redes sociales llegaron a su *peak* en su momento. Ahí se notó que nos faltó hacer más esfuerzo en otras áreas de la comunicación. Por Facebook se llega a otro tipo de personas: jóvenes, adulto joven. Para un movimiento social cuyo fin era hacer una reforma educacional real, ese no es el grupo humano al que quieres apuntar. Nos faltó asumir un compromiso real con la difusión en el barrio (Vanessa, estudiante universitaria en 2011).

La imagen de un cohete que vuela alto y luego estalla en pedazos en el cielo nos proporciona una buena analogía visual para describir la energía y la aparente cohesión de una voluntad solidaria que se derrumbó tras un lanzamiento inicial. El uso de Internet tuvo una dimensión expansiva al inicio de la movilización. Llegar a todas partes, rápidamente, con entusiasmo, informando a las y los demás de lo que estaba ocurriendo. La posibilidad de disponer de un medio de expresión más autónomo gracias a las plataformas web, y no depender totalmente de los medios de comunicación, dio a quienes se sumaron a la movilización la posibilidad de difundir su palabra a distintos niveles. En esa tarea los usos de Internet fueron exitosos, pero también encontraron las limitaciones de no romper las lógicas verticales, individualistas y agregativas de la comunicación, y no pudieron ir más allá de ofrecer mera información. De hecho, el diálogo y el debate condujeron a la explosión de una voluntad colectiva en guetos de identidad. Curiosamente, esta explosión no surgió como consecuencia de las discrepancias y posiciones divergentes en torno a los temas de la movilización, sino como consecuencia de un diálogo desde una posición en la que los sujetos intervinientes no fueron capaces de conceder nada a sus contrapartes.

Por lo tanto, la voluntad solidaria nunca pudo deshacerse de su estilo de participación individualista y agregativa de arriba abajo, y el compromiso se produjo solo entre quienes tenían prácticamente la misma identidad o postura hacia el movimiento. Esto condujo a lo que Paulo Freire describe como una falta de solidaridad, en la medida en que las personas no ejecutaron el acto radical de asumir la situación de aquel con quien se solidarizan (Freire, 1972). Esta solidaridad rota abre así un camino hacia el sectarismo en el que el otro/la otra no puede convertirse en otra cosa que en un enemigo. Por lo que se ha tratado en este capítulo, la tendencia descrita por Freire se produjo porque el flujo de información y la buena voluntad general no pudieron dar cabida al otro que representaba una posición diferente frente al movimiento. La consecuencia de esta solidaridad fracturada configuró un paisaje atestado de guetos de *mismicidad* que, en la perspectiva de Hardt y Negri, no solo repetía las lógicas de opresión, sino que también creaba un obstáculo “para lograr comunicarse y actuar en

común permaneciendo internamente diferentes” (Hardt y Negri, 2004: xiv). El mayor resultado de esta imposibilidad es, por lo tanto, un proceso de descomposición que se da precisamente en un tipo de medio como Internet, que fue, es y estará muy extendido en la población chilena.

Es evidente que este proceso de descomposición choca con las visiones deterministas de Internet, pero también con enfoques críticos, como la conclusión de Matthew Hindman de que “puede ser fácil hablar en el ciberespacio, pero sigue siendo difícil ser escuchado” (Hindman, 2009: 142). Y esta conclusión abre una puerta interesante en el contexto de este capítulo. La investigación de Hindman se basó en Estados Unidos y se centró en blogs y blogueros. Su conclusión apuntó a las condiciones estructurales de la web donde, en su argumento, aquellos que tienen el poder en el mundo *offline* también lo tienen en el mundo *online*. Y si bien esta idea de que es difícil ser escuchado en Internet a pesar de tener la oportunidad de escribir un blog o manejar una cuenta de redes sociales tiene mucho sentido en el caso chileno, como se ha mostrado en este capítulo, también hay un tipo de relación comunicativa entre pares, amigos y conocidos que no contribuye a ser escuchado.

En este sentido, la posibilidad de facilitar el diálogo, el debate, la discusión y el desacuerdo parece no estar necesariamente vinculada a los encuentros cara a cara, como sugieren algunas visiones románticas como la de Sherry Turkle (2015), sino más bien a una cultura de la participación en un espacio comunicativo en el que lo político pueda ser plenamente desarrollado (Jenkins, Ito y Boyd, 2016; Dahlgren, 2013). Es decir, cambiar drásticamente la ecología comunicativa de las democracias neoliberales. El uso de Internet no cambió esta ecología comunicativa. Por el contrario, sus usos fueron funcionales a la cultura individualista del “hazlo individualmente” del neoliberalismo, más cercana a una idea de “hazlo solo” que a la autonomía anarquista del “hazlo tú mismo”, y a la cultura agregativa de democracias muy parecidas a la chilena. Y es que en este uso faltó un elemento clave presente en las prácticas observadas en los tres capítulos anteriores: el de la subversión. Ya sea luchando contra el ambiente de miedo dentro de los hogares; lidiando con opiniones diferentes; rompiendo las lógicas del espacio y el tiempo neoliberal en los edificios de colegios y universidades; o enfrentándose estratégicamente a medios de comunicación con un sesgo neoliberal; en todas esas prácticas la posibilidad comunicativa no estaba dada, era tomada, resignificada o utilizada estratégicamente mediante actos que subvirtieron el orden de la democracia neoliberal.

## Referencias

- Baker, V. (2015) ‘Battle of the Bots: Fake Social Media Accounts on the Attack’, *Index on Censorship*, 44 (2): 127-129.
- Barassi, V. (2015) *Activism on the Web: Everyday Struggles against Digital Capitalism*, London: Routledge.
- Bennett, L. y Segerberg, A. (2013) *The Logic of Connective Action*, New York, NY: Cambridge.

- Castells, M. (2012) *Networks of Outrage and Hope. Social Movements in the Internet Age*, Cambridge: Polity.
- comScore (2011) 'Estado de Internet en Chile', 21 de julio. En línea. Disponible en HTTP: <<https://www.comscore.com/es/Insights/Presentations-and-Whitepapers/2011/State-of-the-Internet-Chile>> (Revisado el 21 de julio de 2013).
- Consejo Nacional de la Cultura y las Artes (2013) *Encuesta nacional de consumo cultural, 2012*, Valparaíso: CNCA.
- Dahlgren, P. (2013) *The Political Web: Media, Participation and Alternative Democracy*, New York, NY: Palgrave.
- Edwards, C., Edwards, A., Spence, P. y Shelton, A. (2014) 'Is that a Bot Running the Social Media Feed? Testing the Differences in Perceptions of Communication Quality for a Human Agent and a Bot Agent on Twitter', *Computers in Human Behavior*, 33: 372-376.
- Freedman, D. (2016) 'The Internet of Rules: Critical Approaches to Online Regulation and Governance', en J. Curran, N. Fenton y D. Freedman (eds.) *Misunderstanding the Internet*, London: Routledge, 117-144.
- Freire, P. (1972) *Pedagogía del oprimido*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Goffman, E. (1990) *The Presentation of Self in Everyday Life*, London: Penguin.
- Hall, S., Critcher, C., Jefferson, T., Clarke, J. y Roberts, B. (1978) *Policing the Crisis: Mugging, the State and Law and Order*, London: Macmillan.
- Hardt, M. y Negri, A. (2004) *Multitude. War and Democracy in the Age of Empire*, New York, NY: Penguin Press.
- Hindman, M. (2009) *The Myth of Digital Democracy*, Princeton: Princeton University Press.
- Jenkins, H., Ito, M. y Boyd, D. (2016) *Participatory Culture in a Networked Era*, Cambridge: Polity.
- Jeppesen, S., Kruzynski, A., Sarrasin, R. y Breton, E. (2014) 'The Anarchist Commons', *Ephemera, Theory & Politics in Organisation*, 14 (4): 879-900.
- Juris, J. (2012) 'Reflections on #Occupy Everywhere: Social Media, Public Space, and Emerging Logics of Aggregation', *American Ethnologist*, 39 (2): 259-279.
- Karpf, D. (2010) 'Online Political Mobilization from the Advocacy Group's Perspective: Looking Beyond Clicktivism', *Policy and Internet*, 2 (4): 7-41.
- Lokot, T. y Diakopoulos, N. (2016) 'News Bots', *Digital Journalism*, 4 (6): 682-699.
- McAdam, D., Tarrow, S. y Tilly, Ch. (2004) *Dynamics of Contention*, Cambridge: Cambridge University Press.
- McDonald, K. (2007) 'Between Vulnerability and Autonomy: The Space of Movement', *Recherches Sociologiques et Anthropologiques*, 38 (1): 49-64.
- Morozov, E. (2011) *The Net Delusion*, London: Penguin.
- Mouffe, Ch. (2013) *Agonistics. Thinking the World Politically*, London: Verso.
- Mouffe, Ch. (2005) *On the Political*, New York: Routledge.
- Nash, K. (2008) 'Global Citizenship as Show Business: The Cultural Politics of Make Poverty History', *Media, Culture and Society*, 30 (2): 167-181.
- Reese, E. (2005) 'Policy Threats and Social Movement Coalitions: California's Campaign to Restore Legal Immigrants' Rights to Welfare', en D. Meyer, V. Jenness y H. Ingram (eds.) *Routing the Opposition. Social Movements, Public Policy, and Democracy*, Minneapolis, MN: Minnesota University Press, 259-287.
- Schmitt, C. (2007) *The Concept of the Political*, Chicago, IL: The University of Chicago Press.
- Schmitt, C. (1998) *The Crisis of Parliamentary Democracy*, Cambridge, MA: The MIT Press.
- Shifman, L. (2014) 'The Cultural Logic of Photo-Based Meme Genres', *Journal of Visual Culture*, 13(3): 340-358.

- Siapera, E., Hunt, G. y Lynn, T. (2015) '#GazaUnderAttack: Twitter, Palestine and Diffused War', *Information, Communication & Society*, 18 (11): 1297-1319.
- Smolenski, J. (2012) 'Chantal Mouffe vs. Carl Schmitt: The Political, Democracy, and the Question of Sovereignty', *Hybris*, 16: 63-81.
- Turkle, S. (2015) *Reclaiming Conversation. The Power of Talk in a Digital Age*, New York, NY: Penguin Press.

## Conclusión

# LA BÚSQUEDA COMUNICACIONAL (Y POLÍTICA) DE UNA DEMOCRACIA SIGNIFICATIVA

### INTRODUCCIÓN

Los últimos cuatro capítulos describieron y analizaron diferentes perspectivas respecto de cómo las prácticas comunicativas y mediáticas del movimiento estudiantil chileno contribuyeron a la creación de la voz como un bien común, el cual permitió la existencia de lo político en la neoliberalizada democracia chilena. La respuesta a esta pregunta se hizo a través de dos caminos. El primero indagó sobre la forma en que las prácticas comunicativas y mediáticas contribuyeron a la emergencia de algo que se aproxima a “lo común”, tanto en los espacios públicos como en los medios de comunicación tradicionales. El segundo se refirió a los tipos y formas de organización de las prácticas mediáticas y comunicativas en la creación de los bienes comunes. Las respuestas a estas preguntas proceden de los casos, las observaciones y el análisis profundo desarrollado en los cuatro capítulos anteriores. Estas respuestas trazan un viaje desde el surgimiento hasta la fractura y el final de un bien común momentáneo, un viaje que en términos teóricos supera los marcos de la democracia liberal y conecta la cultura ordinaria con las mediaciones que, en diferentes niveles y utilizando diferentes medios, hacen posible lo político en contextos neoliberales.

En la primera parte de este capítulo final se destacarán los elementos más distintivos de los diversos medios y prácticas comunicativas analizadas, marcando su contribución a la creación de un bien común momentáneo hasta una época que en este libro se ha llamado el estallido de ese bien común. Este breve relato situará a este capítulo en la posición de afirmar que las razones del surgimiento/estallido de los bienes comunes están relacionadas con la subversión de las lógicas comunicativas neoliberales, mientras que su desaparición radica, específicamente, en la incapacidad de subvertir estas lógicas durante algún tiempo. A continuación, se planteará la contribución original de este libro en torno a la teorización del concepto de bienes comunes en dos sentidos. Primero, señalando que los marcos normativos de la democracia liberal que pretenden analizar las relaciones contemporáneas entre la democracia, los medios y las comunicaciones (como el de la esfera pública) han expirado; y segundo,

aportando elementos clave para una nueva política progresista y una democracia más igualitaria, participativa y colaborativa. Más adelante se abordarán las limitaciones de esta investigación y también los caminos que podrían abrirse a partir de esta publicación y de otras reflexiones similares. Por último, este capítulo hace un llamado final a prestar mucha atención a las condiciones y acciones comunicativas para el cambio social y al tipo de paisajes democráticos que prefiguran y conforman.

## **COMPARTIR/DESCONOCER POR MEDIO DE LAS PRÁCTICAS COMUNICATIVAS**

Un movimiento social emerge y crece desde diversos ámbitos y de diferentes maneras. En esta investigación se ha encontrado esta emergencia en hogares y edificios de escuelas y universidades en los que conversaciones, discusiones y encuentros fueron posibles. En estos lugares de intimidad amurallada, revisados en el capítulo tres, el malestar contra el sistema educativo chileno y la urgencia de movilizarse comenzaron a ser discutidos en encuentros familiares, en asambleas locales en colegios, universidades y en reuniones de mayor calado en el interior de edificios en toma. Eran mítines en los que, en nodos de intimidad y confianza, se producían mediaciones, discusiones y cuestionamientos sobre lo errado del mundo en el que vivían las y los estudiantes y el pueblo chileno. Era un lugar en el que imaginar un posible cambio fuera de las limitaciones de la democracia formal era posible gracias al grado de confianza y cuidado entre personas que lograban conectar en estos espacios.

Las redes de intimidad y confianza sirvieron de refugio para un compromiso que se produjo por medio de estudiantes que desencadenaron conversaciones en casa y practicaron una cultura de participación en asambleas escolares y edificios en toma. Estos escenarios anidaron un bien común creciente que alimentó conversaciones y debates cara a cara, lo que ayudó a que las personas construyeran su derecho y legitimidad de interferir en lo político de una forma que se asemejó a lo ocurrido en el secreto y la intimidad de los años 70 y 80, cuando caía la mano dura de la opresión dictatorial de los militares. Esta trama social aparece así tejida por prácticas comunicativas que, en lugar de emitir un fuerte grito primario, se hilaron mediante susurros que resonaron en las y los estudiantes por todo el país, en conversaciones y debates con familiares, amistades y conocidos. Junto a la mencionada intimidad protegida, esta construcción del derecho y la legitimidad de intervenir en lo político tuvo un rasgo distintivo en la creación de un tiempo y espacio en oposición a las condiciones biopolíticas del neoliberalismo. Esta subversión conllevó una disrupción que se opuso a los tiempos neoliberales, tomando todo el tiempo que fuera necesario; y al espacio neoliberal, tomando los edificios y obstruyendo el día a día normal de las instituciones académicas. Estos actos dejaron en claro que no había oportunidad para prácticas comunicativas orientadas a discutir las preocupaciones comunes sin crear las condiciones básicas para, en específico, permitir el debate y la discusión.

Envalentonada por este proceso de tejer una preocupación común, la gente se sintió con derecho a levantarse y, como se expresa en el capítulo cuarto de este libro, salir de la intimidad amurallada de los hogares o de los edificios ocupados para hablarle a otras y otros. Situadas en espacios urbanos atravesados por las restricciones del Estado y del mercado, las personas involucradas en la movilización establecieron una serie de acciones diferentes en lugares que reivindicaron como escenarios comunes de expresión y relación. Allí desarrollaron un amplio abanico de prácticas comunicativas y mediáticas para llegar a la gente y estar con y entre ella: intervenciones artísticas, marchas con estilos carnavalescos e interacciones cara a cara con personas que hasta ese momento eran totalmente desconocidas, formaron parte de su repertorio. En los microbuses, en las calles y en las esquinas, durante el día y la noche, las ciudades vieron la forma en que la gente hablaba, debatía y discutía con otras personas en un proceso de *puesta en común* de una convivencia comprometida con él y la otra.

Estas prácticas “desalabrarón” así un espacio que bajo los cercos neoliberales de Chile estaba cerrado al flujo normal de la vida cotidiana y de lo político. Los y las activistas produjeron un espacio y un momento de subversión al estar presentes en lugares que, desde una mirada institucional, no podían ser escenarios para discutir la vida en común y representar lo que las personas eran y hacían: una creciente *puesta en común* que subvertía el pulso cotidiano de las calles para quienes participaban en las manifestaciones públicas y quienes las observaban. Esta representación, sin embargo, no se limitó a la experiencia de quienes estuvieron en las marchas, concentraciones e interacciones cara a cara. También fue una representación hecha por otros y otras dentro del movimiento por conducto de diversos medios. Entre ellos, los medios de comunicación tradicionales e Internet desempeñaron un papel fundamental. Los primeros, sin embargo, no estaban en control del estudiantado. Por lo mismo, y con la intención de disputar la representación que iban a hacer de la movilización, decidieron plantear una estrategia para lidiar de la mejor manera con una institución que consideraban un adversario ideológico.

El quinto capítulo de este libro analizó precisamente la postura y el comportamiento del movimiento frente a los medios de comunicación. Al principio del capítulo quedó clara la decisión del movimiento de relacionarse con los medios de comunicación tradicionales y, además, tener una estrategia para sacar el máximo provecho de esa relación. La experiencia acumulada en movilizaciones anteriores, más la omnipresencia y el consumo de los medios de comunicación dentro de la sociedad chilena, movieron a las y los activistas a adoptar decididamente un enfoque que, conservador en sus formas, era disruptivo en sus objetivos. Conservador porque, en términos formales, no hicieron nada muy diferente de lo que una ONG haría por medio de su oficina de comunicaciones: comunicados de prensa, conferencias de prensa, uso de vocerías, monitoreo de prensa respecto a la cobertura noticiosa sobre los temas de su interés. Por medio de estos mecanismos, el movimiento buscó crear clivajes para dividir aguas

entre quienes estaban con la movilización y quienes se oponían a ella; para que los medios de comunicación pasaran de representar al estudiantado movilizado como una turba de vándalos y les retratara como actores políticos válidos; y para crear una historia sencilla en la que el movimiento se representara como el lado bueno de la fuerza social frente a un sistema económico y político malvado.

En este sentido, el capítulo cinco sostuvo que el trabajo del movimiento con los medios de comunicación desarticuló (Laclau y Mouffe, 2014) dos axiomas que operaban como sentido común en Chile: que las lógicas de mercado eran la mejor manera de sostener el sistema educativo nacional; y que la democracia, bajo la influencia del neoliberalismo, permitía grados satisfactorios de participación. Una vez que estos dos axiomas fueron horadados en un proceso de intensa desarticulación, el movimiento entró en un proceso de rearticulación (Hall, 1985; Grossberg, 1996), en el que a partir de un “nosotros” limitado creó un “nosotros” más grande y extendido, un comunes imaginado y validado no solo como una gran cantidad de personas, sino sobre todo como un actor constituyente en la definición del futuro en común. Este logro fue, sin embargo, momentáneo y con pocas probabilidades de perdurar, teniendo en cuenta la condición episódica de los movimientos sociales y, sobre todo, la propiedad de los medios de comunicación chilenos y su defensa de las políticas de derechas y lineamientos neoliberales. Estas limitaciones permitieron plantear, en el capítulo cinco, algunas preguntas sobre el tipo de compromiso comunicativo que los medios de comunicación dominantes permiten a las y los activistas y los medios que la gente posee para la mediación a gran escala. En un marco teórico general, se planteó la pregunta de cómo ir desde la posibilidad de desafiar paradigmas hegemónicos por medios simbólicos, y hacerlo con cierto grado de éxito, a mejorar la democracia mediante prácticas comunicativas.

En el capítulo seis se desarrollaron estas preguntas evaluando los usos de Internet durante los acontecimientos de 2011. Inicialmente se abordaron las grandes esperanzas que recayeron en Internet por parte de quienes empujaron la movilización como medio para abrazar mayores grados de autonomía y una conexión más directa con y entre las personas, especialmente en comparación con los grados de autonomía que proporcionan los medios de comunicación tradicionales. Con mucho cuidado de no caer en reduccionismos políticos ni determinismos tecnológicos, el capítulo describió los usos que el estudiantado le dio a Internet, en dos ejes. Uno que implicó una relación más vertical, en el que se incluyeron los usos del sitio web [www.reformaeducacional.cl](http://www.reformaeducacional.cl) y de Twitter; y un segundo ámbito que sostuvo vínculos más horizontales, en el que se consideraron principalmente los usos que se hicieron de Facebook.

A partir de esta descripción surgieron dos claras tendencias en los usos de Internet. Una tendencia fue una voluntad de solidaridad basada en el impulso de las y los activistas de compartir información sobre el movimiento por medio de noticias, fotos y videos de la forma más rápida y amplia posible para el bien de la movilización. Sintieron

la urgencia y tuvieron la autonomía de comunicar el mensaje sobre los problemas de la educación chilena y la necesidad de movilizarse. Se trató de una acción entusiasta basada principalmente en el uso de Facebook desde cuentas personales y organizacionales, como las de centros de estudiantes o federaciones estudiantiles, y en menor medida mediante la acción coordinada de personas que manejaban cuentas ligadas al movimiento, con un gran número de seguidores. La segunda tendencia fue la de discutir y debatir, pero en detrimento del espíritu entusiasta que existió en la difusión de la información. En los debates y discusiones, la solidaridad y el ímpetu por informar y llegar lo más rápido a otras y otros con un video, un testimonio o una noticia se vieron fracturados por una marcada actitud de hablar más que de escuchar, de volar (Turkle, 2015) directo a una pelea donde la contraparte se convertía en un enemigo antes que en un adversario (Mouffe, 2005, 2013). Este comportamiento agresivo transformó a Internet de ser una excelente posibilidad de *puesta en común* a gran escala, en una miríada de guetos de nodos inconexos de personas que pensaban prácticamente igual, en una red de canales fracturados, no solidarios y lidiando con la diferencia desde la negación y la cancelación.

Analizando esta explosión en pedazos de la posibilidad de los bienes comunes, el capítulo sostuvo que hablar y ser escuchado no solo depende de las plataformas o tecnologías que se puedan utilizar, sino también de las culturas de participación en las que se insertan estas prácticas. A diferencia de otras prácticas revisadas en esta investigación, los usos de Internet no subvirtieron la ecología comunicativa de las democracias neoliberales. En otras palabras, mediante Internet fue posible proporcionar datos y llegar a otras y otros con información, pero no fue posible ir más allá de la difusión de noticias, comentarios o sentimientos particulares. Frente a la diversidad propia de la sociedad, el uso de Internet mantuvo lógicas de comunicación verticales, individualistas, agregativas y agresivas. En último término, usarlo significó estar involucrado en un paisaje comunicativo rodeado de personas que pensaban de forma similar y en el que no se podían crear lazos solidarios sostenidos, debido a la imposibilidad de las personas de entrar en la situación de los demás y convivir en esa diferencia. Hasta aquí, el material tratado desde el capítulo tres al seis muestra que hubo múltiples formas de participar en la movilización, la mayoría de ellas invitaron a un compromiso colectivo en el que la gente se sentía con la legitimidad y los medios para discutir y tomar decisiones sobre la vida en común. Se trató de un proceso de *puesta en común* que implicó la *identificación* progresiva (Melucci, 1996) en torno a una imagen, una representación y una experiencia en múltiples escenarios y una forma de organizar el disenso político que era abierta y dinámica. En este sentido, el proceso de *puesta en común* basado en las prácticas comunicativas y mediadas era a la vez constitutivo y reforzador del movimiento, en la medida en que daba “orientaciones de su acción y el campo de oportunidades y limitaciones en el que dicha acción ha de tener lugar” (Melucci, 1996: 70). Se experimentaba en la acción, por lo que se situaba en lugares reales y no era estática ni unidireccional. Como tal, no estaba predeterminada y

se movía a través de un proceso de *puesta en común* que, si bien fomentaba una construcción política y era una forma de ejercer la voz, también coexistía con el riesgo de derrumbarse a consecuencia de procesos arraigados en el paisaje cultural neoliberal de Chile y en el funcionamiento de la política institucional.

En resumen, las prácticas comunicativas del movimiento tuvieron un poder colectivo que permitieron que las y los activistas se involucraran desde sus distintas identidades y usando diversos mecanismos, a excepción de algunas de las prácticas ligadas a los usos de Internet tratadas en el capítulo seis. En este caso, la capacidad de lidiar con la diferencia –algo que no es ajeno a los esfuerzos de las bases de una movilización (Sennett, 2013)– en la construcción del bien común de la voz se fragmentó en una espiral de agresión y desvinculación con las y los otros que lastimó una relación dialógica y un esfuerzo colectivo, llevando en última instancia a la fractura de la *puesta en común*, a la fractura de lo político en la movilización (Mouffe, 2005, 2013).

En este punto es necesario recordar que este libro partió de un interés amplio sobre cómo es posible ejercer la voz desde posiciones de base en democracias que funcionan bajo pautas neoliberales. Este interés se trasladó luego a una indagación más precisa al cuestionar cómo las prácticas comunicativas y mediáticas del movimiento estudiantil chileno contribuyeron a generar el bien común de la voz, con capacidad para que lo político existiese en la neoliberalizada democracia chilena.

La respuesta, teniendo en cuenta todos los elementos expuestos en los capítulos anteriores, es que en general el movimiento logró abrir lo político como consecuencia de un levantamiento que contó con elementos fundamentales de prácticas comunicativas y mediales para lograr tres reapropiaciones. En primer lugar, el movimiento buscó tejer y remendar el tejido social en ámbitos de confianza que eran necesarios para que la gente abrazara el derecho a reclamar lo que sentía que le pertenecía como condición de existencia. En segundo lugar, el movimiento intervino en el ámbito urbano creando espacios para reunirse, para tener presencia, para estar juntos: un acto de comunión que permitió a las y los activistas rechazar el silencio y ocupar un espacio para tener voz. En tercer lugar, los y las estudiantes chilenas utilizaron la voz de forma estratégica para conseguir el reconocimiento como sujetos políticos y crear un imaginario común. Una cuarta y última práctica amplió esta presencia por medio de Internet, pero no pudo trasladar esa sensación de conciencia a un compromiso deliberativo y colaborativo más permanente, reconociendo las diferencias y actuando al mismo tiempo en común. ¿Cuál podría ser la razón de esta caída de las prácticas comunicativas dialógicas, deliberativas y colaborativas? Algunos elementos de la respuesta se han explicado en el capítulo seis, pero hay que desarrollar una última observación, pues sirve para arrojar luz sobre las cuestiones planteadas por autores contemporáneos –como Sennett, que se pregunta “¿cómo puede la gente estar abierta y comprometida con aquellos que difieren de ellos racial o étnicamente? (Sennett, 2013: 128)– sobre cuestiones planteadas por esta

investigación y para proyectar la contribución original de este libro y abrir nuevos caminos para futuras investigaciones. Una de estas interrogantes cuestiona de qué manera avanzar hacia ecologías comunicativas que lleven los bienes comunes a un número mayor de personas en un marco temporal más permanente.

## **LOS BIENES COMUNES FRENTE A UNA COMUNICACIÓN NEOLIBERAL**

Sería injusto e inexacto atribuir la caída del movimiento estudiantil chileno en 2011 a los usos de Internet. Los movimientos sociales son como oleadas de protesta con altibajos, en los que el agotamiento y la polarización surgen entre sus integrantes cuando no se han alcanzado ciertos grados de éxito (Tarrow, 1998). El caso chileno refleja estas características. Luego de reuniones con autoridades políticas formales sin mayores consecuencias para el sistema educativo, como se explicará más adelante en este capítulo, la movilización de 2011 decayó aunque reapareció en permanentes olas de protesta con distintos grados de apoyo en años posteriores. Sin embargo, lo relevante y concluyente es una reflexión que surge del campo y del análisis posterior, y que señala el tipo de comunicación que canaliza los mejores y peores resultados para el movimiento. Desde la perspectiva de la investigación llevada a cabo en este libro, el resultado más beneficioso fue superar la expropiación de la voz como recurso, como relación y como legitimidad de ser sujeto de habla, romper los cierres de la voz y abrir lo político. Botar los cercos de la democracia neoliberal demostró que los bienes comunes no están dados, sino que se crean, y que no solo son un espacio sino una relación que debe activarse continuamente. En este sentido, lo que el movimiento chileno logró tiene fuertes conexiones con los principios de los bienes comunes de Elinor Ostrom (2011) y la relevancia de la cultura popular de Jesús Martín-Barbero (1987), pero también con la idea de desacuerdo de Rancière (2004) y la comprensión de la política de Lechner (1984) como la construcción conflictiva y nunca acabada del orden deseado.

Según Ostrom (2011), los bienes comunes deben ser accesibles y estar abiertos a todas las personas. A diferencia de la apropiación de la esfera pública por los medios de comunicación o los partidos políticos, nadie puede reclamar los bienes comunes como su propiedad (Dolcerocca y Coriat, 2015). En los bienes comunes coexisten diferentes perspectivas, incluidas las culturas populares, en tanto constituyentes de un diálogo permanente. Como relación, la creación de los comunes es un proceso basado idealmente en la conversación, la deliberación, el debate y las decisiones en las que nadie queda excluido de antemano. Esa es la base de la relación política que conllevan los comunes: una convivencia permanente basada en acuerdos y desacuerdos que no se sellan de una vez y para siempre. Por el contrario, su carácter político radica en su apertura para desarrollar, modificar y reorientar los acuerdos alcanzados como parte de una revisión y mejora permanente de las condiciones de

vida (Lechner, 1984). Así descritos, los bienes comunes representan una oposición a la cultura neoliberal y a sus rasgos individualistas, lucrativos y competitivos.

Por ejemplo, las prácticas comunicativas revisadas en el capítulo tres tenían un carácter subversivo, abriendo conversaciones sobre temas políticos en ámbitos donde las discusiones sobre estos no eran una práctica habitual y rompiendo con la prisa neoliberal por discutir y dialogar. La ocupación de las calles y la subida a los microbuses para hablar de temas políticos también fue subversiva frente a un estilo de vida 24/7 que tacha de nocivo todo lo que lleva a la paralización de la producción y nos incita a tener miedo de los demás. El trabajo con los medios tradicionales, si bien no fue subversivo en su forma, dado que funcionó de manera similar a como lo hace una ONG, sí lo fue en su estrategia de desarticular ciertas nociones de sentido común sobre la educación y la participación política; y articular el derecho a una educación igualitaria, gratuita y de calidad como un derecho básico, y a las y los estudiantes como actores políticos válidos. A partir de esta secuencia de subversiones es pertinente preguntarse: ¿de qué manera fueron subversivos los usos de Internet? ¿De qué manera contribuyeron a romper la hegemonía neoliberal? Lo hicieron en parte al permitir hablar, escribir y transmitir información sobre el movimiento, pero también siguieron acciones individualistas, agresivas y no cooperativas que fueron incapaces de lidiar con la diferencia, lo que llevó a un proceso de *descomposición* que es esencialmente la fractura y la destrucción de un diálogo común con aquellos y aquellas que son diferentes (Hardt y Negri, 2004).

## ESFERA PÚBLICA, CULTURA POPULAR Y LOS BIENES COMUNES

Más arriba mencioné que los bienes comunes representan una oposición a la cultura neoliberal y a sus características individualistas, lucrativas y competitivas, porque el concepto de los comunes refiere a acciones dialógicas, deliberativas y colaborativas en igualdad de condiciones, de manera que se enfrenta directamente a los fundamentos de las democracias que funcionan bajo la jaula neoliberal. Teorizada de este modo, la noción de los comunes aporta dos contribuciones que se entrecruzan en el campo de los estudios sobre medios, comunicación y democracia. La primera contribución es señalar lo inadecuado de observar la relación contemporánea entre democracia, medios y comunicaciones circunscrita a los marcos normativos de la democracia liberal, como en el paradigma de la esfera pública. La segunda contribución es la puesta en primer plano de los elementos críticos necesarios para construir una política progresista que subvierta los marcos de la (fracasada) democracia liberal. Estos se inclinan por una democracia que parta desde las personas; con múltiples espacios de participación; y que siga relaciones más horizontales, dialógicas, agonísticas y no sectarias. En los siguientes párrafos se explora con más profundidad la contribución de esta investigación en los puntos mencionados.

Cuando la investigación plasmada en este libro no era más que un proyecto, el objetivo era entender la irrupción del movimiento estudiantil como un caso exitoso de influencia en una esfera pública de la que estaban marginados. Se pensó en los casos de contra-esferas públicas o esfera públicas subversivas que en algún momento se enfrentan a una esfera pública dominante poniendo sus reivindicaciones en la agenda y teniendo éxito en esa tarea. En el proceso de observar lo que hacía el movimiento, la naturaleza de sus acciones, el contexto social y político de la posdictadura en Chile en el que estaban inmersos, esta investigación percibió que el movimiento estudiantil, al igual que otras movilizaciones durante esos años, reclamaba y encarnaba un tipo de política diferente. Era una reivindicación de un nuevo tipo de relación antes que un esfuerzo por pasar un mensaje por medio de las estructuras de la esfera pública con el fin de tocarle la puerta a las instituciones de la democracia liberal.

En tanto estudio arraigado en un contexto específico, esta investigación notó que la democracia había dejado al pueblo chileno sin voz de una manera que no podía ser reparada a través de los caminos de la democracia liberal. Bajo el neoliberalismo, la democracia fracasó en la tarea de representar a la mayoría del pueblo, se convirtió menos en representación de la mayoría y más en la expresión de intereses corporativos manejados por un grupo de tecnócratas de la política (Bethel, 1997). En términos de Crouch, lo que estaba ocurriendo era que, mientras las formas de la democracia estaban en marcha, la política y el gobierno estaban “volviendo a caer cada vez más en el control de las élites privilegiadas de la manera característica de los tiempos predemocráticos” (Crouch, 2004: 6). Por lo tanto, la noción de esfera pública, basada en ese marco liberal, no podía mantener o sostener los principios para hacerla significativa como ámbito de mediación porque, entre otras razones, había sido tomada “casi por completo por la relación entre personas comunes y políticos profesionales que compiten para ganar su aclamación” (Goode, 2005: 24).

En este sentido, principios clave de la esfera pública como el acceso universal a un espacio dialógico, la posibilidad de intervenir en la definición del orden social o las condiciones institucionales para hacerlo no se veían como características sostenidas, protegidas o divulgadas bajo los marcos liberal y neoliberal. Lo que ocurre en la actualidad es lo que Habermas afirmaba al decir que “una esfera pública de la que estuvieran *eo ipso* excluidos determinados grupos no solo sería incompleta, sino que en modo alguno podría hablarse de esfera pública” (Habermas, 1992: 85). Situada en el caso chileno, la esfera pública no ha logrado alterar la exclusión de la mayoría de las personas ni crear un espacio mediador activo o canalizar la opinión pública a través de los medios de comunicación que puedan iluminar a un gobernante para que siga las demandas de la gente. En consecuencia, a la luz de esta investigación era poco probable que la apertura y el carácter participativo de la democracia abierta por el movimiento estudiantil pudieran ser estudiados desde un paradigma estrechamente relacionado con el marco de la democracia liberal. Incluso si los actores políticos

institucionales cumplieran con escuchar y actuar de acuerdo con las demandas de la gente o si los medios de comunicación cumplieran con la tarea de canalizar la opinión pública, la esfera pública seguiría siendo un ámbito restringido para una acción política variada, múltiple y menos delegativa de la que existe hoy en día. En otras palabras, es necesario pensar en perspectivas teóricas que no se limiten a las vías democráticas liberales, pues estas no están en condiciones de cumplir sus promesas y porque ya han sido superadas por las variadas y diversas mediaciones políticas que vemos en nuestros territorios.

La primera contribución original de los comunes se sitúa, así, en el camino de señalar la caducidad de la esfera pública y la necesidad de superar los marcos dependientes de la democracia liberal. Sin embargo, su contribución no termina en ese punto. Teóricamente, los comunes aportan una segunda contribución al proyectar alternativas políticas y democráticas progresistas a las restricciones de la democracia (neoliberal) de cuatro maneras: considerando la cultura popular y la vida ordinaria como constituyentes de nuestras democracias; concibiendo una política que parte del pueblo y no niega al pueblo en su construcción; reconociendo múltiples espacios para participar en lo político; y señalando el tipo de comunicación que los comunes deben perseguir: dialógica, colaborativa, agonística y no sectaria.

## Cultura popular y vida ordinaria

Jesús Martín-Barbero (1987), en una pregunta que abre este libro, señaló la desconexión entre las narrativas políticas que organizan la vida cotidiana y los sentimientos, experiencias y prácticas de la vida de las personas. Al preguntarse: “¿Cómo es posible que lo que vale para mi vida cotidiana valga tan poco para la historia si la historia sólo cobra verdadera importancia en la medida en que la organiza la cotidianidad?” (Martín-Barbero, 1987: 66-67), abordó la falta de mediación entre dos mundos que se presentan como incompatibles: uno en el que se producen prácticas reales de convivencia y otro que proporciona normas y marcos para la convivencia. A la luz de las investigaciones presentadas en este libro, y siguiendo los relatos de Martín-Barbero (1987) y Raymond Williams (1993), este vacío presenta un problema. El problema radica en que la cultura popular y la experiencia común de la vida cotidiana son consideradas por las teorías políticas predominantes (Dahl, 1989; Larraín, 1989) y por la práctica política como algo peligroso, no valioso, o incluso como irrelevante para las formas de organizar la vida. La consecuencia de esto último es que, tomando prestada esta idea del estudioso chileno de las comunicaciones, Rodrigo Araya, la democracia se convierte en algo constituido, pero sin constituyentes. En otras palabras, la democracia no reconoce a la gente y su cultura ordinaria porque siempre es algo hecho por otros (Escobar, 1995). Si está hecha por otros y utilizando la racionalidad de otros, ¿qué sentido puede tener esa democracia para la mayoría de la gente? Ante esta pregunta, los bienes comunes aparecen como

un concepto primordial no para suturar el vacío entre democracia y vida cotidiana, sino para pensar en una democracia sin el vacío, una en la que las prácticas de la vida cotidiana y la cultura ordinaria sean valoradas como partes constitutivas de los esfuerzos democráticos que apuntan a los cierres del neoliberalismo. La pregunta ante este desafío es ¿por dónde empezar?

## Empezando por las personas

En la reobservación de la esfera pública y la mediación entre la cultura ordinaria y la democracia el planteamiento de personas como Jesús Martín-Barbero (1987) y Raymond Williams (1993) conecta con la idea de los bienes comunes sostenida a lo largo de este libro. Lo que los comunes expresan es que *si la democracia tiene que ver con nosotras y nosotros, tiene que considerarnos en la forma en que se configura y actualiza*. Este *ethos* de los comunes aparece como fundamento para observar, comprender y reconocer a las personas como partes constitutivas de la democracia, rechazando el desprecio hacia ellas como *populacho* cuya cultura no tiene valor alguno en la definición de la vida colectiva. El valor otorgado a la cultura ordinaria por Williams denuncia el pensamiento liberal para el que la democracia sería mejor sin el pueblo, en una postura dirigida también a los socialismos reales y a los esfuerzos de aquella izquierda que se siente cómoda con la idea de vanguardias ilustradas que conducen las columnas de un *populacho* celebratorio (Stevenson, 2016; Thompson, 2013). Al superar esta perspectiva elitista, los comunes pretenden cambiar una cultura política. Basándose en novelas, poesía y obras de teatro, Jesús Martín-Barbero utiliza un ejemplo pertinente que describe este elitismo. Sostiene que las posturas elitistas tienen una “tendencia a identificar lo bueno con lo serio y lo literariamente valioso con lo emocionalmente frío. De manera que “lo otro”, lo que le gusta a la gente del común, podrá ser a lo sumo entretenimiento pero no literatura” (1987: 152).

La falta de reconocimiento del lenguaje, las maneras y las emociones de la escritura popular se aplica en el caso chileno a una cultura política hegemónica llevada a cabo por actores institucionales que consideraron el movimiento de 2011 como nada más que ruido y caos. Un momento que refleja este desprecio hacia el movimiento ocurrió en agosto de 2011, cuando el senador Carlos Larraín, presidente de Renovación Nacional, uno de los dos principales partidos políticos que apoyaban al gobierno en ese momento, dijo que los estudiantes no eran más que “una manga de inútiles subversivos”. A diferencia de la postura del senador, la lógica de los bienes comunes no considera a las personas, a sus formas de hacer, a su cultura, a su participación en los asuntos sociales y políticos, como algo que hay que dejar de lado, guardado o escondido para discutir la vida en común, o algo no valorado para las definiciones del futuro deseado. Esto último incluye las formas de hablar, organizarse y llegar a las y los demás como parte de las diferencias y las prácticas e imaginarios creativos que se despliegan en la definición de la vida colectiva. Por lo tanto, la democracia debe

partir de la gente, de sus vidas y paisajes reales, y rechazar la circunscripción del poder en grupos minoritarios, sacando la política de sus manos, impidiendo que los tecnócratas construyan una democracia sin la gente.

## Tener varios puntos de entrada

Lo que subyace al desprecio de la política dominante hacia personas que realizan un activismo político de base, como quienes se involucraron en el movimiento de 2011, es el reconocimiento de ellos y ellas como seres que no solo no forman parte del paisaje social y político (Romero, 2013) sino como lo peor de lo peor, como gente equivocada en sus reclamos y medios, como agentes que deben ser considerados enemigos y nunca adversarios políticos (Mouffe, 2005). Lo que en este caso se niega realmente es la participación popular en el proceso histórico de países que crecen con diferencias, lo que significa que no solo se niegan los sujetos, sino también sus medios de expresión, sus tiempos, sus espacios, su método para llegar a acuerdos, sus intereses, su pasión, sus emociones y la racionalidad de una confrontación democrática cuyo resultado es incierto. La lógica política de los comunes, en cambio, reconoce la multiplicidad de espacios en los que se produce la mediación entre democracia y gente, más allá de los medios de comunicación tradicionales, y las múltiples formas de involucrarse en la discusión y decisión sobre la vida en común, más allá de los procedimientos electorales esporádicos en los que el abanico de decisiones de la gente sobre la vida en común se reduce a cuestiones acotadas por una lógica económica.

En una sociedad tan poco institucionalizada, las asociaciones populares –desde las organizaciones de autoconstrucción y los comedores barriales hasta los centros de educación– “van construyendo un tejido social que va desarrollando una institucionalidad nueva, fortaleciendo la sociedad civil, haciendo presentes rasgos de nuevas relaciones sociales y de sujetos colectivos en la vida del país”. Es un proyecto de democracia nueva el que en esos movimientos apunta, y en el que lo que se cuestiona no es la necesidad de los partidos, sino su monopolio de la política y su concepción de una política separada de la vida cotidiana del pueblo y dedicada exclusivamente a la lucha por la toma del Estado o su preservación. Mirada desde la vida cotidiana de las clases populares, la democracia ya no es un mero asunto de mayorías, sino ante todo de articulación de diversidades; una cuestión no tanto de cantidad, sino de complejidad y pluralidad (Martín-Barbero, 1987: 215-216).

## Mantener relaciones horizontales, dialogantes, no sectarias y agónicas

Una cuarta forma de pensar en un punto de partida para una política progresista e iniciativas democráticas proviene de los rasgos horizontales, dialógicos, agónicos

y no sectarios de los comunes, algunos de estos abrazados por las y los estudiantes a lo largo de la movilización de 2011. Los rasgos horizontales abrazados en tomas y asambleas, así como los aspectos dialógicos de esas asambleas o en los encuentros urbanos presenciales, se mostraron eficaces en el surgimiento del movimiento y también en el sentir de quienes percibieron ser parte de una comunidad política en cuyas acciones comunicativas se reconocían como partes constitutivas del movimiento. Sin embargo, la coactividad y la coobligación de quienes estaban comprometidos en una tarea común no fueron fáciles de sostener en el largo plazo, debido a una cultura heredada de verticalismo político (Larraín, 2001) y a la supuesta eficacia de las relaciones verticales cuando había que tomar decisiones rápidamente. Los aspectos dialógicos también fueron complejos de sostener, debido a la falta de condiciones para permitir que los diálogos ocurrieran y crecieran de manera orgánica. Ejemplos de esto último son las tomas, como ventanas de tiempo y espacio creadas precisamente para la discusión, pero cuya continuidad fue difícil de sostener; y las asambleas realizadas en 2011, cuya dinámica y lógica no siempre fue la más satisfactoria en cuanto al diálogo y respeto entre las y los participantes de dichos mítines. En efecto, el movimiento chileno no fue ajeno a las relaciones verticales y a una falta de diálogo que, en última instancia, terminaron con comportamientos sectarios. Frente a este cierre del diálogo, el sentido de los bienes comunes implica apertura y la necesidad de trabajar con la diferencia. Es decir, ser necesariamente agonista (Mouffe, 2013) y reconocer el carácter diverso y conflictivo derivado de tener diferentes perspectivas en los colectivos humanos sin sellar esas discusiones de una vez y para siempre.

En resumen, en relación con el debate sobre la democracia, los medios de comunicación y la comunicación, este libro anima a alejarse de los paradigmas predominantes, como el de la esfera pública, para acercarse a los que parten no de la institucionalización de la democracia, sino de pensar en la democracia y la cultura como parte de la vida en común que comienza con la gente, abierta a la participación de los distintos ámbitos de la sociedad y que promueve un compromiso dialógico activo de las personas. Como tal, los bienes comunes proporcionan en última instancia un medio para crear una sociedad más igualitaria, abordando aquellas condiciones que socavan los principios de una existencia común como la desigualdad, la falta de acceso a los recursos básicos y la concentración de la riqueza. El camino de los comunes puede no ser fácil y ciertamente se opondrá a los estrangulamientos culturales, políticos y económicos del neoliberalismo, pero es un punto de partida para la repolitización de la vida y para una democracia más convincente.

## Nuevas aperturas, nuevos conocimientos

Entonces, ¿hacia dónde ir desde aquí? Las opciones para seguir indagando sobre la idea de la voz, los bienes comunes, los movimientos sociales, la democracia y los medios

y prácticas de comunicación son variadas y, desde el punto de vista de este libro, necesarias para seguir desarrollándose. Hay al menos tres formas de continuar con estas reflexiones. La primera es sobre la relación entre cultura popular, comunicación y democracia y pensar en cómo la cultura de la vida cotidiana cuenta para la construcción de la democracia. Sin utilizar sus términos, en este libro y en este capítulo se ha apuntado lo que Natalie Fenton encapsula bajo el concepto de *la política del ser* y el *ser político*. La *política del ser* es la pasión, los afectos y las emociones que impulsa la política, en ocasiones en forma de “una respuesta visceral a los problemas del sistema social imperante” (Fenton, 2016: 7). Siguiendo la perspectiva de Fenton, el *ser político* significa comprometerse en acciones colectivas que buscan transformar las democracias (neo) liberales existentes. Es decir, tomar la *política del ser* y sus emociones como partes constitutivas de una respuesta que supere las condiciones que dañan la vida humana, mediante una acción organizada. El trabajo de Fenton (2016) encuentra resonancia con la forma en que se entienden los comunes en esta investigación y con los enfoques que en las últimas tres décadas vienen destacando la relevancia de la cultura, la comunicación y la democracia –como los de Martín-Barbero (1987) y Williams (1993)– y también con los que reconocen la disputa simbólica que los movimientos sociales plantean contra la definición de la política, como Melucci (1985, 1995, 1996) y Touraine (1985). La diferencia en el enfoque de Fenton, y un desafío interesante a la luz de los movimientos que surgen en diferentes áreas del mundo frente a democracias defectuosas, es la pregunta sobre cómo mover la cultura popular-comunicación-democracia desde un nivel micro de tribus urbanas, movimientos sociales, asambleas de barrio, al nivel macro del Estado y la economía (Fenton, 2016). Hay una cantidad abrumadora de trabajo en esta tarea pero, como advierte Fenton, este trabajo se necesita urgentemente para inaugurar el comienzo de una visión seria que responda a la pregunta respecto a “cuáles son las condiciones requeridas (incluyendo las condiciones comunicativas) para que las organizaciones políticas radicales y los colectivos perduren, construyan capacidad y efectúen un cambio social en varios lugares en momentos particulares” (Fenton, 2016: 23).

Una segunda área que este libro ayuda a resaltar está relacionada con la cuestión de las condiciones comunicativas para el cambio social, pero no con respecto a la forma más rápida de distribuir un tuit o de llegar a los medios de comunicación por una acción concreta. Se relaciona con la comprensión del neoliberalismo no solo como un marco económico, sino también como un marco político y cultural que define los tipos ideales de comunicación y mediación. Mientras que el neoliberalismo ha sido estudiado en términos de su influencia en la democracia (Dean, 2009; Brown, 2003, 2005), ha sido menos estudiado en términos de entender lo que podría definirse como comunicación neoliberal y sus implicaciones en la forma en que las personas se relacionan entre sí; con los medios de comunicación y el gobierno, y viceversa. Este asunto es relevante por razones teóricas, pero también por razones prácticas.

Por ejemplo, una visión como la que se propone podría agregar preguntas y aportes a las actuales campañas de reforma de los medios de comunicación, mayormente centradas en la propiedad y administración de los medios, para pensar no solo en la propiedad y responsabilidad de los medios sino también en la mediación esperada entre personas y medios, en términos de administración, producción y desarrollo de contenidos (Araya, 2014; Benítez, 2014). En el caso de los estudios sobre movimientos sociales, la pregunta sobre un tipo de comunicación neoliberal y sus implicaciones es particularmente relevante porque los movimientos sociales llevan un componente prefigurativo en el ámbito organizativo y también en el tipo de comunicación que permiten y practican. Esta característica de los movimientos sociales abre una tercera vía para futuras investigaciones.

En su existencia cotidiana, los movimientos sociales dejan entrever cómo actuarían en el futuro en caso de alcanzar ciertos grados de éxito, tras hacer caer a un gobierno, por ejemplo. Y cabe preguntarse hasta qué punto el rechazo a las políticas neoliberales opresivas en los movimientos sociales actuales evita comportamientos individualistas y agregativos o, dicho de otro modo, evita caer en la paradoja de atacar las democracias neoliberales mientras se siguen las lógicas neoliberales. Este hecho es relevante a la hora de hablar de emancipación y política progresista, por el riesgo de caer en lo que Paulo Freire (1972) diagnosticó hace décadas: reproducir comportamientos opresivos mientras se lucha contra la opresión. La opresión, para Freire, no siempre era externa, sino que formaba parte de una cultura del hacer inherente a las prácticas que, sin cierta pedagogía, quienes luchaban por la emancipación estaban condenados a reproducir. El problema aquí para los movimientos sociales es que mientras una movilización puede lograr un objetivo, el tipo de comunicación y relación que reproducen puede seguir siendo opresivo. Un claro ejemplo de esto último es el caso chileno. Tras la conquista de la democracia en el plebiscito de 1988, el nuevo *establishment* político dejó de considerar a las organizaciones de base como parte activa de la joven democracia y buscó desmovilizarlas, haciendo de la democracia un asunto de tecnócratas políticos (Bethel, 1997; Moulián, 1997). Tomando el caso chileno y siguiendo a Freire (1972), parece que una vez en una situación de poder mayor es difícil para los antes oprimidos subvertir las lógicas comunicativas del opresor y crear una relación emancipada. Por lo tanto, la tercera vía abierta por este libro es analizar en qué medida los movimientos sociales u otros esfuerzos políticos que luchan contra las limitaciones de la democracia neoliberal siguen o subvierten las lógicas comunicativas del neoliberalismo. Indagar sobre esta cuestión debería arrojar luz sobre el futuro que los movimientos sociales de hoy prefiguran.

## Referencias

Araya, R. (2014) 'The Global Notion of Journalism: A Hindrance to the Democratization of the Public Space in Chile', en M. A. Guerrero y M. Márquez-Ramírez (eds.) *Media Systems and Communication*

- Policies in Latin America*, London: Palgrave Macmillan, 254-271.
- Benítez, J. L. (2014) 'Pluralism, Digitalization and the Contemporary Challenges of Media Policy in El Salvador', en M. A. Guerrero y M. Márquez-Ramírez (eds.) *Media Systems and Communication Policies in Latin America*, London: Palgrave Macmillan, 122-138.
- Bethel, L. (1997) *Historia de América Latina*, Barcelona: Crítica.
- Brown, W. (2005) *Edgework. Critical Essays on Knowledge and Politics*, Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Brown, W. (2003) 'Neo-liberalism and the End of Liberal Democracy', *Theory & Event*, 7 (1): 1-29.
- Crouch, C. (2004) *Post-Democracy*, Cambridge: Polity.
- Dahl, R. A. (1989) *Democracy and its Critics*, New Haven and London: Yale University Press.
- Dean, J. (2009) *Neoliberalism and other Fantasies*, London: Duke University Press.
- Dolcerocca, A. y Coriat, B. (2015) 'Commons and the Public Domain: A Review Article and a Tentative Research Agenda', *Review of Radical Political Economics*, 48 (1): 127-139.
- Escobar, A. (1995) *Encountering Development. The Making and Unmaking of the Third World*, New Jersey, NJ: Princeton University Press.
- Fenton, N. (2016) *Digital, Radical, Political*, London: Polity.
- Freire, P. (1972) *Pedagogía del oprimido*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Goode, L. (2005) *Jürgen Habermas: Democracy and the Public Sphere*, London: Pluto Press.
- Grossberg, L. (1996) 'On Postmodernism and Articulation: An Interview with Stuart Hall', en D. Morley y K-H. Chen (eds.) *Critical Dialogues in Cultural Studies*, London: Routledge, 131-150.
- Hall, S. (1985) 'Signification, Representation, Ideology: Althusser and the Post Structuralist Debates', *Critical Studies in Mass Communication*, 2 (2): 91-114.
- Habermas, J. (1992) *The Structural Transformation of the Public Sphere*, Cambridge: Polity.
- Hardt, M. y Negri, A. (2004) *Multitude. War and Democracy in the Age of Empire*, New York, NY: Penguin Press.
- Laclau, E. y Mouffe, Ch. (2014) *Hegemony and Socialist Strategy. Towards a Radical Democratic Politics*, London: Verso.
- Larraín, J. (2001) *Identidad chilena*, Santiago de Chile: LOM.
- Larraín, J. (1989) *Theories of Development. Capitalism, Colonialism and Dependency*, Oxford: Polity Press.
- Lechner, N. (1984) *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*, Santiago de Chile: Flacso.
- Martín-Barbero, J. (1987). *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*, Barcelona: Gustavo Gili.
- Melucci, A. (1996) *Challenging Codes*, Cambridge: The Press Syndicate of the University of Cambridge.
- Melucci, A. (1995) 'The New Social Movements Revisited: Reflections on a Sociological Misunderstanding', en L. Maheu (ed.) *Social Movements and Social Classes. The Future of Collective Action*, London: Sage, 107-119.
- Melucci, A. (1985) 'The Symbolic Challenge of Contemporary Movements', *Social Research*, 52 (4): 789-816.
- Mouffe, Ch. (2013) *Agonistics. Thinking the World Politically*, London: Verso.
- Mouffe, Ch. (2005) *On the Political*, New York, NY: Routledge.
- Moulián, T. (1997) *Chile actual. Anatomía de un mito*, Santiago de Chile: LOM.
- Ostrom, E. (2011) *Governing the Commons. The Evolution of Institutions for Collective Action*, Cambridge: Cambridge University Press.

- Rancière, J. (2004) *Disagreement*, Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- Romero, P. (2013) 'Análisis crítico de la representación informativa de Camila Vallejo y el movimiento estudiantil chileno 2011 en el diario "Las Últimas Noticias"', *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, 19 (2): 871-888.
- Sennett, R. (2013) *Together. The Rituals, Pleasures and Politics of Cooperation*, London: Penguin.
- Stevenson, N. (2016) 'E. P. Thompson and Cultural Sociology: Questions of Poetics, Capitalism and the Commons', *Cultural Sociology*, 11 (1): 11-27.
- Tarrow, S. (1998) *Power in Movement. Social Movements and Contentious Politics*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Thompson, E. P. (2013), *The Making of the English Working Class*, Penguin: London.
- Touraine, A. (1985) 'An Introduction to the Study of Social Movements', *Social Research*, 52 (4): 749-788.
- Turkle, S. (2015) *Reclaiming Conversation. The Power of Talk in a Digital Age*, New York, NY: Penguin Press.
- Williams, R. (1993) *Culture and Society*, London: The Hogarth Press.



## Siglas

Aces Asamblea Coordinadora de Estudiantes Secundarios

AEEA Asamblea de Estudiantes de Arte

Cepal Comisión Económica para América Latina y el Caribe

CMA Civic Media Advocacy (defensa de los medios cívicos)

Cones Coordinadora Nacional de Estudiantes Secundarios

Confech Confederación de Estudiantes de Chile

Corpade Coordinadora de Padres y Apoderados por el Derecho a la Educación

Cruch Consejo de Rectores de las Universidades Chilenas

FEC Federación de Estudiantes de la Universidad de Concepción

Fech Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile.

FEPUCV Federación de Estudiantes de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

Feuah Federación de Estudiantes de la Universidad Alberto Hurtado

Feubb Federación de Estudiantes de la Universidad del Bío Bío

Feuc Federación de Estudiantes de la Pontificia Universidad Católica de Chile

Feumce Federación de Estudiantes de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación

Feusach: Federación de Estudiantes de la Universidad de Santiago

Feuv Federación de Estudiantes de la Universidad de Valparaíso

FMI Fondo Monetario Internacional

NMS nuevos movimientos sociales

Ocde Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos

OMC Organización Mundial del Comercio

PNUD Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo

TPP Acuerdo de Asociación Transpacífico (Trans-Pacific Partnership)

Utem Universidad Tecnológica Metropolitana

## COMUNICACIÓN, COMUNES Y MOVIMIENTOS SOCIALES

Comunicación, Comunes y Movimientos Sociales: Mediaciones de Base contra la Política Neoliberal argumenta que la voz política por parte de actores subalternos, tal como el agua, la tierra y otros bienes comunes en América Latina, ha sido privatizada y expropiada en tanto bien común. En esta investigación Jorge Saavedra Utman, profesor asociado del Departamento de Sociología de la Universidad de Cambridge, Reino Unido y Doctor en Comunicación y Medios por Goldsmiths, Universidad de Londres, explora las preguntas ¿qué significa tener voz en una democracia formal que funciona bajo pautas neoliberales y con un sistema de medios de comunicación casi totalmente privado? ¿Cómo es posible, en este contexto, que quienes están fuera de la política tengan voz y entablen un diálogo crítico con actores y discursos hegemónicos?

Tomando la masiva movilización estudiantil en Chile durante el año 2011, y su demanda por una educación pública, gratuita y de calidad, este libro observa las prácticas comunicacionales y mediales llevadas a cabo, y observa en ellas un esfuerzo colectivo por construir la voz como bien común político. Así, Comunicación, Comunes y Movimientos Sociales: Mediaciones de Base contra la Política Neoliberal, permite identificar cómo a través de acciones mediales y comunicacionales ejecutadas en lugares tan diversos como la esfera íntima del hogar, la calle, los medios tradicionales e Internet, la movilización chilena tejió relaciones, remendó vínculos y produjo un bien común momentáneo, permitiendo romper el cerco de las limitaciones comunicacionales de la política contemporánea.

El Centro de Pensamiento en Comunicación de la Fundación Friedrich Ebert para América Latina (FESCOMUNICACIÓN) produce conocimiento sobre la comunicación como insumo y estrategia para el diálogo político y la profundización de la democracia social. Sus áreas de trabajo son: Comunicación Política y Libertad de expresión + Medios de comunicación y Periodismo independiente + Medios digitales y ciudadanos.